

Amor, traición y sexo  
Sus lágrimas no serán las únicas en caer



La  
*Aprenhiz*

*Meġhan Reed*



**«Sus lágrimas no serán las únicas en caer»**

*Meaghan Reed*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
sin el consentimiento expreso y por escrito de su autora.  
La presente es una obra de ficción. Nombres, así como situaciones o,  
cualquier similitud con personas o hechos, es pura coincidencia.



Primera Edición: Marzo, 2019.

©Meghan Reed 2019.

Fecha de publicación: 13 de marzo del 2019.

Corrección ortotipográfica y de estilo: Bruce R. Nelson.

Maquetación física y digital: Rolland Steward.

Portada: Rolland Steward/Banco de imagen Pixabay.com

©Todos los derechos reservados.

ISBN-.

**Independently published**

# **DEDICATORIA**

A ustedes por ser mi motor.  
Los amo querida familia.

# AGRADECIMIENTOS

A todo el equipo de profesionales que ha hecho posible este hermoso trabajo.

Quiero expresar mi agradecimiento a las lectoras que, siendo una autora nueva, me dieron la oportunidad y leyeron y compraron mi primer libro [«Devórame»](#) y es que, sin ustedes, esto hoy, seguiría siendo solo un sueño.

Y como olvidar aquellos lectores que su apoyo fue más allá y me dejaron sus hermosos comentarios en Amazon y Goodreads, y que me tomo la libertad de nombrar a continuación:

*Ivonne Montoya Orellana*

*Concepción Moreno*

*Sombra*

*Ilyn Lectora*

*Maria Arisbet Chavez*

*Christopher J. Climer*

*Maritza García*

*Dulce Landa*

*Lliry Matos*

*Car*

*Julia Eryka Ayala*

*Emma Richardson*

*Neirah*

*María*

*Xionela*

*Violeta Iglesias*

Quiero sepan que ustedes me han dado un regalo adicional con sus hermosas palabras; un regalo el cual va a quedar plasmado para siempre en este libro.

También quiero expresar un agradecimiento especial al hermoso grupo de [LAS DIOSAS DEL AVERNO](#) por todo ese apoyo que me han dado desde el minuto cero. Quiero que sepan que ustedes hacen que el

camino sea más ligero. Muchísimas gracias, guapas.  
¡Esto es para ustedes, mis queridos lectores!

# ÍNDICE

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

1. EL MALDITO SAN VALENTÍN.

2. UNA EVASIÓN, NO ES UN DISPARO

3. TRIVIAL

4. LAS MENTIRAS SIGUEN SIENDO MENTIRAS, AUNQUE LAS GRITES LLORANDO

5. PROMESAS MEDIOCRES, QUE SIGUEN SIENDO PROMESAS

6. ¿MEJORES AMIGOS?

7. ROJO POR EXCELENCIA

8. ESA MALDITA BOCA

9. ESTUPIDECES, SIGUEN SIENDO «ESTUPIDECES», AUNQUE ESTÉS ENAMORADA

10. SEÑORAS CALAMIDADES

11. ÉRASE UNA VEZ...

12. UN BESO NO BORRA UNA MENTIRA

13. AMOR, TRAICIÓN Y LÁGRIMAS

14. UN POEMA TRISTE Y DESAFORTUNADO

15. UNA VERDAD A MEDIAS

16. UNA CARICIA

17. UNA LLUVIA DE MENTIRAS

18. UNA CENA

19. UNA FRÍA NOCHE DE INVIERNO

20. LA FRÍA CONDENA DE ENAMORARSE

21. EL FEO ELEFANTE GORDO Y AZUL

- 22. NOSTALGIA*
- 23. LLUVIA, CAFÉ Y DOLOR*
- 24. EFÍMERO*
- 25. UNA FEA CANCIÓN DE AMISTAD*
- 26. REUNIONES*
- 27. EL VIEJO PERFUME DE UN DESAMOR*
- 28. «UNA COPA DE VINO, POR FAVOR»*
- 29. ¿ALIADOS?*
- 30. UNA FEA CANCIÓN DE AMISTAD*
- 31. BARBARIDADES EN UN VIERNES POR LA NOCHE*
- 32. MALDITOS DEMONIOS*
- 33. AMOR Y MÁS AMOR*
- 34. FUNESTO*
- 35. TRAICIÓN Y CODICIA*
- 36. EL TRATO*
- 37. UNA MALTEADA CON SABOR A ORGULLO*
- 38. UN CÓCTEL DE AMOR*
- 39. DULCE MADRID*
- 40. BESOS CON SABOR A PROMESAS*
- 41. FANTASMAS*
- 42. PEQUEÑOS FAVORES*
- 43. PESADILLAS CON AROMA A MUJER*
- 44. INSEGURIDADES DE UN CORAZÓN ROTO*
- 45. CULPAS, PODER Y RESENTIMIENTOS*
- 46. IRA*
- 47. ALMA ROTA*
- 48. LÁGRIMAS Y PASIÓN*
- 49. PROMESAS Y MENTIRAS*
- 50. UN DULCE SILENCIO*

**51. LOCO SAN FRANCISCO**

**52. DULCES DESPEDIDAS**

**EPÍLOGO**

**NOTA DE LA AUTORA**

**TE INVITO A LEER ESTA OTRA HISTORIA**

**PRÓXIMO LIBRO**

**BIBLIOGRAFÍA DE LA AUTORA**

## PRÓLOGO



*Serguéi Ivánov*

**E**n mi línea de trabajo existía solo una regla clara y contundente que, sí la ignorabas, podría costarte la vida, y esa era: «No jodas con las mujeres.»

Y no, no se trataba de una maldita broma.

Porque aquella regla surgía por la siguiente sencilla razón: rómpele el corazón a un hombre y eso lo convertirá en un desastre borracho por meses, o incluso años. Pero, atrévete a destrozarle el corazón a una mujer, y esta, se convertirá en tu peor enemigo.

Más fuerte.

Más sabia.

Más despiadada.

Pero, por, sobre todo, peligrosa y perversa.

*La perfecta asesina.*

Y era solo entonces, que comprendías, porque el diablo no hacía trato con ellas.

«Hombre inteligente.»

Sinceramente nadie podría culparlo, cuando tenía razones más que suficientes para abstenerse de volver a ofrecerle, aunque sea, una pequeña manzana.

*El infierno no permita y vuelva a cometer semejante estupidez.*

Porque bastaba con echar una rápida hojeada a la historia, para recordar, que de aquello quien obtuvo como resultado, sexo y orgasmos; y a quién, le pisaron la cabeza y lo condenaron a arrastrarse por toda la eternidad.

Lo sé, yo también estaba *casi* seguro de que fue él quien inspiró aquella regla.

En fin, no he venido aquí para hablar de esas viejas historias. Pero, sí eres hombre, y estabas leyendo esto, me gustaría que meditaras sobre todo lo que he planteado hasta el momento, antes de que se te ocurra joder con una de ellas.

Créeme, el infierno se sentirá como el puto cielo cuando ella venga a por ti.

«*Quedas advertido.*»

Por otro lado, mi vida, actualmente era una caldera caliente de emociones y frustración sexual. Y todo a causa... de una mujer; no porque la hubiera «jodido» (no era tan estúpido); sino, porque sin duda alguna, ella sí que lo hizo.

Porque esta mujer —que había llegado a apoderarse de mi vida— era un manojo de contrariedades, y así mismo, también de descubrimientos sorprendentes.

Y es que a todo esto, deberías comprender algo sobre mí, para así evitar de que, en tu cabeza, surjan ideas algo «descabelladas» imaginando que tengo un corazón de oro y todas esas tonterías. Porque quisiera dejarte en claro, que no soy el puto *caballero de brillante armadura* que había venido a salvarla.

Tampoco soy «bueno», y jamás había pretendido serlo; o al menos, hasta que ella regresó a mi vida como una mujer rota y marchita, pero que, ante mis ojos, jamás había lucido más hermosa.

*Tan especial.*

Y esas imperiosas ganas de hacerla mía ataron mis manos, me echaron al asiento del copiloto y tomaron el maldito volante.

Estoy convencido, de que eso fue lo que nos jodió desde el principio.

Juro que cuando se trataba de esta mujer, no sabía dónde diablos estaba parado. Y extrañamente eso... *me gustaba.*

De una manera perturbadora.

Y aunque mi atractivo físico, era como una peligrosa cerca eléctrica que la mantenía alejada de mí, yo presioné. Porque entre toda la mierda pesada y jodida que había visto en mis malditos cuarenta años de vida, Nina Notovitch, era probablemente, una de las pocas personas que conocía, que tenía el derecho de confundir la palabra justicia con venganza.

Porque indudablemente ella era la prueba irrefutable, de que el amor no siempre es bueno, y mucho menos: *todo lo vence; todo lo soporta.* En

ocasiones, el amor solo te dejaba feas cicatrices muy difíciles de olvidar.

Mi nombre es Serguéi Ivánov y me enamoré de una mujer que me pidió que la hiciera pedazos para luego «construirla» de cero; *y lo hice*.

Lo hice porque la voluntad abandonó mi cerebro cuando besé sus labios.

Lo irónico de todo esto era, que cuando acepté hacer aquello, pude ver al diablo recargado contra mi saco de boxeo, fumándose un caro habano mientras me ofrecía una sonrisa condescendiente y negaba con la cabeza.

Creo que debí haber prestado más atención, porque aquella no había sido una sonrisa condescendiente, sino una de tristeza.

Pero en ese momento, que iba a imaginarme, que su tristeza era porque sabía que la misma mujer que amaba, sería la que al final terminaría crucificando mi corazón.

¡Mierda!

# 1. EL MALDITO SAN VALENTÍN.



*Nina*  
*Febrero, 2014*

**M**i vida, es como ese chiste malo, contado varias veces en un evento social: desgastado, sin gusto, predecible y absolutamente aburrido. Siento mucho desilusionarte, pero era mi deber «ovárico» que supieras, que en «cuestiones de amor» te estabas apoyando contra un árbol malo; créeme, era oficial que estaba jodida en cuanto a temas de hombres se trataba.

*¡Malditas pollas!*

En fin, hoy era aquel día del año que más odiaba; sí, me refería al maldito «San Valentín». Tenía muchas cosas que decir sobre aquella celebración en particular y que no eran para nada agradables.

Probablemente, me encerrarían en la cárcel —o un psiquiátrico—sí pudieran leer mi mente.

Además, estaban todos esos ramos de flores, peluches y cajas de chocolate que esas *glamurosas* tiendas de «Detalles y otras mierdas» querían metértelas por la nariz. Como sí, por el hecho de que tu novio, esposo o amante te obsequiase el ramo de rosas más grande y caro, era sinónimo de su «devoto e incondicional amor».

*Era una idea realmente estúpida la que vendían cada año esos desalmados.*

Porque gracias a mi experiencia sabía, que aquello, podría significar muchas cosas, como, por ejemplo: que se estaba cogiendo a su

secretaria/compañera de trabajo (o, a una de tus amigas); o lo peor, que, en algún momento lo hizo y ahora estaba profundamente arrepentido.

Yo de ti, empezaría a sospechar sobre aquellos caros —e injustificables— regalos que te hacía. Porque nada gritaba más en el mundo «*Infiel arrepentido*» que un hombre demasiado complaciente.

Entre más pronto comprendieras, que los hombres eran estúpidos, no *complacientes*, más sabía te volverías en cuanto a relaciones amorosas se trataba.

Forcé una sonrisa falsa en mis labios y saludé a los pocos empleados que se hicieron a un costado para permitirme salir del elevador, mientras un coro —probablemente ensayado— me deseaba un fabuloso día «del amor y la amistad». Era de las que creían ferviente, que deberían dispararle en las bolas al infeliz de cupido, pero, por supuesto, que eso no pregoné mientras aceptaba en silencio sus felices deseos.

—Señora Notovich. —Estaba a segundos de sufrir un caso severo de urticaria si me quedaba más tiempo junto a ellos—. ¡Feliz San Valentín!

Asentí ligeramente en reconocimiento. Yo era como el «*Grinch*» de San Valentín, pero los pobres tampoco necesitaban saber eso.

Cárcel o psiquiátrico, ¿*recuerdas*?

Te confieso que toda esta situación empeoraba con el pasar de los años, y se me estaba dificultando mucho el seguir interpretando este aburrido papel de vieja fría, amargada y sin sentimientos, por lo que hoy, había decidido saltarme el protocolo.

*Por una maldita vez, bien podrían irse al infierno sus putas reglas.*

—Que tengan un excelente almuerzo, chicos —expresé mi sincero deseo mientras me permitía obsequiarles una verdadera sonrisa.

¡Mierda!

Los pobre enamorados reaccionaron a mi gesto como sí se hubieran sacado la maldita lotería. Parecía ser, que, sí la esposa del jefe te deseaba un «buen almuerzo» era todo un jodido honor.

Te juro que, con la fuerza en que mis ojos rodaron, casi quedé bizca: jamás entendería a los rusos.

Las puertas metálicas se cerraron llevándose consigo toda la ilusión y emoción, que hasta hace poco tiempo atrás también reinaba en mi corazón, y sin molestarme en añorar aquellos días, emprendí con paso seguro el corto trayecto hasta el despacho de mi esposo: Alexey Románov-Nicoláyevich: el dueño de una las firmas de abogados más representativa y elitista de toda

Rusia. Un hombre que intimidaba con su sensual sonrisa y ojos grises, pero que también, enamoraba con su profunda voz.

Dicen que debería sentirme afortunada, pero aún era incapaz de entender el «por qué».

Todo supuestamente marchaba bien en mi recorrido hasta que Mathilde Petróva —su hermosa asistente personal— me dio *esa* mirada.

Sí, *esa* maldita mirada que me detiene violentamente.

—Está aquí, ¿verdad?

Su casto asentimiento, fue suficiente para drenar toda la energía, fuerza y voluntad de mi delgado cuerpo.

¡Maldición!

Debí haberlo imaginado, mi móvil ha permanecido por más de cinco horas en absoluto silencio. Un silencio demasiado inquieto y familiar.

—¿Hace cuan...?

—Llegó hace cuatro horas y media, y desde entonces, no han abandonado el despacho. —Hizo una mueca—. Antes de eso, me ordenó, que desviara todas las llamadas importantes y no importantes. Y que, de ser necesario, lo justificara ante la junta directiva, que actualmente están reunidos en el auditorio presidencial mediando el sonado y polémico caso del presidente Bogart —me detalló de tirón los acontecimientos la fiel asistente.

La misma que, en ocasiones, jugaba a ser mi informante.

Ella era mis ojos y oídos en este maldito lugar. Ni siquiera sabía cómo me había hecho acreedora de su confianza y lealtad, pero me alegraba inmensamente tenerla de mi parte y no del lado... Mi mirada viaja hasta la enorme puerta de roble oscuro. Tragué audiblemente, sintiendo que las palabras se atoraban en mi garganta, mientras las dudas se bebían una copa de vino en mi honor.

Sinceramente, pensé que, durante el almuerzo de hoy, sería el momento perfecto para contarle la feliz noticia: *estaba embarazada*.

Pero creo que debería replantearme primero esto del matrimonio.

¡Maldición!

Fue imposible para mi rostro disimular la punzada que sentí en el pecho; debí haber llamado antes de venir.

*¿Cuándo aprenderé la maldita lección?*

—¿Te sientes bien? —preguntó mientras rodeaba la elegante isla de mármol gris.

Su hermoso y largo cabello oscuro estaba recogido en un apretado y

elegante lazo en la coronilla de su cabeza. Lucía eficiente y feliz, que no pude evitar, por más que me esforcé, desear ser ella.

¡Diablos!

En estos momentos, me conformaría con ser cualquier otra persona.

—Si deseas, puedo llamar a su extensión privada y hacerle saber que has llegado. Creo que vi tu nombre anotado en su agenda privada.

Forcé una sonrisa ridícula que no dejaba de ser especulativa.

«Dios, por favor, no permitas que me eche a llorar aquí.» Porque eso sería demasiado incómodo y desafortunado.

Cuando se detuvo frente a mí, me regaló lo que se sintió, como una sonrisa destinada a consolarme. Si supiera que, ni con miles de aquellas amables sonrisas lograría hacerme sentir mejor. Porque para lo que tenía, no existía cura.

Estar enamorada era una mierda, pero que, aunque existiese tal cosa como una cura milagrosa, dudaba mucho en que la bebería; después de todo, amaba al infeliz y punto.

Con el tiempo comprendías, que dejar de estar enamorada no era lo difícil. Lo complicado, era tratar de matar el amor que aún vivía y se alimentaba de recuerdos e ilusiones de lo que alguna vez pudo haber sido.

Las ilusiones siempre serán las últimas en morir.

Y es por eso, por lo que harías bien en no confundir el «estar enamorado» con «amar a una persona»; existía un abismo de distancia acompañado de un corazón roto.

—No, por favor. Yo... Yo estoy muy bien. —Retrocedí un paso, sintiéndome demasiada abrumada por mis pensamientos y la presente situación—. Yo, solo... El almuerzo de hoy era... Pero ya no importa. —Terminé la frase acompañada de un pesado suspiro y viendo borroso—. Por favor, no le vayas a informar que vine.

Odiaba tanto sentirme de esta manera, pero eran las malditas hormonas del embarazo las que me hacían sentir abrumada con todas estas nuevas e intensas emociones; esta no era yo.

Nina Notovitch-Románova no se perdía en sus pensamientos y hacía una escena ridícula, donde dejaba al descubierto como de desdichada realmente se sentía. Como de infeliz era su «vida ideal» de casada, que tantas mujeres en Rusia envidiaban.

Si supieran que no había nada que envidiar. Todo lo contrario, deberían sentirse agradecidas de no *amar* a un hombre como mi esposo.

Podían estar enamoradas, eso no les haría ningún daño, pero *¿amarlo?*, bueno, tendrían que comprar un boleto y sentarse junto a mí en este angustioso tren plagado de zozobra y dudas.

—Estoy justo en mi hora de almuerzo. Sí quieres, puedo hacerte compañía. Claro está, que no tengo aquel *Six-Pack* —bromeó, haciendo referencia al cuerpo bien trabajado de mi marido—. Ni ese cutis perfecto y varonil. O esa profunda y enigmática voz, que te pone la piel...

—Yo... —La interrumpí, tratando de no pensar en los atributos físicos de un hombre que con sus actos me hacía llorar más que sonreír.

Siquiera recordaba la última vez que había reído con ganas frente a él; aunque tengo la perturbadora impresión, de que eso fue antes de que estúpidamente dijera: *Sí, acepto*.

Hoy en día, éramos dos extraños que disfrutaban arder vivos entre las sabanas, pero que, fuera de ellas, perfectamente podían jugar el: «*Sí te he visto, no recuerdo*». Era algo que nos salía tan natural, que daban ganas de echarse a reír mientras acuchillabas a sangre fría al maldito de cupido.

Porque todo esto era culpa de ese infeliz, que me había lanzado unas de sus estúpidas flechitas, pero, se había olvidado de arrojarle la misma maldita cosa a mi marido.

—¿Aceptas?

—No te quiero aburrir con mis problemas...

—¿Quién dice que lo haces?

Suspiró y ahora fue el turno de ella mirar hacia la impenetrable puerta que ocultaba de nuestros curiosos ojos a un hombre y una mujer —ambos casados con diferentes personas— que requieren de cuatro horas para *conversar*.

*¿De qué?* Ignorábamos la respuesta, pero las apuestas eran altas.

Y como aún era lo suficiente cobarde como para entrar y enfrentar una realidad que cada día amenazaba con aplastarme, forcé otra sonrisa plástica y ensayada que ocultaba mi verdadero infierno. Una pesadilla que quizás en algún momento de tu vida también has pasado; y, si aún no lo habías experimentado, créeme, no sabías la alegría que me daba, porque todo esto era una maldita *putada*.

—Escucha, sé que nunca nos hemos sentado y conversado frente a frente —Hizo una pequeña mueca adorable—. No se puede contar las esporádicas llamadas que te hago cada vez que *ella* aparece.

Obligué sin contemplaciones a bajar el trozo de hielo que se había

formado en mi garganta. Debería aceptar su amistosa invitación a almorzar, después de todo, aquí, en Moscú, no tenía amigas. Con la única que contaba, era con la hermosa mujer frente a mí. Una mujer que como te dije, jugaba de informante y cómplice en su tiempo libre de una mujer que estaba lo suficiente asustada como para ponerle nombre a lo que realmente sucedía en su matrimonio.

Dolía recordar, que mis verdaderas amistades estaban en Barcelona, y no era como que ellas pudiesen venir a visitarme; aunque quisieran.

—Piensa que, de esta manera, me estas salvando de otra noche de insomnio.

—¿*Insomnio*?

Asintió seriamente mientras rodeaba otra vez su isla y recogía del brazo de su silla alta y negra un elegante bolso rojo que hacía juego con su impecable traje oscuro; parecía una maldita modelo sacada de la portada de una revista de alta moda. Cuando regresó a mi lado, entrelazó su brazo derecho con mi brazo izquierdo como si lo hubiéramos hecho miles de veces y, para mi total sorpresa, se sintió muy natural.

Reconfortante.

—Aun no comprendo del todo tu relación con mi jefe. Es decir, eres su esposa, pero, luego viene *esa* y tú, simplemente... —susurró mientras me arrastraba hacia el ascensor.

Dejé escapar un suspiro, disfrutando de esta sorpresiva y para nada molesta amistad.

—Es una larga historia.

—Gracias al cielo que tenemos una extensa hora para almorzar y que, en general, soy muy buena oyente. —Golpeó sin preámbulo el pequeño botón dorado.

—Creo que vamos a necesitar que esa hora se convierta en dos, al menos. Mathilde sonrió felizmente estrechando aún más nuestros brazos.

—Eso era lo que quería escuchar.

Y a pesar de todo lo que se me había explicado en estos últimos ocho años de matrimonio, me sentía decidida a romper cada maldita regla que había sido estipulada para mí.

Ella sería ese oído confidente que tanto necesitaba para exponer todos mis oscuros secretos. Secretos que jamás debían ser repetidos en voz alta.

Era consciente, de que todo esto sería una carga algo incómoda de llevar, pero algo me decía, que, en esta situación, no existía mejor persona para

ayudarme a sobrellevar el infierno en que se había convertido mi vida, que la mujer que me llevaba del brazo. Después de todo, ella había sido testigo discreto desde que empezó, lo que al principio ingenuamente creí, que sería la oportunidad de conquistar el amor de un hombre que robó mi corazón con su sonrisa.

Mathilde fue la persona atenta y gentil que me dio una calurosa bienvenida la primera vez que pisé este lugar como la esposa de uno de los abogados más poderosos de toda Rusia. Un hombre gobernado por demonios que te podrían la piel de gallina; pero, por, sobre todo, que jamás desearías que te persiguieran.

## 2. UNA EVASIÓN, NO ES UN DISPARO



Para nuestro almuerzo había elegido el refinado y exclusivo restaurant «Pushkin», que estaba ubicado a solo seis cuadras del enorme edificio propiedad de mi esposo, y lo había escogido precisamente, porque deseaba estar lo más lejos posible, para así no ser capaz de verlo descender a almorzar con...

—Así que... —Mathilde hizo una pausa y bebió de su copa de vino—. ¿Cómo es que toleras que esa mujer llegue y ponga tu mundo de cabeza?

—Créeme, para poder entenderlo, vas a necesitar reportarte enferma esta tarde, porque aquella botella de vino no será suficiente cuando acabe de contarte toda la historia.

Sus ojos inmediatamente viajaron a nuestra derecha, donde estaba ubicado el alto pedestal gris. Lugar donde reposaba pacíficamente —el testigo silencioso de esta improvisada reunión de confianzas— una hermosa botella de *AurumRed Edition MMX*, rodeada de una fina capa de hielo. Podía imaginarme a mi *sexi* marido, enarcando una sus sensuales y tupidas ceja cuando le notificasen sobre su compra.

Sus ojos regresaron a los míos, dejé escapar una ligera risa que terminó con un abrupto gemido ahogado.

—Como sea. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es, que no tengo deseos de ser amable con el idiota de mi jefe. En todo caso, no después de que te dejara plantada.

Hice una mueca por su sinceridad: gracias a los astros que el restaurant se encontraba desértico, de lo contrario, no me creía capaz de derramar mis tripas. Y dada mi condición, no podía darme el lujo de buscar el tan ansiado valor en el alcohol; eso sería una pésima idea por lo que estaba totalmente

descartado.

—En serio, no tienes que a hacer esto por mí. Yo estoy bi...

Me dio una mirada de muerte.

—Si vuelves a decir: «estoy bien», juro que por mucho aprecio que te tengo, voy a coger aquella carísima botella de vino —que tan amablemente te has ofrecido a pagar— y te golpearé muy duro con ella. —Arrugó la nariz con disgusto—. Conmigo no juegues a «La esposa perfecta». Luego de ocho años muy largos, pero demasiados largos, estoy más que deseosa de comprender, porque las cosas son como son entre ustedes.

Suspiré: era normal que tuviese aquellas dudas. Incluso yo, luego de todo este tiempo y de estar involucrada, también las tenía.

Aunque, hace unos meses atrás, había empezado a sentir que mi esposo podría probablemente *amarme*. Pero no quería hacerme ilusiones; ya sabes cómo terminan aquellos castillos que se construían en el aire.

—Si te soy sincera, ni siquiera sé cómo es que terminé en medio de este... —Guardé silencio un momento, considerando la auténtica palabra que englobaría todo este penoso malentendido y mi corazón se estremeció por una —, «*Triángulo amoroso*». Sí, vamos a llamarlo así.

Recogió su copa y bebió el contenido en un segundo. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano y procedió a llenarse otra vez la copa; solo hasta la mitad.

La mía seguía intacta, he iba a esperar hasta el final del almuerzo, cuando se percatara de ella e indagase en el por qué no la había tocado, para poder así soltarle la «*Bomba bebé*».

Anhelaba que, para ese entonces, el alcohol ya hubiera hecho «magia» en su sistema, y estuviera lo suficiente achispada para que solo atinara a felicitarme.

—Antes que todo, somos mejores amigos —confesé, permitiendo que mi memoria deambulé sin rumbo fijo. Me concentré en los recuerdos de cuando ser «amiga» de este impenetrable hombre era todo un martirio y, que, al mismo tiempo, en esta vida, no había cosa que deseara más que ser la dueña de su esquivo corazón.

Pero así, como había deseado aquello, con el paso inevitable de los años, la realidad me había mostrado una cara de la vida que no me gustaba. Porque a veces, dolía menos mirar hacia otro lado, para poder ignorar al gran elefante azul que estaba sentado en medio de la sala.

Un elefante que tenía escrito tu nombre por todo su cuerpo y que no

paraba de crecer.

¡Mierda!

—¿Mejores amigos? —Masajeó su frente mientras se servía un poco más de vino, y esta vez, no se detuvo, hasta que la copa estuvo completamente llena que incluso manchó con unas cuantas gotas el caro y fino mantel—. Esto es más jodido de lo que imaginé.

—Como te dije, al terminar la historia, vas a necesitar reportarte enferma, al menos, dos días, ahora que veo lo mucho que te has encariñado con esa botella.

Le dio un trago a su copa, que duró un poco más de lo normal.

—¡Oh, mierda! —carraspeó fuertemente golpeando su pecho—. Tienes razón. Apenas y comienzas y ya tengo deseos de matar al infeliz que autoriza mis cheques —se lamentó bebiendo otro pequeño sorbo de su vino.

«Pobre Mathilde, y eso que lo que le había contado hasta el momento era probablemente la parte buena.»

—Tampoco es tan malo como parece. —Cogí una servilleta de papel de la cesta que tenía algunas piezas de pan y empecé a hacerla jirones—. Nos conocimos en España, gracias a que había decidido hacer su doctorado en la prestigiosa Universidad de Barcelona, donde yo me encontraba cursando el último semestre en la carrera de Gestión Empresarial.

Un cosquilleo atormentó la parte baja de mi estómago. El mismo que siempre surgía cuando pensaba en el joven apuesto del que me enamoré, contrario al hombre con el que dormía desde hace nueve años años.

—Amor a primera vista, deduzco.

Asentí.

—Él era como el sol; ya sabes. Tan brillante y lleno de vida y poder, que me cegó con ese fulgor de aquellos intensos ojos grises, cabello oscuro y deslumbrante sonrisa de dientes blancos y rectos. —Sonreí a mi pesar—. No te miento, cuando lo vi aquella primera vez, quería poseerlo más que a mi próximo aliento.

Alexey era de por sí, un hombre increíblemente apuesto. Un maestro astuto que sabía usar perfectamente su metro noventa de altura y cuerpo bien ejercitado, que luciendo un caro traje *Armani* lograba hacer corto circuito tus neuronas. Sus penetrantes ojos grises, capaces de traspasar tu alma como una lanza en llamas, que, acompañada de aquella vivaz y sutil sonrisa ladina (rodeada de una ligera barba), le daban una apariencia de ser la clase de hombre por el que valía la pena luchar; pero no el indicado que justificase el

vivir con el corazón roto. Aunque, al principio, creyeras que sí merecía tal esfuerzo. Lo cierto era, que, al terminar el día, solo te quedaba como compañía, una enorme casa habitada por palabras y pensamiento no enunciados en voz alta, acompañados de silencios perpetuos y sofocantes.

¡Maldición!

*Mi vida era realmente patética.*

—También eres rusa, imagino que por eso congeniaron —conjeturó acertadamente mi acompañante.

—Nos tropezamos en el estacionamiento del campus...

Abrió la boca, quizás para burlarse, pero la desestimé con un ademán de mi mano derecha.

—Sí, todo un cliché. —Suspiré—. Ni lo menciones, por favor. —Me encogí de hombros, en un intento de parecer casual, pero fallé miserablemente en el proceso—. Como resultado del aparatoso encuentro, mis libros cayeron al piso y, mientras los apiñaba se disculpó en ruso a lo que, sin premeditarlo, le respondí en la misma lengua. —Soy capaz de sentir los mismos nervios que me atacaron aquel día—. Te puedes imaginar que, para mi yo, de veinte años, él era todo un «adonis». —Hice las comillas en el aire y sonreí tristemente—. Y, francamente, mi cerebro no estaba funcionando correctamente después de echarle un vistazo a su rostro.

—Nadie te culpa. —Sus mejillas se tiñeron de rojo—. Es mi jefe. Y aunque estoy felizmente enamorada de mi novio de toda la vida, soy mujer, y puedo entender perfectamente, lo indefensa que quedaste frente a su arrolladora presencia.

El nudo que tenía alojado en el estómago perdió un poco de tensión. El atractivo de Alexey era capaz de volver idiota a cualquier mujer. Y me gustaría estar bromeando, pero tristemente este no era el caso.

—En fin, luego de eso, todo fue natural. Congeniamos demasiado bien que parecíamos almas gemelas. Y llámame ilusa por llenarme de esperanza, de que un hombre como él podría enamorarse de una chica que quizás estaba lejos de ser... —enmudecí por un merecido segundo—. Bueno, sabes a lo que me refiero.

Mathilde era inteligente, y gracias a ello, podía imaginarse perfectamente el terror que surgió en mi cabeza al descubrir los intensos sentimientos que había desarrollado por su jefe. Un hombre que estaba prohibido en muchas maneras.

—Porque eres una mestiza. —Su declaración oprimió mi corazón—. Sin

ofender. —Se apresuró a decir—. Pero, me refiero concretamente, a que él siendo «puro» y todo eso, no debía mezclarse con alguien como tú. No cuando él proviene de una de las familias más ricas de todo Moscú y se esperaba que contrajera matrimonio con otra «pura», igual que él.

Entiéndase que, para poder ser considerada digna de un hombre como Alexey Románov, primero, tenía que provenir de padres «puros» y segundo, que nuestra riqueza o fortuna fuera medianamente parecida a la de ellos, cosa que, obviamente era así, pero que no borraba el hecho de que fallaba brutalmente en uno de los requisitos más importantes. Por mis venas corría sangre extranjera, que, antes los ojos de esta sociedad mezquina y estúpida, bien podría tratarse del «anticristo».

—Así es. —Me permití mirarla a los ojos—. Pero créeme, que eso sería el menor de nuestros problemas. Porque cuando te enamoras de un hombre como Alexey Románov, todo, absolutamente todo, tiene un precio. —Una frialdad muy familiar asoló a mi alma—. Y su corazón no iba hacer la excepción.

### 3. TRIVIAL



*Nueve años antes.*  
*Abril, 2005*  
*Barcelona – España*  
*Nina*

Quería tener un arma en la mano para ser capaz de dispararle a mi profesor de Gestión Internacional. El desgraciado estaba rogando a gritos de que la clase se organizara y contratara los servicios de un sicario, para así hacerle un maldito favor a la humanidad. Algo me decía que su muerte sería festejada por todo el campus.

—Todos ustedes tienen una semana para presentar el proyecto de fin de curso. Caso contrario, pueden despedirse de su tan soñado título en Gestión. —Una sonrisa desprovista de simpatía levantó sus delgados y agrietados labios—. Puedo ver algunos rostros que lucirían muy bien tras una barra sirviendo bebidas a otros desafortunados como ustedes.

Un gruñido colectivo emergió y retumbó en la sala.

—¡Feliz fin de semana, señores!

El maldito abandonó el aula en una pesada estela de deseos de asesinatos e insultos reprimidos, pero con pocas bolas u ovarios para gritárselo en la cara.

—Estoy arruinada —bufó Carlota, mi mejor amiga, mientras se desplomaba con los brazos abiertos sobre su silla.

—Realmente el maldito acaba de jodernos a todos, ¿verdad? —ironizó

Marco, nuestro pseudo «mejor» amigo. Más pseudoamigo de Carlota que mío —. Literalmente, ha colocado una pegatina en su frente con el *slogan*: «Asésinenme, no sean cobardes».

Nos echamos a reír por su ridícula broma, pues él no tenía nada de qué preocuparse. El capullo tenía el año ganado, si tomábamos en cuenta el hecho de que dormía con ese infeliz.

—¡Cállate! Que tu culo ha trabajado muy duro para que ese no se tu caso — refutó algo malhumorada mi mejor amiga.

Era de conocimiento público el amorío que mantenía nuestro «amigo» con el gilipollas de Gestión. Todo un idilio que había sido la comidilla de todo el mundo en estos últimos meses, aunque, pareciese que a ellos poco les importaba las habladurías.

Creo que en el fondo se amaban.

—¡Oh, diablos! Alguien no ha follado... —canturreó el «come viejos».

—¡Vete a la mierda, Marco! —Carlota se levantó, recogió su bolsa de color rosa del piso y se alejó sin despedirse.

Suspiré mientras consideraba asesinar con mis propias manos a mi compañero.

—¿Por qué has dicho eso? —Le di una fea mirada—. Sabes perfectamente que ella sigue afectada por su ruptura con Sebastián.

—¡Soy un pelmazo! —se recriminó antes de levantarse y dejarme abandonada en la casi solitaria sala.

¡Maldita sea!

Lo que me faltaba: quedarme sin compañeros que me ayudaran a cargar mis pesados libros mientras atravesábamos todo el campus hasta llegar al estacionamiento. Gruñí una maldición mientras me sentía lista para echarme a llorar.

Hoy, definitivamente, era uno de esos días de mierda.

Recogí el bolso del piso y metí mis escasas pertenencias. Había sido un largo día y solo anhelaba llegar a mi habitación para empezar esa vieja y necesaria lucha para ganarme el derecho de usar el baño para luego irme a dormir.

Quería empezar a trabajar para así reunir el dinero necesario y mudarme de ese infierno. Cuando eso ocurriese, lo primero que haría, sería tomar una larga ducha en mi nuevo apartamento. Un merecido baño de espuma que no sería interrumpido por hombres o mujeres entrando a su antojo para hacer sus «necesidades» mientras criticaban en voz alta mi flacucho cuerpo.

Me había quedado más que claro, que *todos* encontraban «ofensivo» mis faltas de curvas.

Por supuesto que podría usar el dinero de mis padres, para dejar atrás esos episodios, pero, por una maldita vez en mi vida quería hacer algo sin tener como amortiguador un dinero viejo que yo no me había ganado.

Desaparecí entre la masa de alumnos que también empezaban a abandonar el edificio. No tenía un novio a quien llamar para pedirle que me acompañara todo el trayecto. Eran estas circunstancias las que me hacían lamentar terriblemente no haber aceptado salir con Marcelo. Un amigo desde hace unos tres años atrás, que, aunque estaba algo pasadito de peso, estaba segura de que se ofrecería gustoso todos los días para hacer el largo camino hasta mi coche. Él adoraría que le diera aquella oportunidad para tratar —sin descanso— de agarrarme una de mis pequeñas tetas.

*Pobre, Marcelo.*

A estas alturas, te estarás preguntando por qué no me estacionaba más cerca y con eso solucionaba el maldito problema, pero siento decirte, que eso era más fácil decirlo que hacerlo, considerando que casi, era una «misión imposible», porque el principal problema que surgía a la hora de hacer aquella labor tan sencilla, era que tenía la impresión de que la mayoría de los estudiantes dejaban sus malditos coches aparcados aquí, por lo que siempre terminaba aparcando a casi quince minutos de distancia del edificio donde recibía las clases. Toda una mierda si me preguntas.

Insisto, al menos y Marcelo encontraría emocionante agarrarme las tetas mientras hacíamos el angustioso camino.

Presurosa atravesé los edificios sin detenerme a precisar si reconocía algún rostro entre el mar de personas que iba y venía en mi recorrido. Mi meta era clara: los viernes, eran noche de ocio y lectura, y entre más pronto llegara a mi destino, más larga sería mi gratificación. Con eso en mente descendí rápidamente las escalinatas, apretando firmemente contra mi pecho los pesados libros a los cuales tenía que «hacerles el amor» sin descanso este fin de semana. Porque luego de esta deliciosa y muy necesitada noche de placer culposo, me esperaba un fin de semana lleno de estrés por los próximos parciales.

Exámenes pateando traseros que me respiraban en el cuello como un amante en celo, no eran ningún chiste.

Suspiré de alivio cuando a lo lejos divisé mi coche; el mismo que se veía diminuto a lado del enorme *Toyota Fortuner* color gris que se erguía orgulloso

a nuestra izquierda. No es que envidiara a la dueña...

¡Mierda!

Mi cuerpo impactó contra el piso. Parecía que había sido arrojada a propósito, pero era seguro pensar, de que solo había tropezado con alguien.

¡Vaya suerte la mía!

Levanté la mirada para ver al despistado o la despistada que había asesinado el pequeño trasero que la naturaleza vilmente me había otorgado y me congelé.

¡Maldición!

A lo lejos podía escucharlo disculparse en una lengua que había dejado de hablar hace mucho tiempo, mientras la tarea de recoger mis libros ocultaba un poco su rostro.

—¡Мне так жаль! ¿Поверишь ли ты мне, если я скажу, что не видел тебя? (¡Lo siento mucho! ¿Me creerías si te aseguro que no te vi?). —preguntó suavemente.

Su profunda y ronca voz erizaron mi piel y mis codiciosos ojos se dieron un festín con el cuerpo firme y ejercitado que se tensaban suavemente bajo la camisa blanca de tela. La misma que hizo parecer un espectáculo erótico el recoger los libros que habían caído a unos cuantos pasos lejos de mí.

Aún no había visto su rostro de frente, pero mi garganta sufrió un espasmo por la demoledora anticipación. Tenía que contestar antes de que mi cerebro hiciera corto circuito al encontrarme de lleno con su mirada.

Mi vagina intuía, que era algo que no íbamos a presenciar todos los días. Así que me propuse a memorizar sus rasgos y su voz para usarlo tiempo después con fines personales; comprendes a que me refiero, ¿verdad?

—Не беспокойся. (No te preocupes).

Sus enormes manos dejaron de moverse y me premió con su fría mirada. Tragué el nudo en mi garganta, y me esforcé por actuar normal frente al gris más *sexí* e intenso que había visto pululando por aquí. Y no ayudaba a mi causa, el hecho de que su rostro luciera maduro y varonil.

Y esa barba...

¡Oh, mi Dios!

Estaba lista para echármele encima y torturarlo a punta de besos mientras mordisqueaba sin descanso su fuerte barbilla. Cuando ese pensamiento tomó fuerza en mi adormilada cabeza me levanté sin esperar a que me ofreciera ayuda, de este modo terminaría con el descarado escrutinio y salvaría un poco mi dignidad.

No era muy devota a ser esa clase de mujer. Ya sabes, esa que se quedaba hipnotizada admirando la belleza de un hombre. Bueno..., quizá solo unos cuantos segundos, los mismos que consideraba, que eran más que necesarios.

Como no quería polemizar, pasé por alto la sonrisa que se dibujó en sus deliciosos labios por mi osada actuación. Era un hecho de que era muy atractivo, características que él tenía muy presente, si acaso el brillo insinuante y satisfecho en sus ojos era un indicativo de ello.

Me aclaré la garganta mientras le arrebatava los libros de entre sus manos; solo quería estar lo más lejos posible para revivir una y otra vez nuestro fortuito encuentro. Siempre sería uno de los hombres más *sexí* que había visto, pero hasta ahí llegaba mi suerte.

No había que abusar de las casualidades.

—¿Hablas ruso?

—Correcto. —Me sacudí el pantalón azul de mezclilla y evité a toda costa mirarlo fijamente—. Mi padre es de Moscú, y me ha ensañado lo básico y necesario. Por cierto, siento mucho el pequeño incidente.

Con mi visión periférica vi que asintió pensativo, mientras su persistente mirada buscaba la mía.

—Está bien. ¡Ten una buena vida! —acoté, cuando él no hizo nada por continuar con la pequeña charla y me escabullí directamente a mi auto.

Definitivamente, éste era el momento más vergonzoso de toda mi vida hasta el momento.

—¡Soy Alexey! —dijo, un poco demasiado alto.

—Un gusto tropezar contigo, Alexey —murmuré abriendo de manera atolondrada la puerta de mi coche. Rápidamente me senté frente al volante y sin molestarme en verificar si seguía siendo la dueña de su atención, tiré despreocupadamente mis libros en el asiento trasero, encendí el auto y manejé sin darle otra mirada.

¡Maldición!

Sí solo hubiera sido un poco menos atractivo, hubiera podido coquetear descaradamente con él.

Pero tenía que bajarme de ese caballo, porque hombres que lucían como Alexey, siempre venían acompañados por un sequito de mujeres despampanantes esperando la oportunidad para tomar el lugar de «novia», y yo, francamente, no tenía tiempo para que me recordaran que no tenía el trasero ni las tetas adecuadas para competir.

¡Mierda!

«Maldita sea la naturaleza y su manera mezquina y estúpida a la hora de repartir tetas y culos.»

## 4. LAS MENTIRAS SIGUEN SIENDO MENTIRAS, AUNQUE LAS GRITES LLORANDO



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

**E**spera... —Mathilde estrechó los ojos—. Tú... ¿Realmente huistes de esa manera de él?

Asentí mientras jugueteaba un poco con la comida en mi plato. El camarero gentilmente nos había servido la entrada mientras le contaba a mi «nueva mejor amiga» la primera vez que nos conocimos.

—Y no me equivoqué en hacerlo. Me tomó casi un mes descubrir que ese «Alexey», era toda una celebridad en nuestra Universidad, y no solo por su apariencia, de hecho, era la inmensa fortuna que poseía, lo que volvía locas a la gran mayoría de las mujeres que andaban tras de él.

—¡Mierda!

—Sí, «mierda» —Mis ojos se trabaron con los de ella—. Entonces, decidí que, para cuidar de mi salud mental, lo mejor era mantenerme alejada de él. Por lo que me escondía en mi auto cada vez que lo veía aparecer en el aparcamiento.

—¿Te estaba buscando?

Desvié la mirada hacia la ventana, y me concentré en el tránsito regular

de personas. La mayoría de los transeúntes tenían sonrisas en sus caras y se veían relajados y felices. Otros, caminaban presurosos y con el ceño fruncido; tal vez sus vidas también eran una mierda, como la mía.

—Pienso que, a pesar de mi acto de poco interés de aquel día, él supo inmediatamente que yo me había enamorado a primera vista. —Suspiré y me armé de valor para mirarla—. Él no es un hombre que renuncia fácilmente a lo que llama su atención. Y yo, para suerte o desgracia, me había convertido en algo realmente fascinante.

—Y fue así, cómo terminaron siendo «mejores amigos» —declaró, deslizando suavemente su dedo índice sobre el borde de la copa.

—Lo fue. —Luché contra las lágrimas que querían surgir y testificar como de loca e irremediabilmente enamorada estaba de un hombre que pensaba que, con obsequiarme sonrisas plásticas y caricias ensayadas me hacía completamente feliz—. Su insistencia, sumada a mi desastroso empeño por evitarlo dio lugar a una bonita amistad llena de confianza y respeto. Toda una locura, pero así fue. —La amargura como telón de fondo en mi declaración.

—¿Pero tú no querías su amistad? — Fue más una afirmación, que una pregunta a toda regla.

Negué, pensando en el voraz deseo que se despertó en mi cuerpo cuando lo conocí.

—Mi pecado capital, fue que ambicioné su corazón. Y demasiado tarde comprendí, que el hombre que conocí y del que me había enamorado perdidamente, jamás podría darme aquello, porque, para empezar, ya se lo había entregado voluntariamente a otra mujer. Y lo más doloroso fue descubrir que, de hecho, él estaba más que feliz de que ella lo tuviera.

Un pesado silencio —que no era bienvenido— cayó sobre la mesa; no quería la lástima de mi nueva amiga, no cuando estaba a punto de ganármela con puntos extras.

## 5. PROMESAS MEDIOCRES, QUE SIGUEN SIENDO PROMESAS



*Ocho años y siete meses atrás.*

*Julio, 2005*

*Barcelona – España*

*Nina*

Estaba tan enamorada que físicamente dolía.

Lo juro, jamás se había sentido así de desgarrador e intenso. Claro, había estado enamorada antes, pero estar enamorada y *amar* a un hombre como él, eran dos cosas difíciles de mantener en secreto; y yo era una *mierda* guardando secretos.

—¿Y por qué estamos aquí? —pregunté con desconfianza mientras admiraba la hermosa vista del amplio espacio que se erguía imponente y vanguardista ante mis ojos.

—Para probarte que confío en ti.

—¿Y por qué necesitarías probarme eso?

En lugar de fruncir el ceño como esperaba que hiciera —en vista de que era una mujer muy preguntona. Y eso, en general, irritaba mucho a los hombres—, me sorprendió echando la cabeza hacia atrás y riendo a todo pulmón. Su risa descarada envió escalofríos a mi columna.

¡Oh, mierda!

Lo tenía tan mal por este hombre, que las alarmas sonaron

estrepitosamente.

¡Retrocede, Nina!

Su risa cesó luego de unos cuantos segundos y nuestros ojos se encontraron; mis piernas inmediatamente se sintieron un poco débiles.

¡Retrocede, Maldita sea!

—Eres mi mejor amiga —aseguró.

Su mirada se suavizó cuando mi boca se abrió de la impresión.

—¿Y cuándo acordamos eso? —Fruñí el ceño, ignorando el golpeteo agónico de mi corazón, porque yo no quería ser su maldita «amiga»—. Creo que no asistí a la dichosa reunión. Y, como te conozco, estoy segura de que ni te molestaste en hacer una para notificarme —ironicé.

—¿Ves?, ahí está el «por qué» somos perfectos como mejores amigos. —Sonrió felizmente, ignorante a mis deseos de golpearlo hasta dejarlo irreconocible—. Me conoces perfectamente.

No podía evitar sentir aquella punzada de dolor en el pecho cada vez que hacía esa referencia sobre nuestro vínculo; porque ser su amiga era muy doloroso. Ahora imagínate ser su «mejor amiga».

En este punto, presentía, que el hombre frente a mí me había comprado un boleto directo al infierno; y sin retorno, me temía.

—Quita esa cara —rogó.

—Pero es que no podemos ser *mejores amigos* —vaticiné—. ¿Qué sucederá cuando tengas novia y ella empiece a sentir celos de mí? Ya sabes que no me gustan los dramas...

Mi cerebro empezó a trabajar horas extra buscando excusas creíbles para refutar su estúpido deseo. El corazón ya se sentía aporreado y eso que ni siquiera lo habíamos visto con una mujer.

¡Tranquilo, guapo!

Me acaricié disimuladamente el lugar de donde provenía el dolor.

—¡Eso es lo que precisamente te hace ideal! —afirmó el infeliz—. Eres la primera mujer que conozco, que no quiere saltar sobre mis huesos en cada oportunidad. Y permíteme confesarte, pero eso es lo que te hace muy especial para mí.

«Querido imbécil, eso era porque no podías leer mentes.» Pensé amargamente mientras deambulaba por todo el lugar.

Un apartamento gigante, amueblado estratégicamente que le daba una apariencia encantadora y moderna.

Se sentía como un pedacito de cielo.

No me sorprendía que pudiera permitirse un lugar así. Estaba al corriente de la riqueza de su familia y de por sí, él a sus treinta años, era considerado uno de los mejores abogados en Moscú. El mismo que ya poseía un exclusivo bufete en su país natal; un equipo de abogados que gozaba de gran prestigio, según tenía entendido.

Como no pude encontrar mucho sobre él en internet, sometí a un pequeño interrogatorio a mi padre, y aunque estuvo algo reacio en darme información acerca de mi *nuevo autoproclamado mejor amigo*, me dejó en claro, que él era famoso y muy respetado en Rusia. Tuve que conformarme con eso, puesto que, la incomodidad que sentía por parte de mi padre me puso nerviosa. No pregunté el por qué, pero en vista de que yo era «mestiza» y él un «puro», me imaginaba que eso era motivo suficiente para disparar los nervios del hombre que me había cambiado los pañales.

Retomando el asunto sobre mi nueva «amistad» con este hombre, fue hace tres meses atrás, cuando me había confesado que su sueño era convertirse en el mejor abogado de toda Rusia, y no dudaba en que lo conseguiría. Alexey Románov era muy determinado y yo tenía fe en él; siempre la tendría.

—Ven aquí —pidió dulcemente el hombre que acababa de cercenar mi corazón.

Como estaba tan enamorada y eso me volvía propensa a cometer estupideces, obedecí. Esto de amarlo en silencio se había complicado mucho. Y el estruendo de las sirenas, ahora era solo un sonido sordo en el fondo de mi cabeza esperando a que le prestara atención.

—¿Confías en mí? —preguntó seriamente cuando me detuve frente a él. Sus grandes manos tomaron suavemente mi rostro y lo inclinaron hacia arriba.

¡Maldición!

Era tan hermoso que dolía.

Asentí tratando de huir de la intensidad de su mirada y fallando miserablemente en el intento. Alexey, era un gran maestro de la persuasión y la seducción, que sabía perfectamente cómo obrar su diabólico encanto en mí. Mientras que yo, era solo una despistada alumna con un caso severo de amor no correspondido y hormonas alborotadas.

—Quiero oírlo. —Su cálido aliento bailó sobre mis labios—. Tus asentimientos son lindos, pero, soy un hombre que valora la palabra por sobre las muecas o los gestos...

—Lo hago, Alexey —contesté ansiosa, deseando terminar con esta cercanía.

Una sonrisa se extendió por sus deliciosos labios y yo solo quería ponerme en putillas y tener el derecho de besarlo a mi antojo. Y por supuesto, a hacerle otras cosas más, pero con sus besos me era suficiente; por ahora.

—Para mí, tu confianza, es de mucho valor. No te imaginas lo que estuve rogando a los dioses de que me bendijeran con una mujer como *tú*, para que sea mi guía y mi confidente. —Suspiró—. Eres muy valiosa para mí, Nina. Y un día entenderás el *por qué*.

—¿Estas muriendo o algo? —me escuché preguntar temerosa. La idea de que le pudiera pasar algo malo me tenía con ganas de gritar y echarme a llorar.

Soltó una carcajada mientras pegaba su frente contra la mía; como consecuencia, mi corazón sucumbió al embrujo de su seductora cercanía.

¡Mierda!

Esta noche tendría tiempo extra con mi vibrador.

—Puedes estar tranquila, tengo una salud de roble. —Sus ojos se tornaron dulces—. Pero es más bien como un favor personal —explicó con voz ronca—. Un favor que pondrá a prueba nuestra amistad, la confianza y el cariño que sentimos el uno hacia el otro.

Asentí, sin comprender bien en ese momento que podría necesitar un hombre que con el chasquido de sus dedos podría tener lo que quisiera.

Si tan solo en ese momento hubiera comprendido que estaba sellando un pacto con el diablo, quizá hubiera huido lejos, luego de robarle un beso, claro.

Prioridades eran *prioridades*.

—Y sí me haces ese favor, tú también tendrás derecho a exigirme uno a cambio. El mismo, que estoy obligado a cumplir, aun si no deseo —sentenció solemnemente.

—¿Cómo una apuesta? —fruncí el ceño.

—Nada de vestirme como mujer...

—Pero acabas de decir...

—Solo estoy bromeando. —Sus ojos brillaron—. El favor será lo que tu quieras. Pero, eso sí, solo será luego de que cumplas primero con lo que te pida.

Abrí la boca para contestar, pero me silenció con un pesado y cálido beso en la frente; mi corazón entero hizo combustión y bueno, también mi coño.

—Nina Notovitch, ¿me concederías el honor de ser mi *mejor amiga* para toda la vida? —susurró contra mi frente.

El calor de su aliento envió un fuerte cosquilleo a mi núcleo que erizó mis pezones.

Mis ojos se anegaron de lágrimas y para que él nos las viera y preguntara el porqué de mi tristeza, me arrojé a sus brazos y lo estreché fortísimo, deseando estar más cerca de su corazón de lo que físicamente era posible.

—Acepto. —Tendría que conformarme con su amistad.

Y sí eso era lo único que podía darme, *lo tomaría*, porque cuando se está tan enamorada, una se volvía conformista, y hasta que este hombre no me destrozara el corazón —como le rogaba al cielo de que no lo hiciera— yo seguiría manteniendo la pequeña vela de la esperanza encendida, y me aferraría a la fe de que un día sería capaz de amarme.

Porque en ocasiones, los momentos más dolorosos de tu vida, vienen encerrados en pequeños instantes brillantes y llenos de felicidad. Momentos que a veces te confunden y nublan tu perspectiva. Y Alexey Románov-Nicoláyevich, siempre será aquel instante brillante que transformó mi vida y la hizo precariamente dolorosa.

Porque, aunque quise aferrarme a sus palabras de que permaneceríamos juntos para siempre, sabía que indiscutiblemente un día... un día tendría que decirle adiós.

Porque los mejores amigos no tenían estos sentimientos; y eso me asustaba.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor y se relajó. Nada bueno podía salir de esta amistad. No cuando uno de nosotros ya estaba perdidamente enamorado y esperaba que este hombre que correspondía mi abrazo jamás me diera motivos para apagar la vela que le hacía compañía a mi loco amor en aquel cuarto oscuro llamado amistad.

Pero, como todo en lo demás, había estado tan ciega que no me había percatado de la pequeña cría de elefante que esta decisión me había dado como obsequio.

Un elefante que mi propio «mejor amigo» se encargaría de criar.

## 6. ¿MEJORES AMIGOS?



*Ocho años y medio atrás.  
Septiembre, 2005  
Barcelona – España  
Nina*

**G**olpes frenéticos estremecieron la puerta de mi habitación. Apenas y tenía una hora de —al fin— haber podido conciliar el sueño y esperaba —sinceramente— que alguien hubiera muerto, porque de no ser así, pronto iba a empezar mi propia masacre.

Estos parciales estaban acabando conmigo —y *mi paciencia*— y solo en mis sueños era el único lugar donde era medianamente feliz.

Me apresuré a colocarme la bata de color fucsia para cubrir mi indecente cuerpo —tenía puesta solo una braga de algodón con la cara de un gato estampado en el trasero y, considerando los escasos de curvas y los comentarios desafortunados sobre mi «penoso» atractivo físico no creía que algunos de mis compañeros de habitación apreciaran verme así—, y entreabrí la puerta. Mis ojos protestaron cuando el brillo de la sala común los golpeó descaradamente, pero no antes de notar, que la figura enorme frente a mí era una difícil de olvidar; aunque lo intentara.

—¿Alexey?

Apoyó su antebrazo contra el marco de la puerta y su rostro desaliñado quedó a mi altura. Se veía *sexí*, pero destruido. Mi corazón trastabilló cuando noté que sus mejillas estaban húmedas; mi «mejor amigo» estaba llorando. Me

pellizqué disimuladamente el brazo.

¡Mierda!

Realmente estaba llorando.

—Nina... —Suspiró y me golpeó directamente en el rostro, el meloso y cítrico olor a licor fuerte. ¡Maldición! También estaba borracho—. Ella...— Se irguió en toda su altura y restregó con furia su rostro.

Abrí la puerta y lo dejé pasar antes de que algunas de mis compañeras llamasen a recepción y lo notificaran. Por muy guapo que fuera Alexey, por ahora, era un lio con el que nadie desearía tratar.

Yo tampoco, pero como era su maldita *mejor amiga*, estaba segura de que no se vería bien ante el sindicato de «mejores amigos» si le cerraba la puerta en la cara.

¡Mierda!

¿En qué diablos estaba pensando cuando acepté aquello?

¡Ah!... ya recordé... estaba pensando con mi maldito coño.

¡Maldita sea!

—Recuéstate —ordené, mientras lo guiaba hacia la cama—. Traeré una botella con agua y la beberás completamente sin rechistar. Luego, cuando te sientas algo compuesto me contarás que ocurrió para que te dejara en este estado.

Murmuró algo mientras se dejaba caer en el mullido colchón y explayaba sus brazos y piernas; se veía ridículamente cómodo acostado sobre mi pequeña cama de plaza y media.

Dejé de desvestirlo con la mirada, apreté el nudo de mi bata y me aventuré a la cocina del apartamento que compartía con seis compañeros y agarré una botella con agua de la despensa. Cuando regresé a la habitación, me sorprendió encontrarlo despierto y sentado al filo del colchón.

Mientras estaba en la cocina, había hecho las paces con el hecho de que era probable que lo encontrase inconsciente en la cama, por lo que me tocaría dormir en mi pequeño sofá junto a la ventana; pero al parecer, no estaba tan destruido como supuse.

—Siento haber irrumpido de esta manera en tu habitación.

Extendí la botella.

—Ya sabes, sí quieres hablar conmigo, tendrás que beberla completamente. —Arrugué la nariz—. Ya me siento ebria con el olor fuerte saliendo de ti.

Hizo una mueca, aceptó la botella y la desenroscó; mis descarados y

morbosos ojos se quedaron pegados a su garganta, la misma hacía un movimiento demasiado erótico que me tenía apretando las piernas.

¡Diablos!

Sin darme cuenta, este hombre me había convertido en una ninfómana.

—Gracias —Me entregó el envase vacío y se acomodó con las piernas abiertas; sus ojos brillaron apesadumbrados ante la escasa luz filtrándose de la puerta entreabierta del baño.

Para mayor seguridad —en todo caso para él, no de mí; porque yo ya me había acostumbrado a vivir con estos pensamientos lujuriosos— me moví a su alrededor y encendí la lámpara sobre el pequeño velador blanco; el brillo más fuerte fue bienvenido. De por sí tenía que tratar de suprimir estas ganas enfermizas de arrojármele encima cuando estábamos a plena luz del día, ahora imagínate mi lucha interior al tenerlo completamente solo en la habitación y con la luz apagada.

Esta noche cuando se marchara, mi vibrador y yo íbamos a tener una cita de último minuto que no incluía cena.

Arrastré la pequeña silla giratoria del escritorio y me senté frente a él; entre más rápido empezara a hablar, más pronto se marcharía, y yo tendría tiempo para liberarme pensando en su rostro, boca y manos, solo una vez.

*Bueno, puede que sean algunas veces.*

—Ahora que creo que estás algo sobrio, puedes decirme ¿qué diablos haces apareciendo en mi dormitorio y luciendo así? —le recriminé—. ¿Estás loco o qué rayos pasa por tu cabeza?! Y a todo esto, ¿quién demonios te dejó entrar al apartamento?

Ignoró todas mis preguntas.

—Se va a casar.

Eso me desestabilizó y confundió momentáneamente. Una siniestra voz en mi cabeza gritaba enfurecida de que no preguntara, que no era mi problema... pero, su advertencia llegó demasiado tarde, porque mi boca ya había dejado escapar la pregunta:

—¿Quién?

—La chica de la que estoy profundamente enamorado desde que tengo cuatro años —confesó sin titubear.

Casi caigo sobre mi trasero: él...

¡Mierda!

Que estúpida había sido todo este tiempo.

Por supuesto que él ya se había enamorado. Eso explicaba la ausencia de

una novia en la actualidad.

¡Maldición!

Me había convertido en esa amiga. Ya sabes, la amiga estúpida que se enamora del imbécil de su mejor amigo.

Más cliché y mátame por favor.

## 7. ROJO POR EXCELENCIA



Me levanté y caminé hasta la cómoda, abrí el cajón superior donde estaban mis bragas de algodón —con caras de gatos estampadas en el culo— prolijamente ordenadas y cogí la pesada botella de *Coñac* que había sido un obsequio de mi padre cuando me mudé a Barcelona; mi coño golpeó la madera vitoreando que este era el momento perfecto para estrenarla. La desenrosqué con algo de esfuerzo y bebí directamente de la botella bajo la atenta mirada del maldito hombre que había destrozado mi puto corazón.

¡Mierda!

Esto ardía mucho, pero bien valía la pena.

¡Maldición!

Le di dos sorbos más antes de preguntar con voz ahogada mientras tosía un poco:

—Ena... —Tosí otra vez—. Enamorado, ¿eh?

Asintió castamente sin apartar la mirada.

—Ekaterina. —Suspiró—. Ekaterina Konstantinovka. Mi antigua mejor amiga y que ahora, se convertirá en mi cuñada. —Arrastró una pesada mano por su desordenado cabello—. Es una maldita locura.

Me paralicé: ¿cómo rayos, se tenía que reaccionar en estos momentos?

¡Maldita sea!

Estaba enamorada de este hombre: ¿cómo mierda se suponía que debía consolarlo, cuando me alegraba inmensamente que esa mujer se casara? Quién diablos sea, me estaba haciendo un enorme favor.

El siguiente trago que bebí de la botella duró un poco más.

¡Mierda!

Quería celebrar por horas mientras recogía y pegaba los pedacitos de mi

corazón. Lo sé, estos deseos me hacían una amiga de mierda, pero sí estuvieras en mis zapatos, te gustaría que invitara los chupitos mientras incendiábamos su auto.

—No sabía que estabas enamorado —argumenté casualmente, con la garganta a fuego vivo.

—Lo estoy.

Su convicción, fue como ácido vertido sobre mi pecho y la habitación empezó a girar un poco. Suspiré y caminé en línea recta —o eso esperaba— hasta la silla negra mientras aun sostenía en mi mano la pesada botella. Cuando me senté frente a él, traté de concentrarme en las buenas noticias. La única cosa que lo podía mantener físicamente lejos de mí pronto sería cosa del pasado.

¡Diablos!

Tenía que seguir brindando y festejando por ello.

—Está bien, es buen momento para que le aclares algunas cosas a tu *nueva mejor amiga*.

Sus labios se levantaron en una pequeña sonrisa; sentí mis pezones doler de necesidad. Me sentía embriagada y no, no era por el licor espeso y amargo que estaba haciendo su trabajo en mi sistema. Su mano grande acarició tiernamente mi mejilla y mi piel hormigueo de deseo: «si supieras las cosas locas que le haces no solo a mi cuerpo, sino también a mi insensato corazón, huirías despavorido de esta habitación.»

Se supone que los mejores amigos, no tenían que inspirar tus pensamientos pervertidos. Y tú, mi querido Alexey Románov, has plasmado un nuevo *Kama Sutra* en mi cabeza.

—Ella ha estado presente en nuestras vidas desde que tengo memoria. Mientras crecíamos juntos, mi atracción hacia ella también lo hacía. —Hizo una mueca—. Cuando debería verla como mi hermana pequeña, solo podía imaginarme besar su pequeña boca. —Soltó una risa desprovista de humor que bien podrían haber sido como cuchillas que cortaban mi piel—. Claro que sabía que mi hermano menor, Dmitri, también se sentía atraído por ella. He incluso una vez lo sorprendí masturbándose, mientras gemía suavemente su nombre. —Alejó su mano de mi rostro e inmediatamente sentí la pérdida en cada célula de mi cuerpo—. Y a pesar de que, a los dieciocho años fue comprometida con el hijo de un socio de sus padres... Yo... —Sus ojos se llenaron de culpabilidad—. Pensé que luego de lo que hice, ella... Bueno...

—Bueno, ¿qué...? ¿Qué hiciste, Alexey?

El miedo tomó como rehén a mi cuerpo.

Los estragos del licor haciendo maravillas nefastas en mis sentidos mientras un mal presentimiento clavaba sus garras en mi corazón. Los rusos eran despiadados, no por algo le decían el país frío, y créeme, no solo era por su extremo clima.

—¿Prometes que no se lo contarás a nadie?

Asentí, presa de los nervios.

¡Oh, ...!

—Palabras, Nina. ¡Palabras! —gruñó, mientras sus manos acunaban mi rostro y lo atraía hacia el suyo. Con esta cercanía, sentía como si mi estúpido corazón pronto saltaría desde un precipicio: y sin paracaídas.

*El condenado era un loco suicida.*

—Lo prometo —juré con una convicción que estaba lejos de ser mía.

Consideró mi respuesta y sus ojos resplandecieron cautivos de la indecisión, pronto su acalorada mirada tropezó con mis labios y yo tragué audiblemente mientras pasaba mi lengua por el reseco contorno. Soltó un suspiro y cerró los ojos, pero no me soltó ni se alejó.

La calidez burbujeante en mi coño era de tener miedo; jamás me había sentido tan excitada y abrumada y todo eso tenía que ver con mi mejor amigo y no directamente con el licor.

—Ella aborrecía la idea de casarse con aquel hombre, por lo que acudió a mi hermano en busca de «ayuda». Pero cuando él escuchó su plan, se negó rotundamente, así que me buscó y me contó lo que había planeado a hacer, y yo, yo no pude negarme. —Sus ojos azotaron los míos y lucían sobrepasados por la situación—. La amaba lo suficiente, como para renunciar a mi consciencia si eso aseguraba que la iba a tener para mí después.

Sus labios se acercaron peligrosamente a los míos y yo gemí; esto se estaba saliendo de control y todo hilo de pensamiento racional salió volando por el techo cuando al dejar escapar un inocente suspiro borracho su cálida boca descendió sobre la mía y la hizo suya. Mi corazón inmediatamente se agitó emocionado y atolondrado por la intensidad de su ataque. Gimió dentro mi boca cuando me levanté de la silla y me puse a horcajas sobre él. Me estremecí, cuando el bulto atrapado en su pantalón hizo contacto con mi necesitado núcleo; juro que mi coño hasta lloró de la emoción.

Y fue así, como la locura caprichosa se hizo con el control de mi cerebro y mis precauciones fueron aplastadas por la lujuria y malas decisiones. Por una noche —*solo una maldita noche*— quería perderme entre sus caricias y el

fuego apasionado de su beso.

No era obtusa y podía rápidamente sumar dos más dos. Este hombre — que estaba arruinando mis labios para cualquier otro hombre mientras sus codiciosas manos deshacían el pequeño nudo que aseguraba que la bata se mantuviera sobre mi desnudo cuerpo— se sentía enfurecido y lleno de odio.

De odio, dolor y resentimiento hacia una mujer que hizo que contratara a un asesino para librarse de aquel hombre y a pesar de todo, cuando el momento había llegado, no había correspondido su amor.

Un amor que yo anhelaba.

Mi mejor amigo no era tan buen hombre después de todo, pero ¿acaso eso le importaba a mi cuerpo?

Por supuesto que no.

Deseaba ser la dueña de su corazón y una parte mezquina de mí, se regocijaba en el hecho de que esta mujer lo hubiera traicionado.

Porque lo quería roto y herido, para ser la mujer que lo sanara y así se rindiera lo suficiente para enamorarse de mí.

—Nina... —Su voz era tensa mientras la bata caía lentamente de mis hombros. Suspiré cuando el frío aire acarició mis pequeños pezones y estos se hicieron guijarros.

—Alexey —suspiré, mientras le ofrecía mis pequeñas tetas para que se diera un festín.

En este punto, mi cerebro ya había sido seducido por el trago amargo y me había hecho perder la prudencia y la capacidad innata de pensar racionalmente.

Los complejos quedaron sepultados bajo la codicia desmedida de poseer un hombre que tal vez otro día pusiera reparo en quitarle la virginidad a su mejor amiga. Y, aunque una pequeña voz susurraba —con miedo de ser escuchada por la razón y que esta nos aguara los planes—, que «los rollos de una noche definitivamente destruían amistades» ignoré a mi consciencia; porque yo nunca quise ser su mejor amiga para empezar. Y cuando sus largos dedos tocaron tímidamente mi pezón izquierdo, deseché todo sentido común y me envalentoné a tomar lo que quería.

Añoraba ser esa mujer poseedora de una seguridad de aplomo, que iba tras lo que deseaba sin miedo al qué dirán o a las consecuencias. Y esta noche no iba a ser Nina, la joven demasiado flaca para lucir un vestido descotado y corto porque sus tetas eran muy pequeñas y su trasero era de pena.

A la mierda la sociedad y sus prejuicios, bien podrían irse a coger por el

culo, porque esta noche, yo sería la que jodería a Alexey Románov, el futuro mejor abogado de toda Rusia.

¡Oh, sí!

Y lo disfrutaría a lo grande.

## 8. ESA MALDITA BOCA



*Nina*

Su mano se sintió enorme cuando acunó mi seno izquierdo y su cálida boca descubrió mi pezón. Me estremecí involuntariamente y mis caderas empezaron a mecerse como si tuvieran consciencia propia mientras la bata se convertía en una pequeña pila de tela olvidada a sus pies. Me sentía frenética y quería que esta noche durase más de quince minutos; o eso era lo que me había comentado Carlota, cuando le pregunté sobre el tiempo que tomaba el acto sexual.

Yo quería que sus manos se tomaran el tiempo suficiente de acariciar mi piel, y que su boca jamás se detuviera de adorar mi feminidad. Quería atesorar este momento, en caso de que en el futuro —entiéndase a la mañana siguiente—, mi osadía acabara con nuestra amistad.

—¡Ni-na! ¡Ni-na! —Mi nombre salió entrecortado de sus labios como si fuera una plegaria rezada a un santo que no escuchaba.

Nos dio la vuelta, y él quedó sobre mí, sus labios inmediatamente arremetieron contra mis apretados pezones y mientras se turnaba para torturarlos, su mano hizo a un lado mi braga de algodón y encontró mi punto feliz. Gemí involuntariamente y su succión cobró fuerza mientras me metía un dedo profundamente y su dedo pulgar le daba un tratamiento tortuoso a mi clítoris.

Un grito ronco abandonó mi garganta cuando su largo dedo golpeó un puñado de nervios en mi interior y empecé a mecer con voluntad y decisión mis caderas porque sentía que estaba a punto de explotar en miles de fragmentos.

—¡Mierda!

Disminuí la velocidad cuando sentí que estaba *ahí*, a la distancia de un suspiro para dejarme arrastrar por la ola, pero yo quería que la primera vez que llegara al clímax con la ayuda de un hombre sea con su longitud llenándome totalmente.

—Tan caliente —Abandonó la tarea de atormentar mis pezones y me mordisqueó el cuello—. Tan... tan apretada.

Sus palabras tropezaron un poco y me pregunté por unos segundos sí esto se podría considerar violación.

Era obvio de que él estaba borracho y se sentía despechado y yo, a pesar de estar algo ebria, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Aunque claro, mis decisiones no eran las más adultas ni certeras, estaba dispuesta —llegado el momento— a culpar al alcohol y todo ese rollo que se montan los hombres para justificar sus puñeteras infidelidades. Además, hasta donde tenía entendido, él estaba soltero y yo no tenía novio o algún amigo con derecho, por lo que creo que estaba bien; en cierto aspecto. O eso fue lo que me repetí sin cansancio en la cabeza mientras mis codiciosas manos encontraban la pretina de su pantalón y empezaba a deshacer su cinturón y a desabrochar su botón.

—Nina, yo...

Hizo una pausa mientras sus ojos se encontraban con los míos y vislumbré toda la pasión enroscarse en las profundidades grises, lugar en el que yo también quería ahogarme para siempre.

—*Shhh...* —Suspiré—. Solo vamos a disfrutar. Nada más. —Le ofrecí una sonrisa sincera—. Mañana habrá tiempo para pensar en todos los «por qué» negativos y en todas las cosas positivas, ¿de acuerdo?

Asintió mientras se despojaba de su camisa, zapatos y pantalón. Mi boca se secó cuando su cuerpo sobrepasó los límites de mi imaginación. El bulto delantero en su bóxer negro se veía angustioso y necesitado y yo quería apaciguarlo; mucho.

—Nina, por favor —suplicó, recostándose sobre mí.

Fijó sus caderas entre mis piernas y nos quedamos observando unos minutos. A esta luz, se veía mucho más hermoso, pero el arrepentimiento hace mucho que se había ido de fiesta con la botella de Coñac.

—Alexey —Obligué a que el concreto en mi garganta se deslizara sin causar daños a mi voz—, confía en mí. —Acaricié su labio inferior, el mismo que me moría por mordisquear—. Por favor, somos adultos.

Su fuerza de voluntad se rompió y lentamente descendió sus labios sobre los míos; su contacto envió chispas locas a todo mi cuerpo. Luego de eso, fuimos una maraña de deseo y pasión desenfrenada, donde no había espacio para pensamientos y mucho menos para los por qué.

Cuando se alejó para ponerse de pie y quitarse el bóxer para así poder ponerse el condón que había sacado de la billetera, la realidad se estrelló contra mí: esto realmente iba a pasar.

¡Maldición!

Mis piernas temblaron descaradamente mientras mis ojos disfrutaban del espectáculo que fue verlo rodar el condón por toda su longitud. Cuando lo miré al rostro, solo enarcó una ceja en señal de interrogación y la respuesta a su pregunta tácita fue abrir aún más las piernas. Sus ojos brillaron de satisfacción cuando observaron mi coño todo húmedo por la necesidad de que lo llenara pronto. Miró hacia el techo mientras gemía roncamente, acariciaba y estiraba su falo. En este maldito punto las palabras sobran.

Se recostó sobre mí y sus manos sujetaron las mías cuando su eje se posicionó en mi entrada. El golpeteo feroz de mi corazón me había vuelto incapaz de percibir otro sonido que no fuera el de mi agitada respiración y con tuve un suspiro cuando de golpe se adueñó hasta el último gramo de mi inocencia y a cambio, me obsequiaba una experiencia diferente y resucitadora. Un momento único que esperaba y se quedará en nuestras memorias para siempre.

Al principio, sus fuertes caderas se mecieron lentamente, pero a medida que mi cuerpo lo iba aceptando, la punzada de dolor que sentía se fue desvaneciendo. No podría decirte que, si él tenía la polla enorme o de tamaño básico y funcional —gracias a mi nula experiencia con el sexo opuesto— pero, dentro de mi pequeña vagina, se sentía que estaba a segundos de partirme en dos.

Sus manos sujetaron fuertemente mis caderas y sus embistes se volvieron furiosos y fue así como mi primera vez con un hombre se convirtió en un frenesí de placer y sensaciones nunca experimentadas que explotó dentro de mi cuerpo, mientras tenía los ojos cerrados. El choque incansable de nuestros cuerpos se convirtió en la melodía perfecta para otorgarme la dicha de ser consumida por completo por el hombre del que estaba perdidamente enamorada.

—¡Mierda! —siseó y sus manos subieron a mi cintura para profundizar las estocadas. Cuando cerró sus ojos, me deleité en admirar la belleza de este

hombre y perderme en las tensas líneas que dibujaban sus anchos hombros. Me volvía loca su pecho tonificado y esas largas y musculosas piernas. Todo en él era caóticamente varonil y *sexi*.

*Todo* se sentía exquisito mientras me revolvía bajo su gran cuerpo.

Alexey era un hombre grande y para mí casi metro cincuenta y ocho, me daba la impresión de que sí él deseaba, bien podría atravesarme con su falo.

Era diminuta a su lado y eso solo le agregaba cierto poder erótico a nuestro encuentro sexual.

Sus empujes se volvieron más decididos y no necesitaba el maldito *Google* para adivinar que estaba persiguiendo su propio orgasmo. Fijé mi mirada en su rostro, el cual brillaba de sudor mientras mantenía los ojos cerrados. Quizá subestimé su estado de ebriedad, pero nada en el mundo podría alguna vez precisar, lo hermoso y doloroso que fue el instante en el que por primera vez se corrió dentro de mí y susurró:

—*Ekaterina*.

¡Oh, mierda!

## 9. ESTUPIDECES, SIGUEN SIENDO «ESTUPIDECES», AUNQUE ESTÉS ENAMORADA



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Nina*

Cuando terminé de narrar aquella desastrosa noche a mi acompañante, también le confesé que, a la mañana siguiente, mientras que mi «mejor amigo» seguía profundamente dormido, aproveché para llenar una pequeña maleta y desaparecer, dejando mi virginidad y la dignidad en el frío espacio junto de él, a lo que ella solo se limitó a fruncir el ceño sin acotar nada. La botella de vino se había acabado a la mitad de mi encuentro y ahora estaba empezando una nueva.

Este silencio iba a destrozarme mis nervios, al igual que los de mi marido cuando le detallaran lo caro que había salido este almuerzo.

—Di algo —pedí.

Nuestra comida ya estaba echada a perder, y hace tiempo que el humor se había extinguido de nuestra charla.

—Yo... —Abrió la boca y la volvió a cerrar, en su lugar, bebió un discreto sorbo de su copa—. Todo esto es tan jodido.

Asentí, porque comprendía que era mucha información para procesar en tan corto tiempo. Yo que había tenido ocho años para hacer los pases con mi «yo» joven y aun quería patearla de vez en cuando.

¡Mierda!

Admítelo, tú también querías a hacerlo.

—Escucha, no te culpo de que hayas huido a la mañana siguiente cuando al correrse pronuncio el nombre de esa mujer y, aunque él tenía el corazón roto y todo eso, considero, que fue una decisión sabia. —Sus hermosos ojos negros se estrecharon—. No obstante, yo, en tu lugar, hubiera incendiado el lugar, con él dentro, por supuesto, y de ahí hubiera desaparecido. —Su frente se llenó de líneas de expresión—. ¿Y adónde fuiste?

Suspiré.

—Tengo una vieja amiga que vive en Madrid, que ni siquiera Carlota, mi antigua mejor amiga, conoce de su existencia.

Sonreí recordando mi corta estancia en su cálida casa y lo bien que me hizo quedarme unos cuantos días mientras escuchaba atentamente las cosas que experimentó de la mano de su esposo. El mismo, que había fallecido hace unos años atrás de un fulminante ataque al corazón. Por como narraba cada historia, parecía que él aun estuviera vivo y que en cualquier momento irrumpiría en la sala solo para aclarar algún detalle burlesco de la experiencia que juntos vivieron.

*Y eso me hizo desear un amor así.*

Un amor que te hiciera brillar los ojos y hablar de aquella persona con tanta emoción como sí aun estuviera viva, aunque, tristemente, ya hubiera dejado este mundo hace mucho tiempo.

Y ambicioné eso... «*Un amor que no envejeciera.*»

Por lo que, mientras estuve allí, me arrodillé en la oscuridad de la habitación de invitados y rogué al cielo por un amor así. Supliqué cada noche de que no me permitiera cerrar mis ojos para emprender el descanso eterno sin experimentar aquello. Y esperaba con todo mi corazón, de que mis ruegos hayan sido escuchados.

—Cuando llegué a su puerta, con solo verme supo inmediatamente que mi huida de Barcelona tenía que ver directamente con un hombre.

Asintió perdida en su cabeza, donde posiblemente sus instintos de castrar a mi marido estaban vigentes y exigiendo represalias.

—¿Y qué pasó después?

Di un pequeño sorbo a mi vaso lleno con agua mineral como una excusa patética para alargar el tiempo antes de confesar.

—Era consciente de que no podía simplemente desaparecer. Por más que no lo quisiese, tenía que regresar a Barcelona y presentarme a los exámenes

finales, obtener mi título y de ahí buscarme un futuro. Pero ya sabes que ocurre muchas veces con los planes y todo eso. —Arrastré mi dedo índice por el mantel—. A veces, ni siquiera estas cerca de lo que realmente vas a hacer en esta vida cuando los planificas tan detalladamente. Es como si en tu cabeza trazaras esta línea, —Podía sentir la mirada de mi nueva amiga siguiendo el trazo que hacía mi dedo índice—, pero en la vida real, se convierte más en una curva llena de baches y pérdidas que te llevan a otro lugar. —Mi dedo se estremeció—. Un lugar donde te has perdido a ti misma y no sabes cómo recuperarte. Que hay noches donde anhelas tanto poder regresar el tiempo y quizá no bajar aquella escalinata que cambiaría toda tu vida. —Presioné con más fuerza el dedo—. Detenerte, solo un momento, en el bordillo de aquel primer escalón y pensar... ¿Esto realmente vale la pena?

Levanté la mirada para encontrarme con su mirada.

—O mejor dicho... ¿Él realmente *vale* el corazón roto?

—Dices aquello, porque te estaba esperando.

Asentí.

—Sí, pero toda la culpa de este presente se lo debo únicamente a mi mal juicio a la hora de tomar decisiones. No puedo vivir culpando a mi marido por mi desdicha, cuando desde el principio, fue abierto sobre sus sentimientos y en que se basaría nuestra relación. He ahí el pequeño favor que deseaba de mí.

Para mi desgraciada, lo que implicaba realmente mi confección hizo clic en su cabeza a la velocidad de un rayo.

—¡Oh, diablos! —Sus ojos se volvieron enormes que era casi cómico; *casi*—. El favor que quería... era de que te casaras con él —susurra una maldición, pero se recupera rápidamente—. Pero... ¿por qué?...

—Conveniencia. —Masajeé mi cabeza y cerré los ojos sin creermelo aun que se lo hubiera confesado a alguien—. Qué más daba. Ya me había confesado su pecado y ahora tenía que cargar para toda la vida conociendo su dolorosa verdad.

Me obligué a encontrarme con su decepcionada mirada.

—Me suplicó que lo perdonara por el *exabrupto* de nuestra primera vez y admitió que yo le gustaba y, pues... claro que le creí. Digo... —Suspiré—. Tenías que haberme visto como de estúpida era hace nueve años atrás. —Una risa amarga se me escapó de los labios mientras miraba fijamente los jirones de la servilla que reposaban a mi derecha—. Era como un perrito pequeño ansiando que su amo le diera un poco de atención...

¡Mierda!

Las manos me temblaban.

—¡Hey! —Su mano envolvió suavemente una de ellas. Levanté el rostro húmedo por las lágrimas que habían empezado a correr por mis pálidas mejillas—. Eres consciente, de que, a la gran mayoría de las mujeres, alguna vez en la vida nos ha pasado eso, ¿verdad? —Puso los ojos en blanco—. Es un defecto de nacimiento que viene con nosotras eso de sufrir por un infeliz, que, para empezar, no merecía nuestro amor. —Sonrió—. Así que, nada de recriminarte o culparte por decisiones estúpidas que tomaste estando enamorada. Aunque, las estupideces siguen siendo estupideces, a pesar de estar enamorada. Además, todas, absolutamente todas las mujeres, hemos hecho alguna estupidez en la vida, y deberías tenerlo siempre presente. Cuando nos enamoramos, perdemos el juicio y podemos llegar a permitir cosas realmente injustas. Cosas que aun, estando conscientes de que son una total mierda y que no las merecemos, las seguimos haciendo o peor, permitiendo e incluso, soportando por años.

Hice una mueca y ella guardó silencio por unos segundos antes de animarse a decir:

—Y después de todo este tiempo, aun sigues enamorada de él —afirmó—. Francamente, no lo entiendo, ¿cómo es eso posible? —Me dio un pequeño apretón—. No te estoy criticando o algo así, pero, hablo por mí, cuando digo, que no podría permanecer mucho tiempo a lado de un hombre que ama a otra mujer. Con el tiempo, creo que eso terminaría matándome. —Sus ojos se arrugaron como repeliendo la idea—. Todo eso sería como un intento de suicidio prolongado. Como si bebiera un poquito de cianuro todos los días con la esperanza de que un buen día esa maldita cosa me mate.

*Cuanta verdad contenían sus palabras.*

—Hemos tenido unos años buenos —justifiqué inmediatamente; porque así de idiota era—. Bueno, para serte sincera, hace un año atrás siento que quizá las cosas entre nosotros podrían dejar de ser lo que son y convertirse en algo real. Donde por primera vez, los sentimientos no son unilaterales. —Mi voz se llenó de emoción—. Tengo esperanzas, de que no sea solo mi penosa imaginación buscando motivos estúpidos para quedarse a lado de un hombre que sabe perfectamente como volver en mi contra mi cuerpo, pero que ignora por completo, el daño que me hace con su actitud. Y es que a veces, todo marcha bien, pero luego...

—Ella aparece —concluye por mí.

Asentí; de que me serviría mentir a estas alturas.

Ekaterina siempre sería parte de nuestras vidas, porque contra todo pronóstico, aún seguía felizmente casada con mi cuñado, Dmitri. Un buen hombre que estaba profundamente enamorado de la misma mujer que su hermano mayor. La diferencia, entre estos dos magníficos hombres era que, uno podía a hacerle el amor a su antojo, besarla y presumirla en público. Mientras que el otro, bullía en silencio de ganas y deseos de tener ese privilegio.

Y aunque las dudas me atormentaban, al mismo tiempo no creía capaz a mi esposo de traicionarme, porque por mucho que podría amarla, yo era su mejor amiga y jamás lastimaría mi corazón. Al menos, no lo hacía conscientemente.

Por otro lado, también tenía su palabra de nunca a hacerlo. Y tenía que confiar en ese juramento, puesto que era lo único que me mantenía cuerda.

—Y...

—Estoy embarazada. —Solté de golpe y sus ojos se abrieron en completo asombro.—. Yo... Quiero decir... Me acabo de enterar esta mañana —murmuré sintiéndome cansada.

—¿Felicitaciones? —Surgió más como pregunta.

Abrí la boca, pero levantó su mano derecha mientras recogía su copa y bebía desesperadamente un merecido trago.

Lo que daría por poder hacer eso y perderme en la neblina calmante del licor. Pero de que serviría. Sí, aunque pudiera a hacerlo, al siguiente día, despertaría aun atrapada en este mal sueño.

—Bueno, no voy a decir que estoy sorprendida —carraspeó—, ciertamente tienes ese brillo que solo se logra después de una buena follada o porque estas embarazada. En tu caso, creo que es por las dos cosas.

Mis mejillas se tornaron rojas.

—Como te dije, este último año, la esperanza resucitó en este desgastado corazón. Ha sido... «Diferente». —Sonreí pensando en mi pequeño bebé, que, aunque no había sido planeado, seguro que ya lo amaba con todo mi corazón —. Ha estado más atento y nuestro acercamiento ha sido pavimentado por detalles esporádicos y para nada esperados que desembocan en placenteras noches de sexo, donde...

—Por favor, ahórrate la explicación. —Arrugó la nariz y se removió incómoda en la silla—. Suficiente material me has dado, para jamás ver igual a mi jefe. Al menos no, dentro de unos mil años.

Empezamos a reír, aunque el peso sobre mis hombros se sentía más

pesado que nunca. Me aclaré la garganta y dije:

—Bueno, y también descubrieron otra cosa...

Me esforcé por tragar la dolorosa angustia que presionaba con odio mi garganta. Mathilde sería la primera persona en saberlo y temía su reacción.

¡Maldición!

Era mi marido quien debería estar sentado escuchando esto... Pero, en fin, mi nueva mejor amiga tendría la primicia.

La sonrisa que dibujaron sus labios era tan sincera y feliz que me odié por ser quien la marchitara.

*Por ser quien rompiera su corazón.*

—Por favor, no me digas. —Soltó una risa incrédula—. ¿Estás esperando gemelos? ¡Infiernos! Eso sí sería toda una...

—Tengo cáncer de mama. —Su sonrisa murió de golpe—. Etapa I, para ser específica, y al parecer, se está diseminando rápidamente.

El silencio que se instauró, luego de mi declaración, fue dolorosamente ensordecedor, igual al que me embargó cuando la doctora me lo confirmó esta mañana, y fue enfática al decir, que mi vida había cambiado... *Para siempre.*

Y, sin duda lo había hecho, pero no a causa del maldito cáncer. Porque para toda acción había una reacción en cadena y las consecuencias serían demoledoras, perversas y espantosas.

## 10. SEÑORAS CALAMIDADES



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Nina*

Como la situación lo ameritaba, no me quedó más opción que la de llamar a mi chofer, Ivank, para que me ayudara a sacar del restaurant a una muy borracha y desecha Mathilde. Esta mañana ya había tenido el tiempo suficiente para llorar por las noticias que cambiaron mi perspectiva sobre la vida, por lo que no la acompañé en su diluvio.

Luego tendría tiempo más que suficiente para llorar todo lo que quisiese.

Durante el largo trayecto de regreso a casa me sentí desecha por la tristeza que embargó a mi nueva amiga. Aún tenía vivo el momento en el que se derrumbó y lloró mientras maldecía a la vida por ser tan cruel conmigo. Quizá fue la manera en cómo se lo confesé que ni siquiera se atrevió a preguntar sí se trataba de una broma y asumió inmediatamente que decía la verdad.

Que no era una *puta* mentira, porque en esta vida de mierda, nadie bromearía con algo así.

Y aunque ella estaba muy molesta, yo, por otro lado, no podía enojarme con nadie, solo eran las cartas que el destino me había tirado a la cara y ahora, tenía que aprender a jugar con ellas.

Apenas y estaba en etapa I, aun se podía hacer muchas cosas; cosas que esperaba y no pusieran en riesgo la vida de mi hijo o hija. Tenía dieciséis

semanas de gestación; demasiado avanzado para sugerirme un aborto por ética, pero no el suficiente como para no considerarlo.

—¿Dónde estabas? —Su profunda voz erizó mi piel.

¡Mierda!

Ni siquiera me había percatado de que tenía compañía.

—Fui almorzar —logré contestar sin que me temblara la voz.

Abrió la mampara de vidrio templado e ingresó, pronto el rocío de agua que caía sobre nuestras cabezas lo empapó completamente, y su firme cuerpo que destilaba agua rozó el mío.

No iba mentirte y decir que luego de nueve años me había vuelto inmune a su cercanía y más aún cuando olía exquisito. Su voz siempre sería mi perdición, pero no más que su cálido y embriagante aroma.

Sus manos grandes y ásperas sujetaron mi cintura y me atrajeron hacia él. Suspiré audiblemente cuando mi espalda golpeó suavemente su ejercitado pecho mientras su caliente boca besaba y arañaba con los dientes una pequeña parte de mi cuello.

Era consciente de que dejaría una pequeña marca; pero no me importaba. En todo este tiempo, no era raro descubrir ciertos mordiscos en la piel de mi cuello o pecho; creo que ese era su fetiche. Sí es que acaso mi marido tenía uno.

Al llegar a nuestra casa de piedra rojiza ubicada en una zona exclusiva de Moscú, me desvestí y me metí directamente en el baño. Y aunque estaba dolorosamente consciente de que a esta hora él debía de estar ejercitándose en el pequeño gimnasio que estaba ubicado en la parte trasera de la casa, deseché la idea de irlo a saludar. Aun dolía saber que había estado encerrado por más de cuatro horas con su cuñada y que había olvidado de nuestra cita para almorzar.

¡Maldita sea!

Era el puto «San Valentín» y yo era la persona con quien debió pasar más de cuatro horas encerrado en su despacho. Y sí, seguía molesta, porque su falta de criterio se había llevado mi oportunidad de contarle las buenas y no tan gratas noticias. Ahora, tenía que encontrar otro momento para hacerlo; un momento que fuera ideal. Y así como el guardar secretos se me daba de pena, ya te puedes imaginar lo torpe que era cuando se trataba de buscar momentos adecuados.

—Un almuerzo que involucraba a mi asistente. —No era una pregunta—. Una asistente, que, por correo electrónico me notificó, que estaría ausente dos

días, por un raro caso de *indigestión*. Cosa curiosa, porque esta mañana me pareció verla muy saludable. —Gruñó—. ¿Tienes idea de lo que pudo contraer durante su improvisado almuerzo?

Mi respuesta fue brotar el trasero y restregárselo contra la polla dura e hinchada que apuñalaba mi espalda baja; soltó un profundo gemido.

—Nina... —Advirtió.

—Alexey...—gemí sin aliento mientras sus manos acariciaban mis pezones. Suspiré audiblemente cuando sus manos descendieron lentamente hasta quedarse sobre mi vientre. Un vientre que albergaba a nuestro bebé; un hermoso hijo que habíamos creado y que vendría a unir nuestras almas para siempre.

Tenía la fe puesta, en que nuestro pequeño bebé vendría y abriría esa pesada coraza del hombre que sabía que se ocultaba bajo la fachada de seriedad y buenos modales. Y algo me decía que seríamos unos buenos padres.

*Los mejores.*

Amaba tanto a nuestro bebé que no podía renunciar a él o ella por puro capricho de una enfermedad que había escogido un mal momento para aparecer en mi vida. Quizá su propósito era de arrebatarme todo, pero yo lucharía con uñas y dientes y la vencería. Este embarazo había llegado para renovar mis ganas de vivir; de amar a la vida y de sentirme agradecida.

Me estremecí cuando colocó correctamente su longitud en la entrada de mi coño he hizo su lento ingreso mientras su pecho retenía la respiración. Cuando su pelvis golpeó mi trasero, dejé escapar una maldición.

¡Mierda!

Esta posición siempre sería una de mis favoritas, porque me daba la oportunidad de sentirlo en partes que me estimulaban de tal manera que el orgasmo era diez veces más intenso. No me malinterpretes, adoraba a hacer el amor con él mirándonos a los ojos, pero no me quejaba del sexo rudo y salvaje que me hacía experimentar cuando me tomaba por detrás. Como ahora; esto sería rápido y sin tapujos.

Intenso y lleno de descontrol; como nos gustaba.

—Alguien me ha extrañado —gruñó en mi oído, mientras se volvía a hundir hasta la empuñadura.

Oculté una sonrisa mientras su polla retrocedía dentro de mi canal. La humedad que lo acogía era producto de su aroma, pero jamás se lo diría. Suficiente poder tenía sobre mí, como para darle un arma blanca.

—¿Qué espera señor Románov para follar de una maldita vez a su mujer?

—exigí.

Su empujé me hizo estrellar las manos contra el azulejo que decoraba el lujoso interior. Se me escapó un largo y ronco gemido cuando sus caderas iniciaron aquel tortuoso baile que me tenía rogando ruidosamente.

—Así es como lo quiere, ¿verdad? —Sus dientes arañaron mi oreja.

—¡Más fuerte! —clamé dejando caer mi cabeza hacia atrás.

Su mano derecha empujó duramente mi espalda hacia adelante mientras la izquierda me urgía a que me parara de puntilla para ayudarlo a lograr un mejor ángulo.

En estos momentos era cuando odiaba mi estatura. Sería perfecto sí solo midiera unos veinte centímetros más. No era exigente, con unos diez centímetros más me las podría arreglar, lo juro...

—Estuve esperando tu llamada y jamás llegó. —Bramó enojado, y sus manos hicieron presión demostrando lo descontento que estaba.

La ira que salía de su cuerpo no era para tomarla a la ligera.

Alexey podría no amarme como me gustaría, pero entre los cambios que había empezado a notar en estos últimos meses, destacaba esta urgencia de saber dónde estaba las veinticuatro horas del día. No iba a mentirte, se sentía bien saber que ahora se preocupaba por mí, dado que, en los primeros cinco años de matrimonio, dolorosamente, era como si le daba igual donde estaba, o con *quién*. Y a pesar de la calidez que acogió mi corazón por sus despiadados celos, la punzada que siempre me mantenía en vigilia me recordó despiadadamente el *por qué* no lo llamé.

—No quería interrumpir...

Jadeé audiblemente cuando su polla hizo un lento barrido desde mi interior para segundos después estrellarse en mi interior con tanta fuerza que se sintió como sí me estuviera castigando. Y, de hecho, eso era lo que precisamente estaba haciendo.

Conocía tanto a este hombre que sabía que una de las cosas que más detestaba en la vida, era sentirse preocupado o angustiado por otra persona, y yo hoy, con mi acto de desaparición, lo había hecho.

Y por mí... *perfecto*, porque eso nos hacía dos personas enojadas teniendo sexo.

—¿Interrumpir? —Su mano izquierda agarró mi seno derecho e hice una mueca; ese era el que estaba comprometido con la enfermedad, pero no dije nada. Dejé que lo amasara como le gustaba mientras sus fuertes piernas lo impulsaban hacia arriba logrando que mis dedos se apretaran contra la pared.

Mi centro se estremeció disfrutando de la urgencia de alcanzar las luces que se hallaban a solo dos o tres empujes de distancia.

¡Una completa delicia!

—Fui... —medité brevemente sobre como exponer el hecho de que me enojaba en sobre manera su constante encierro cada vez que llegaba su cuñada, pero sus implacables empujes me tenían perdiendo el hilo de mis pensamientos, por lo que busqué una salida rápida, limpia y segura—. Pero estabas ocupado.

Se paralizó por completo.

No emitió ningún sonido mientras retiraba su longitud de mi interior, pero mi coño se apretó, rehusándose a perderlo.

¡Mierda!

Estaba a punto de correrme violentamente, pero tuve que abrir la boca. Sus fuertes manos sujetaron firmemente mis hombros y trataron de forzar a que me diera la vuelta, pero me resistí; era consciente de que estaba llorando.

—Nina...

Pero me rehusé a mirarlo a los ojos.

Rápidamente abrí la mampara de vidrio y abandoné toda esperanza de que este día, no sería tan funesto como todos los que le habían antecedido, pero la esperanza era como el agua que caía sobre nosotros y que desaparecía directamente por el desagüe.

De camino a nuestra habitación cogí una esponjosa toalla azul (que le pertenecía) y la usé para cubrir mi desnudez. Eran estos momentos cuando mis inseguridades afloraban y me pateaban muy duro el trasero. Trasero que obviamente era escaso y que iba a cambiar considerablemente por la enfermedad.

¡Diablos!

Mi físico en general iba a verse afectado por todo el tratamiento, y ni hablar por el embarazo.

Desaparecí en la habitación, consciente de la intensa mirada que quemaba la parte trasera de mi cuello. La misma que sin desearlo, apretaba la gruesa soga que tenía rodeado a mi corazón. Y las esperanzas, que habían resucitado esta mañana con la noticia de nuestro hijo, agonizaban con cada paso que daba para alejarme de él.

Con esto sucediendo entre nosotros, era por lo que había decidido no enfrentarlo. A pesar de todo, no quería mirarlo a los ojos y sentir que estaba haciendo las cosas mal. Porque, ¿cómo se puede amar de esta manera y no

perder la dignidad?

Por favor, dime... *¿cómo?*

Porque desde donde estaba parada, se sentía como si estuviese dando vueltas en una habitación de cuatro paredes. Paredes que estaban desastrosamente manchadas de sueños rotos, besos robados y lágrimas perdidas que gritaban hasta el hastío que siempre sería una fea sustituta.

*Y que su corazón jamás sería mío.*

Me sentía como si estuviera frente a un callejón sin salida mientras me permitía considerar lo que me provocaría más agonía, ¿sí seguir conformándome con sus migajas, o verlo partir para siempre de mi lado?

Suspiré porque sentía que era un cincuenta/cincuenta, y este catorce de febrero solo me había probado, que las cosas aparentemente jamás iban a cambiar. Siquiera comprendía cómo es que esta mañana había creído que todo sería diferente.

Juro que, sí pudiera, patearía en los malditos huevos al infeliz de cupido.

Porque todo esto era su maldita culpa; muy bien estaba sin conocer a Alexey Ivánov.

*Y perfectamente sin saber... como se sentía su boca arañando mi piel.*

## 11. ÉRASE UNA VEZ...



*Siete años antes.*  
*14 de febrero, 2006*  
*Barcelona – España*  
*Nina*

Aquel *tictac* que sonaba en mi cabeza me iba a enfermar. Y me dolía el estómago por la fuerza nerviosa que crepitaba a nuestro alrededor. Su sonrisa siempre sería la cosa más hermosa que recordaría, pero en este momento, solo deseaba tener algo pesado en la mano para golpearla fuera de su rostro.

¡Mierda!

—Creo que es justo decir, que ha sido un año... *Interesante*. Tal vez son los nervios, ¿verdad? —Su risueña declaración provocó algunas risas nerviosas a nuestro alrededor.

Había notado como siempre utilizaba aquel término cuando se refería a algo relacionado estrictamente conmigo.

Había sido esta misma mañana, que mientras me arreglaba para ir al trabajo, me había mirado concienzudamente en el espejo mientras repetía una y otra vez que esta relación era «perfecta», por lo que debería estar cantando el puto *sí*, pero mi boca se rehusaba a obedecerme.

¡Maldición!

—¿Nina?

—Yo... —Miré a nuestro alrededor buscando un escape, pero no era

como que alguien viniese en helicóptero para salvarme de contestar. Reconozco que fue un movimiento astuto en hacer esta locura en la azotea de su edificio, porque no tenía donde huir; a menos que decidiera saltar al vacío.

*¡Maldita sea!*

Las miradas felices de los asistentes se trasformaron en ceños fruncidos acompañados de miradas curiosas y preocupadas. Tenía ganas de vomitar, y no era por el maldito vino espumoso de color rosa que me acababa de beber apresuradamente mientras lo veía inclinarse sobre su rodilla derecha y sacar una puta cajita de terciopelo negro de su saco. Al abrir la maldita caja, el brillo del condenado anillo casi destrozó mis retinas.

¿Acaso y este hombre me conocía —aunque sea— un poco?

¿Cómo diablos podría olvidar que odiaba fervientemente ser el centro de atención?

¡Mierda!

Sentí el sudor perlar mi frente y los nervios acribillaron mis piernas porque hasta los meseros habían dejado sus actividades para quedarse momentáneamente petrificados observando el maldito dilema.

¿Dirá que sí?

¿Dirá que no?

¿Saltará por la barandilla?

¿Vomitará al novio?

¡Diablos!

Mi mano izquierda —que era la que él tenía firmemente sostenida— me sudaba profusamente; y estaba consciente de que él lo notaba. Frunció el ceño mientras miraba brevemente mi temblorosa antes de regresar a mis ojos.

¡Mierda!

*¡No me mires así!*

—¿Me harías el honor de ser mi mujer? —Apretó el agarre sobre mi mano haciéndome entender la indirecta: *¡No me falles!* —. Nina Notovitch, me harías el hombre más feliz mundo y... ¿te casarías conmigo?

El pequeño temblor en su voz envió una punzada de culpabilidad a mi corazón lo que ayudó a que olvidara momentáneamente todo lo incómodo sobre de esta situación y me concentrara en las piscinas grises que me miraban con temor, pero con un matiz de confianza que entretejía todos los destellos de mis sueños estúpidos de ser su esposa. Me conocía, y lo peor, es que sabía lo perdidamente enamorada que estaba de él.

—Sí. —Forcé una sonrisa estúpida porque lo de «enamorada» me salía

sin problema—. *Acepto.*

Exhaló un suspiro mientras se levantaba del piso —olvidando colocarme el ostentoso anillo en el dedo anular— y te juro que, jamás en la vida me había sentido más aliviada.

Sinceramente, esperaba que aquel «mastodonte», solo hubiera sido para el *espectáculo* y que un anillo mucho más sencillo me estuviese esperando en el apartamento.

Mis pensamientos perdieron su cauce cuando me recogió entre sus brazos —su delicioso aroma reviviendo mis desahuciados pulmones— y nos hizo girar mientras la sala entera de invitados (que solo se trataba de nuestras familias y amigos más cercanos) estallaba en aplausos, risas, abrazos y voces que gritaban muchas veces: «¡Vivan los novios!

*¡Vivan los novios!*

Y a pesar de que este debería ser el día más feliz de mi vida — ¡Maldición!, me iba a casar con el hombre que amaba— eran aquellos penetrantes y risueños ojos verdes y sonrisa preciosa que me robaba la tranquilidad y las ganas de celebrar. Pues no era una sonrisa sincera de felicitaciones, sino una cargada de placer y que solo se te dibujaba en el rostro cuando habías disfrutado de un buen espectáculo.

Mi corazón trastabilló indefenso, superado por la situación, porque, aunque doliera admitirlo, eso era lo que en realidad representaba toda esta maraña orquestada: solo un espectáculo para ocultar que el hombre que me sostenía firmemente entre sus brazos y que daba la ilusión de ser un novio feliz y enamorado, había padecido un infierno hace poco menos de dos meses atrás durante el matrimonio de su hermano con la mujer que él también amaba.

Ekaterina lucía despampanante ataviada con un hermoso vestido negro que hacía lucir impecable su piel de porcelana y que delineaba perfectamente su figura. La maldita tenía unas curvas decentes, tampoco era como para detener el tráfico, pero sí las adecuadas para su contextura y altura —que rozaba casi el metro ochenta y que se acercaba peligrosamente a la estatura de mi prometido— ciertamente era un ocho a mi lado.

*¡Gracias a Dios!*

No sabría cómo me sentiría si la maldita fuera un diez.

Abrazada al costado de mi futuro cuñado, me obsequió la sonrisa más condescendiente y pedante que logró invocar mientras inclinaba en mi dirección la copa llena de vino espumoso.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—Gracias —susurró suavemente —mi guapo mejor amigo/prometido—  
en mi oído y yo lo estreché entre mis brazos.

—Te amo, Alexey —mi voz salió temblorosa, porque estaba realmente  
asustada de lo que esa sonrisa significaba, y la pausa que le siguió a mi  
confesión no hizo nada por calmar mi perturbado corazón. Mis manos se  
apretaron en su cuello como queriendo hablar con su alma.

*¡Por favor, ámanos como merecemos, Alexey!*

—Lo sé.

Él tiempo probaría que, de hecho, así era. Él estaba absolutamente  
consciente de eso y fue por eso, por lo que hizo lo que *quiso*.

¡Maldita sea!

## 12. UN BESO NO BORRA UNA MENTIRA



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Moscú – Rusia*

*Alexey Románov*

**N**ina Notovitch, era una contradicción con curvas casi inexistentes y rostro de ángel. Me había tomado casi ocho años sacar la cabeza del trasero y entender mi error, *o mi suerte*. Y en alguna parte, le debía un gran favor a alguien, porque mi esposa era simplemente... Diferente.

*Interesante.*

Pero en el buen sentido.

*Siempre en el buen sentido.*

Su largo cabello rubio y penetrantes ojos marrones —los mismos que eran como dos mágicos luceros invitándome a poseerla hasta arruinarla para otro hombre— era su cualidad más destacable, mientras que sus apetitosos labios me tenían rememorando una y otra vez el día en que nos conocimos; no tan fortuito como ha creído ingenuamente todo este tiempo.

Estoy seguro de que piensa que soy un hombre frío, pero debería conocerme mejor, después de todo... Es mi mujer.

Mi esposa.

*Mi mejor amiga.*

Y ella debería suponer que hecho cosas malas —*muy malas*— que puede que quizá nunca me perdone; no cuando ni yo sabía cómo empezar a suplicar

perdón.

¡Maldición!

Apoyé la frente suavemente contra la puerta que la ocultaba de mí; que la protegía de este hombre que había sido demasiado arrogante y estúpido para ver la verdadera *bendición* que era el tener a una mujer que impactaba y sobresalía más con su personalidad, que con su apariencia física.

Era un hecho que mi mujer no era una maldita super modelo.

Y en este punto, era imposible mentirte para tratar de ganar tu corazón cuando al final, era probable que quisieras arrancarme la polla. Por lo que solo me me limitaré a confesarte que, efectivamente a los hombres —en general— nos atraían las mujeres voluptuosas, y eso no era precisamente algo malo.

¡Mierda!

*Por supuesto que no tenía nada de malo.*

Pero la polla se me ponía dura con solo imaginarla a gatas rogando que devorara su coño. Confieso, que al principio fue algo caótico y difícil de comprender —o de aceptar— para mi cabeza, que, de alguna manera en estos años, ella le había enseñado a mi cuerpo a deleitarse en acariciar sus pequeños senos mientras disfrutaba de sus delicadas curvas. Y lo que había empezado como algo de «conveniencia» se había convertido en esta bola gigante de mentiras que temía, un día explotaría y se llevaría consigo a Nina.

*Mi Nina.*

Y hoy, de entre tantos días, la había cagado.

Ella había ido a la oficina; lo sabía.

No gracias a su esquivada admisión cuando la interrogué, sino porque varias personas me comentaron haberla visto saliendo de mi edificio en compañía de mi asistente el momento exacto en el que estaba reunido con Ekaterina: mi cuñada. Una mujer que tenía el infierno ganado al igual que yo.

Un pesado suspiro escapó de mis labios mientras frotaba mi pecho que había empezado a doler insoportablemente. El matrimonio ciertamente era complicado. Pero, es que ese era el detalle, me había casado con una mujer que, en lugar de complicarlo, hacía que todo pareciera que tuviera una obvia solución y que era en vano frustrarse por cosas que no podías cambiar.

Me gustaría pensar que mis pecados tenían absolución, pero eso era como tirarles perlas a los cerdos y esperar que ellos te devolvieran un hermoso y brillante collar.

Era consciente de que la suerte de que ella durmiera en mi cama y no en

la de otro maldito afortunado, era sencillamente de plantearse sí la vida me había hecho un enorme favor o la había desgraciado sin contemplaciones permitiendo mi intromisión en su idílico futuro.

Y con todo eso en mi contra, a estas alturas, era en vano tratar de limpiar mi consciencia.

*«Los pecadores, seguimos siendo pecadores, aun cuando un ángel bese nuestros labios».*

Esa era la *máxima* que había inventado, cuando trataba de definir lo que realmente significaba para mí Nina.

Porque en el amor todo era blanco o negro; no existían áreas grises donde refugiarse para justificar los maltratos o desplantes. E ignoraba, sí mi mujer era consciente —como lo era yo— de que ella había creado aquella área en nuestra relación.

*Los pecadores, seguimos siendo pecadores...*

Mi mano se siente pesada mientras la fijo con fuerza sobre el pomo de la puerta y esta cruje al abrirse, la penumbra es ligera gracias a la luz que se filtra por la ancha hendidura inferior de la puerta del baño que está cerrada. Todas las puertas tenían esa peculiar característica, por la recomendación específica que le hice al arquitecto cuando me presentó los planos para construir esta casa. Y lo hice por ella, por aquel miedo feroz que le tiene a la oscuridad y por, sobre todo, porque en ese momento pensé, que era lo menos que podía hacer luego de que aceptara casarse con un hombre que tenía suficientes demonios para no dejarla dormir nunca; o al menos, hasta que siguiera casada conmigo.

Secretamente anhelaba que esos mismos demonios murieran conmigo en mi lecho de muerte antes de que pudieran alcanzarla. Porque sí lo hacían, iba a perder algo invaluable, que ni volviendo a nacer podría pedir merecer.

—Nina, tenemos que hablar —mi voz salió ronca y amenazante.

Hice una mueca; por una maldita vez en la vida, me gustaría poder dirigirme a ella sin demandas; o, sin parecer que me irritara en sobremanera conversar con ella.

Porque no era así, yo amaba escuchar su voz ronca.

Su falta de respuesta no me sorprendió. A pesar de ello, sabía que estaba despierta, porque Nina es esa clase de mujer. Ya sabes, la *clase* de mujer que cuando discute con su esposo: medita, llora, maldice y luego, descubre que el *amor* que siente por el infeliz que puso un maldito anillo en su dedo anular es mucho más grande que su disgusto y le concede su gracia redentora; aunque el

maldito no se lo mereciera. Y ese era el tipo de mujer... por las que indudablemente valía la pena luchar.

*A las que valía la pena amar...*

Por la que valía la pena romperse el lomo trabajando para luego de un largo día llegar a casa para disfrutar de la delicia que escondía entre sus piernas. Y aunque sé que debería renunciar a ella —porque mis actos han demostrado que soy cretino—, soy incapaz de dejarla ir. De expulsarla de mi lado para que encuentre a un hombre que realmente la merezca.

Sería conveniente que agregues «despreciable egoísta» a mi larga lista de defectos que en breves minutos empezaras a hacer.

Cerré la puerta tras de mí, y caminé hasta la cama; mi mujer lucía hermosa recostada bocarriba y con los ojos fuertemente cerrados; su ceño estaba fruncido por el esfuerzo que le suponía el tratar de ignorarme.

¡Oh, mi Nina!

*Mira lo que me has permitido hacerte.*

—Entiendo que debes estar enojada, imaginando las cosas que crees que estaba haciendo, por ello, quisiera que me disculparas...

—Ahórrate tus disculpas, Alexey —susurró—. No cuentan cuando no son sinceras.

Su declaración rozó mi corazón como un cuchillo afilado.

—¿Y quién asegura que no lo son? —pregunté suavemente en la quietud de una habitación que me gritaba que no era bienvenido.

Me premió con su silencio.

—Ignorarme no va a solucionar nada —insistí.

—¿Y qué te hace pensar, de que quiero solucionar algo? —refutó.

Sus palabras dolieron.

—En ese caso, conozco la manera perfecta en la que puedes castigarme por lo que sea que creas que he hecho mal.

Esperaba que mi descuido plan diera resultado, porque no soportaría dormir una noche sin ella a mi lado; no cuando ya había desperdiciado muchas lunas suspirando por otra mujer.

Una mujer que ahora me gustaría borrar de mi vida.

## 13. AMOR, TRAICIÓN Y LÁGRIMAS



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Moscú – Rusia*

*Alexey Románov*

Subí a la cama sin esperar su consentimiento y me acomodé sobre ella de tal manera que mi cuerpo se presionaba en los lugares correctos a pesar de que la sabana la estaba cubriendo. Mi polla inmediatamente se despertó, consciente de ella se hallaba desnuda bajo la fina tela.

Porque, así como me había confesado sobre su miedo a la oscuridad, también lo había hecho con aquella «peculiaridad» al dormir.

Sin perder tiempo, deposité un casto beso en su frente y esperé a que el perfume que me había rociado sobre mi cuerpo al salir de la ducha hiciera su trabajo y debilitara su fuerza de voluntad.

*Que la sedujera.*

Quizás ella no lo recordase, pero hace cinco años atrás se embriagó el día de su cumpleaños y me confesó alegremente lo mucho que mi perfume debilitaba su resolución cuando se trataba de estar enojada y permanecer alejada de mí, por lo que, desde ese entonces, siempre procuraba rociarme un poco antes de acostarme junto a ella cada noche. Y realmente esperaba que, en estos momentos, aquella debilidad jugara a mi favor y no en mi contra, porque las ganas de a hacerle el amor me tenían a punto de perder la maldita razón.

—¿Qué voy a hacer contigo? —gimió al sentir mi longitud presionar con

fuerza su estómago.

—Nada —respondí desafiante, mientras mis ásperas manos buscaban una entrada alternativa a su cuerpo. Cuando la descubrieron, se deshicieron rápidamente de la sabana y su delicado cuerpo pronto quedó a mi merced.

¡Exquisita!

—Creo que te debo un orgasmo.

—Me debes más que eso, y lo sabes.

Su declaración se sintió como un veneno incrustado de diamantes que se clavó como una estaca filosa en mi corazón; cuanta verdad había en aquellas palabras, que era angustiante no tener *las bolas* para confesarle mis pecados, para que así ella, pudiera borrarlos con sus besos.

Sí los supieras, *¿me perdonarías, mi cielo?*

—Lo siento —susurré con voz ahogada y realmente esperaba que supiera que lo decía en serio.

Besé suavemente su clavícula mientras imaginaba que era corazón. Un corazón que había sido lastimado innumerable cantidad de veces por mis estúpidas acciones.

—Siento tanto ser un estúpido y lastimarte, aun cuando no es mi intención hacerlo. —Busqué sus ojos con la intención de que viera la sinceridad dibujada en mi mirada.

—Juro que hay días, donde se siente todo lo contrario —aseguró, desviando la mirada.

Con un ágil movimiento la coloqué sobre mí. Su largo cabello era un revoltijo que la hace lucir *sexi* y despreocupada. Y esta noche quería que se sintiera poderosa, en vista de que era un completo idiota cuando se trataba de expresar mis sentimientos a esta mujer.

Porque para conquistar a esta mujer no había jarrones llenos de flores caras que la pudieran comprar. O joyas extravagantes que hicieran doblar sus rodillas.

*Ella era tan «interesante» ...*

Confieso que al principio odiaba que fuera tan distinta a la mujer con la que soñaba en ese entonces, pero ahora, me sentía agradecido de que su esencia siguiera viva, a pesar de que le había dado innumerables razones para mitigarla.

Razones para volverse de piedra.

*Motivos suficientes para ya no amarme.*

Mi corazón enloqueció cuando sus hermosos ojos lucharon contra ese

extraño *tic* que hacía inconscientemente cuando estaba a punto de llorar, pero como era obstinada decidía aferrarse a muerte para que estas no aparecieran; aunque siempre perdía.

—No llores —supliqué.

—¿Cómo sabes que voy a llorar? —Arrugó su nariz—. ¿Eres algún tipo de mago o qué? —Guardé silencio y ella suspiró—. Un día tendrás que decirme cómo es que siempre sabes cuando voy a hacerlo —susurró.

—Prometo que un día te lo diré. —Juré sin apartar la mirada de la suya—. Mientras tanto, me gusta la idea de que sigas pensando que soy algún tipo de mago. Es *sexi* que tu esposa crea que puedes a hacer magia.

—Pero es que sí haces magia.

Suspiré profundamente cuando mi mujer tomó la venganza en sus manos y restregó con ímpetu su coño contra mi necesitado bulto.

—No es justo. —ahogó un gemido—. Sabes que el sexo es mi debilidad.

—¿Y acaso no es el de todos? —gruñí y me senté mientras le agarraba el cabello y le daba un tirón hacia atrás. Mis labios encontraron su cuello y empecé a besarlo apasionadamente como si fuera su deliciosa boca. Mi polla se sacudió exigiendo que la liberara, pero pronto descubriría que esta noche no era sobre nosotros.

*Con Nina nunca se trataba sobre nosotros.*

Sus pequeñas manos sujetaron mis hombros con urgencia, mientras mi boca hacía el descenso hasta sus sensibles pezones para brindarles deliciosas atenciones. La succión que ejercí sobre su pezón izquierdo fue fuerte y decidida lo que hizo que sus caderas se sacudieran en busca de una liberación. Mis caderas responden el ataque poseídas por mi longitud enfurecida.

Era una locura total, pero estábamos follando en seco y era igual de excitante y estimulante como el real. Porque con Nina el sexo podía significar muchas cosas; cosas que el dinero jamás podría comprar.

—¿Quieres mi polla? —Gemí preso de mi propia provocación—. Porque para que eso ocurra quiero oírte suplicar que te la meta sin compasión.

—Sí... —aulló débilmente poseída por la fricción de nuestros cuerpos.

—*более сильный!* (¡Más fuerte!) —exigí en ruso. Consciente de que mi acento y lengua materna la enloquecía.

—Sí —gritó cuando pellizqué su pezón izquierdo.

Mi mano derecha reforzó el agarre en su largo cabello y le di otro tirón más fuerte para que adoptara un nuevo ángulo y este permitiera a mis codiciosos labios tomar turnos para atormentar sus deliciosos pezones. Era

embriagador escuchar sus necesitados gemidos y sonidos de siseos que hacía cada vez que mi lengua acaricia solo la punta de sus guijarros.

Quién diría que me volvería amante a las tetas pequeñas.

—¡Alexey, por favor, méteme tu polla y hazme el amor de una maldita vez!

—rugió enojada cuando se le hizo complicado soportar por más tiempo el despiadado asalto a sus pezones.

Mi mano buscó a tienta entre nosotros al mismo tiempo que ella levantaba sus caderas para darme el acceso que necesitaba para liberar mi polla; en estos momentos me sentía totalmente dichoso de que mi mujer aborreciera dormir con ropa.

*Gracias a los malditos dioses por ello.*

Con mi mano derecha sostuve en alto mi falo mientras que con la izquierda empecé a guiar sus caderas para que hicieran el descenso perfecto y así me permitieran hundirme hasta la empuñadura. Se me escapó una maldición cuando de un firme movimiento su delicioso calor me recibió.

*¡Maldita sea!*

Mis entrañas se agitaron como locas cuando sus labios chocaron con mi boca y empezó a hacerle el amor como solo ella era capaz de hacerlo. Cuando sus labios dejaron libres los míos y se trasladó a chuparme con fuerza el cuello, dejé escapar un intenso jadeo deseando que me dejara una marca.

*Que me reclamara como suyo.*

Porque en el fondo siempre había sido de ella. Como ella siempre sería mía, y era por eso por lo que amaba dejar pequeñas marcas por todo su cuerpo, porque ambicionaba en secreto que jamás olvidara al hombre que las había puesto ahí.

No quería que me olvidara y trataría en lo posible de que jamás lo hiciera.

¡Diablos!

Sus dientes rastrillaron mi garganta robándome gemidos que le pertenecían a un completo lunático. Mi polla se hinchó dolorosamente en su canal gracias al baile erótico de sus caderas. El premio estaba a la distancia de un beso y ella me estaba llevando de la mano. Porque así de generosa era esta mujer.

Y como te dije, ella era de ese tipo de mujer... *como tú.*

Una mujer buena.

Y adoraba brutalmente lo que su cuerpo era capaz de hacer cuando me cabalgaba violentamente. Y es que gracias a esta posición cada puto empuje se

sentía más intenso que me hacía experimentar una maldita ansiedad demoledora que desembocaba en el ferviente deseo de vivir para siempre, acobijado por su prieto calor.

Su torpeza y falta de ritmo solo me volvía más exigente cada vez que hacíamos el amor, porque era como ver un puto eclipse. Una mujer distinta salía de las penumbras y podías ver que esta era fuerte y hermosa y que no se arrepentía de tomar lo que quería; lo que merecía.

Esta era la Nina de la que me había enamorado.

*La que me había hechizado.*

— *¡дерьмо!* (¡Mierda!) —siseé cayendo hacia atrás, sobre el colchón poseído por mis pensamientos de dejarle una marca permanente en su cuerpo. Inmediatamente apoyó sus manos contra el cabecero de la cama mientras lo usaba como soporte para volverse salvaje sobre mí. Segundos después, se recostó un poco sobre mí, para empezar a besar y atormentar mis pezones con su cálida lengua mientras sus caderas se restregaban, subían y bajaban en un despiadado frenesí que me tenía embriagado.

¡Oh, maldición!

Sabía que en esta posición mi polla se sentía mucho más grande dentro de ella y por la misma belleza de que mi mujer era tan delgada y pequeña, el orgasmo le era mucho más sencillo alcanzar gracias a la fricción que hacía al levantar y golpear su pequeño manojito de nervios contra mi pelvis.

Y, aunque jamás lo admitiese, esta era su posición sexual favorita cuando estaba enojada conmigo. Pues de esta manera, era capaz de conseguir todos los orgasmos que quisiese, mientras que yo, tenía que esperar mi turno para perseguir el mío. Lo que tampoco lo hacía un sacrificio, considerando que era todo un espectáculo observarla tomar lo que quería, que valía la pena las bolas azules y el dolor de espalda al día siguiente.

A sus veintinueve años Nina, gozaba de un buen estado físico, contrario a mí, que tenía que mantenerlo a costa de largas horas en el gimnasio. Con mis treinta y nueve ya cumplidos y acercándome a los temibles cuarenta, me preocupaba un día no ser capaz de seguirle el ritmo a esta mujer.

¡Mierda!

Mis pensamientos se entorpecieron cuando golpeé su punto feliz y el calor delicioso de su centro se desprendió, al mismo tiempo que hacía una tortuosa presión entorno a mi eje.

¡Maldita sea!

Mis bolas se apretaron deseando liberarse y llenar su coño con mi espesa

semilla, pero obligué a mi cerebro imaginar a la madre de Nina desnuda, para que así las malditas pudieran ceder un poco. Mi mujer aún no había alcanzado las alturas y después del día de mierda que la había hecho pasar, no iba a robarle su retribución.

Se volvió más ruidosa a medida que mis estocadas se hicieron urgentes y sus movimientos robaron un largo siseo de mis labios cuando a sus manos las remplazaron sus dientes y estos pellizcaron mis pezones; su vulva se contrajo de manera celestial lo que me hizo maldecir otra vez en ruso.

¡Maldita sea!

Esta mujer un día acabaría conmigo.

## 14. UN POEMA TRISTE Y DESAFORTUNADO



Sus manos volaron a mi cuello mientras sus caderas se impulsaban con cierta pericia que me hicieron cerrar los ojos y clavar profundamente mis dedos en sus piernas mientras que sus uñas hacían lo mismo con mis hombros.

—¡Alexey...!

—¡Nina...! —imploré, antes de cerrar mi caliente y húmeda boca sobre su pezón y empezar a chupar como si me estuviera muriendo de hambre. Eso fue suficiente para su clímax explotara y sus empujes se volvieran frenéticos.

«Era realmente hermosa»: pensé soltando su pezón y admirando su hermoso rostro contraído por el placer; y lo mejor, es que era toda mía.

—¡Nina! ¡Nina!

Dejé escapar un rugido profundo y regresé a su pezón para seguir torturándolo, pero esta vez era con el propósito de encontrar mi propia liberación; mi polla se hinchó y un segundo después empecé a correrme sin tapujos y sin restricciones dentro de su delicioso calor.

Cerré los ojos, preso de las sensaciones que solo era capaz de experimentar cuando me corría dentro del coño de una mujer que, contra todas las apuestas, me había cautivado con un amor que desconocía y que jamás hubiera imaginado que era lo necesitaba para ser feliz.

No se suponía que debía enamorarme de esta mujer; ella tenía que seguir siendo solo el medio discreto para un fin. Un objetivo que ahora no era más que patrañas y humo.

*Porque me había enamorado de ella...*

Cuando sentí su mirada consumiendo mi rostro, abrí los ojos y me permití perderme en la serenidad de sus vidriosos ojos oscuros. Mis empujes perdieron intensidad hasta que al igual que sus caderas, estas se detuvieron

completamente.

Aunque deseaba volver a colapsar sobre el colchón y respirar pausadamente para que mi pulso errático volviera a su normalidad, era una parte de mí que aún se rehusaba a desprenderse de ella mientras se ahogaba en las profundidades de una mirada que había descubierto muy tarde que siempre había sido hermosa y genuina.

Su belleza era diferente, pero notable, aun con el cabello enmarañado, el rostro sudado y las mejillas pálidas. Me sentía embriagado por la euforia y nerviosismo que salía a oleadas de su cuerpo mientras permanecíamos abrazados y respirando el mismo aire. Había perdido la pista de cuando esta mujer había empezado a transformarme, pero ese cambio quizá había llegado algo tarde. Mis pecados iban a consumirme y me temía, que harían lo mismo con su amor. Y yo no quería perder lo que hoy podía tocar, besar y disfrutar a mi antojo.

Era posible, que para muchos hombres mi esposa careciera de los atributos físicos para atraer su atención, pero, era porque ignoraban lo asombroso que fue verla florecer durante cada encuentro. Momentos únicos en los que desentrañaba algo nuevo sobre ella y de su manera torpe y descuidada de a hacer el amor.

Ciertamente no los culpaba, yo también había estado ciego y seducido por la apariencia de una mujer poseedora de una experiencia nata, que ahora palidecía junto a la niña-mujer que sostenía firmemente entre mis brazos.

Que ciego había estado, pero, por suerte, tenía años para resarcir el daño que ella aun ignoraba que le había provocado a nuestra relación. Sin apartar la mirada deposité un beso en cada pezón y me sorprende el ver que ojos... empiezan la batalla contra ese tic.

*¿Aún seguía molesta?*

«¡Maldita sea, Ekaterina!»

Ordené rápidamente mis pensamientos, para poder buscar las palabras correctas que pudieran ayudarme a transmitirle que lo mejor que me había pasado en la vida, era precisamente, lo que estaba sosteniendo en estos momentos entre mis brazos, pero imaginaba que era la consciencia la que me daba tanto trabajo lidiar. Porque cuando has traicionado, mentido y engañado tanto como yo lo había hecho, era inevitable que hasta la consciencia te diera la espalda y huyera despavorida mientras te mostraba el dedo de en medio.

Sus temblorosas manos se entrelazaron con las mías y me ofreció aquella sonrisa tímida que sus labios conjuraban cuando se sentía nerviosa o triste.

Como era un reverendo cobarde y no quería ver sus lágrimas caer, escondí el rostro entre sus senos.

«Era un estúpido egoísta que no merecía poder besar sus labios.»

Sus manos sueltan las mías y vuelven a rodear mi cuello; la siento aspirar profundamente como si quisiera memorizar mi olor para siempre.

—Te amo, Alexey —susurró como siempre hacía luego de permitirme a hacerle el amor.

Y la experiencia seguía siendo tan arrolladora como sí un maldito camión de cien toneladas hubiera pasado sobre mí.

El daño que le había ocasionado era tan profundo, que incluso, ya, hacía algún tiempo atrás, había dejado de molestarle el desalmado silencio que siempre proseguía a su confesión. Creo que, con el tiempo, aunque te resista al principio, te acostumbras tanto al agujón del rechazo y la decepción que pronto termina convirtiéndose en un dolor sordo que desaparece cuando cierras los ojos y duermes; y por amor a mí, ella había aprendido a vivir con él.

«A conformarse de tal manera que hoy, aquel silencio, se había convertido en su leal compañero.»

—Lo sé.

Se me escapó un suspiro funesto.

Mis brazos se apretaron involuntariamente a su alrededor, e inmediatamente tembló como una pequeña hoja que había sido sorprendida por una fea ventisca.

—Hoy el médico me ha confirmado de que estoy embarazada. —Me congelé mientras la respiración quedaba atorada en mis pulmones—. Tengo dieciséis semanas. ¿Puedes creerlo? —susurró, mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por ignorar que mi cuerpo probablemente se sentía como una estaca de lo tieso que me había quedado.

*¿Un bebé?*

Que su voz sonará tan pequeña y desgastada no ayudaba a que la impresión fuera pasajera. Estaba tentado de pedirle que me diera un golpe, para ver si estaba soñando.

Levanté el rostro y la miré, sintiéndome maravillado y aterrado en parte iguales por la noticia. Íbamos a ser padres de un bebé que había sido concebido entre mentiras y fracasos de un hombre que, mirándose al espejo cada mañana, prometía que sería mejor esposo, pero que, al final del día, seguía siendo solo el maldito infeliz que había aporreado su vida con un

matrimonio que distaba mucho de ser el que una mujer como ella realmente merecía.

Pero este hijo no planificado no podría llegar en mejor momento; un momento donde las excusas para retenerla a mi lado mermaban y las razones que exigían a gritos que tenía que dejarla marchar no me dejaban dormir.

—Yo... — *Te amo...*

Eso fue lo que intenté confesarle, pero ella me interrumpió.

—Y, también me confirmó... —Una sonrisa triste, cansada y resignada apareció en su rostro—, que tengo cáncer de mama etapa I.

Parpadeé varias veces y esperé a que dijera que se trataba de una broma. Porque en ese instante me hubiera encantado estar soñando para poder levantarme de golpe y verla feliz y sonriente durmiendo a mi lado, pero, al parecer, ya había agotado mis milagros, porque eso no ocurrió.

—Mi seno derecho es el que está contaminado —Sus ojos se ahogaron de dolor y apretaron a mi corazón en el proceso—, pero el izquierdo, en poco tiempo también lo estará, porque la maldita cosa se está diseminando con rapidez.

Cuando la primera lágrima rodó por su pálida mejilla mi estómago hizo una voltereta extraña: esto realmente estaba pasando.

Nina tenía cáncer y si no la perdía por mis estupideces, algo mucho más grande que todos mis pecados me la arrebataría.

Según como pintaban las cosas, perderla era casi un hecho; solo que una de las opciones dolía terriblemente, mientras que la otra, exigía mi resignación.

Y yo estaba lejos de encontrar tal cosa.

La emoción que sentí por nuestro pequeño hijo quedó aplastada mientras sentía una desconocida opresión en la garganta. La atraje a mi pecho y juntos caímos hacia atrás sobre el colchón.

«Si había alguien en esta vida que merecía vivir sin conocer el dolor, esa era la mujer que estaba aferrada a mis brazos llorando desconsoladamente.»

Y, sí acaso este era el karma que había venido a «morderme el trasero», ciertamente lo estaba haciendo de la manera más injusta que podía.

Mis brazos se estrecharon cuando sus sollozos se volvieron histéricos; la impotencia me tenía queriendo romper cosas y estrellar varias veces mi puño contra la pared y maldecir a la vida por hacerle esto. Por hacérselo a una mujer que su único delito fue enamorarse de un hombre que cuando tropezó con su vida, todo había sido parte de un plan donde jamás contempló amarla

como la hacía en estos momentos.

La culpa me roía cuando pensaba en que sí tal vez aquel día en el aparcamiento no hubiera seguido con el plan, ¿ella aun así hubiera desarrollado este cáncer? O fue mi intromisión, la que le arrebató la oportunidad de tener una vida placentera.

Una vida feliz.

Mis brazos se aferraron a ella como una gruesa barra de hierro; porque no quería soltarla nunca. Y mientras su pequeño cuerpo se estremecía por el llanto descontrolado y angustiado por no saber cómo aceptar que esto realmente le estaba pasando, yo no podía liberar la opresión que sentía en el pecho, al imaginarme una vida sin esta mujer.

Mi esposa.

Mi Nina.

Mi mejor amiga.

La mujer que aceptó casarse conmigo porque me amaba, aun cuando en ese momento, únicamente la veía como un peón en el estúpido juego enfermizo de cortejo y seducción hacia una mujer que ahora solo quería borrar de mi vida; y de mis pecados.

Ahora que lo pensaba bien; el karma no se había equivocado. Porque sí existía algo en esta vida con lo que pudiera sufrir por mis *fallas*, esa, definitivamente, sería Nina.

La mujer que se había transformado en mi vida, y que no podía imaginarme respirar sin ella a mi lado.

## 15. UNA VERDAD A MEDIAS



*Nina*

El sueño me encontró entre los brazos de un hombre con el que compartí por primera vez la experiencia de dormir sobre su cuerpo. En nuestros casi ocho años de casado esta era la primera vez que me permitía utilizarlo como mi colchón personal mientras me llenaba de una necesitada calma gracias a su silencio.

Me sentía agradecida de que no empezara a llenarme con basura barata asegurando de que «*todo iba a estar bien*», cuando realmente no estábamos hablando de una maldita gripe.

El puto cáncer me tenía entre sus garras, pero yo lucharía.

*No lo dejaría vencerme.*

La mañana llegó y con ella la resolución de mi marido de consultar a un nuevo Oncólogo. No había emoción mientras me vestía con un ligero vestido celeste y me envolvía en un grueso abrigo negro que hacía juego con las botas de tacón bajo que había escogido para complementar mi sencillo atuendo.

En este punto, no me atrevía a negarle un poco de paz al hombre, que a pesar de tener tanto dinero en su cuenta bancaria, no sería capaz de salvarme milagrosamente de este monstruo.

Forcé una sonrisa sincera cuando salió del vestidor luciendo sexy como el infierno en su impecable traje de tres piezas negro. Mis ojos hicieron doble toma de su apariencia.

—No.

—No, ¿qué? —pregunté fingiendo inocencia mientras lo seguía desvistiendo con la mirada.

—No vamos a tener sexo. —Su boca dijo una cosa, pero sus ojos tenían ese brillo seductor mientras me recorría con la mirada—. El doctor nos espera y sinceramente, no creo que aprecie que lo hagamos perder su tiempo.

Sonreí mientras asentía.

—No va a suceder —aseguró.

—¿Qué no va a suceder? —Volví a hacerme la inocente mientras caminaba hacia él y me ponía en puntilla y le acertaba un beso en la boca. Sus manos encontraron mi cintura y sonrió de medio lado; aún me sentía maravillada por este «nuevo hombre» con el que había amanecido.

—Nina... —rogó.

—Alexey —coqueteé haciéndole ojitos de cachorro perdido.

Ni perdí tiempo intentando con la *mirada seductora*, porque esa me salía de puta pena y casi parecía que estuviese sufriendo un maldito derrame facial.

¡Mierda!

—Tenemos que irnos. —Sus labios descendieron y besaron los míos; yo suspiré mientras me frotaba contra su pierna—. *Ahora*.

Me encantaría decirte que él cedió a mis provocaciones, pero mi marido era un hombre que había amanecido con una meta en su obstinada cabeza.

Durante el largo trayecto hasta la clínica privada me sorprendí cuando su mano no soltó la mía, solo la soltaba cuando tenía que hacer el respectivo cambio, pero esta inmediatamente regresaba y me impregnaba con su calor.

Mi corazón se sentía vertiginoso por tener su mano envuelta con la mía, y eran estos pequeños detalles que había empezado a hacer hace algunos meses atrás, los que me tenían resistiendo frente a las dudas que albergaba mi cabeza. Dudas con justificación, porque hasta hace unos meses atrás casi juraba que odiaba estar en la misma habitación que yo. Incluso, un día llegó tan lejos y me inscribió en un curso de pintura con la intención de que luego de salir de mi trabajo, tuviera algo más que *hacer* que esperarlo sentada en la casa.

*Sí, a veces podía llegar a comportarse como un maldito imbécil.*

Demasiado pronto llegamos al Instituto de Oncología, que también era una famosa y respetada clínica por los asombrosos descubrimientos que había obtenido en el tratamiento de esta enfermedad. Los nervios me atacaron, pero no podía dejarme acobardar ahora por estas emociones negativas. Tenía mucho porque luchar y lo iba hacer con todas mis fuerzas.

No tenía otra alternativa.

El doctor Pávlov nos recibió puntual y con una amplia sonrisa en el rostro. Yo apreté contra mi pecho el sobre blanco que contenía todos los resultados de las pruebas que me habían realizado hace casi un mes.

Jamás hubiera imaginado que aquellos exámenes de rutinas hubieran sido la puerta para descubrir el terrible mal que se había desarrollado silenciosamente en un cuerpo que consideraba sano.

Cuando nos sentamos en las elegantes sillas negras Alexey colocó su mano sobre mi rodilla y lo miré extrañada por su toque, pero él solo se limitó a guiñarme el ojo derecho haciendo que mi corazón se desmayara por su gesto coqueto.

Crucé los dedos para que cuando saliéramos de la consulta tuviera ánimos para tener sexo en el asiento trasero de su auto; dudaba que alcanzara a llegar a la casa sin desvestirlo y violarlo.

—Etapa I —musitó el doctor intercalando lentamente las fojas.

Me obligué a romper el contacto visual con mi esposo. Asentí cuando mis ojos se encontraron con los del amable cirujano.

—Vamos a repetir estos exámenes y no es porque desconfíe del hospital general, pero aquí, nuestras maquinas son especializadas y creo que tendremos la certeza de donde realmente nos encontramos, para de ahí, establecer el tratamiento adecuado para combatir y erradicar la enfermedad.

Alexey asintió mientras yo me sentía petrificada. Esperaba que esas cosas que planeaba hacerme no pusieran en peligro la vida de mi bebé. Porque yo no iba a...

—Seré franco con usted, señor Románov. —Mi estómago se contrajo porque sabía de qué iba toda la abrupta seriedad y el por qué no se estaba dirigiendo a mí, cuando de las tres personas que estaban presentes en esta habitación yo era la maldita paciente—. Lo que en estos momentos dificultaría realizarle estudios más exhaustivos y avanzados a su esposa es su actual estado de gestación.

Hice una mueca cuando la mano de mi esposo hizo una dolorosa presión sobre mi hueso.

¡Por favor, no lo diga! ¡Por favor...!

—¿Han considerado el aborto médico?

—No.

—Sí.

Alexey y yo nos miramos a los ojos.

Una lucha silenciosa que amenazaba con cortar mis alas. Mi esposo tenía una sombra que nublaba su juicio. Las lágrimas que había luchado por contener estaban ahora por todo mi rostro.

«Ni siquiera por ti» Le gritaron mis ojos antes de volver a mirar al frente; mi corazón dolió insoportablemente cuando la mano de mi marido abandonó mi rodilla. La pérdida se sintió en cada célula de mi cuerpo.

*Alexey...*

—Ya veo —dijo apesadumbrado el doctor—. Deben tener presente, que en estos casos las leyes respaldan este tipo de decisiones, dado que la vida de la paciente corre riesgo. Claro está, que aún es pronto para adelantarnos a los hechos, pero, en caso de que los resultados salieran en nuestra contra, creo que deberían conversar y considerar que es lo primordial en estos momentos. —Me ofreció una cálida sonrisa—. Usted es una mujer joven, señora Notovitch y le puedo asegurar que luego de que salga victoriosa de esta enfermedad usted va a poder tener más hijos, por lo que considero que, en estos momentos, es vital que dejemos de lado la maternidad y concentrarnos en su bienestar.

Yo miré mis manos; cosas angustiosas gobernaban mi mente en estos momentos. Sí el embarazo marchaba bien, ¿por qué habría de interrumpirlo?

Yo tenía a mi esposo, mi familia, pero este bebé... solo me tenía a mí, y yo no iba a darle la espalda.

Nadie me obligaría hacerlo.

La conversación siguió su curso, pero yo ya no participé. Me aislé en un recóndito lugar en mi mente y me refugié con imágenes mías sosteniendo a mi pequeño hijo.

Por supuesto que era consciente de mi estado y de que el cáncer no se iba a detener, pero por esperar casi treinta semanas más mi salud no iba a empeorar. No era como si estuviera en etapa II con proceso a convertirse en terminal, como para considerar tal cosa.

Y, aun así, creo que no renunciaría a mi hijo; y Alexey tendría que aceptarlo.

## 16. UNA CARICIA



*Nina*

Fue en el aparcamiento cuando los verdaderos sentimientos de mi esposo salieron a flote. La pista fue aquel pesado silencio con el que abandonamos el consultorio lo que me había hecho temer este momento.

—Nina...

—No. —enfaticé sin mirarlo. Me abroché el cinturón de seguridad y miré al frente—. No voy a hacerlo.

—Escuchaste al doctor, tu salud corre peligro...

—Eso es incierto —refuté—. Son especulaciones que harías bien en no tomar en consideración porque también estamos hablando de tu hijo. Que no se te olvide.

No me atrevía a mirarlo, porque sabía que su rostro sería un fría máscara de censura y reproche. El silencio que nos rodeó parecía que tenía intenciones de ahogarnos, pero me mantuve firme; no iba a renunciar a mi hijo.

Ni por él, ni por nadie.

Me era difícil aceptar como él podía darse por vencido con nuestro bebé. Por supuesto que era algo desafortunado, pero muchos casos se habían documentados de mujeres embarazadas que solían desarrollar este tipo de cáncer, pero que, al finalizar la gestación, ellas empezaban el respectivo tratamiento y hoy en día estaban en perfecto estado y vivían felices con sus hijos y familia.

Sabía todo esto, porque había pasado horas leyendo al respecto mientras

aquel día iba de camino a su oficina. Pero claro, se lo hubiera conversado sí es que el señor no hubiera estado encerrado con su cuñada.

—¡Es tu salud! —Gritó y yo me estremecí—. ¡Maldita sea!

Golpeó varias veces el volante para luego enterrar el rostro entre sus manos y quedarse inmóvil.

La impresión fue suficiente para orillarme en el asiento y mantener la distancia. Comprendía su frustración, pero jamás lo había visto tan descontrolado como en estos momentos.

—Nina, por favor... —su lamento salió amortiguado y mi corazón se hizo pequeño por la impotencia.

A este hombre podría darle todo... pero no le daría a mi hijo.

Dejó caer las manos y levantó su rostro y me miró; se veía destruido, pero yo no iba a renunciar.

*Él o ella solo me tenían a mí.*

—Puedes enojarte y perder la fe —aseguré mientras acercaba una mano a su rostro y acariciaba lentamente su barbilla—. Pero no le pidas a una madre que la pierda y renuncie a su hijo, por qué eso sería sencillamente cruel.

Su garganta hizo un extraño ruido como de asfixia.

—Tienes que confiar en mí —pedí—. Sé lo que estoy haciendo. —Sonreí tratando de transmitirle seguridad—. He leído muchos artículos de mujeres que han atravesado cosas iguales y tuvieron un embarazo exitoso y una curación casi milagrosa...

—Ya agoté mis milagros —dijo con amargura.

Suspiré cuando acercó su mano a la mía y la sostuvo apretadamente, y aunque no comprendía a que se refería con su amarga declaración, quise darle paz. Así como la que él me transmitido ayer en la noche.

—Pues yo te demostraré, que, de hecho, te quedan algunos.

—No te quiero perder —musitó con voz rota, y me sorprendí al percatarme que, de hecho, le creía.

Era la primera vez que sus palabras sonaban realmente sinceras y esta vez las lágrimas que se me escaparon fueron de absoluta felicidad.

—Y no lo vas a hacer. —Sonreí mientras me liberaba del cinturón de seguridad y eliminaba la distancia entre nosotros—. Te lo juro. Hasta ahora he hecho todo exactamente como me has pedido. Que no se te olviden las estúpidas reglas que hiciste cuando nos casamos...

Su rostro se arrugó con una mueca de reproche.

—Aunque algunas me parecieron descabellada, fue el amor que siento

por ti lo que me llevó a aceptarlas.

Me satisfizo ver el tormento de sus ojos al recordar el segundo instante en que resquebrajó un poco más mi corazón.

Y todo eso suscitó a la mañana siguiente de su horrorosa petición de matrimonio, cuando se sentó frente a mí y me dejó en claro que tendría que renunciar a él en el momento en el que Ekaterina decidiera romper su matrimonio con Dmitri para venir en su búsqueda.

Lo sé, te estarás preguntando que *mierda* estaba pasando por mi cabeza al aceptar algo así, pero, como te dije en un principio, no soy conocida por tomar sensatas decisiones cuando se trataba de este hombre.

Desde ese día he temido el día en que eso sucediera. Considerando sus largas reuniones, la verdad es que los meses de angustia se convirtieron en años y ahora casi creía nula la separación de mi cuñado con su «perfecta» mujer. Mi tranquilidad se basaba principalmente en el comportamiento que tenían ese par durante cada encuentro familiar, donde lucían compenetrados y felices. A diferencia de mi esposo, que daba la fría indicación con su actitud de que estuviera comiendo limón con sal. Y, sí eso no lo delataba, lo haría la rigidez de sus hombros y sus escuetas respuestas.

Pero el tiempo ha pasado y seguía a mi lado, pero a pesar de ello, mis pensamientos siempre regresaban a aquella mañana donde me haría prometerle, que a nadie le contaría sobre nuestro arreglo y me entregó un acuerdo legal donde me declaraba acreedora del 80% de sus acciones en caso de que él cometiera la *estupidez* de serme infiel con la antes mencionada. Todo eso cobraría validez, al comprobarse su «adulterio», y en pocas palabras, mi consuelo sería, dejarlo en la calle.

Según él, esa era la única forma de darme un poco de paz mientras durase nuestro matrimonio. Claro que me daba un poco de paz, pero jamás ayudaría a pegar los pedazos de mi corazón.

Y bueno, le creí y acepté el acuerdo, que ahora reposaba en la casa de mis padres. Pero no todo era felicidad, dentro de aquel estúpido papel también indicaba, que cuando me solicitara el maldito divorcio (entiéndase que la puta esa ya se había cansado de jugar a la casita con su hermano y decidiera que era hora de pasar al hermano mayor), yo tendría que concedérselo sin pretextos o sobresaltos.

En fin, no me estaba justificando, pero acepté todo eso porque estaba estúpidamente enamorada y como la promesa de serme fiel venía condicionada con un acuerdo donde lo podía dejar sin nada, acepté.

Y así como en ese momento acepté sin rechistar a esa sentencia de muerte, ahora era su turno de apoyarme sin poner pretextos.

—Pero después de esto podremos tener más hijos —se limitó a decir, pero yo negué. Sus ojos lucían heridos.

—Voy a tener a este bebé.

Besé sus labios y aprovechando la oscuridad del estacionamiento le hice el amor a un hombre que, sin desearlo, me estaba demostrando que después de todo este tiempo sí valió la pena que bajara aquellas escalinatas.

*Que sí valió tener el corazón roto.*

## 17. UNA LLUVIA DE MENTIRAS



*Siete años antes*  
*15 de febrero, 2006*  
*Barcelona – España*  
*Nina*

**M**i cuerpo dolía en los lugares correctos y sonreí cuando sentí el peso en mi dedo anular. Como había imaginado, Alexey tenía otro anillo un poco más sencillo y discreto aguardando por mí en su dormitorio.

Dejó escapar una risa entre dientes cuando luego de buscar valor en diez copas de vino le pregunté donde escondía mi maldito —verdadero— anillo.

—Solo Nina Notovitch podría despreciar un anillo de compromiso con un diamante de *dieciocho* quilates, el cual tardó casi cinco meses en ser cortado y confeccionado, para exigir uno de apenas *tres* quilates y medio que no ha costado nada —declaró mientras me atraía a sus brazos y me daba un profundo beso de esos que eran capaces de hacerte doblar los dedos de los pies.

Cuando me alejé para recobrar el aliento, bromeé mientras me perdía en la intensidad de su cálida mirada.

—Hecho que necesita ser documentado, no siempre tienes la oportunidad de casarte con una buena mujer que no va tras tus millones.

Una sonrisa se dibujó en sus carnosos labios mientras me atraía a su pecho y volvía a besarme apasionadamente. Luego de eso, recuerdo que nos desvestimos e hicimos el amor como nunca. Y esta mañana mis caderas se sentían adoloridas por la brusquedad con la que clavó sus manos para hacer

más profundas sus estocadas.

El mejor sexo post-compromiso de la historia.

—¿Qué haces levantada?

Miré sobre mi hombro y ahí estaba él, recargado contra el umbral de la puerta luciendo impoluto y sexy.

—Eso debería estar preguntándote yo a ti. —Me acomodé para enfrentarlo y la sabana se corrió dejando al descubierto mis senos, pero no hice el intento de cubrirme, ¿para qué? Sí este hombre ya lo había visto todo.

Yo seguiría siendo la misma, aunque me casara con él; además, no era como que ahora significaba que crecerían mágicamente las tetas o el trasero, solo porque puso un anillo en mi dedo.

—Fui a recoger esto del despacho de un colega. —Colocó frente a él un sobre gris que no me había percatado que llevaba en sus manos.

Fruncí el ceño.

—Tan importante es aquel sobre, que te hizo levantar y dejar a tu prometida sola en la cama después de una noche intensa de sexo salvaje y loco. ¿Acaso tiene la solución para los penes pequeños?

Dejó escapar una risa mientras se acercaba a la cama y se sentaba frente a mí. Su olor me hizo agua la boca; colocó el sobre en mis piernas y lo miré.

—¿Es para mí?

Asintió, pero no ofreció mayor explicación.

—¿Acaso es un acuerdo prenupcial?

Hizo una mueca y por primera vez desde que lo conocí, lo vi nervioso y las alarmas se dispararon, porque Alexey nunca se sentía nervioso.

—Algo así. —Suspiró y tomó el sobre y lo abrió por mí, extrajo varios documentos y me los entregó. Con la curiosidad como mi consejera empecé a leer el manuscrito.

Las líneas empezaron a desdibujarse mientras mi corazón no podía creer que él...

—Nina, esta es mi manera de prometerte que te seré fiel mientras dure nuestro matrimonio.

—¿Estás vaticinando nuestra separación? —me escuché preguntar.

Pero no había equivocación, era lo que estaba leyendo. Entre otras cosas donde me exigía ser siempre casta con nuestras demostraciones públicas de afecto y comportarme sería y fría con sus empleados.

«Nada de empatía con los trabajadores ni amistades.»; sentí la bilis bailar *zamba* en mi garganta.

Él no contestó; tampoco esperaba que lo hiciera. Ya había visto el sello a color y su firma al final de la última foja.

—¿Es real?

Se sentía como si me hubiera caído de un edificio; esto no podía ser real.

—Lo es. —Colocó su dedo índice en mi barbilla y guió mi rostro lloroso hacia el suyo—Siempre he sido sincero contigo en cuanto a mis verdaderos sentimientos —justificó la masacre—. No sé en que acabara todo el asunto de Ekaterina y mi hermano, pero quiero contar con tu apoyo total cuando ella haya decidido acabar con la farsa de su matrimonio y venir a mi encuentro. Eres mi mejor amiga y te quiero, pero...

—Siempre estarás enamorado de ella —terminé por él sintiendo las lágrimas empezar hacer su lento descenso por mis mejillas.

Asintió y mi corazón se astilló.

—Pero, entonces, ¿por qué casarte conmigo? —La ira empezó a gobernarme—. ¿Acaso no es mejor que te quedes soltero y disfrutes de tu vida promiscua, hasta que la gran *señora* se dé cuenta de lo estúpida que es y venga a tu lado rogando a que le des una oportunidad? —Me ahogué con un impertinente sollozo—. Sabes que te amo, pero esto... *Esto es...*

El infeliz tuvo la osadía de interrumpirme para decir:

—Esta es mi forma de demostrarte que mi fidelidad es tuya mientras sigamos casados —afirmó y sus ojos rogaron que acepte tal barbaridad—. Podré estar enamorado de otra mujer, pero, jamás traicionaría tu confianza. Me gustas, y mucho, y, sí me lo permites, me gustaría disfrutar de los próximos años junto a ti. Y no quiero que lo hagas como mi amiga de *folladas*, sino como mi esposa. —Su mano acunó mi rostro como siempre hacía cuando quería convencerme de algo y sus pulgares empezaron a limpiar las lágrimas que caían; lágrimas que él había provocado.

Y que por supuesto no serían las últimas.

—Estoy seguro de que vamos a tener años maravillosos mientras dure nuestro matrimonio...

—Pero al final tendré que dejarte ir...

—Nina...

Me levanté y mi desnudes se sintió molesta; dolorosa.

*Me sentía fea.*

Un sentimiento indeseado que jamás había tenido cuando estaba con él, ahora latía dolorosamente con cada paso que daba para alejarme de su presencia.

Me sentía dividida, enojada y dolida mientras el agua caía sobre mi cuerpo. ¿Qué hubieras hecho tú, si él hombre al que amas te propusiera algo así?

¡Mierda!

Claro que no me creía la más inteligente en cuanto a relaciones se trataba, pero tampoco quería llegar a los ochenta años y preguntarme: ¿cómo hubiera sido estar casada con él?

¿Acaso hubiera logrado que se enamorara de mí y olvidara a esa despreciable mujer?

Con esas dudas martillando mi cabeza salí del baño y encontré la habitación vacía. Los papeles estaban descansando en la almohada y sobre ellos había una pequeña nota. Cuando me acerqué lo suficiente reconocí su varonil caligrafía y lágrimas frescas acudieron a consolarme mientras recogía la nota y leía.

«Nina,

*Eres mi mejor amiga; sé que ahora es algo confuso y quizá sientas que es una mala idea, pero quiero que te imagines viviendo conmigo en Moscú mientras disfrutamos de nuestro tiempo juntos. Meses (o años) donde seremos felices. Sé que quizás es algo egoísta de mi parte pedirte esto, cuando estoy consciente de tus fuertes sentimientos hacia mí, pero este es el favor que me prometiste que me harías.*

*¿Recuerdas?*

*Lo prometiste.*

*Por sí la duda viene a tu encuentro, solo recuerda aquello.*

*A.»*

Sin darle más vuelta al asunto empaqué una maleta y viajé hasta Madrid, a la casa de mis padres, que poco es decir que se quedaron atónitos de verme aparecer solo horas después de que asistieran a la cena sorpresa de compromiso que había organizado Alexey. Pero no tenía ánimos de explicarles nada, porque todo se sentía incorrecto.

Y como los excelentes padres que eran, malinterpretaron mis lágrimas y sufrimiento como nervios previos de una mujer enamorada que estaba a punto de casarse con el amor de su vida. Y no se equivocaron del todo, porque de cierto modo, los nervios estaban ahí, enterrados en algún lugar junto a mi penosa dignidad.

*Enamorarse era definitivamente cosa del diablo.*

Esa fue la primera vez que descubrí y acepté, que quizás Alexey

Románov, el hombre del que ingenuamente me había enamorado, no era el hombre quien yo creí que era.

Los años que le siguieron me probarían que, de hecho, jamás lo había conocido.

## 18. UNA CENA



*Presente*

*Febrero, 2014*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

La semana pasó sin mayores contratiempos entre los exámenes que tuve que soportar y las noches donde el sexo con Alexey era más intenso y revelador. Mentiría descaradamente si dijera, que no me deleitaba la nueva faceta amorosa de mi esposo.

El domingo por la noche me sorprendió con una cena romántica en la comodidad de nuestra casa. Y aunque *San Valentín* había pasado —sin pena ni gloria como todos los años que le antecedieron— mi esposo quiso darme una verdadera celebración.

¿Y quién era yo para negárselo?

Este «nuevo» Alexey era sorprendentemente parecido al hombre que siempre soñé y que mi corazón sabía que sería si solo fuera la dueña absoluta de su amor. Y a pesar de que aún seguía sin decirme que me amaba, iba a consolarme en sus gestos; al menos, por ahora.

Una parte de mí esperaba que este radical cambio no fuera porque temiese que no tuviéramos más miserables «Días del amor y la amistad». Cuando se lo mencioné durante la cena, casi caigo de la silla cuando echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Mis ojos se anegaron de lágrimas porque hacía mucho tiempo que no reía así; al menos no, en mi

presencia.

Mis labios se curvaron y pensé: «sigue siendo el mismo hombre que conocí y del que me enamoré.»

—¿En serio crees que voy a dejar que te rindas? —bufó—. ¿Así nada más?

En este punto estaba muy confundida sobre este cambio de actitud que temía hacerme ilusiones. Quizá solo era lástima por mi diagnóstico; me desinflé como un globo con ese pensamiento.

—Estás consciente de que no es necesario que te quedes a mi lado, ¿verdad? —Mi declaración robó todo el humor de su rostro—. Me refiero, a que no es tu culpa que yo tenga cáncer. —Me removí nerviosa sobre la silla—. Podemos llegar a un arreglo y tramitar los papeles de divorcio sí eso es lo que realmente quieres, pero que no sabes cómo pedírmelo.

Sus ojos me azotaron con una mirada peligrosa.

¡Mierda!

—No quiero, ni necesito de tu lástima, Alexey. —Mi voz tembló—. Sabes perfectamente que siempre he añorado tu amor, pero en este punto, prefiero vivir sin ti, a tenerte a mi lado siendo infeliz y sintiendo que es tu obligación quedarte y cuidarme cuando lo que más deseas es salir corriendo.

Su rostro se volvió de granito.

¡Diablos!

La rigidez de su barbilla me dio una idea de lo desatinado que había sido mi comentario, pero no me retracté. Tenía que quedarle claro, de que no iba a utilizar esta enfermedad a mi favor. Siempre sería libre para irse cuando quisiera, ese había sido nuestro trato y yo lo respetaría, aunque eso probablemente me mataría en el proceso.

«*Sí no lo hace el cáncer primero.*»: susurró una melancólica voz en mi cabeza.

—¿Eso es lo que piensas que es todo esto? —Asentí—. ¿Un caso remilgado de caridad?

Desvié la mirada.

—Y sí las cosas fueran distintas y a mí me hubieran diagnosticado cáncer, contéstame una cosa Nina. —Lo miré—. ¿Cómo te sentirías con aquel juicio tan despiadado que acabas de hacerme? ¿Crees que sería justo que te dijera aquellas cosas? ¿Qué supusiera, en lugar de preguntar? —Mi corazón trastabilló—. ¿Qué te desechara de mi lado, solo porque creo que soy un caso de caridad y que por eso te obligas a quedarte a mi lado?

Las lágrimas cayeron abatidas, pero no me atreví a contestar.  
Por supuesto que yo jamás lo abandonaré.

¡Maldición!

Estaba enamorada de él y en estos ocho años se lo había dejado en claro, a diferencia de él, que la mayor parte del tiempo no tenía la maldita idea de donde se encontraban sus pensamientos; *o con quién*.

Hice una mueca; por supuesto que sabía la respuesta a esa pregunta retórica.

*¿Hasta cuándo preguntando idioteces, Nina?*

—Te juro que nada de esto tiene que ver con la enfermedad y todo que ver contigo. —La frustración era palpable en su declaración.

—Nunca has dicho que me amas —afirmé como un hecho mientras limpiaba las lágrimas de mis ojos—. Solo estaba planteando las cosas como son entre nosotros y eso jamás podrás negarlo.

Uso al silencio como su escudo cuando la verdad lo golpeó en el rostro con guante blanco; pero aquel silencio no me iba a amedrentar. No cuando ya había decidido que iba a «coger al toro por los cuernos».

—No es que deseo que ahora que tienes conocimiento sobre mi enfermedad empieces a decirme que me amas o algo parecido, pero es que no podemos tapar el sol con un dedo... Aunque quisieras.

Suspiró y arrastró una pesada mano por su rostro antes de levantarse; mi corazón tembló imaginando que se iba a marchar. No sería la primera vez que discutíamos este problema y él abandonaba la discusión y buscaba refugio no en su estudio, sino en la biblioteca gigante. Un lugar que había ordenado construir especialmente para mí, pero que rara vez disfrutaba. Con mis constantes devaneos sobre nuestras diferencias y falta de atención, leía más con la ayuda de mi *Kindle* en el silencio absoluto de mi oficina, que en medio de esas cuatro paredes.

Me sorprendí cuando en lugar de salir de la habitación —como esperaba que hiciera— se arrodilló frente a mí; lo miré sin comprender bien cómo reaccionar frente al hombre que había asumido el control y había aparentemente bloqueado al idiota de mi esposo.

—Tienes razón. —Tomó mi mano derecha entre la suya y depositó un beso tierno y delicado que lo sentí en lo más profundo de mi alma; y bueno, en otros lugares también.

No puedes culparme, después de todo, mi marido era muy atractivo y yo... En fin, sabes cómo me siento con respecto a él.

—Soy consciente, de que no te he dado buenos motivos para pensar, y mucho menos creer que eres más importante de lo que alguna vez podré ponerlo en palabras. —Eso era lo más cercano a un «te amo» que alguna vez había estado—. Pero, espero un día tener la oportunidad de demostrarte que ahora las cosas son distintas. —Su mirada no titubeó—. Y cuando digo «ahora» no me refiero al conocimiento sobre tu situación, sino porque creo que ha sido más que evidente que en este último año las cosas entre los dos han sido algo... *Interesantes*.

Eso provocó una sincera sonrisa a mis labios.

Yo siempre había sido ese «interesante», pero ahora él también lo era, y creo que eso nos volvía ideales.

Nos volvía un «amor de verdad».

Me alegraba saber que aquel cambio que había estado notando desde hace un tiempo atrás era real.

Algo que él había estado haciendo.

Por mí.

*Por nosotros.*

Se levantó sin dar mayor explicación y decidí no presionar. Nunca me ha mentido y no había necesidad de estar pensando lo contrario o de andar buscando fantasmas donde existían.

En silencio caminó hasta su silla.

—Nina Notovitch, eres un verdadero enigma para mí —Se sentó y no levantó la mirada de su plato.

Los pliegues de su ceño estaban fruncidos y hubiera dado un trozo de mi alma para saber en estos momentos que gobernaba sus pensamientos.

—Y, eso es... ¿bueno o malo?

Levantó la mirada y la sonrisa que me dedicó fue como un maldito disparo al corazón.

—Supongo que, en cuarenta años, quizá sea capaz de contestarte.

Asentí con mis mejillas tornándose rosa; era la primera vez que Alexey Románov hacía alusión a tener muchos años juntos. Y fue aquella firme promesa que bailó en sus ojos, que la esperanza tejió sus nuevas alas para reemplazar las que ya estaban desteñidas, rotas y marchitas.

Y por primera vez —después de nueve largos años— mis hombros perdieron aquella tensión que se apoderó de ellos cuando firmé aquel acuerdo prenupcial bajo su atenta y fría mirada.

Al fin tenía su amor y nada podría arrebatármelo.

*O eso creía.*

## 19. UNA FRÍA NOCHE DE INVIERNO



*Tres meses después*

*Mayo, 2014*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

Su visita me sorprendió de una manera horrible. Ekaterina Konstantinovka, me regresó la mirada cuando abrí la puerta. Una sonrisa perpetua en sus bien maquillados y rellenos labios, prometieron que su visita no era de cortesía, ni para expresar su preocupación o buenos deseos por mi actual estado de salud.

*La maldita perra lucía satisfecha.*

Se veía deslumbrante ataviada con un elegante abrigo blanco corto de piel de lobo (esperaba que fuera sintético), y pantalón negro que se ajustaban peligrosamente a sus curvas, mientras ridiculizaba a mi metro cincuenta y ocho con sus elegantes y caras botas negras de gamuza de caña alta y tacón grueso. Un brillo vicioso centelló en su verde mirada cuando recorrió mi cuerpo.

¡Maldita sea!

Hoy no había ido a la oficina, porque había amanecido sintiéndome algo mareada y cansada, pero en estos momentos ni te imaginabas cuánto lamentaba no haber ido a trabajar.

Mathilde me había informado a inicios de esta semana, que sus visitas al despacho de mi marido se habían reducido considerablemente y que ahora, las esporádicas visitas, solo duraban una o dos horas a lo mucho. Y llámame bruja

o vidente, pero presentía que su visita estaba relacionada directamente con esa modificación en sus actividades extracurriculares.

Sin embargo, me prometí que no elevaría mis esperanzas. El cambio de mi marido bien podría significar muchas cosas y yo me encontraba más que decidida en continuar mi vida con o sin Alexey en el panorama.

No iba a jugar el papel de ignorante cuando sabía perfectamente que su visita era todo menos casual o al azar. Hace ocho años que nos conocíamos y jamás se había atrevido a pisar esta casa, así que me preparé psicológicamente para lo que sea que estaba dispuesta a decirme.

Mujeres como la arpía frente a mí, no les gustaba ser relegadas y mucho menos dejadas de lado.

También la sospecha de que estos dos algún tipo de acuerdo habían tenido o lo tenían actualmente —nada que involucrara con serme infiel— pero no me engañaba creyendo que esta mujer desconocía los sentimientos de mi esposo hacia ella.

Ese pensamiento agrietó mi corazón; su cambio podría deberse solo por mi enfermedad y cuando venciera este mal, él podría marcharse y hacer lo que siempre ha querido y quedarse con esta mujer. Quizá lo que dijo aquella noche hace dos meses atrás solo fue para tranquilizarme.

*¡Maldición!*

Esa fea posibilidad dolió y mucho, porque los sentimientos que tenía por Alexey eran cada vez más intensos, pero estaba rota y cansada de sentir que siempre sobraba en la habitación cuando estos dos se encontraban en un lugar público. Hace seis años atrás —para mi desgracia— nos quedamos atrapados en un elevador de la empresa —y cuando escribo «nos», me refería a los tres — y la tensión sexual que se sintió en el aire me enfermó por casi dos semanas.

Tensión sexual que no me involucraba, por supuesto.

—¿No invitas a pasar a tu cuñada?

—Sabes perfectamente que jamás has sido eso para esta familia.

—Perfecto. —Sonrió complacida—. Me agrada que tengamos la situación clara, porque eso nos ahorrará unas cuantas horas de drama innecesario —Miró con descarado interés mi hinchado vientre.

Me mantuve recta y estoica mientras su admisión me golpeaba en el corazón y su inspección erizaba mi piel, pero no le iba a dar la satisfacción de humillarme. Muchas cosas podían significar lo que acaba de decir y no iba a permitir que me indispusiera con sus enredos y palabras a medias.

Sin invitarla a pasar directamente, dejé la puerta abierta y le di la espalda para dirigirme a la sala; sentí su presencia tras de mí. Una sombra que olía a perfume costoso y resentimiento.

La enfrenté una vez que llegamos al espacioso lugar, donde cientos de fotos familiares y otras cuantas de ciertas festividades decoraban las paredes. Mi esposo lucía impresionante en la mayoría de ellas, y en otras, lucía sereno y feliz porque solo eran fotos caseras que nos habíamos tomado cuando éramos novios. Cada una de ellas como un recordatorio de que ella quizá podría tener su corazón, pero al final del día, con quien iba a dormir era conmigo.

Y jamás lo haría con ella, y sí las cosas seguían como hasta ahora, dudaba mucho que algún día eso pasara.

Ekaterina deambuló por las estanterías y se detuvo frente a una de las fotos y le costó mucho disimular una mueca, pero la vi. En aquella imagen, Alexey sonreía a la cámara mientras trataba de embarrarme pastel en el rostro y yo intentaba librarme de su fiero agarre en mi cintura. Aunque la amargura de haber firmado ese estúpido acuerdo dolía, mi mejor amigo se había encargado de hacerme disfrutar a lo grande nuestra recepción.

Un día hermoso que jamás olvidaría.

—Tengo poca paciencia para estas cosas, y sinceramente iba a dejar que la situación la manejara Alexey a su tiempo, pero me he enterado de tu inesperado diagnóstico por lo que considero que, debo tomar el asunto con mis propias manos, puesto que muchos *buenos* hombres, sienten cierto grado de responsabilidad cuando se enteran de que sus esposas están muriendo.

Mis manos empezaron a temblar por la implicación de sus palabras, después de su declaración la sonrisa triunfal de sus labios fue difícil de ver. Porque lo que me acababa de decir podría significar muchas cosas; cosas malas para mí.

¡Mierda!

¡Tranquilízate, Nina!

Me amonesté seriamente. No te dejes provocar por sus insinuaciones. Está claro que se encuentra muy afectada por el hermetismo de Alexey.

«*Bienvenida al club, perra*»

—Primero: sí fuera un «*buen hombre*», presiento que no estaríamos sosteniendo esta conversación. Y segundo: no estoy muriendo. —Sonreí descaradamente—. Siento acabar con tus ilusiones. Pero sí no lo sabes o ignoras, etapa I, significa que las posibilidades están de mi lado.

Su mirada se trabó en mi estomagó.

—Bueno, querida, mientras que te sigas aferrando a esa pequeña... *bebé* —Sus ojos brillaron con falsa empatía regresando a los míos—, creo que las cosas resultaran un poco diferentes a lo que anhelas.

Me congelé momentáneamente por su conocimiento sobre el sexo de mi bebé, apenas y el día de ayer es que con la ayuda de una ecografía Alexey y yo habíamos recibido la noticia de que seríamos padres de una hermosa niña. Y esa era una información que solo los dos manejábamos; y sí ella lo sabía, era porque se lo había contado mi esposo.

¡Mierda!

Dolía saber que él se lo había dicho, pero me recuperé rápidamente y forcé un bostezo; sí pudiera la sacaba a patadas de mi casa.

*¿Por qué la dejaste pasar?* Me recriminó el corazón.

—Será que puedes empezar a decir lo que viniste hacer y luego marcharte. Ya sabes, estar embarazada y tener cáncer drena mucho las energías.

Su expresión titubeó solo un segundo; en este caso, creo que era válido jugar la carta de la enfermedad, porque mujeres como ella no tenían piedad.

—Nunca he tenido nada contra ti. Lo juro. —Su seriedad y sinceridad fue aplastante—. Pero te equivocaste al aceptar casarte con un hombre como Alexey.

No contesté ante su obvia provocación. Lo que había dicho era un eufemismo, pero no tenía por qué darle explicaciones.

Nunca.

—Quiero que sepas, antes de contarte toda la *verdad*, que en el fondo lamento mucho de que tengas cáncer, y que las cosas en general resultaran de esta manera. —Se encogió de hombros—. No dudo que seas una gran mujer, pero que tristemente tiene una suerte de mierda.

Abrió su caro bolso y extrajo un *iPhone*.

—Las casualidades no existen Nina y cuando termines de revisar este dispositivo inteligente, descubrirás que no fue suerte lo que te golpeó aquella vez que tropezaste con Alexey en el aparcamiento de tu querida Universidad. —En este punto el latido de mi corazón era atronador que poco me permitía escuchar lo que ella decía—. Aquí encontraras siete años de mi vida —Sus ojos brillaron y me preparé para el golpe que sabía que venía—. Siete años que he compartido con Alexey Románov... como mi *amante*.

El silencio me embargó mientras se volvía exigente y ensordecedor, pero

eso no impidió que no escuchara y sintiera como se hacía añicos mi corazón y dejaba un agujero en mi pecho.

*¿Él lo había hecho?*

*¿Siete años?*

*¿Siete años que ha estado con ella?*

Yo...

—Vengo a ti, porque esta mañana he decidido dejar a Dmitri, y ceder a las demandas de estos últimos años de Alexey para que enfrentemos a nuestras familias y así hacer oficial lo nuestro.

¡Dios, por favor...!

*¿Acaso había justificación para tanta crueldad?*

Ese maldito infeliz me había mentido todo este puto tiempo y yo estúpidamente le había creído.

*¿Y por qué no hacerlo?*

Sí hasta había firmado un maldito acuerdo donde perdería todo por lo que había trabajado en estos últimos veinte años. Y así como esa verdad se asentó dentro de mí, también dolió comprender, que su amor y codicia por esta mujer no tenía límites y mucho menos comprendía lo que realmente significaba la lealtad.

## 20. LA FRÍA CONDENA DE ENAMORARSE



Me senté en la esquina del sofá cuando mis piernas amenazaron con dejarme caer. Me costaba creer que él sería capaz de haberme engañado justo después de casarnos. Que aun sabiendo el amor que sentía por él y el daño que me provocaría enterarme de esto, eso no había persuadido de revolcarse con esta *perra*.

¡Maldita sea!

*Era su puta cuñada.*

Las lágrimas acariciaron mis mejillas tratando de consolarme mientras extendía la mano derecha y aceptaba el frío dispositivo. Mi no-invitada se sentó en la butaca frente a mí y presionó el botón lateral de móvil, inmediatamente la pantalla se iluminó y mi corazón sufrió una descarga eléctrica que lo cercenó a la mitad: Alexey me devolvía la mirada mientras sus labios besaban apasionadamente a una mujer —que no era yo— y esta lo estaba cabalgando despiadadamente. Estaba demás el especificarte, que la ropa no era un problema en la foto.

Cerré los ojos cuando la pantalla se desdibujó frente a mí; la realidad había superado con creces a mis pesadillas.

*Él de verdad lo había hecho.*

Se había atrevido a traicionar mi amor y confianza para acostarse con esta mujer.

«*Por siete años.*» Me recordó amargamente mi moribundo corazón.

—Yo no soy la mala aquí.

Abrí los ojos y la miré: la maldita sonrió mientras disfrutaba del dolor que ya no era capaz de ocultar.

—Lo amo —confesó.

Las lágrimas ahora eran libres de demostrarle el profundo daño que me estaba haciendo al obligarme a sacar la venda que había colocado firmemente en mis ojos.

La misma venda que ahora estaba desecha.

Destruída.

*Despedazada.*

La verdad momentáneamente cegó mis ojos; pero el dolor en mis retinas pasó y ahora podía admirar —en todo su podrido esplendor— el maldito infierno que me rodeaba.

—Si te soy sincera, me sorprende mucho que llores, cuando siempre has estado consciente de su amor por mí.

Tragué el pesado bulto en mi garganta odiando la veracidad de sus palabras.

—Tres meses después de su matrimonio, me citó en el Ritz-Carlton. Asistí y no me sorprendí al saber que era una habitación presidencial el lugar donde me esperaba. —No me perdí el tinte burlesco en su voz—. Sostuvimos una amena conversación, donde me confesó su amor y que no podía soportar vivir sin tenerme. —Sus ojos brillaron—. Ya sabes como de persuasivo puede ser Alexey. —La emoción que trasmitían sus palabras dolía mucho.

Tenía ganas de vomitar, mientras me imaginaba a mi marido diciéndole eso. Ni siquiera podía precisar que día había sido su reunión, dado que siempre llegaba tarde de la empresa y rara vez me encontraba despierta para enfrentarlo. En ocasiones, eran sus manos o boca las que me despertaban.

Me preguntaba, ¿cuántas veces me hizo el amor luego de venir de estar con ella?

*¿Qué clase de hombre hacía eso?*

—Cuando le puse «peros» a su declaración, él de inmediato me confesó su astuto plan.

Su condescendiente voz se convirtió casi en un susurro y como sí de dos mejores amigas se tratase de que estaban compartiendo un jocoso secreto empezó a decir:

—¿Sabías que al llegar a España él tenía perfectamente claro de que mi relación con Dmitri acabaría en matrimonio, por lo que se había propuesto encontrar a una mujer con la que me pudiera dar celos, pero no los suficientes como para espantarme? —Se alejó y me miró risueña—. Y así fue como luego de sobornar a la secretaria de la Universidad él obtuvo los datos de las mujeres con descendencia rusa que estudiaban en el campus y bueno, creo que

el resto es fácil de interpretar, ¿verdad?

No podía moverme mientras mi memoria empezaba a rememorar nuestro encuentro. La amargura abrazó mi garganta, cuando nuestro supuesto intercambio se reprodujo en más de cien maneras diferente.

Tan conveniente.

Tan implacable.

*Tan astuto.*

La realidad se estrelló con fuerza demoledora contra mi desprevenido corazón; o al menos, lo que quedaba de él.

Todo este tiempo había una pequeña vocecita que me susurraba que desconfiara de lo idóneo, perfecto y conveniente que Alexey se había ajustado sin problema a mi rutina, y dolía ver ahora que había mucha razón al desconfiar de aquella manera.

—Lo cierto, es que aún tenía mis dudas, y creí conveniente ser sincera, puesto que, en ese momento me sentía confundida sobre mis sentimientos hacia estos dos hombres con los que había crecido. —Suspiró—. Le pedí tiempo y él aceptó, siempre y cuando pudiera tenerme, aunque sea, unas pocas horas a la semana y una que otra noche al mes.

Las mentiras dichas mirándome a los ojos por mi esposo quemaban a fuego vivo mi alma. Su declaración explicaba los constantes viajes que hizo en los últimos seis años. Apenas y el año pasado había cesado un poco. Cuando al principio le preguntaba por sus locos viajes, él solía decir que era porque algunos «clientes» no podían viajar hasta Moscú y a él no le hacía *ofensa* realizar ese pequeño viaje para encontrarse con aquellas personas.

«Todo sea por el bien del negocio,» Una vez dijo.

Ahora podía ver con la claridad de un cristal recién limpiado como de ingenua y patética había sido todo este tiempo. Mientras me esforzaba por ganarme su amor, y construir un hogar, él había estado acostándose con una mujer que jamás entendería lo que era tener el corazón.

Lo que era solo soñar con tener el amor y lealtad de un hombre como Alexey Románov.

Porque mujeres como Ekaterina, jamás comprenderían lo que era amar a un hombre que tenía en sus manos el poder de destrozarse tu alma entera con el simple chasquido de sus dedos.

No necesitaba castigarme más y leer las cosas que se ocultaban en las entrañas de aquel dispositivo. Solo de imaginar lo que iba a encontrar se me erizaba la piel y mi corazón lloraba a lágrima suelta suplicando que no lo

torturase más.

La maldita frunció el ceño como adivinando mis pensamientos.

—Puedo ver que, con mis palabras, te he desanimado de echarle un vistazo a su contenido. —Hizo la observación casualmente como si me conociera—. Pero, créeme, un día, me agradecerás esta insistencia. —Su sonrisa se tornó victoriosa—. ¡Vamos! No te quedes con las dudas que quizá mañana van a perseguirte y atormentarte. —No esperó mi confirmación, encendió otra vez la pantalla y miré la foto; el aguijón aún seguía lastimando.

*¿Cómo pudiste?*

—Puedes revisar nuestras conversaciones a tu antojo y ver las fotos y videos que nos hemos hecho juntos durante todo este tiempo. —Me miró pensativamente—. ¿Sabías que el fetiche de Alexey es grabarnos teniendo sexo? —Mis entrañas se retorcieron junto con mi bebé—. Es algo que siempre ha sido muy excitante y al igual de estimulante verlo reproducir nuestros videos una y otra vez hasta que me hace suya de nuevo. Y, sí te soy sincera, ese siempre será el mejor sexo. —Tuvo la desfachatez de apretarme la pierna.

Quería tener la fuerza suficiente para acertarle un golpe en su immaculado rostro y así borrarle la sonrisa cómplice que dibujan sus labios, pero me sentía drenada y superada por la situación; como me gustaría que en estos momentos estuvieran aquí Mathilde o *tú*, para que me hicieran el enorme favor de darle su merecido mientras la arrastraban fuera de esta casa.

*Me sentiría mejor si alguien pudiera romperle aquella perfecta nariz.*

Me miró detenidamente como esperando una reacción a su declaración, pero me mantuve impassible. La infeliz podría ir comiendo mierda si creía que con su provocación yo haría algo que pusiera en riesgo la vida de mi hija. Su cercanía me invitaba a tirarle sus carillas de porcelana al piso, pero no lo haría, algo me decía que ella tenía un malvado plan b.

Porque solo una persona desalmada que buscaba provocar un daño mayor venía y te soltaba de golpe todo esto, valiéndose del hecho de que estabas embarazada y que, de paso, tenías una enfermedad que se comprometía gravemente por el decaimiento emocional.

Ekaterina era más despiadada de lo que alguna vez imaginé.

Esta mujer había venido buscando una pelea de gatas, pero yo no iba a caer en su trampa. Me alegraba haber descubierto que yo nunca fui su objetivo, sus constantes miradas disimuladas a mi vientre me habían dado la pista. No había duda de que ella había venido a por mi hija.

*¡Maldita perra!*

Porque mujeres como esta víbora, no les gustaba compartir. Y mi hija, siempre sería algo que ni valiéndose de toda la maldita seducción del mundo podría conseguir que Alexey renunciara.

Quizás a mí nunca me amó, pero no podía decir lo mismo de nuestra pequeña bebé. No cuando sus cuidados hacia ella me dejaban sin aliento.

Tan amoroso.

*Tan cuidadoso.*

Siquiera nacía y ella ya era dueña de su amor. Un amor que Ekaterina no pensaba compartir y que la mataba de los celos.

—Eso es tuyo.

Miró el dispositivo en mis manos. Sus ojos regresaron a los míos y vi la desilusión y la frustración; no me había equivocado. La maldita había venido con el firme propósito de dañar a mi hija.

¿Esta era la clase de mujer que amaba y por la que suspiraba Alexey Románov?

—No te preocupes por mí —ironizó—, que ya tengo un respaldo, por lo que tienes todo el tiempo del mundo para revisarlo. O, al menos, un poco hasta que llegue tu querido esposo. —Sonrió—. Por cierto, dile que dije: ¡hola!

Se levantó y ni me molesté en seguirla con la mirada. El cuerpo me temblaba como si estuviera bajo la fría lluvia y sin ropa.

*Todo este tiempo, yo había...*

—Quiero que sepas, que han sido los siete años más intensos e inolvidables que he vivido. —Su voz me sorprendió y levanté la mirada; Ekaterina estaba a escasos pasos de la puerta con una sonrisa genuina pintada en sus labios—Y me alegra que hayas decidido cuidar de lo *mío* mientras esclarecía mis sentimientos. Ciertamente, Alexey ha demostrado ser un hombre inteligente y estar profundamente enamorado de mí.

Giró sobre sus altos tacones y esta vez no le quité la mirada hasta que abandonó la casa. Cuando la puerta se cerró tras de ella, fue como si miles de concreto hubieran caído sobre mí.

No sé cuántas horas pasaron, pero revisé exhaustivamente el aparato.

Siete años los devoré y cuando terminé no me sentía bien del estómago. Mi piel quemaba y los ojos dolían, pero no podía detenerme, cuando la oscuridad llegó no encendí la iluminación; porque solo quería desaparecer.

Mientras releía los mensajes de texto y escuchaba las notas de voz —que solo en mis sueños más salvajes podría imaginar que el hombre con quien me casé me enviaría— sentí que todas las cosas que alguna vez creí que él podría

sentir o experimentar por mí mientras hacíamos el amor, eran todas tan falsa como su lealtad.

Miles de mensajes suplicándole verla.

Notas de voz repitiendo que la amaba; *creo que esos dolieron un poco más.*

Otros, eran muy detallados, donde narraba las cosas que deseaba hacerle cuando la tuviera entre sus brazos; y no dudaba que así lo hizo.

Esos me hicieron rechinar los dientes de la rabia.

Cuando llegué a los videos tuve arcadas y me detuve, ya había tenido suficiente. No necesitaba corroborar que su forma de hacerle el amor era mucho más prolija e intensa. Sus mensajes ya me habían dado la clara idea de lo que iba a visualizar y mi dignidad ya estaba bien apaleada y no quería mancillarla con mi masoquismo. Aunque no descartaba, que quizá mañana, cuando deseara sufrir un poco más me animara a verlo. Y más aún para sofocar el maldito amor que hacía doler mi corazón.

Porque él no merecía nada.

*Absolutamente nada.*

Yo... yo me sentía más que destrozada. Era como si hubieran sacado mi corazón y lo hubieran pisoteado, quemado y despedazado. Y luego de que lloré y lloré, ya no era capaz de sentir nada, porque la pérdida de estos últimos nueve años estaba más allá de la razón.

Y a pesar de todo el dolor soportado, no podía ignorar una cosa: ella me había hecho un enorme favor.

*¿Y por qué enojarme con ella?*

Por qué odiarla y maldecirla, cuando aquí, quien me debía lealtad era mi esposo.

Nadie más.

Por lo que mi ira estaba mal canalizada, pues hacíamos mal las mujeres en ensañarnos contra la amante, cuando quien merecía todo nuestro odio y reproche era el hombre que supuestamente había jurado amarnos y respetarnos. Era él, quien merecía que se lo quemara vivo para que jamás volviera a lastimar a otra mujer.

Con esa resolución mi hija se revolvió inquieta, sentía la tensión y estaba segura de que, por el bien de ella, tenía que manejar de manera distintas las cosas. No podía perder la compostura ni empezar a gritar...

La puerta de entrada crujió; él maldito rompe corazones había llegado. Y con él, la hora de enfrentar al gran elefante azul sentado en medio de la sala

que me miraba asustado y con lágrimas en los ojos. Lágrimas de tristeza porque ni él comprendía bien qué hacía sentado en medio de esta guerra.

Pero ya lo había decidido, esta noche, Nina Notovitch abandonaría su fachada y se mostraría como era. Una mujer como miles allá afuera, que amó sin ser correspondida y que fue traicionada de la peor manera.

Y no había nada en este maldito mundo que pudiera decir o hacer Alexey Romanov que me hiciera pensar o actuar diferente.

Hoy pondría fin a toda su sarta de mentiras e iba a buscar entre los escombros de esta puta relación de mentiras, la dignidad que creía que él merecía y me marcharía para siempre de su vida.

Aunque eso —probablemente— me mataría en el proceso.

## 21. EL FEO ELEFANTE GORDO Y AZUL



*Nina*

Dicen que las mujeres tenemos un sexto sentido, el cual, deberíamos escuchar para evitar tener que pasar por este tipo de situaciones. Y, ante las presentes circunstancias, este me gritaba que no debía subestimar a mi marido; ya no.

Cerré los ojos cuando la gran araña de cristal sobre nuestras cabezas iluminó la sala.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz miré hacia el hombre que hace poco de doce horas atrás me había hecho el amor en el baño mientras me susurraba al oído que no quería ir a la oficina a trabajar y que deseaba quedarse en la casa cuidando de nosotras.

Meditando concienzudamente, llegué a la conclusión, que era este reciente cambio en su personalidad lo que hacía que su traición doliera de una manera que no creo que lo hubiera hecho hace unos dos o tres años atrás.

Su amago de amor y consideración era detestable y era lo que precisamente quemaba mi alma.

Odiaba que, a pesar de un largo día en su despacho, aun se viera como recién salido de una maldita revista de hombres. Era injusto que las personas que eran tan malas como ellos lucieran tan bien por fuera, cuando sus rostros deberían ser un reflejo de sus almas contaminadas para que así nadie quisiera acercarse a ellos.

Y aunque en el exterior parecía compuesto y tranquilo —como en general

siempre lucía al llegar a casa— empezaba a descifrar —con curiosidad morbosa— que esa era solo una fachada que escondía a un hombre que desde hace siete años se veía a escondidas con su amante, mientras que yo, recogía y me conformaba con las migajas de una relación que él asesinó sin remordimiento con cada beso que le dio.

Con cada *te amo* que le susurró.

Con cada roce de su mano y de su piel.

Siempre supe que yo era la que sobraba en la habitación, pero solo hasta hoy es que daba cuenta de que no era solo en aquel lugar.

Yo sobraba en su vida.

—Te lo iba a decir.

No contesté, pero tampoco desvié la mirada. Y lo hice porque sabía que mis ojos estaban hinchados y rojos y quería que viera lo que me había hecho.

Lo que se había atrevido a hacerle a su maldita *mejor amiga*.

A una mujer a la cual juró que respetaría mientras durase su estúpido acuerdo. Un acuerdo que estaba segura quizás era lo principal entre sus actuales preocupaciones y por qué se encontraba de pie, frente a mí, con cara de circunstancias.

No tenía motivos, no cuando a mi jamás me interesó su dinero, y a estas alturas, él ya lo debería tener más que claro. Aunque en estos momentos deseaba ser tan despiadada como ellos y que el dinero fuera ese bálsamo sanador que mi alma necesitaba para ya no sentir más dolor; pero estaba claro que la suerte por *ahora* estaba de su lado.

Pero no siempre sería así.

Mi piel hormigueó cuando acortó la distancia. Sí bien aún no estaba invadiendo mi espacio personal —*hombre inteligente*—, solo le tomaría menos de cuarenta pasos llegar a mí.

—Nina...

—No... —Lágrimas resentidas nublaron mi visión—. No quiero escuchar tus patéticas excusas.

El maldito infeliz dio otro paso más; treinta y nueve pasos lo alejaban físicamente de mí, pero emocionalmente hablando él ya me había perdido hace mucho tiempo atrás, solo que apenas y me estaba poniendo al día.

—Mantente alejado de mí —advertí.

—Tienes que... —exigió.

—¡No tengo que hacer nada, maldita sea! —grité, histérica, mientras me levantaba y acortaba nuestra distancia. Cuando llegué a él mis puños

golpearon su pecho.

Una y otra vez mientras gritaba:

—¡Lo sé todo, maldita sea! —Mi ataque se volvió descuidado y ya ni siquiera me conformaba con golpearlo en un lugar determinado, ahora golpeaba sus brazos, cara y pecho deseando poder a hacerle tanto daño como el que él me había provocado.

—¿Por qué?! ¿Por qué yo?! ¿Qué fue aquello tan malo que te hice para merecer esto?!

Mi respiración se hizo dificultosa y me derrumbé cuando las fuerzas me traicionaron. Sus fuertes brazos me sostuvieron hasta que lentamente nos acomodó sobre el sofá que había elegido hace siete años atrás cuando decoré esta casa con la estúpida ilusión de que sería nuestro hogar.

—Yo... yo solo quería tu amor... —musité bajito para que mi corazón no escuchara mientras una fría lágrima golpeaba mi frente—. *Yo solo quería tu amor.*

Cuando mi cuerpo quedó exhausto de tanto llorar me recogió entre sus fuertes brazos y me llevó hasta nuestra habitación. Suavemente me recostó sobre la cama e inmediatamente cerré los ojos y le di la espalda.

El gran elefante azul había salido de la casa y ahora solo quedaba un gran vacío que nada podría llenarlo.

Ni siquiera las cálidas lágrimas del hombre que había empapado mi cabello durante el trayecto hasta la habitación.

## 22. NOSTALGIA



*Nina*

**A** la mañana siguiente, antes de que el sol despuntara en el horizonte, abrí mi pequeña maleta de viaje y en compañía de la penumbra y mi desdicha como consejera, la llené de ropa. Como tenía prisa me limité a escoger solo lo básico y cuando terminé, di una lenta mirada a la inmensa habitación que era mi closet y asentí, eso era todo. Agarré mi celular del piso, me cubrí con un pesado abrigo negro de piel sintética y sin mirar al hombre que aun dormía exhausto sobre la cama (por pasar toda la noche suplicando perdón) abandoné la casa que un día había deseado con todas las fuerzas de mi corazón que se convirtiera en nuestro hogar.

Mathilde me estaba esperando en el bordillo de la entrada y traté de forzar una sonrisa, pero sentía el rostro hinchado y cansado de haber sobrevivido a una horrible noche. La peor noche de mi vida; la misma que deseaba pronto olvidar.

—Eso se ve pesado —bromeó, tratando de robarle una sonrisa a mis agrietados labios.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y ella inmediatamente me estrechó entre sus brazos. Nunca un abrazo se había sentido tan familiar y hermoso.

—Permíteme entrar y quemar todo el lugar —susurró con voz rota.

Me alejé y negué con la cabeza.

—Solo quiero desaparecer.

Ella asintió.

—¿Pero dime que puedo hacer por ti? —Sus ojos estaban embargados de pena y dolor—. Porque me siento tan inútil viendo tu dolor y no poder hacer nada para aliviarlo. Eso me hace una amiga de mierda.

La volví a estrechar entre mis brazos.

—¿Puedes retroceder el tiempo? —susurré y ella inmediatamente se alejó para mirarme a los ojos—. Digamos, ¿nueve años atrás? —Me encogí de hombros—. No soy exigente, con ocho me vendrían de maravilla.

Hizo una mueca mientras miraba hacia la enorme casa que se erguía orgullosa tras de nosotras.

—No —admitió, y su atribulada mirada regresó a mis ojos—. Pero, puedo entrar y cortarle la polla. Creo que eso igualaría el marcador: él te rompió el corazón, y yo lo dejo sin polla. —Arrugó el ceño como considerando seriamente su ofrecimiento—. Desde mi punto de vista, eso sería una hermosa justicia. ¿Acaso no lo crees?

—Solo sácame de aquí —supliqué, porque no dudaba que ella trataría de hacer lo que decía—. Siento que me cuesta respirar.

Asintió y sin permitirme darle un último vistazo a la casa que hoy se burlaba de mí, nos embarcamos en su coche y nos alejamos en completo silencio.

No había palabras capaces de retroceder el tiempo, ni abrazos que reconstruyeran mi corazón. O que me devolvieran la confianza en él.

Pero, aun así, erróneamente pensé, que estaría bien.

Ya sabes, a veces, continuamos haciendo estos planes de mierda una y otra vez en nuestras cabezas, ignorando, que las consecuencias de nuestras estúpidas decisiones solo estaban esperando el momento correcto para venir y recordarte que, el mayor error que podía cometer un ser humano era enamorarse de alguien que jamás lo había merecido para empezar.

Y para mi profundo pesar, los dados habían sido lanzados, las cartas descubiertas y era acertado pensar que mi historia con Alexey no terminaría jamás; al menos que uno de los dos muriera.

## 23. LLUVIA, CAFÉ Y DOLOR



*Cuatro meses después.  
Septiembre, 2014  
Moscú – Rusia  
Alexey Románov*

Moscú amaneció sombrío y sin ganas de vida, acompañando así, el indescriptible dolor que sentía.

Mi hija había muerto y mi mujer... bueno, las cosas con ella seguían tensas. Y la muerte prematura de nuestra pequeña bebé solo agregaba un clavo más al ataúd donde actualmente dormía nuestra relación.

Nina había prohibido que colocaran carpa para proteger a los pocos invitados de la intensa lluvia, por lo que esta abatía contra nosotros sin clemencia como un manto helado y mezquino que nos recordaba que seguíamos vivos, pero dos de los presentes, tendrían que aprender a vivir con la mitad de sus corazones.

En todo caso, solo el lugar que había sido dispuesto para nuestra pequeña hija era el único que estaba cubierto y adornado con hermosos ramos blancos de flores y globos de color rosa. Peluches y ropa que habían sido dejadas como un presente tardío para una dulce niña que jamás los usaría.

La vida podía ser tan injusta, y este era uno de esos malditos momentos.

Mi esposa lucía tan etérea mientras su mirada estaba perdida en algún punto lodoso del hueco donde la tierra había sido removida con la finalidad de convertirse en el nuevo hogar que acobijaría a nuestra hija. La miré con

intensidad, para que así levantara la mirada y nuestros ojos se encontraran, no obstante, mis esfuerzos fracasaron, porque la mujer frente a mí era un cascarrón sin vida.

Me preocupaba que la lluvia le hiciera daño, considerando que apenas ayer, estaba en el hospital recuperándose del parto. Un parto que debió habernos convertido en los padres más felices del mundo, pero que, en cambio, nos bautizó como padres eternos de un precioso ángel.

¡Maldita sea!

Apreté las manos en puño y un dolor sordo me hizo mirarlas...

¡Mierda!

Cuando me habían llamado a comunicarme sobre el parto prematuro de mi hija y que esta había nacido muerta, enloquecí y destruí todo a mi paso. Golpeé todo lo que estuvo a mi alcance, tratando de calmar el dolor que sentía en mi corazón. Aunque mi hermano Dmitri, las había vendado antes de venir aquí, la sangre había empezado a filtrarse por el fino vendaje y el agua de la lluvia hacía picar las heridas.

Después de aquel episodio, todos mantuvieron sabiamente su distancia mientras duró el trayecto hasta la clínica, donde mi mujer se rehusó a verme. Dolió profundamente que no me permitiera estar con ella y consolarla mientras se despedía de nuestra pequeña bebé, que yacía muerta entre sus brazos. Tuve que conformarme con quedarme parado frente a la puerta cerrada mientras la oía susurrar ahogadamente lo mucho que la amaba.

Lo mucho que la extrañaría por siempre.

Y entre todo su agónico dolor le profesó su nombre: *Naomi*.

«¿Por qué me has abandonado, mi dulce Naomi?», había preguntado varias veces mi mujer mientras lloraba con amargura e impotencia.

¿Por qué me has roto el corazón, mi dulce Naomi?

¿Por qué me has roto el corazón?

Sus preguntas siempre rondarían mi cabeza.

No solo pude sentir su dolor mientras dejaba caer mi frente contra la lisa madera de la puerta, también fui capaz de percibir que su resentimiento hacia mí creció de manera apabullante.

Jamás imaginé que pudiera llegar a experimentar tanto amor por un ser que ni siquiera había visto, pero que, no obstante, su partida siempre sería un trago difícil de beber.

Levanté la mirada y me permití admirar a la mujer que hoy tenía que hacer una de las cosas más difíciles de la vida. Sí el dolor que sentía era

terrible, solo podía imaginar lo que era para ella hacerlo, cuando el vínculo entre una madre e hija era aún más intenso. Ella y al menos supo que se sentía el golpe de sus pequeños pies.

¡Maldita sea!

*Yo jamás tendría aquella oportunidad.*

El enorme abrigo negro tragaba su delgada figura y me sentía impotente al estar frente a ella y no a su lado. Odiaba esa maldita distancia y por primera vez deseé ser Mathilde para que me permitiera rodearla con mis brazos y prometerle que todo estaría bien y que las cosas entre nosotros aún no se habían acabado, y que jamás lo harían. Y que, sí tener hijos la hacía verdaderamente feliz, yo prometería embarazarla cada año; todos los malditos años, solo por verla sonreír.

*Te daré todos los hijos que quieras, pero solo regresa a mí.*

Utilizaba su hermoso cabello rubio como una barrera que la resguardaba de las miradas curiosas y contemplativas mientras el pastor seguía su ensayado discurso que supuestamente traería consuelo y resignación a nuestras almas. No podía existir tal cosa cuando el cáncer se había llevado lo último que quizás podía unirme a ella y darme la oportunidad de recuperarla.

Recordar cómo me sentí hace cuatro meses atrás cuando desperté y no encontré a mi esposa durmiendo a mi lado, fue un momento en el que realmente perdí mi mierda he hice cosas que, si hubiera sido otro, me habría costado la vida.

Ekaterina Konstantinovka había pagado caro por su traición.

Su osadía me había colocado en una posición donde no podía imaginarme vivir cada día sin ver a mi mujer las veinticuatro horas del día, y aunque era hipócrita de mi parte pedir o desear milagros como este, creía fervientemente que las cosas entre Nina y yo podían mejorar.

Ella me amaba.

*Yo la amaba.*

Juntos podríamos salir de este pequeño bache.

Cuando el pequeño ataúd blanco empezó a descender, mi mujer dio un paso adelante mientras sus labios empezaron a temblar, todos mis sentidos en alerta, pero me relajé cuando mi asistente la agarró fuertemente del brazo y la hizo retroceder mientras le susurraba algo al oído. Ella no contestó, pero cerró los ojos mientras su cuerpo temblaba incontrolablemente.

Cuando el servicio terminó y las personas empezaron alejarse, pensé que sería una buena oportunidad para hablar con ella y convencerla de regresar

conmigo a la casa.

Era ahora o nunca.

Solo que me hubiera gustado escuchar a la pequeña voz que me susurró que era mala idea. Y tuvo toda la razón, porque la busqué por todo el maldito cementerio, pero ella ya había desaparecido, dejando en claro que la única persona que hubiera hecho posible poder estar cerca de ella, yacía sepultada junto a las esperanzas de recuperarla.

¡Maldita sea!

## 24. EFÍMERO



*Un mes después.  
Octubre, 2014  
Moscú – Rusia  
Alexey Románov*

El tiempo ha pasado de una manera que se siente como si quisiese que el año se acabara con la misma urgencia que siento. Los papeles han estado sobre mi escritorio desde hace dos semanas y parece que cada vez que los veo aumentan de grosor. Soy abogado y leer una petición de divorcio jamás se sintió tan desgarradora.

No estaba pidiendo nada.

¡Maldita sea!

Tenía más dinero del que quisiera, pero ella no quería nada de mí y renunciaba voluntariamente a todas las propiedades que por derecho le pertenecían.

Me jaloneé mi cabello de manera violenta sin saber cómo actuar o que decir para llegar a ella. Yo solo...

¡Mierda!

Ni siquiera sabía dónde estaba actualmente. Pero imaginaba que había corrido hacia el refugio que le daba su familia. En este punto, no sabía si sentirme tranquilo o amenazarla para que regresara inmediatamente a mi lado. Porque había ciento de cosas que ella ignoraba aun de mí, ciertas cosas que podrían traerla a mi lado en cuestión de segundos y sin rechistar.

Pero no era de esa manera como la quería tener otra vez entre mis brazos. Deseaba que ella volviera a ser la hermosa Nina que conocí aquel día en la Universidad. A la que engañé, usé y mentí para luego caer perdidamente enamorado.

¡ Diablos!

Me preguntaba cómo demonios iba a pagar su tratamiento contra el cáncer sin recurrir a sus padres; la conocía y sabía que jamás ha querido tocar aquel dinero, así como jamás le interesó el mío.

Y no solo era la cuestión del dinero lo que me tenía sofocado, lo que hacía sentir que tenía la garganta apesada con un nudo grueso, era el imaginar lo sola que estaría mientras atravesaba por las interminables sesiones de quimioterapia.

Y quería estar ahí: para ella.

Quería ser quien sostuviera su pequeña mano mientras perdía su cabello y resistía la penosa operación.

Quería ser la fortaleza para la mujer dulce que solía mirarme como sí entre mis manos sostenía su puto sol. Como si fuera ese hombre por el que valía la pena robarle un segundo al tiempo.

Me levanté del sillón sintiendo que me iba a asfixiar.

*¿Cómo diablos iba a recuperarla?*

Tenía que existir una manera de solucionarlo, y aunque, Ekaterina había pagado, nada borraría el daño que había causado. Ahora, más le valía mantenerse alejada de mi mujer. Al menos, sí apreciaba su vida.

—Señor. —Mathilde apareció en la entrada de mi despacho.

No contesté; las cosas entre nosotros habían ido de tensas a insoportables y la despediría inmediatamente, de no ser porque guardaba la esperanza de que Nina regresaría a mis brazos y no le haría nada de gracia si despedía a su mejor amiga; aunque esta estuviera demasiado involucrada como para seguir trabajando bajo el mismo techo.

—Solo quería informarle que he presentado mi renuncia formal. —Por supuesto que lo hizo; su lealtad dejaba mucho que desear—. Diría que fue un placer trabajar para usted, pero los dos sabemos que las mentiras nunca han sido parte de mi contrato.

Sin esperar mi respuesta cerró la puerta dejándome otra vez con mis toscos pensamientos.

Caminé hacia el escritorio y me senté; por un par de minutos contemplé los papeles que se veían escuetos con la firma delicada y decidida de la mujer

que tenía mi corazón.

Abrí el cajón superior y tomé el bolígrafo y sin contemplaciones acerqué los papeles y sobre la línea punteada firmé.

Una vez firmado los papeles los llevé al triturador y desplazé foja por foja. Me había pedido que firmase, he ahí el «favor» que me había pedido que se le conceda, el mismo que se ganó hace casi ocho años atrás cuando aceptó ser mi esposa, pero jamás especificó que se los remitiera una vez hecho aquello.

Desde mi punto de vista, el favor ya había sido pagado y era hora de trabajar mi camino hacia ella.

Porque jamás la dejaría libre, no mientras viviera.

Su lugar era a mi lado y aunque no merecía su perdón, encontraría la manera de ganarme otra vez el derecho de besar sus labios.

Y haría bien en saber que iré a por ella; el tiempo que eso me tomara. Estaría listo para cuando regresara a mis brazos, porque Nina y Alexey, era un matrimonio que jamás tendría un final.

Era una promesa.

## 25. UNA FEA CANCIÓN DE AMISTAD



*Tres meses después.*

*Enero, 2015*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

El cáncer ciertamente era... *Una grandísima mierda*. Mis nuevas amigas padecían diferentes tipos y etapas de esta maldita enfermedad, las cuales —aunque era irónico— trataban de darme ánimos mientras enfrentábamos la quimio. Perder a mi hija había sido la cosa más difícil de afrontar y comprender. No enojarme con Dios, se había convertido en una lucha diaria mientras imaginaba a mi pequeña hija bailando y riendo con los ángeles. Esperaba que la estuvieran cuidando y que ella no estuviera triste por no habernos podido conocer.

Un día nos encontraríamos y eso era lo que me daba fuerzas para continuar. Cuando las lágrimas amenazaron con aparecer, me obligué a concentrarme en lo que me rodeaba. Era sorprendente como estas mujeres seguían siendo tan fuertes y aunque algunas ya habían sido declaradas en etapa terminal, seguían luchando. Porque nada apagaría la pequeña vela que las mantenía creyendo que las cosas mejorarían.

Sinceramente, no sabía si tendría ese mismo ánimo si esa fuera mi realidad.

—Nada de empezar a llorar —me reprendió Ninoskka, deteniéndose

frente a mí.

Ella era una ama de casa, madre de cinco hijo y divorciada. Su esposo era peor que Alexey, pues este la había abandonado luego de una semana de entrar oficialmente en remisión. Al parecer, el cáncer lo había «estresado demasiado».

¡Vaya, capullo! Menos mal, y no fue él, quien tuvo que luchar, afrontar y vencer al jodido demonio.

*¡Maldito infeliz!*

Pero eso no desanimó a esta hermosa rubia de ojos azules. Su cabello creció y al igual que su fe, esta se hizo fuerte y ahora era la encargada de darle ánimos a las mujeres que venían una vez por mes a realizarse las horribles quimioterapias; me incluía en esa lista.

Y fue gracias a todo estos que se había convertido en una gran amiga.

Esta mañana cuando abrí los ojos y comprendí que esta maldita cosa me quería asesinar y que nada la detendría de hacer aquello, me vestí y de camino a la clínica compré una máquina para afeitar cabello y antes de entrar a mi tercera sesión ingresé al baño de mujeres, encendí la condenada cosa y me rapé la cabeza mientras las lágrimas más amargas de mi vida hacían su camino por mis delgadas mejillas.

*Esto era todo.*

Dicen que la belleza de una mujer estaba en su sonrisa, pero te digo con toda sinceridad, de que el cabello ciertamente nos agregaba un atractivo que gobernaba a la naturaleza humana.

Cuando terminé mi tarea aun me sentía enfadada y cansada por cómo habían ido las cosas. Pero era tarde para miramientos que jamás me devolverían lo único que hubiera hecho de esta lucha algo pasajero.

Mi hija era la cosa más hermosa que me había pasado y jamás la olvidaría; aunque esta maldita cosa me matara.

—Escucha, Dios, no te va a salvar de esto.

Sus palabras silenciaron a la habitación entera y ella suspiró.

—No me malinterpretes —aclaró, dirigiéndose solo a mí, aunque las diez mujeres presentes estaban atentas a cada palabra—. Necesitas entender que, en esto, Dios, no es el malo... como tampoco es el que va a efectuar un «milagro». Porque el milagro ya eres tú y en este caso, está en tus manos salvarte a ti misma. —Sonrió—. No te falles ahora. El mundo podrá decirte muchas cosas, pero, créeme, en este caso, solo está en tus manos el luchar con uñas y dientes, porque al final del día quien se va a dormir con ese demonio,

eres tú. Nadie más.

Asentí porque entendía lo que trataba de decirme.

—Y para ello, necesitas tener un firme propósito. —Fruncí el ceño sin comprender bien a que se refería—. Sé que acabas de perder a tu hija y de verdad que lo siento mucho. Soy madre de cinco hijos y sé, que sí perdiera a uno, me dolería el alma y no podría funcionar correctamente. Pero, ahora no es el momento para sufrir su adiós, pero te prometo que, cuando logres vencer a esta maldita cosa, serás capaz de llorarla como es debido, pero, ahora, es tiempo de que te pongas tus bragas de niña grande porque nadie va a luchar esta batalla por ti.

Acercó su mano a mi rostro y limpió la lágrima que había abandonado mi ojo izquierdo sin mi consentimiento.

—Nadie vendrá a por ti, Nina —Asintió—. Nadie será tu colchón donde llorar cada noche. —Otra lágrima se desprendió—. Tu victoria dependerá de lo decidida que estas por vivir y para ello, necesitas tener un *objetivo*. Algo a lo que te aferres con toda tu fe y que te de la fuerza y la rabia que necesitas para que te levantes cuando esta *bestia* haga las cosas complicadas.

Sabía que se estaba refiriendo a la doble *Mastectomía*. Los papeles habían golpeado mi regazo esta tarde mientras me preparaban para la hora más agonizantes de mi vida. Y mis manos aun temblaban sobre la carpeta que necesitaba mi firma.

—Eres una mujer hermosa y es una mierda las cartas que te ha tirado la vida, en eso te doy la razón. Pero, querida, ella no sabe cómo las vas a jugar y has de eso tu ventaja. Y piensa en algo que te saque de la depresión, que te dé esas ganas de luchar, porque que siento que hoy las has perdido. Y, además, el negro no es un color que le asiente a mi piel. —Sonreí—. Recuerda, que no pierde quien deja que las esperanzas mueran, creo que las personas mueren cuando se dan por vencidas y es ahí, cuando nada ni nadie te salvará.

Se levantó y se acercó a consolar a otras compañeras que también estaban llorando. Después de unos minutos hizo su camino hacia la salida.

—¿Y cuál fue tu propósito? —pregunté en voz alta cuando llegó a la puerta.

Se giró y me dio una sonrisa que envió un escalofrío a todo mi cuerpo, porque era la sonrisa victoriosa de una mujer que miró a los ojos a la muerte y le grito: ¡*Jódete!*

—Mi exmarido.

Creo que, si dejabas caer un alfiler al piso, el ruido producido por su

pequeño cuerpo impactando contra la cara cerámica hubiera retumbado como una tormenta. Solo el zumbido de las maquinas era lo único que se podía escuchar.

—Quería demostrarle al maldito infeliz, que vencer el cáncer solo me había vuelto más irresistible, y que la maldita enfermedad jamás tuvo oportunidad contra mí. Porque, para empezar, jamás lo necesité. Solo necesitaba la fe en mí misma. El resto, solo fueron detalles.

Su presencia quedó impregnada en el aire, a pesar de que ella ya había abandonado la sala.

Esa noche mientras firmaba los papeles de la doble *Mastectomía*, rogué al cielo que me ayudase a encontrar un motivo lo suficiente grande, el mismo me impulsara a resistir los meses del infierno que me supondría luchar y vencer a esta maldita cosa.

Porque quería ser como Ninoskka.

*Quería ser invencible.*

Necesitaba creer que había algo bueno por ahí esperando por mí, pero mientras que no encontrara aquel objetivo, era probable que esta enfermedad acabara conmigo.

Y bueno, aquella guía que supliqué surgió mientras veía las noticias. Fue un reportaje especial que hizo que mi piel hormiguera, mejor dicho, fue el rostro de *alguien* lo que hizo que mi corazón se acelerara y contuviera la respiración mientras un deseo diferente se abría paso entre mis pensamientos y la sed de venganza confabularon para hacerme levantar del sofá y correr a la habitación en busca de mi computadora portátil.

Había encontrado algo más que un *objetivo*.

Un plan se había forjado en mi cabeza y necesitaba empezar a alimentarme con esa resolución, presentía que solo así, saldría viva de esto.

Era hora de empezar a jugar con las putas cartas que tenía en la mano.

*«Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos, es mía.»*  
*Anaxágoras.*

## 26. REUNIONES



*Cuatro años después.  
10 de marzo, 2019  
Moscú – Rusia  
Nina.*

Cuatro años habían transcurrido y la vida sonreía mientras me otorgaba la oportunidad de hacer justicia con mis propias manos. Una venganza que se ejecutaría bajo mis condiciones y que nada me detendría para conseguirlo.

Sin esperar invitación, abrí la silla y me senté frente a un hombre que no me esperaba. Las mejores sorpresas eran aquellas que no veías venir; y confía en mí, esas eran las que vivirían por siempre en tu memoria.

Su depravada mirada deambuló sin tapujos por mi cuerpo. Quizá tratando de precisar si se trataba de alguna puta a la que alguna vez habría contratado por sus servicios. Enarqué una ceja cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Sus asquerosos y arrugados labios se torcieron en una sonrisa asquerosa que pretendía ser sensual; pobre infeliz, sí supiera que sus horas estaban contadas si no cedía antes mis peticiones.

—¿Nina Notovitch? —Levanté la barbilla y sonreí—. ¡Qué sorpresa! —Relamió sus labios secos y por el bien psicológico de todos los presentes contuve las ganas de atravesarle la garganta con su tenedor.

El restaurant donde nos encontrábamos tenía unas cuantas mesas ocupada y no quería agriarles la cena tardía a estas personas. Después de todo, mis

padres me habían inculcados muy buenos modales.

—Y he ahí, que hasta hace unos dos años atrás nos seguíamos preguntando qué había ocurrido con la hermosa mujer de Alexey Románov. — Sus ojos brillaron lascivamente deteniéndose en mi pronunciado escote—. Pero veo que después de todo—Sus ojos regresaron a los míos—, no había necesidad de preocuparse. Si me permites decirlo, estas muy hermosa.

Ignoré el maldito cumplido y delicadamente recogí el pequeño cuchillo que servía para untar mantequilla. Sus ojos no perdieron detalle mientras agarraba una pequeña pieza de pan de su plato y lentamente untaba sobre este un poco de salsa agría. Sus ojos fijamente pegados a la mano que sostenía firmemente el pequeño y filoso cuchillo.

Podría ser pequeño, pero sin duda, él estaba consciente del daño que podría provocarle. Bastaba un ligero corte en su yugular y las cosas podrían volverse realmente incómodas.

Dejé el pequeño cuchillo a mi costado derecho. Ni muy cerca, ni tan lejos. La distancia correcta, en caso de la situación se saliera un poco de control y necesitase usarlo.

—Estuve fuera un tiempo.

Guiñé un ojo para agregarle efecto dramático a la frase; sus pequeños ojos se dilataron.

—La última vez que te vi...

—Sí —sonreí recordando los escuetos saludos que intercambiamos en algunas ocasiones cuando tropezábamos en el vestíbulo de la empresa—. Eran otras circunstancias. Ya sabes —Encogí mis hombros casualmente—, la infidelidad de mi marido; la muerte de mi hija y la lucha contra el cáncer ciertamente te hace una persona vulnerable y difícil de tratar, que a veces, solo necesitas salir y disfrutar de unas largas y muy merecidas vacaciones. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Sus ojos volaron a mi nuevo cabello mientras tragaba audiblemente.

Mi nuevo cabello caía suavemente con ondas naturales por sobre mis hombros y lo había oscurecido un tono; ya no era ese rubio sin gracias; ahora estaba cerca de ser considerado un castaño sensual.

Y me gustaba.

La nueva Nina era una mezcla *interesante* de la mujer que murió el día en que enterró a su hija y la que emergió de entre las cenizas de una enfermedad que me obligó a reinventarme.

Más fuerte.

Menos tolerante.

Pero, por, sobre todo, con una sed de bañarme con la sangre de las personas que en su momento me lastimaron. Además, nadie dijo que luego de vencer a la maldita *bestia* tenía que regresar a mi vida aburrida y monótona.

El conocimiento era poder, y ahora danzaba con los ojos bien abiertos.

Sus ojos brillaron presos del terror y esta vez mi sonrisa fue sincera, porque al fin lo estaba comprendiendo.

—Estas en lo correcto, estimado Vasíliev, no he venido a ponernos al día, y esta cena, a la que me he autoinvitado, está lejos de ser agradable. En todo caso, no para ti.

Se aclaró la garganta y recogió la servilleta blanca que tenía sobre sus piernas y la tiró sobre el plato lleno de comida en un intento penoso de parecer intimidante.

—No sé cuáles serán tus nuevos «proyectos», pero has venido a intimidar a la persona incorrecta.

Negué mientras me acercaba un poco a su rostro.

—¿Sigues siendo el presidente de la junta directiva de mi esposo?

Asintió inseguro y sus ojos inmediatamente revolotearon por todo el lugar buscando a sus guardaespaldas. Era una lástima que ellos tuvieran que disfrutar de una siesta forzada.

—Entonces, créeme, estoy sentada en la mesa correcta y frente a una estúpido que necesita contratar a mejores guardaespaldas.

Arrugó su ceño mientras trataba de darle sentido a mis palabras. Como mi tiempo era limitado, no entré en detalles, y le extendí la carpeta azul que contenía los papeles que necesitaba que firmara. Aceptó la carpeta de manera renuente, pero no hizo amago de abrirla y leer su contenido.

¿Por qué será que a los hombres les gustaba a hacer difíciles las cosas?

—Siéntete libre de revisarlo, pero, asegúrate de firmar en la línea punteada al final. —Llevé el panecillo a mis labios, pero antes de darle un pequeño mordisco, aclaré—. Por cierto, que la firma sea legible, no quisiera tener problemas al momento de legalizarlo. Y sí sabe lo que te conviene, no harás nada que amerite que vaya a tu hermosa casa a la mitad de la noche y ponga una bala en tu arrugada frente...

—No firmaré nada. —Golpeó la carpeta contra la mesa antes de arrojarla entre mis manos. Como consecuencia de su inmaduro arrebató nos convirtió en los flamantes dueños de la atención indeseada de los comensales—. Esta reunión ha concluido.

Hizo amago de levantarse, pero algo tras de mí captó su atención y su rostro perdió todo el color, y no tenía que ser una maldita bruja para saber que no era un *qué* sino un *quién* lo que le había causado tal impresión.

¡Maldición!

—Siento llegar tarde a la *reunión*.

Su profunda voz envió agujas a mi espina dorsal.

—I-Ivanov... —tartamudeó el que supuestamente ya se iba; puse los ojos en blanco—. ¿Usted...?

—Siéntese, señor Vasíliev —ordenó suevamente mi novio—, no queremos a hacer un espectáculo y alterar la calma de este hermoso lugar, ¿verdad?

Sin esperar una respuesta Serguéi arrastró una silla de las mesas aledañas y colocándola junto a mí, se sentó.

No había necesidad de palabras para comprender que me castigaría por esto. No es que me quejara de sus «castigos» pocos ortodoxos, pero, en vista de la tensión que crepitaba en el aire, era seguro esperar que mi cuerpo estuviese muy resentido conmigo cuando se nos negara el orgasmo más tarde.

—No tengo interés de a hacer negocios con ustedes.

Y aunque los nervios apretujaron su voz eso no impidió que apoyase sus asquerosas y arrugadas manos sobre la mesa e inclinara su cuerpo un poco hasta acercarse a nuestros rostros.

—Mi lealtad está con el señor Alexey Románov...

—Tú lealtad sería la última cosa que desearía en esta vida —respondió inafectado Serguéi—, le agradecería si guarda silencio y firma de una puta vez los papeles que le ha entregado mi socia.

—¿Socia? —Se burló descaradamente sin hacer caso a la orden de mi novio—. O has querido decir tu *amante* ...

Antes de que pudiera formular un comentario sarcástico, su mano derecha fue atravesada por el mismo cuchillo que había utilizado minutos antes para untar salsa agria en mi pan. Su grito perforó la tranquilidad del restaurant y me esforcé por mantener mi expresión impávida; siquiera había sido capaz de sentir cuando Serguéi se había movido y recogido el cuchillo. Todo pasó demasiado rápido, pero que si no fuera por la sangre saliendo de la mano de nuestro acompañante creería que todo había sido producto de mi imaginación.

¡Mierda!

Vasíliev se sentó de golpe en la silla, agarrándose el brazo mientras sus sollozos y jadeos impregnaron el ambiente.

¡Mierda!

Su error fue suponer que por estar en público Serguéi —Sí, ahora estaba más que segura que me esperaba una larga noche— no le haría daño.

Los camareros robaron miradas curiosas y asustadas en nuestra dirección mientras solicitan a los comensales que abandonasen el establecimiento. No me sorprendía que acataran la orden sin rechistar. Era certero precisar, que todos habían reconocido a mi novio.

En estos cuatro años había aprendido muchas cosas, pero la principal, era que el hombre con el que dormía desde hace un año atrás tenía poca paciencia.

Y todo este drama innecesario se hubiera evitado, sí el infeliz hubiera firmado los malditos papeles cuando se les entregué.

*La estupidez humana podía ser muy peligrosa.*

—Preferiría que la llamaras mi *mujer*, en vista de que estas muy preocupado por las «etiquetas».

Su mirada regresó a mi rostro y me observó de manera ausente; mi coño empezó a palpar de necesidad mientras mi corazón tropezaba con sus latidos: lo que me esperaba esta noche en casa no era bueno.

¡Mierda!

—Ella ha amanecido un poco... —Su mirada regresó al perrito faldero de mi exmarido—, ansiosa por finiquitar un asunto con el que viene arrastrando hace más de tres años. No obstante, a pesar de que le indiqué que me esperara en casa, comprendo su entusiasmo. —El borde de su voz me dijo todo lo contrario—. Y para mala suerte tuya, Vasíliev, ella ha escogido un día donde he tenido que soportar un viaje demasiado largo, y el agotamiento siempre saca lo peor de mí.

Enarqué una ceja y lo miré; el doble sentido de su amenaza era alto y claro.

—Entenderás, que mi deseo era llegar a casa, disfrutar de una ducha caliente mientras le hacía el amor a mi *mujer*, para luego acostarnos en la cama y seguir haciéndolo. Pero, dada a tu necedad de no obedecer, sigo sentando frente a ti, viendo tu arrugado y feo rostro y prolongando una reunión que debería haber finalizado hace más de media hora.

Vasíliev asintió rápidamente mientras limpiaba su frente con la servilleta que minutos antes había arrojado sobre su plato. Alguien debería decirle que se estaba embarrando la frente con algo viscoso que se parecía mucho a la salsa roja.

—Sí...—Vasíliev hizo una mueca mientras acercaba la carpeta con su

mano libre y evitando mancharla con sangre —y sin leer ni una maldita palabra— se dirigió a la última página y firmó con mano temblorosa.

—Gracias, señor Vasíliev —le sonreí condescendentemente mientras me acercaba a retirarle la carpeta; como respuesta me mostró sus blancos dientes.

—¡Estúpido! —murmuré tan suavemente que solo él fue capaz de escucharlo y regresé a mi silla.

Sí tuviese un arma al alcance estaba segura de que ya me hubiera disparado. Aunque, considerando la presencia de mi novio, dudaba mucho que tuviera las bolas necesarias para a hacerlo.

No solo era estúpido, sino también cobarde.

¡Imbécil!

—Por cierto, siento mucho lo de tu mano. —Guardé el sobre dentro de mi elegante bolso negro que hacía juego con mi sensual vestido negro.

—Para futuras negociaciones —Serguéi se levantó de la silla terminando así la hermosa velada—, procura que, cuando mi mujer te solicite algo, dárselo en el menor tiempo posible.

Vasíliev no contestó mientras seguía agarrándose el brazo.

Creo que una parte de él se rehusaba a creer que esto había realmente pasado. Bueno, esa herida en su mano necesitaría pronto de la atención médica.

—Tenga una buena vida, señor Vasíliev. —Se arregló la chaqueta de cuero—. Dele mis saludos fraternos al señor Románov.

Dicho eso, se alejó de la mesa sin molestarse en esperarme.

¡Mierda!

Quizá las cosas para el socio de mi exmarido habían acabado, pero era un hecho que, para mí, esta y apenas estaba empezando.

## 27. EL VIEJO PERFUME DE UN DESAMOR



*Nina*

Serguéi estaba más taciturno de lo normal, por lo que mis nervios estaban haciendo fiesta con mis piernas. Y por primera vez, desde que había empezado esta locura, sentía que, con mi arrebatado del día de hoy, había hecho que las cosas entre nosotros se resquebrajaran un poco; si no era bastante.

Cuando llegamos a su casa, siquiera se molestó en encender las luces. Me estremecí cuando su pesada voz rompió el silencio.

—Quítate el vestido, Nina —Cerró la puerta tras de él.

Lo seguros fueron puestos y la alarma activada; nadie abandonaría o entraría a la casa, ese fue su claro mensaje.

Con manos temblorosas empecé a desabotonar mi vestido; era mejor no llevarle la contraria y terminar pronto con el castigo. Serguéi era un hombre que le gustaba que sus órdenes sean cumplidas sin miramientos y no es que me quejara, pero en parte sabía que me merecía lo que venía a continuación.

Desobedecerlo era una grave ofensa que lo pagaría con mi placer.

Mi vestido cayó al piso y me quedé parada frente a él sobre mis incómodos tacones de diez centímetros y vistiendo solo la lencería roja que me había puesto esta mañana; mi piel hormigueó cuando sus manos empezaron a trabajar en su cinturón.

¡Maldición!

Mi núcleo recordó su experiencia con ese objeto la última vez y podía escucharlo rogarme que pidiera clemencia.

*Pero no rogaría.*

Me sometería, porque él lo necesitaba.

Como ya conocía las reglas, decidí concentrarme en el latido frenético de mi corazón, porque mi cerebro empezó a seducirme con la idea de correr; sabía perfectamente que, sí corría, las cosas se podrían peor.

Era cierto que sus castigos eran implacables; pero no se podrían comparar a su sed de caza y lo que le haría a mi mente cuando me atrapara.

—Estaba en una importante reunión, a más de cinco horas de distancia, cuando he recibido la preocupada llamada de tu asistente, para informarme que hoy su jefa no se había presentado en la oficina.

Dobló el cinturón a entorno a su mano derecha. Mi boca se secó y mis piernas empezaron a temblar mientras me rogaban que nos echáramos a correr; quizás hoy tendríamos «suerte» y lograríamos llegar a nuestra habitación antes de que nos atrapara.

Era bonito soñar.

—Curiosidad que se despertó en mí, puesto que había hablado contigo media hora antes y me habías afirmado que te encontrabas en la oficina. Saturada de papeles.

Levanté la mirada cuando se detuvo frente a mí.

—Sabes lo que pienso de las mentiras, Nina.

—Puedo explicarlo. —Mi aliento salió entrecortado, cuando su mano izquierda agarró mi mano derecha y la colocó sobre su corbata.

—Desata el nudo —ordenó.

Sus ojos ardieron cuando mi mano tembló.

—No te gustarán los resultados sí repito mi orden.

Mis manos deshicieron el nudo con una destreza envidiable y cuando esta quedó libre, bajé la mirada y me concentré en el grueso bulto que se había formado en su pantalón negro.

—Ya sabes lo que tienes que a hacer.

Mis manos actuaron como si tuvieran mente propia y pronto rodearon su cabeza con la corbata y cubrieron sus ojos, me coloqué de puntilla para poder atar la corbata tras de su cabeza. Su respiración golpeó mi pecho y dejé escapar un gemido involuntario. Me estremecí cuando el cinturón rozó mi vientre, pero rápidamente dejé caer las manos y di un paso atrás. Tomé una respiración profunda, le di la espalda y me recosté sobre el brazo del sofá.

—Estoy lista —Mi voz salió ahogada.

Su mano libre rozó mi trasero y yo gemí audiblemente.

—¿Cuántos azotes crees que merece tu desobediencia, tus mentiras y descaro?

—No lo sé, Serguéi. —susurré—. Eres tú quien tiene el cinturón...

—Pero tú eres la mentirosa. —Acarició mi coño con la hebilla del cinturón y contuve el aliento—. Repito: ¿cuántos azotes?

—Diez.

—Veinte —replicó y se alejó de mi trasero.

Invoqué mi fuerza interior porque esto se pondría feo.

—¿Dónde?

—Izquierda... —gemí la orden y demasiado tarde comprendí mi error.

Siseé una maldición cuando este tocó la piel de mi cadera y el dolor que sentí alejó el placer que se había despertado con su cálido toque.

—Sí te lastimo, ya sabes a quién culpar.

La tensión en voz no era una buena señal.

De mí, básicamente dependía, que este castigo fuera placentero; caso contrario, sería una de las experiencias más dolorosas que podría experimentar antes de tener sexo. Y el infierno sabe que el sexo era realmente incómodo cuando tenías la espalda adolorida.

Mis manos se hicieron puños mientras acomodaba mi vientre sobre el brazo del sofá y esta vez me concentraba —o al menos eso traté— en la región baja de mi cuerpo.

—Derecha; diez centímetros más abajo de donde golpeaste la última vez...

El cinturón corto el aire y golpeó rudamente mi cadera; gemí dolorosamente.

¡Mierda!

Las malditas matemáticas se me daban de pena.

—Nina... —advirtió.

—Izquierda; —hice una pequeña pausa como si tuviera una maldita regla mental para medir la distancia correcta que estaba mi espalda baja de mi culo—. Treinta centímetros.

El azote esta vez estuvo cerca de mi trasero, pero aún seguía sin atinar.

¡Maldición!

Abrí la boca, para disculparme, pero escuché el cinturón golpear el piso. Me enderecé un poco y miré sobre el hombro, preocupada de que ya hubiera renunciado al juego y se hubiera marchado. Pero aun si quitarse la venda de los ojos camino recto hacia mí, sus manos volaron a mi cadera mientras me

giraba para que quedara frente a él.

Mi aliento quedó atorado y mis manos viajaron a su rostro: juro que Serguéi Ivánov era el hombre más hermoso de todo el mundo.

—¿Duele? —preguntó genuinamente preocupado.

Sonreí y acaricié suavemente su barbilla.

—Lo hace.

Sus manos lentamente me acariciaron el vientre. Su toque era tan erótico que me tenía apretando las rodillas.

—Lo siento.

—Lo sé.

Suspiró y sus dedos acariciaron el contorno derecho de mi braga.

—No es tu culpa, solo tengo los pensamientos dispersos esta noche y me ha tomado desprevenido la llamada de tu asistente.

—Siento haberte mentado.

No contestó, pero su boca buscó la mía y nos fundimos en unos de esos besos donde la pasión arrebatava y enloquecía al corazón mientras borraba de un trazo todo el enojo.

Mis manos tomaron la iniciativa y lo despojaron de su chaqueta negra que no combinaba con su cara camisa de tela blanca. Deshice los botones de la camisa que escondía de mis ojos su perfecto torso. Cuando quedó descubierto, toque su pecho y el dejó escapar un suspiro que golpeó mi coño. Rápidamente se despojó de la camisa completamente y liberé el botón del ojal que mantenía unido su pantalón.

Sus manos acunaron mis senos, para luego bajar la copa y pellizcar unos mi pezón. Gemí y me senté en el brazo del sofá mientras bajaba lentamente el cierre para liberar su erección. Esta saltó lista y orgullosa a la espera de que la sumergiera en mi boca. Hice que retrocediera un poco para poder arrodillarme y así empezar a saborear la delicia que me miraba furiosa. Probar su esencia en mi boca siempre sería un placer que jamás me negaría. Acaricié con detenimiento su falo mientras rozaba con mi lengua su glande.

¡Delicioso!

—¡Maldición! —su ronco gemido envió una corriente de calor a mi centro.

Lo engullí de golpe y mis manos masajearon sus tensos testículos. Me aferré a sus musculosas piernas mientras mis movimientos cobraban velocidad. Ahuequé mis mejillas con la intención de hacerlo sentir más cerca del borde y me felicité mentalmente cuando su polla creció dentro de mi boca

rogando por liberarse. Era adictivo ver a este enorme hombre gimiendo hasta perder el control total de su cuerpo.

Sus manos agarraron mi cabello para guiar el movimiento y disfruté cuando sus estocadas se acompañaron con mi succión. Mi coño suplicaba en silencio que se le diera la oportunidad de disfrutar de su calor, pero luego de nuestras mentiras teníamos que hacer esto por él.

En nuestra relación no había lugar para las mentiras; y esa era uno de los rasgos que más amaba de esta relación.

Su cabeza cayó hacia atrás consumido en la oleada de sensaciones que gracias a la corbata que cubría sus ojos esta lo ayudaba a concentrarse en el calor de mi boca.

—¡Perfecta!

Cuando levanté la mirada, él ya se ha retirado la «venta improvisada» y me estaba contemplando con tanto amor que sentí que se me cortaba la respiración; su pecho subía y baja como si hubiera participado en una maratón. Y sus ojos jamás habían lucido más hermosos mientras me levantaba del piso

Amaba esa mirada.

Y amaba al hombre que me miraba como si fuera su puto mundo.

—Ahora es mi turno de consentir a mi mujer.

Mi cuerpo hormigueó preso del millón de emociones que se anidaban en los puntos claves que se conectan a mi cerebro cuando obligó que mis piernas rodearan su cintura. Mi aliento quedó atrapado entre una oración que se convirtió en suplica cuando sus dedos hicieron a un lado mi braga y de una estocada su polla se abrió paso dentro de mis confines.

—¡Serguéi...! —susurré antes de que su boca impactara contra la mía y sus caderas empezaran a martillar sin cesar.

Y es que esta era la cosa con Serguéi, mientras que con Alexey el sexo siempre había sido de cierta manera, eso no ocurría con el hombre que en estos momentos sus grandes y fuertes manos acariciaba mis costillas como si fuera una guitarra y estuviera afinándola.

Su boca abandonó mis labios para succionar con ímpetu mi pezón izquierdo; sentía que estaba segundos de hacer combustión. Su mano derecha viajó hasta mi clítoris y con su pulgar empezó a acariciarlo lentamente mientras sus estocadas me acercaban cada vez más al lugar donde mi mente explotaba en mil pedazos.

Cerré mis ojos cuando el clímax que tomó como rehén a mi cuerpo fue demoledor, y me aferré a sus hombros mientras mi mente se perdía en el dulce

encuentro con las sensaciones primarias que hacían experimentar un frenesí de emociones. Sus labios bebieron mis gemidos mientras su mano se rehusaba a dar cuartel a mis espasmos, me estremecí cuando sentí su polla hincharse y sabía que estaba a segundo de correrse por lo que urgí a su boca a encontrarse con la mía, para así poder tragarme sus eróticos gemidos. Cuando nuestros labios chocaron su semilla explotó dentro de mi interior. Su polla dio pequeñas sacudidas expulsando hasta la última gota.

Me sentía lista para llorar cuando nuestros ojos se encontraron. Nuestros pechos respiraban agitados en una melodía de consuelo y paz.

Y es que podría mirarlo para siempre.

Como también podría quedarme en la quietud de una habitación solo con su compañía. Porque después de Serguéi Ivánov no había nada, porque él lo era todo.

Recordaba con una claridad hermosa el día en que lo vi; el día en que me salvó. Y aunque siempre dice que no es mi puto «ángel» o mi maldito *caballero de brillante armadura*, podía ver en su mirada que quería serlo.

Que deseaba ser quien me salvara.

Pero lo que no sabe es que... yo ya no necesitaba eso. No cuando él me ya me había salvado mientras me demostraba que incluso en el momento más horrible y desesperante que viví, yo seguía siendo hermosa.

Fuerte.

*Bella.*

Y lo más importante, que seguía siendo Nina Notovitch.

Solo que ahora, era la Nina Notovitch de *Serguéi Ivánov*.

## 28. «UNA COPA DE VINO, POR FAVOR»



*Cuatro años atrás*  
*Enero, 2015*  
*Moscú – Rusia*  
*Nina*

**D**icen que la venganza es un plato que se sirve frío. Digamos, que esperaba ser capaz de servir a mis futuros «invitados» un plato que estuviera dolorosamente congelado y que causara gran daño mientras lo digirieran.

Llegué al restaurant «D & Luka» y mis expectativas de que el establecimiento se encontrara desprovisto de comensales murieron como mis deseos de tener una maratón de sexo ardiente con un hombre dueño de una polla pequeña.

¡Mierda!

Había escogido este lugar por recomendación de mi mejor amigo (estoy hablando del traicionero de *Google*). El maldito me había indicado/asegurado, que este era uno de los restaurants con menor afluencia de visitantes.

«Menudo mentirosillo que era.»

En vista de la traición descarada, decidí entonces, sentarme en la mesa más alejada de la entrada. Cosa estúpida por hacer, pues en lo que duró el maldito trayecto, tuve que soportar las miradas indiscretas quemando mi espalda. Para cuando me senté, los nervios estaban haciendo leñas mis dientes y con mano temblorosa hice seña a unos de los camareros que custodiaba la entrada, el mismo que no dudo en acercarse.

Cuando se detuvo en mi mesa, amablemente le solicité que me proporcionara un pequeño tacho de basura porque esto de las quimioterapias eran un asco y los vómitos eran insufribles. Y como apenas y había pasado un día desde que recibí mi tercera sesión, honestamente, no quería hacer un espectáculo y llamar aún más la indeseada atención de la que ya era víctima.

Su risueña mirada pasó de absoluta felicidad a consternación absoluta, titubeó por un largo segundo, pero luego dio un pequeño asentimiento y desapareció por la puerta que conducía a la cocina.

El comportamiento del camarero no me afectaba, considerando que gracias a las miradas de tristezas y sonrisas forzadas de la que era objeto regularmente —cuando un desafortunado tenía la mala suerte de tropezar con mi mirada— había endurecido de tal manera mi piel, que ahora me era fácil desenvolverse bajo su (para nada necesitada) compasión.

Era ridículo, ya que nadie tenía la salud comprada, y vaya ilusos que eran sí creían que estaban a salvo solo porque ayudaban con sus (mezquinas) limosnas a los desamparados o porque pagaban cumplidamente sus diezmos.

Lo único que tenías que comprender era que, cuando la suerte te jugaba, lo hacía y punto. Tus buenas acciones no te iban a salvar de padecer una terrible enfermedad; como tristemente era mi caso.

Cinco minutos después, el apuesto camarero colocó a mi costado izquierdo un pequeño tacho negro con tapa, y sonrió compresivamente mientras me indicaba cortésmente que cuando estuviera lista para ordenar lo llamara inmediatamente.

Me sentía como la mierda por haberle solicitado aquello, pero me limité a sonreírle y asentir. Desde entonces, había transcurrido treinta minutos y mi cita seguía sin dar señales de vida. Abrí mi sencillo bolso café y empecé a buscar el móvil; tenía intención de llamar a su oficina y hacerme pasar por otra persona, para ver si...

—¿Nina Notovitch?

Mi piel se erizó por la profunda voz dirigida hacia a mí.

Respiré profundamente y levanté la mirada creyendo estar preparada mentalmente para enfrentarlo, pero que tremendo error, porque cuando mis ojos colisionaron con su exótica mirada violácea, me tambaleé un poco sobre mi silla.

¡Maldición!

Algo de paz trajo a mi subconsciente el saber, que ningún «entrenamiento riguroso», o amonestación verbal, hubiera logrado evitar mi comportamiento

vergonzoso; porque mi cita era mil veces más impresionante, aterrador y hermoso a esta corta distancia.

—¿Nina Notovitch?

Repitió un poco más fuerte e impaciente mientras arrugaba el ceño y miraba su caro reloj. Cuando sus intensos ojos volvieron a mi rostro —lo que se sintió como un azote— asentí y forcé una sonrisa educada.

—Serguéi Ivánov.

Contuve el deseo imperioso de extender la mano como me habían ensañado mis padres —pero en vista de los resultados arrojados de mi invasiva e ilegal investigación sobre él— había descubierto que, a menos que lo hiciera primero (entiéndase, que él tomara la iniciativa sobre el contacto físico), era preferible que ese gesto de cortesía quedara guardado para otra ocasión. Esperaba con fervor, que fuera un momento donde las manos no me sudaran como el trasero de un mono.

«Por favor, no preguntes cómo es que sé, que a los monos les suda profusamente el maldito trasero. Sabes perfectamente quien es mi mejor amigo por lo que ahórrame la penosa explicación detallada.»

Pero de una cosa estaba absolutamente segura: sí lo hubiera conocido antes que, a mi exmarido, sus ojos hubieran robado mi alma entera y porque no asegurar, también hubieran secuestrado mis bragas.

Y todo esto porque Serguéi Ivánov era simplemente de otro planeta.

Un planeta donde los mortales no teníamos el derecho de tocar a los «dioses». Y digo esto, porque, ¿has escuchado hablar sobre el Síndrome de Alejandría? Bueno, creo que era muy buen momento para acudir a mi «mejor amigo» —el desvergonzado de *Google*—, porque frente a nosotras estaba lo que se podría considerar un mito o leyenda.

Lo juro, no estaba bromeando.

Mi «investigación/acoso» (no me mires así) había desentrañado fuertes rumores sobre que aquel Síndrome en específico se relacionaba estrechamente con los orígenes de su familia. Y, aunque yo aún no había visto su árbol genealógico —por falta de tiempo, obviamente— se dice que, hasta la fecha, el hombre que me miraba con interés perturbador era él que, con su hermético comportamiento, atractivo envidiable y peculiares ojos, alborotaba el maldito avispero. Y cuando digo lo «alborotaba», me refería a que la prensa acampaba día, tarde y noche a las afuera de su mansión ubicada en *Jamónviki* —una de las áreas más exclusivas de todo Moscú— con la intención de echar, aunque sea, un ligero vistazo a su vida.

Honestamente, los rusos eran personas muy extrañas, pero cuando se trataba de celebridades, su comportamiento era muy parecido al de los otros países.

Incluso, ahora que lo tenía frente a mí, luciendo como un rudo y guapo motociclista había llegado a la conclusión, que tal vez solo era una de esas familias excéntricas rodeadas de rumores por la buena suerte que les tocó en la genética. Y que, al poseer aquel insólito color de ojos era lo que despertaba el interés morboso sobre ellos.

Y más sobre el hombre que desde que llegó —hace apenas dos minutos— me daba la impresión de que ya quería marcharse.

¡Maldición!

Y como te comenté, no conocía a todos los miembros de su mediática familia, pero se aseguraba de que todos ellos tenían apariencias que quitaban el hipo. Y no lo dudaba, Serguéi Ivánov se veía demasiado caliente en estos momentos y mi coño de pronto se había vuelto fanática a las grandes y pesadas botas de moteros.

*El color negro definitivamente le favorecía.*

Gracias a todos los dioses que solo era mitad rusa, y que mis padres habían decidido de —manera inteligente— criarme en España, rodeada de la amorosa familia de mi madre. Porque sin lugar a duda, me hubiera vuelto loca tratando de seguir el ritmo acelerado con lo que surgían nuevas especulaciones en torno a ellos.

Sin esperar invitación abrió la silla disponible y se sentó. Luché contra los nervios cuando sus profundos ojos violetas resplandecieron mientras asimilaban mi nueva imagen; traté de mantenerte tranquila mientras su natural esencia invadía mis pulmones.

¡Diablos!

Tenías que saber, que esta no era la primera vez en conocernos, pero que distinto se sentía este encuentro y lo mucho que distaba de ser especial con relación a aquella vez cuando nuestras miradas colisionaron y mi cuerpo se llenó de una vibra pecaminosa y todo gracias a que en ese momento le pertenecía a otro hombre. Un hombre que no había merecido mi amor y mucho menos mi lealtad. El mismo que me había llevado a aquel evento benéfico con la intención de poner celosa a otra mujer.

¡Maldito, gilipollas!

Su rostro permaneció estoico mientras su fría y descarada mirada deambulaba hasta el turbante que cubría mi cabeza libre de cabello. Era libre

de mirar todo lo que quisiese, después de todo, esta era *yo* al desnudo, y poco quedaba dentro de mi corazón por ser descubierto, o que valiera la pena atesorar.

Y lo que quedaba, dudaba mucho que fuera de su agrado.

—Perdón —susurró al cabo de unos segundos como determinando lo incómoda que podría sentirme por su discriminado escrutinio—. Es un poco extraño que hayas solicitado verme, considerando tus lamentables circunstancias.

No podía sentirme ofendida por el latigazo que sentí al ser el centro de su sinceridad; no cuando estaba consciente de como lucía ahora y, de cómo me veía la primera vez que escuché hablar del enigmático Ivánov, cuyos ojos hipnotizan.

Confieso que, cuando no era la dueña de la atención de mi exmarido, había robado una que otra mirada en su dirección, pero la inspección no duraba mucho, porque era como si este hombre pudiera sentir mi mirada que enseguida miraba en mi dirección por lo que yo inmediatamente fingiría que era otra cosa que estaba admirando. Tuve que pretender que estaba ensimismada mirando a un gordo de traje negro que estaba parado a unos cuantos pasos de él. Y el martirio no acabó ahí, porque como mi mirada había sido tan intensa el gordito terminó percatándose de mi descarado escrutinio y me había hecho señas para encontrarnos en un lugar más *privado* para conocernos mejor.

¡Mierda!

Gracias a eso, había sido la noche más vergonzosa de mi vida.

Pero jamás olvidaría que, en aquel evento, su peculiar mirada me había acosado desde una distancia segura —a expensas de levantar chismes o habladurías— y supe que él, era de esas personas que hacían y vivían bajos sus propias leyes.

De aquel primer encuentro, había transcurrido seis años y, para mi total sorpresa, aún seguía siendo agraviada por ese ramalazo de atracción que estiraba mis entrañas y hacía que mi corazón corriera desbocado mientras me sobrevénia un mareo sin justificación médica.

Sí, lo tenía muy mal, como te has dado cuenta.

Esperaba ser una muy buena actriz para disimularlo lo suficiente y que creyera que tenía indigestión o algo parecido para así justificar este vergonzoso comportamiento que me invadía ahora que estaba tan cerca de él.

Esos ojos parecían irreales; como algo sacado de un maldito cuento.

Si mi apariencia lo ponía algo incómodo, me daba curiosidad por ver su reacción si le contara por todo el infierno que había tenido que pasar para estar sentada frente a él. Quizás era buen momento para empezar hablar del asunto y terminar con esta desastrosa cita. No podía darme el lujo de desperdiciar el tiempo, no cuando la cuenta hacia atrás había empezado hace unos meses.

La llama que mantenía vivo mi odio me daría las fuerza para permanecer firme e inmutable frente a un hombre cuyo exterior me aterrorizaba más de lo que alguna vez admitiría en voz alta.

Era hora de ponerse las bragas de niña grande.

¡Sí, señor!

## 29. ¿ALIADOS?



*Nina*

Lo sé. —Sonreí, quitándole hierro al asunto—. El cáncer es una mierda. La comisura izquierda de sus apetitosos labios se crispó hacia arriba, y aunque duró un rápido pestañeo, fue suficiente para saber, que eso era lo más cercano a una sonrisa que experimentaría en su presencia.

Como no fue un gesto de lástima relajé un poco mis hombros. Quizás él no era tan atemorizante como decían las personas.

Cuando lo conocí en el evento que te mencioné, este se trataba de una exposición de arte en una de las galerías contemporáneas más emblemáticas de la ciudad —donde pasé la mayor parte de la velada pellizcándome el brazo para permanecer despierta— o eso fue, hasta que me percaté, que, de hecho, era el centro de atención de este singular hombre.

Te seré franca y la verdad, es que no quería sentirme atraída hacia él —cosa que sería muy, pero muy estúpida por hacer—, porque yo no tenía ese material para enfrentar una relación mediática. Tampoco es como que percibiera que había alguna tensión sexual entre nosotros y que el pobre hombre —sentado frente a mí con cara de aburrido— estaba luchando incansablemente contra las ganas de besarme (nótese mi sarcasmo) pero a lo que realmente me refería, era de manera general. Yo no era material para novia y, además, me veía como la mierda gracias a esta enfermedad, cosa de la que estaba muy consciente.

Como también estaba consciente de lo dolorosamente atractivo que era.

Aunque creas que exagero, te juro que, si estuvieras sentada junto a mí en estos momentos, tendría que darte varios codazos —nada disimulados— para que despabilaras y terminaras de comértelo con la mirada.

Créeme, nadie te culparía; eran sus sólidos y ejercitados dos metros de altura, tez blanca, cabello azabache y hermosos/fríos ojos de color violáceos lo que lo hacía uno de los hombres más atractivos que hubieras visto en la vida y la justificación perfecta para tener un orgasmo con solo mirarlo. Y ese acento ruso era simplemente para morir.

Podrías sufrir un ataque al corazón mientras te imaginabas que te susurraba obscenidades al oído mientras te hacía el amor sobre...

—Seré claro... —Disimulé el pequeño escalofrío que recorrió mi cuerpo al imaginarme tal cosa. Me reprendí mentalmente por tener esas depravadas visiones y asentí lentamente. —. Tu llamada ha sido más que inesperada, aunque creo imaginarme a que se debe tu reciente interés en contratar mis servicios

Su profunda voz era severa, pero seguía sin ser cortante o maleducada. Era claro que solo estaba citando los hechos y como uno de los mejores abogados de Rusia, me imaginaba que su tiempo costaba mucho. Tiempo que no podía desperdiciarlo sentado frente a mí.

En todo caso, era comprensible que tuviera sus reservas, después de todo, no todos los días la esposa de tu competencia directa llama a tu despacho y deja un mensaje torpe y lamentable solicitando que le concedas una reunión. Reconozco que aquella llamada, no había sido mi momento más espectacular o brillante, por así decirlo.

Cuando lo vi en las noticias ayer en la noche, había corrido a por mi computadora portátil y busqué información sobre su bufete de abogados —y sin detenerme a pensar si era una buena idea o no— llamé al número que marcaban como solo de «emergencias para socios» y con letra pequeña abajo especificaba que era para cuando uno de ellos se encontrase en muy serios problemas. Yo no era socia y ni estaba en serios aprietos, pero ¿acaso eso me detuvo de llamar casi a la medianoche a su asistente y pedirle que le diera un mensaje de mi parte? Por supuesto que no. Lo hice y ahora gracias a eso, estaba sentada frente a un hombre que la prensa bautizaba como el *Armagedón*.

Tampoco es como que quisiese convertirme en su íntima amiga para averiguar porque lo apodaban así. Por el momento solo necesitaba sus

servicios como abogado y después cada uno podría seguir con su vida como si nada.

Esperaba que hacerlo fuera más fácil que decirlo.

Limpié las palmas de mis manos en la tela de mi pantalón oscuro, que a esta fecha me quedaba tres tallas más grandes —pero que igual me lo había puesto porque era el que menos horrible se me veía— y pensé detenidamente en cómo hacer mi intervención. Este hombre me ponía extremadamente nerviosa y me rehusaba a que lo supiera.

—No puedo expresar en palabras lo agradecida que me siento de que hayas aceptado esta reunión, con tan poco tiempo de antelación.

Permíteme que te traduzca lo que realmente había querido decirle: «discúlpame por acosar a tu secretaria en la madrugada solo para verte.»

Me dolía mirarlo a los ojos, aún más cuando mi actual aspecto era todo menos atractivo. Tampoco es que antes de que me enfermera hubiera tenía un cuerpo para despertar su interés, pero al menos no inspiraba lástima.

—Tu asistente dejó en claro, que era probable que no te presentaras a esta reunión, considerando que, tienes que abordar un avión dentro de unas horas. Y generalmente tus citas de negocio se programaban con dos o tres meses de anticipación, por lo que me disculpo otra vez por haber llamado de improviso.

Eso era una reverenda mentira, porque lo que realmente me dijo su asistente fue: «¿Tienes una puta idea de la hora que es? Sus citas son programas hasta con seis malditos meses de anticipación. Además, esta es una línea privada para tratar *asuntos serios*, no para acosadoras enamoradas de un hombre que jamás les daría la hora del día, aunque se estuvieran muriendo. Y aunque le diera tu estúpido mensaje, cosa que obviamente no haré, dudo que pueda encontrarse contigo pues tiene que salir de la ciudad por asuntos personales. Sí sabes lo que es bueno para ti, no volverás a interrumpir mi puto sueño, Nina Notovitch.»

A pesar de eso, igual había decidido venir al restaurant. Después de todo, no tenía nada que perder.

Asintió; en este punto francamente no sabía cómo pedirle amablemente que mirara, aunque sea, por unos cortos segundos, a otro lado.

¡Mierda!

No quería admitirle que su helada mirada era aún más sofocante que imaginarme teniendo sexo malsano con él. Así de jodida estaba, y eso que era nuestra primera reunión.

—En ocasiones, Isabella, mi asistente, puede ser algo brusca. —Mi corazón hizo una loca voltereta cuando sus ojos brillaron con simpatía; no tenías ni una maldita idea de cuánta verdad había ahí—. Pero por favor, no lo tomes personal, ella realmente es una gran empleada.

Sonreí pensando en Mathilde; ella sí que era una gran asistente y me dolía el estómago al recordar que había renunciado a su trabajo por mi culpa. Los estragos producidos por mi mal juicio seguían cobrando víctimas.

—Quieres el divorcio —afirmó sin inmutarse.

—Quiero más que eso.

Frunció el ceño, pero no presionó.

Consciente de que nuestro tiempo era limitado, de mi pequeño bolso extraje el sobre gris que hace ocho años atrás había robado la calma a mi ingenuo corazón y se lo extendí sin detenerme a pensar si todo esto era una buena idea. Ya la suerte estaba echada y tenía que confiar en que alguna parte, un ángel (esperaba que fuera mi hija), estuviera de mi lado y me ayudaría a convencer a este poderoso hombre a ser mi guía y mi consejero durante mi ardua venganza. Porque no me detendría ante nada.

«No tendría piedad, así como ellos no la tuvieron conmigo.»

Aún estaba muy débil, eso era cierto, pero un día estaría mejor, y cuando llegara ese momento, necesitaba que Serguéi Ivánov fuera mi fiel aliado, porque junto a su poder y dinero sería imparable.

Él sería mi nuevo «maestro» y yo, la aprendiz que resurgiera de entre las cenizas para patear los huevos a su anterior maestro.

Un maestro que merecía que le arrebatara todo lo que le daba dicha y orgullo.

Era cierto que una vez fui una aprendiz mediocre cuyo maestro había mancillado y plasmado en su corazón el arte de hacer sufrir, aun cuando ni siquiera lo había merecido. Ahora era mi turno de superarlo y demostrarle lo bien que había aprendido la lección.

Alexey Románov se arrepentiría del día en que decidió utilizarme para su estúpido juego de sexo, traición y lágrimas.

*Y cuando terminase con él, deseará nunca haberme conocido.*

Por supuesto, que era consciente de que los hombres que transitaban en estos círculos tenían un precio, y dado que mi cuerpo era todo menos... *Mmm...* vamos a decir: «un bien intercambiable» que pudiera usarlo en estos momentos, tenía que confiar en mi ingenio. Que era lo mismo que nada, pues me daba la impresión de que mi cita no tenía tiempo o paciencia para

ayudarme hacer de la vida de mi exmarido un completo infierno.

Al menos no, cuando tenía mejores cosas que hacer, que pasar tiempo con una moribunda despechada, por lo que esta reunión era de vital importancia dentro de mi plan.

Abrió la solapa derecha de la pesada chaqueta de cuero oscura y sacó unos lentes de montura negra, cuando se los colocó sobre el puente de su masculina nariz y empezó a leer el manuscrito, mi coño hizo cortocircuito. Creo que era el medicamento lo que me tenía alterada y no su atractiva apariencia.

Empecé a sudar.

¡Mierda!

Crucé los dedos para que fuera eso y no mi astillado corazón despertando de su largo letargo.

*¡Jodido maldito momento para despertar!*

Pensar en el daño que me provocó Alexey Románov y que este casi acaba conmigo, hacía que los vellos de mis brazos se erizaran imaginando lo que sería capaz de hacerme este hombre; definitivamente sería algo caótico y estremecedor. Porque Sergey Ivánov me masticaría y escupiría para luego construir con mi flaco esqueleto una pequeña silla para apoyar sus pies.

*Enfocate, Nina.*

Me mantendría firme y no me dejaría impresionar por su educación y buena apariencia, porque si una de las lesiones más dura que me había enseñado mi exesposo fue, que los peores demonios son aquellos que te sonreían mirando a los ojos mientras te decían «te amo» y besaban tu frente.

—Ya veo — dijo al cabo de un par de minutos.

Mi estómago se agolpó cuando ni siquiera se molestó en echarle un vistazo a los otros papeles. Contuve el aliento, interpretando que, su irresistible ceño fruncido era una señal para que quizá debiera ir pensando en un plan b o... c.

—No me malinterpretes, pero tampoco quiero darte falsas esperanzas — Se despojó de su *sexi* accesorio y me miró a los ojos—. Pero tengo que analizarlo y pronto te daré una respuesta. Tengo un largo vuelo que soportar y me gustaría repasar algunos documentos que tengo que firmar antes de mi partida. —Guardó los documentos dentro del sobre y me premió con una mirada directa—. Me alegro de que estés mejor, Nina.

Relamió sus labios y mis bragas hicieron combustión; ahora el sudor caía de mi frente como un río.

«Por favor, Dios, que no note lo excitada que me sentía bajo su exótica mirada.» Que crea que solo soy mujer muy rara con un caso extremo de sudor corporal.

Más de seis meses habían pasado desde la última vez que tuve sexo y mi vagina se sentía desatendida y resentida. Ya hasta había colgado un letrero que decía que necesitaba «más pronto, que tarde» la atención masculina, porque corría riesgo de que las telarañas se la comieran viva.

La pobre se había vuelto muy dramática a consecuencia de la sequía.

—Está bien... —atiné a decir mientras lo observaba impotente como se levantaba para marcharse, robando en el proceso, algunas miradas lujuriosas por parte de las mujeres de las mesas vecina mientras que los hombres, que eran sus acompañantes lo miraron con desdén y celos.

Eso de que dicen que los hombres no sentían celos entre ellos era pura mierda; podría jurar, que incluso, eran más competitivos que las mujeres.

Como no quería que viera que estaba a punto de echarme a llorar como una cría de cinco años, bajé la mirada y me concentré en el mantel mientras lidiaba con la tormenta de mis pensamientos y tranquilizaba mi pulso.

Pudo haber ido peor. Rezongué perdida en los pro y contra de la reunión. Al menos y no rechazó ser mi abogado...

—Por cierto... —Por poco y sufrí un ataque al corazón.

Levanté la mirada y lo encontré como a dos mesas de distancia. Cuando nuestros ojos se encontraron, la frialdad con la que ya me había familiarizado, abandonó un poco su mirada.

—Siento mucho lo de tu hija.

Mi estómago hizo un descenso brutal, las lágrimas se agolparon en mis ojos y me estremecí mientras musitaba en voz baja a un hombre que ya había dado media vuelta y abandonado el establecimiento.

—Yo también. —Suspiré mientras acariciaba mi pecho tratando de que el dolor que vivía ahí mitigara un poco—. Yo también siento mucho lo de mi hija, más de lo que alguna vez podrías imaginar.

«*Mi dulce Naomi.*»

Porque la vida me enseñó en estos años, que lo peor que me pudo haber ocurrido fue haber me enamorado de Alexey Románov; el maldito ruso de ojos grises.

Una lección que jamás planeaba olvidar.

No fue hasta cuando llegué a mi casa, que me percaté, que, de hecho, jamás intercambiamos números de teléfono personales, entonces, ¿cómo

diablos se podría en contacto conmigo?

¡Mierda!

Tenía que convencer a Mathilde de llamar a la asistente otra vez; porque yo ni loca pasaría por otra conversación con esa mujer.

## 30. UNA FEA CANCIÓN DE AMISTAD



*Tres meses después.*

*Abril, 2015*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

Los meses habían transcurrido y sin noticias de Serguéi Ivánov. La esperanza seguía latente, dado que el sobre no me había sido devuelto con una nota de disculpas y, aunque debería estar paranoica por las cosas que era posible de a hacer con la información que reposaba en esas fojas, lo cierto era que, de una manera extraña —muy, pero muy extraña— aquel hombre me trasmitía seguridad.

Una seguridad y confianza que me asustaba a muerte.

Además, no había logrado convencer a Mathilde de que llamara a la «bruja»; pero fue mi error por haberle contado el por qué no lo hacía yo.

Se resistió a pesar de que le ofrecí masajes de pies por todo un mes a cambio de una pequeña llamada; mi mejor amiga era más cobarde que yo. Se lo perdoné porque me había confesado que estaba embarazada de cinco meses y que no me había querido dar la noticia porque no quería que me deprimiera. Creo que en ese momento la amé un poco más. Ella no quería herirme y porque entendía que los bebés eran un tema muy sensible para mí, había sufrido en silencio los síntomas más feos que te podrías imaginar a consecuencia de su actual estado.

Y fue entonces que me golpeó una verdad: tenía a la mejor amiga del

mundo. Y es entonces que elegí sentirme feliz por ella y su nueva etapa. Le aseguré que estaba emocionada y feliz por la noticia y que esperaba que todo saliera bien.

Y lo decía en serio.

Después de todo, ella había estado para mí desde el minuto cero y me prometí ser la clase de amiga que, aunque su vida fuera una completa mierda, se alegraría sinceramente por la felicidad de quienes la rodeaban. Además, un día también tendría la dicha de tener otro hijo. Todo era cuestión de tiempo y de que venciera a esta maldita *bestia*.

Paciencia, Nina.

*Paciencia.*

La buena noticia, es que hoy me había realizado la sexta sesión de quimioterapia y vendría a pasar la noche conmigo Mathilde. Y lo haría porque en esta ocasión, el doctor nos había recomendado a todas las pacientes a pasar la noche acompañadas, puesto que se había administrado un nuevo medicamento que tenía no tan «gratos» efectos secundarios. Para ser más específica, podríamos sufrir un caso severo de diarrea acompañadas de flatulencias, fiebre y vómitos, lo que requería que, en caso de perder la consciencia por deshidratación debía ser trasladada inmediatamente a emergencias para que me estabilizaran.

Todo un cóctel que estaba más que dispuesta a compartir con mi mejor amiga mientras disfrutábamos de una charla amena de planificación sobre la llegada de su primer bebé y nos atiborrábamos con helado de menta; o, al menos, esperaba que su antojo por ese maldito helado no hubiera cambiado en esta última semana, porque había comprado tres envases y el supermercado no hacía reembolso.

Como llegué sintiéndome exhausta, había disfrutado de un baño de espuma, esperando que eso ayudara a relajarme lo suficiente. Una hora después, abandoné mi santuario y cubrí mi cuerpo con una holgada camisa que llegaba hasta la mitad de mis muslos y desistí de la idea de aplicarme corrector o base para disimular las feas ojeras que se habían vuelto las compañeras inseparables de mis ojos marrones. El turbante quedó relegado sobre mi pequeño tocador —tampoco lo necesitaba— y le sonreí a la mujer pálida, con profundos círculos negros bajos los ojos y sin cabello que me regresaba la mirada en el espejo y asentí, sintiendo que hoy sería una buena noche; podía sentirlo en mis huesos.

La buena noticia era que, hasta el momento, las cosas pintaban bien. No

sentía malestar, aunque sí tenía algo de temperatura, pero nada que ameritara una visita inesperada al hospital, me sentía tranquila. Empecé a recoger el desorden en la sala cuando el timbre sonó y me pareció escuchar a mi mejor amiga discutir con el perro de la vecina.

Ese perro, que era un hermoso terranova café, le tenía cierta tirria a la pobre de Mathilde. Abrí la puerta y la sonrisa murió de golpe cuando unos hipnóticos ojos violáceos me devolvieron la mirada con el ceño fruncido.

¡Mierda!

Cerré la puerta de golpe y coloqué las dos manos contra la puerta como si Serguéi Ivánov tuviese la loca idea de irrumpir a la fuerza en mi apartamento.

¡Mierda!

¡Mierda!

Una loca y maniática risa abandonó mi garganta cuando estiré mi mano temblorosa y me hice con el móvil que estaba sobre del mesón de la isla que rodeaba la cocina. Mi nuevo apartamento era algo pequeño; la cocina estaba junto a la entrada y bueno, aunque la distribución de las cosas eran algo *diferente*, juro que cuando la vi, supe que este sería el lugar perfecto para mí. Era tan extraño, tal como me sentía en este nuevo cuerpo.

Le di a remarcar al número de mi mejor amiga para saber a qué distancia estaba.

No podría estar muy lejos, eran las siete de la noche y ella había acordado llegar a esa hora, por lo que bien me serviría de distracción en la entrada mientras corría como alma que lleva el diablo a mi habitación y me ponía presentable; o al menos eso intentaría.

Hice una mueca mientras acomodaba el móvil en mi oreja y pasaba varias veces la mano derecha por mi cabeza desprovista de cabello.

¡Maldición!

Cerré los ojos y me maldije varias veces mientras deseaba tener el aparato ese de los hombres de negro, aquel que tenía la lucecita que borraba la memoria a corto plazo con un solo clic.

Gemí involuntariamente; aquel aparatito sería muy útil en estos momentos.

¡Maldita sea!

Aquel hombre me había visto sin maquillaje y sin cabello. Dos cosas de mi nueva apariencia con las que aún estaba en planes de reconciliación.

«Soy una bomba a la hora de impresionar a los hombres» ironicé. Al tercer tono una agitada Mathilde me saludó:

—¿Cómo van las cosas?

—Ya sabes, todo casual —Traté de tranquilizar mi corazón. Pronto ella estaría aquí y todo estaría genial—Una pregunta, ¿en cuánto tiempo llegas? —Tragué el pesado bulto que me obstaculizaba el hablar bien—. Pregunto, porque tengo algo así como una «emergencia» y contaba, con que pudieras echarme el cable.

—Por lo visto, ya llegó.

—Dime por favor que estas estacionada en la entrada y lo estás viendo con tus propios ojos y que no es mi puta imaginación afectada por los fuertes medicamentos jugándome bromas pesadas a estas horas —supliqué.

Soltó una risa; yo francamente no le veía nada gracioso a la situación.

—Por supuesto que no estoy estacionada afuera de tu casa.

Mi estómago cayó y me tambaleé sobre mis pies; apoyé mi cabeza contra la puerta de entrada: creo que el maldito cáncer estaba afectando también mi audición.

—La madre de Alexander ha enfermado gravemente —continuó, ajena a mi perturbación—, por lo que ayer en la noche, tuvimos que viajar hasta Múnich. Te dejé algunas notas de voz después de colgar cuando hablamos ayer en la noche.

Ella más que nadie sabía perfectamente que yo no usaba esa mensajería con regularidad. Me iban más las llamadas que pasar horas intercambiados mensajes.

—Si las cosas mejoran, espero estar en Moscú el miércoles —Suspiró—. Cruza los dedos para que así sea, porque si no, nuestra estancia se extenderá. Y sabes lo alérgica que soy a que me anden manoseando la barriga. Detalle que la familia de mi prometido tiene serios problemas con aceptar.

¡Mierda!

¡No! ¡No! ¡No! Esto no me podía estar pasando a mí. Empecé a masajear mi cabeza.

—Entonces, ¿cómo diablos sabes que Serguéi está en la entrada de mi casa? No recuerdo haberte dado su nombre mientras intercambiamos el saludo.

Esta vez su risa fue disimulada con una tos y susurró algo que no logré descifrar. Fruncí el ceño y alejé el móvil de la oreja: ¿desde cuándo Mathilde hablaba entre dientes y fingiendo tos?

—¿Qué? —pregunté presionando más fuerte el aparato en la oreja— Creo que hubo interferencia.

Suspiró derrotada.

—Sé que él está en tu casa, porque le pedí que te fuera a cuidar mientras duraba el viaje.

*¿Qué?!*

—No es gracioso —lloriqueé—. Dime que todo es una de tus diabólicas bromas —No contestó—. No puedo siquiera empezar a imaginar porque le pedirías algo así cuando, para empezar, no tenía ni puta idea de que mantenían contacto —le reproché—. He estado esperando su llamada por siglos mientras me comía las uñas que ya no me crecen. Y ahora, vienes y me sueltas de golpe que has estado platicando con él —de Dios sabrá qué cosas— todo este maldito tiempo y ni siquiera te dignaste en decírmelo.

Me sentía herida de que mi mejor amiga se guardara ese trozo de información. ¿Qué demonios estaba pensando al ocultarme todo esto?

Primero el embarazo y ahora lo de este hombre.

¡Mierda!

Que otras cosas no me estará diciendo. Cuando regresara de su viaje tendríamos una conversación muy seria.

Ella no podía seguir omitiendo las cosas.

—Antes de que te crees la película de terror en tu cabeza, donde me asesinas a sangre fría, quiero que sepas, que estaba esperando el momento adecuado para comentarte que he estado conversando con Ivánov por casi un mes. —Casi me desmayé; literalmente—. Hago referencia de un mes, porque ha sido un poco más que eso, pero, cuento solo desde hace treinta días, porque ese es el tiempo, en el que creo fervientemente que él podría estar interesado en ti en otro *sentido*. ¿Si entiendes a que me refiero?

Puse los ojos en blanco.

—Y no pongas los ojos en blanco.

¡Maldición!

—Tienes que confiar en mí —amonestó—. Mis sospechas principalmente se basan en que, a su manera, me ha pedido actualizaciones sobre tu estado de salud, entre otras cosas.

Soltó una ligera risa y yo no quería saber qué otras cosas habían estado compartiendo a mis espaldas. Con mi suerte, era probable que hasta ya se siguieran en *Instagram* y fueran amigos en *Facebook* (sí es que acaso ese hombre usaba redes sociales).

—Estoy completamente convencida de que le gustas. Y mucho.

Arrugué el ceño por lo absurdo de su afirmación.

¡Por todos los santos del mundo, no tenía cabello!

Mi peso actual bien podría ser comparado con el de una pluma, y ni hablar de mi silueta mal trecha y sin atractivo. Me rehusaba a creer que le resultase atractiva justo en mi peor momento. Sin obviar el detalle, de que tenía cáncer etapa II.

Todo eso me convertía en un paquete que nadie desearía tener que lidiar y mucho menos voluntariamente.

Aunque soñar no costaba nada, la realidad era que debía aplastar estas mariposas que habían hecho nido en mi estómago escuchando las palabras de mi mejor amiga.

—Antes que todo, ¿por qué diablos no me habías informado de que ahora también eras la mejor amiga de este hombre?

—Eso no es así —se defendió la descarada.

—Lo es. —Suspiré sintiendo que mi cuerpo se quedaba sin energía—. No puedo creer que me hicieras esto —musité decepcionada.

Tendríamos que replantear los términos de nuestra amistad. La confianza era vital, pero si ella seguía escondiéndome cosas, iba a renunciar a la idea de poder creer ciegamente en las personas.

—Pero es que no te he traicionado —rechistó—. Como reitero, creo que su interés por ti va más allá de a hacer «negocios».

—Yaa...

—Tienes que confiar en mí. Además, ustedes tienen un pasado.

—¿A qué te refieres?

Esperaba que no le hubiera contado sobre mi vergonzoso acoso durante la exposición de arte.

*¡La peor maldita noche de mi vida!*

—Eso tendrás que preguntárselo a él. No estoy autorizada a desvelar sus secretos, así como tampoco, he hecho con los tuyos.

—Pero es que yo no tengo secretos —le recordé.

—Exacto.

¡Mierda!

Eso solo podía significar cosas malas.

## 31. BARBARIDADES EN UN VIERNES POR LA NOCHE



Suspiré mientras cavilaba mis alternativas en vista de que mi mejor amiga estaba tratando de desviar la atención para no revelar nada en concreto.

—Y tienes que confiar en mí, cuando digo que está interesado en ti.

Era mejor desalentarla porque todo esto era a consecuencia de su avanzado embarazo que ocasionaba que viera corazones donde solo había flores y esperanzas muertas.

—Lo dudo —afirmé—. Porque los hombres que lucen como él, le gustan los culos. Con preferencia, que sean grandes y redondeados.

—¿Qué? —preguntó confundida.

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes, esos respingones que solo se consiguen con arduo ejercicio o con una maldita operación. No quiero ser pesimista, pero considerando que la madre naturaleza ni se dignó en regalarme un poco como para trabajarlo, reconozco que, aunque estuviera interesada en él, *cosa que no es así*, tengo las de perder. —Suspiré sintiéndome de alguna manera triste—. Sin tetas y sin culo, es mejor que las cosas con él se mantengan en el plano imaginativo.

Soltó una risa.

—Eso es lo que tú crees —susurró de manera enigmática—. En fin, te deseo suerte, y ya sabes, me llamas por cualquier novedad. —Hizo una pausa y su voz se volvió cariñosa—. Sí creyera que tiene malas intenciones, no lo hubiera dejado acercarse a ti. No después de todo lo que has pasado.

—Pero ¿qué se supone que tengo hacer con él aquí?

—¿Durante su estancia? —Eso solo confirmó lo que me temía; él no se

marcharía hasta hablar conmigo—. Sí es eso lo que te preocupa, solo evita hacer esa cara —sugirió muy animada.

—¿Cuál cara?

No tenía ni puta idea a que se refería.

—La cara que haces cuando te sientes nerviosa. Ya sabes —aseguró como si fuera lo más obvio del mundo—, esa que te hace parecer un hermoso perrito pero que padece de un severo caso de estreñimiento. —Soltó una risa divertida—. Por favor, solo evita hacerla y estarás bien.

En este punto no sabía, sí se trataba de una horrible broma, o lo decía realmente en serio; esperaba y fuera mentira. Como no tenía que más aportar a la conversación guardé silencio y ella se despidió deseándome suerte.

Suerte que sin duda iba a necesitar.

Corrí a mi habitación y me coloqué el turbante ¿por qué? Porque esperaba que la imagen de mi calvicie ya hubiera abandonado sus inhóspitos recuerdos. Y como no tenía el maldito aparatito ese para hacer el trabajo, tenía que confiar ciegamente en que él sufría de memoria a corto plazo y que ya ni recordaba lo que hacía parado en la entrada de mi casa.

*Soñar no costaba nada.*

Ni me molesté en ponerme un pantalón, porque seamos sinceras, ese hombre jamás echaría una miradita a mis piernas flacas.

Eso era aspirar demasiado.

Mientras caminaba hasta la puerta empecé a rezar a todos los dioses para que Serguéi Ivánov se hubiera marchado, pero no tuve suerte.

—Hola —dije casi sin aliento al abrir la puerta y casi sufriendo el segundo ataque al corazón cuando mis ojos tropezaron con su intensa mirada.

Para mi mala suerte, lucía demasiado apetecible con su atuendo regular, que era la misma chaqueta de cuero negra y todo el conjunto que vistió durante nuestra reunión de negocios; la diferencia esta vez, era que en lugar del gris que hacía de fondo ahora era una camisa blanca la que cubría su ancho pecho. Un pecho que me gritaba a que me animara a tocarlo.

«No, querido pecho, tu dueño no estaría agradecido de que abusara de él en la entrada de mi casa.» Pensé mientras esperaba no estar haciendo la cara de la que me acusaba mi mejor amiga.

Su ceño se frunció un poco más mientras su mirada viajaba a mi cabeza.

—Asumí que te había informado que vendría. —Luego viajaron hacia el sur y me arrepentí de haberlo subestimado. Sus ojos regresaron a los míos—. Me pareció una oportunidad idónea para conversar sobre *cómo* quieres hacer

el proceso de separación y ultimar detalles sobre mis servicios y lo que esperas de mí.

Forcé una sonrisa y reprendí a mi coño porque saltó cuando escuchó la palabra *cómo*.

—Por supuesto. Pasa. —Me hice a un lado para dejar que su intimidante altura ingresara a mi peculiar morada. Cuando se detuvo a unos escasos pasos como esperando que lidere el camino hasta el lugar designado, pregunté:

—¿Puedes esperarme un minuto en la sala? —Él asintió—. Es que tengo que ir al baño a...—Me esforcé por sonar casual y no como alguien con ganas de tirarse una sonora flatulencia y que no sabía cómo hacerlo—, a tomarme un medicamento que me he olvidado.

Su mirada viajó otra vez a mis piernas y algo extraño sucedió; sus labios sonrieron.

¡Mierda!

Mi coño pateó el estúpido cartel anterior y colgó uno nuevo.

«Disponible para Serguéi Ivánov.»

Letrero que se podía leer a tres cuerdas de distancia.

—Sí, por supuesto. —Cuando sus ojos regresaron a los míos, brillaron de una manera diferente—. *Un medicamento*.

Guardé silencio y le di la espalda para cerrar la puerta y poner los seguros —cuando sentí que su mirada ya no quemaba mi cabeza y su presencia hacía su retirada— dejé escapar un gemido de lamento.

¡Demonios!

Antes de subir a mi habitación hice una parada en la cocina, cogí una botella de agua de la estantería y bebí de golpe la mitad. Cuando me tranquilicé lo suficiente, pues el trayecto comprendía gran parte de la sala —una sala que actualmente estaba siendo habitada por un hombre que me movía no solo las cortinas de la casa— acepté que su presencia era como un terremoto de magnitud diez en la escala de *Richter*, con pronóstico de posibles réplicas.

*Un terremoto que mi coño quería indudablemente disfrutar.*

Cuando reconocí que no podía seguir prolongando esto, deambulé hasta la sala y suspiré de alivio al ver su mirada perdida en el móvil. Mis pasos se hicieron ligeros para no llamar su atención y me sentí casi a salvo cuando mi pie derecho —que estaba descalzo— pisó el primer escalón.

—Por cierto, Nina...

Me congelé completamente —presentía que con este hombre me iba a dar

un buen ataque al corazón uno de estos días— pero me obligué a inclinar mi cuerpo un poco sobre la baranda de mármol para mirarlo.

—¿Sí?

El calor que desprendía su mirada era tan intenso que sentí que acariciaba mi piel.

«Por favor, no me mires así. En todo caso, hazme un favor y compórtate como un completo idiota para que así, mi estúpido corazón no tenga motivos y se enamore de ti.»

*Ayúdame a cortarle las alas a mi corazón.*

—Por si te interesa saber, no me considero un hombre de traseros —Mi alma cayó a los pies y estaba segura de que mi palidez rivalizaba con el color blanco de las paredes—. A esta edad, creo que me impresiona más el sarcasmo o ingenio que tenga una mujer. —La comisura izquierda de su boca se crispó y mi corazón tropezó con sus latidos que parecía que estuviera borracho—. Con el tiempo, los traseros se caen o pierden su gracia, pero el sarcasmo e ingenio, siempre te robaran una genuina sonrisa sin importar el día, la circunstancias o cuantos años tengas.

No me moví ni desvié la mirada.

El silencio era tal, que si se hubiera caído una mujer al final de la calle hubiéramos sido capaces de oír el alboroto.

—Yo...

Cuando sus labios volvieron a crisparse, me ahorré mi lamentable discurso y subí lo más rápido que pude sin provocarme un accidente que terminara con una visita a urgencias y él admirando mi braga con la cara de un gato estampado en el trasero.

Yo sinceramente amaba a los gatos.

Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta, me desplomé en el piso y empecé a llorar.

La situación me había superado.

No quería que él tuviera este efecto en mí. Podías entenderme perfectamente el por qué no quería enamorarme de otro hombre que terminaría rompiendo mi corazón.

Tenía que recordar, que el amar a un hombre parecido a él lo único que me había dejado fue sin hogar, sin amor y sin hija. Todo porque había creído ingenuamente que hombres como él, podrían amarme desinteresadamente, cuando lo cierto, es que ellos solo saben usar y desechar.

Pero encontraría la manera de resguardar mi corazón.

Pero claro, fue más fácil decirlo que hacerlo, porque sí pensé que las cosas entre nosotros se mantendrían platónicas estaba muy equivocada. Porque, así como yo tenía planes, Serguéi Ivánov también.

*¡Malditas pollas!*

## 32. MALDITOS DEMONIOS



*Un mes después*  
*Mayo, 2015*  
*Moscú – Rusia*  
*Nina*

A veces, piensas ingenuamente que ya nada podría sorprenderte en la vida, pero déjame decirte... que era una maldita mentira.

La amistad que había desarrollado con Serguéi Ivánov era por decir menos que abrumadora.

Por favor, ¿podrías recordar cuál era la receta secreta para no enamorarse de un hombre como él?, porque tenía las cosas complicada. Porque no sabía cómo evitar sentirme atraída hacia este hombre que me llamaba todos los días antes de venir a la casa solo para preguntarme si necesitaba que comprara algo.

Si lidiar con su profunda voz me suponía un gran reto, imagínate mi dilema cuando aparecía en la puerta con una hermosa rosa blanca entre las manos.

*Para mí.*

Y gracias a todo eso, mis piernas empezaron a sentirse débiles cuando veía su nombre parpadear en la pantalla de móvil. Y ni hablar del desorden que se creaba en mi corazón cuando escuchaba su voz profunda y ronca pronunciar mi nombre mientras revisábamos los papeles.

¡Maldición!

Había trazado tantas líneas para mantenerme alejada de él, pero bastaba con que echaras un vistazo tras de mí para que notaras que ya había un centenar de señales de peligro que sin duda había saltado cada vez que él hacía o decía algo hermoso.

Sí su propósito era volverme loca, sin duda lo estaba consiguiendo.

Te juro que traté de mantener las cosas platónicas con respecto a mis sentimientos por él, pero ya sabes cómo es el amor y lo escurridizo que podía ser en ocasiones. Pero considerando mi mala racha en el amor y en la vida en general, estaba tentada a internarme en un psiquiátrico al terminar todo esto.

Mathilde bromeada sin parar, diciendo que cupido estaba tratando de arreglar su «desastre», pero dudaba que el maldito perezoso —que adoraba andar en pañales— tuviera ganas de acercarse a mí. Al menos no después, de declararle la guerra y decir abiertamente que sí un día lo tuviera en frente le dispararía entre los huevos.

Sí cupido tenía algo de sentido común —y sabía lo que le convenía— se mantendría lejos de mí mientras se metida sus malditas flechitas por el cul...

—No hay nada malo en que te guste.

Estaba en desacuerdo con mi mejor amiga.

Las cosas que esa mirada le hacía a mi cuerpo no eran de este mundo. Ni siquiera Alexey tuvo cerca de provocar que mi cuerpo entero se incendiara solo con su respiración, como era el reciente descubierto «talento» de este hombre.

Cuando mordía su labio mientras revisaba parte del acuerdo sin duda mi coño sufría un fuerte espasmo.

—¿Dime que anda mal conmigo?

Pasé una mano temblorosa por mi cabeza desnuda.

—Nada. —Se acercó y apretó suavemente mi mano—. Sigues siendo una mujer hermosa, aunque ya no tengas cabello y muy pronto ni tetas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y ella rodeó la pequeña el pequeño mesón de mi cocina y me estrechó entre sus brazos.

Había decidido que Mathilde daba los mejores abrazos del mundo entero y yo era afortunada de poder recibirlos.

Empecé a temblar porque tenía miedo.

Miedo de lo que estaba empezando a sentir por un hombre que a todas luces denotaba cierto interés. O bien podría ser que estaba malinterpretando las cosas y que, como mi abogado, solo quería ayudarme durante este duro momento.

—Tengo miedo... —confesé con voz rota.

Imagínate, luciendo como lo hacía, en lugar de espantarlo parecía ser que le gustaba lo que veía. Existía la enorme posibilidad de que a mi nuevo «amigo» le gustasen las mujeres convalecientes; aunque claro, jamás sería tan grosera como para preguntarle aquello.

*—Por cierto, Serguéi —Él me miraría con esos hipnóticos y hermosos ojos mientras acariciaba su labio inferior con su deliciosa lengua—, ¿te va el rollo de las mujeres enfermas y sin pelo?*

Con sinceridad te digo, que era una conversación que de ninguna manera me veía sosteniendo con ese hombre.

—No permitas que el cáncer te arrebate la oportunidad de encontrar el amor —Se alejó y me miró a los ojos—. Ya has perdido suficiente. —Me acarició la mejilla—. No deseches esto cuando ni siquiera ha empezado y mucho menos sabes cómo va a acabar. —Sonríó y guiño un ojo—. Algo me dice, que este es bueno. Y no me estoy refiriendo a su atractivo de infarto. *¡Dios!* —Se abanicó con las manos el rostro—. A veces está parado frente a nosotras y tengo esta imperiosa necesidad de tocarlo para ver sí es real.

Empezamos a reír.

—Tienes esto Nina —aseguró, limpiando la lágrima que salió a saludarla—. Tienes lo que muchas solo sueñan y pocas veces consiguen. Y te aconsejo, que disfrutes lo más que puedas y atesores estos momentos para cuando las cosas se pongan difíciles.

—¿Crees que no logré vencer a este animal? —Me alejé unos cuantos pasos de ella.

—No. —Negó—. El cáncer pronto será solo un mal recuerdo. Pero a lo que realmente me refiero, es a cuando Alexey Románov —Su mirada se nubló y un escalofrío recorrió mi espina dorsal—, descubra que su esposa está enamorada de otro hombre.

¡Oh, mierda!

### 33. AMOR Y MÁS AMOR



*Una semana después.*

*Mayo, 2015*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

**D**urante esa semana me esforcé por mantener las cosas ligeras y de disimular que no quería desvestirlo y besar cada centímetro de su piel. Aunque ese trasero luciera increíble en ese pantalón e invitara a tocarlo, mantuve mi mirada pegada a los papeles cada vez que se despedía.

«Nada de mirarle el trasero a nuestro amigo Serguéi.» Amonestaba severamente a mi coño cada noche.

*Alguien tenía que ser la adulta aquí.*

Ni una miradita; bueno, robé algunas, pero nada que pudiera condenar a mi alma al infierno o me hiciera quedar como una hipócrita ante el gremio de los amigos.

—¿En que se basa la verdadera rivalidad que existe entre Alexey y tú?

Pregunté casualmente cuando hicimos una necesitada pausa luego de revisar minuciosamente la segunda foja del acuerdo. El trabajo se había complicado un poco porque había muchas cláusulas que ameritaban ser analizadas desde todos los puntos de vista. No quería que mi exmarido pudiera objetar cuando presentara los respectivos documentos para dismantelar su empresa.

Como te dije, mi venganza sería dejarlo en la calle y no estaba

bromeando con ello.

Serví el pequeño aperitivo que tenía reservado para este momento y fue entonces que decidí que sería un buen momento para comprender el verdadero problema entre ellos.

Guardó silencio por unos segundos sin levantar la mirada. Me sentí tentada a repetir la pregunta creyendo que no me había escuchado.

—Esa pregunta requiere una respuesta sincera y francamente, no creo que estés preparada para escucharla.

Me senté frente a él, y acomodé mi turbante.

—Ponme a prueba.

—No necesito hacer tal cosa —aseguró.

Nos habíamos vuelto realmente buenos ignorando esta vibra extraña que denotaba una tensión que me tenía confundida. No sabía si era sexual o solo tensión porque era la esposa de su mayor competencia y por ese motivo era por el que me había animado a preguntar sobre esto.

—Por favor...

Levantó la mirada y me observó.

—Alexey Románov, es un asesino a sueldo.

Sus hombros tensos me dijeron que no se trataba de una broma pesada.

*¡Oh, por Dios!*

El zumbido que inundó mis oídos fue letal. Me levanté torpemente y me alejé de él. Podía oír la sangre correr vertiginosamente a mi cabeza y no necesitaba de un maldito espejo para saber que mis ojos lucían enormes. Y como si alguien hubiera sintonizado bien la radio miles de voces se alzaron al mismo tiempo dentro de mi cabeza.

*¡¿Asesino?!*

*¡¿Iba a matarte?!*

*¡¿Quizá miente?!*

Abrí la boca para darle voz a las ideas que se apretujaban por ser escuchadas, pero Serguéi tenía más cosas que confesarme.

Cosas que me demostrarían que estuve ciega en más de un sentido.

—No creas ni por momento que tu encuentro con él fue casual. —Se levantó—. Eres más inteligente que eso.

La puñalada que sentí en el pecho fue tan real que llevé mi mano al lugar de donde provenía para ver si había sangre.

*Nada.*

No había nada.

Entonces, ¿Por qué se sentía como sí me hubieran apuñalado?

—¿Iba a asesinarme?

¡Diablos!

—No. — Sus hermosos ojos brillaron y negó—. En todo caso, fue todo lo contrario; tú le salvaste la vida.

—¿Qué? —Mis rodillas se doblaron, pero me sujeté al brazo del sofá.

¡Maldita sea!

—Su viaje a España fue con la intención de encontrarte, pero no por lo que te aseguró Ekaterina. —Frunció el ceño—. Presiento que eso solo lo dijo para provocarte. —Dio un paso hacia mí—. Cuando la realidad es mucho más terrible y egoísta. Es algo que solo podría ser llevado a cabo por una persona sin corazón. *Sin alma*.

No podía moverme mientras procesaba su afirmación. En un momento de debilidad, le había confesado a Serguéi sobre mi encuentro con aquella mujer. Su silencio ayudó a que pudiera entrar en detalle y le abriera mi corazón por lo ridícula que me había sentido al creer que mi exmarido realmente había querido conocerme, cuando solo estaba buscando una idiota para darle celos a la mujer que amaba.

*Patética*, es el término que había usado aquel día para referirme a como me sentía por haberme enamorado de un hombre así. Pero ahora comprendía mejor el atronador silencio que mantuvo mi «nuevo» amigo mientras me escuchaba atentamente contarle como había conocido a Alexey. Quería sentirme molesta, pero en parte comprendía, que tenía más de una razón para no decírmelo en ese momento.

Esperaba sinceramente que fueran muy buenos los motivos, y no solo el hecho de que también era otro mentiroso igual que Alexey. Aunque mirándolo a los ojos podía sentir que era sincero.

Cosa extraña, porque lo conocía de hace poco, no obstante, jamás he dudado de lo que dice. Siento que todo lo que hace es sin alguna intención oculta. Pero claro, recordemos quien se casó con un asesino y apenas hoy se estaba poniendo al día.

¡Mierda!

—Todo esto radica en algo que él hizo hace mucho tiempo, lo cual, puso un precio a su cabeza. —Me sentí incómoda por la intensidad de su mirada—. Y estoy seguro de que por recomendación de Ekaterina fue que él viajó a España a encontrarte. Tú eras muy importante dentro del plan de ellos, sin duda.

—¿Por qué?

Su reticencia para responder me hizo fruncir el ceño.

—Vamos, puedes decirlo. —Traté de controlar el temblor de mi cuerpo

—. Mi marido es un asesino, tengo cáncer, ¿qué podría ser peor que todo eso...?

—Porque eras mi prometida. Y nadie se atrevería a tocarlo, no mientras pudiera herirte a ti; y no me refiero a físicamente.

¡Oh, mierda!

Caí al piso, asesinando en el proceso el poco trasero que aun sobrevivía.

Me sobresalté cuando sus fuertes brazos rodearon mi cintura y me ayudaron a levantar; ni siquiera podía obligarme a mirarlo a los ojos. Tenía una batalla interna en mi cerebro que se encontraba trabajando horas extras para darle sentido a todo esto.

Los nervios me atacaron violetamente cuando su calor se sintió diferente ahora que en mi cerebro se había instaurado la idea de que en algún momento este hombre me había pertenecido.

Pero ¿cuándo?

Busqué rápidamente en mi cerebro indicios de conocerlo, pero nada. Un gran letrero con las palabras «cero resultados» rebotó por todos lados.

—No es posible —susurré—. Yo no te recuerdo. Sí fuera verdad, te recordaría; estoy segura.

Suspiró y mi cuerpo se electrificó cuando suavemente su dedo índice guio mi rostro al suyo. Encontrarme con su hermosa mirada se sintió como un choque magnético: mis sentidos se agudizaron y el roce de su cuerpo contra el mío se sintió caótico, pero entrañable.

—¿Tanto te aterra la idea de que alguna vez pudiste haberme pertenecido?

Tragué la bilis que amenazaba con arruinar este momento y negué.

—Es que no te recuerdo.

—Eras muy pequeña para ello, que es imposible que lo recuerdes, y en parte, me alegra que así sea.

¡Maldición! A esta distancia, su rostro era aún más atractivo de una manera aterradora y yo esperaba no tener la cara de perro estreñido que me había dicho Mathilde.

—¿Pequeña? Y... ¿y por qué te puede alegrar aquello? —tartamudeé.

Asintió mientras sus labios se crisparon en una pequeña sonrisa. Tenía tantos deseos de besarlo.

¿Qué mierda, Nina?

*¡Controla las malditas hormonas!*

—Confieso que no te di una muy buena impresión que digamos —Casi me desmayé cuando sus ojos fueron los que sonrieron esta vez mientras sus labios solo se torcieron un poco en las esquinas—. Apenas y tenías cuatro años y para ese entonces, yo era un adolescente malhumorado de quince años.

Mi estómago se volvió loco y tuve que cerrar los ojos para respirar profundamente.

—¿Quieres sentarte?

Abrí los ojos y negué.

—Quiero la verdad.

Suspiró y sus manos se apretaron solo un poco en mi cintura; necesitaba que alguien me pellizcara o me diera un golpe en la cara porque se sentía como que estuviera soñando.

—Serguéi... —supliqué cuando su silencio se hizo eterno y su mirada se perdió, en mis labios.

—Tu familia, mientras vivía aquí en Rusia, tenía negocios muy prósperos con mi padre. —Miró a mis ojos—. En todo caso, con el pasar de los años, antes de que nacieras, ellos habían forjado una gran amistad. Una amistad que querían que perdurara para siempre.

—Y por eso nos comprometieron —adiviné.

Esta noche —luego de que se marchara mi ex prometido— tendría una conversación muy seria por *Skype* con mi padre. No quería darle oportunidad a que me mintiera por teléfono. Tenía muchas cosas que necesitaba que me las aclarase y por ahora no podía viajar a España. Un viaje así —con tantas bacterias en el aire— simplemente me mataría.

—Seis meses después de cumplir los quince años, tus padres llegaron a mi casa y esa sería la primera vez que te conocería. —La comisura izquierda de sus labios se levantó y se me hizo complicado respirar—. Debes comprender que, por ese entonces, solo era un adolescente malhumorado y tú, otra niña malcriada y ruidosa que no paraba de hacer pucheros y fastidiar el ambiente con su peluche en forma de unicornio. Claro, que en ese momento ignoraba que aquella reunión era para acordar los términos en que se daría nuestro matrimonio cuando cumplieras la mayoría de edad. —Su pulgar acarició lentamente mi barbilla y mis piernas amenazaron con dejarme caer por lo que me aferré a sus antebrazos—. Recuerdo que se me hizo eterno quedarme a tu cuidado, por lo que cuando te me acercaste a pincharme con el cuerno del maldito peluche, te lo arrebaté y lo tiré a la chimenea que ardía con

truncos recién cortados que habían puesto para calentar la sala.

Mis cejas se dispararon hacia arriba; me costaba creer que todo eso nos hubiera pasado y yo no pudiera recordarlo.

Ni un maldito detalle.

—Al principio te quedaste en completo silencio, observando fijamente como ardía tu pequeño unicornio dentro de la chimenea.

Suelta una ligera risa; un sonido ronco y realmente *sexí*.

*¿Qué me estabas haciendo, Serguéi?*

—Me sentí el mayor estúpido del mundo. —Arrastró una pesada mano por su cabello—. Cuando pronuncié tu nombre para llamar tu atención y disculparme fue cuando el torrente de lágrimas vino y tu llanto se escuchó por toda la mansión. Me quedo corto al decir, que nuestros padres salieron todos atolondrados de la reunión imaginando lo peor. Tu madre corrió a consolarte y a los pocos minutos ya estabas narrando con lujo de detalle cómo había asesinado a tu peluche, lo que me ganó miradas de reproche por parte de mis padres. —Me acarició suavemente la mejilla—. Más tarde, aquella noche, cuando ustedes se marcharon, encontré a mi madre llorando en su habitación. Cuando me acerqué y le pregunté qué sucedía, ella respondió: Lloro, porque no puedo creer que mi hijo mayor sea un forajido que no tuvo reparo en asesinar el pequeño unicornio de su prometida. —Mi corazón se perdió entre un latido y otro—. *¿Qué clase de esposo serás, sí ahora la haces llorar?*

Nuestra respiración era pesada.

—Así fue como me enteré de que nuestros padres habían estado hablando sobre nuestro futuro enlace y que yo lo había cagado. —Sus ojos perdieron alegría—. Poco tiempo después eso, tu abuela enfermó y tus padres decidieron que era un buen momento para que cambiaran un poco de ambiente. Por ese entonces, las cosas no eran tan civilizadas. —No me pierdo la ironía ni el doble sentido en sus palabras—. Pero el acuerdo siguió. O al menos, eso era lo que tenía entendido, por eso no me molesté en salir con otra mujer o tratar de conseguir esposa. Para que hacerlo cuando ya tenía una y, además, me había jurado no volver a hacerte daño; eso incluía no hacerte llorar. Le prometí a mi madre que sería el mejor esposo del mundo y eso trajo paz a su corazón hasta el día que murió.

Podía sentir el calor irradiando de mis mejillas.

—*¿Y qué pasó?*

—Alexey Románov.

—*¿Qué?* —Me alejé de sus brazos—. *¿Qué tiene que ver Alexey en*

nuestro compromiso? Lo conocí mucho después.

Asintió pensativamente.

—Tienes mucho que ver, porque él fue quien asesinó a mi hermano a sangre fría.

El piso se movió bajo mis pies y tuve que apoyarme en la pared tras de mí.

—¿Tu hermano era el hombre al que fue prometida Ekaterina Konstantinovka?

—Lo fue.

—¡Oh, Dios!

Mi estómago se contrajo y miré a la moqueta: todo este tiempo creyendo estúpidamente que lo había enviado a asesinar, cuando él mismo había sido quien terminó con la vida de aquel pobre hombre.

Con sus propias manos.

—Y tú —Levanté la mirada—, ¿a quién habías pagado para que lo asesinara? Porque dijiste que eso puso un precio a su cabeza. —Sus ojos me sostuvieron por un largo minuto—. Dime, Serguéi ¿A quién enviaste a matar a mi exesposo?

—No envié a nadie. —Su declaración robó el aire de la casa—. No tenía necesidad de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque yo también soy un asesino.

¡Oh, maldita sea!

## 34. FUNESTO



*Nina*

**M**e alejé completamente de sus brazos cuando la realidad armó una tienda de campaña con mi atribulada cabeza. Las cosas solo podían ir de mal a peor desde aquí.

—Alexey es el asesino de su familia —admitió—. Y al igual que yo, fue preparado desde niño para encargarse de los asuntos que podrían poner en riesgo el futuro de su «Legado». —Levanté la mirada—. Pero matar a mi hermano, no fue algo que ordenó su padre, por lo que tuvo que de alguna manera solucionar su desastre y con la ayuda de Ekaterina, te buscaron.

—¿Y cómo Ekaterina sabía de mí?

Todo era demasiado.

Tantas mentiras

Sentía que había caído en una dimensión desconocida.

—Porque su familia también era cercana a la mía, y casi al mismo tiempo que nos comprometieron, su familia lo hizo con ella y mi hermano. Pero Ekaterina jamás quiso a mi hermano... porque era conmigo con quien se quería casar.

Las ganas de vomitar azotaron sin piedad mi garganta.

—¿Qué?

Me atrajo otra vez a sus brazos.

—Conozco a Ekaterina desde que tengo memoria, pero mis padres siempre dijeron que era con Fredek, mi hermano menor, con quien quería que

ella se casara. Y aunque sus padres estuvieron de acuerdo, no fue del agrado de ella tal compromiso. Pero aceptó a regañadientes.

Todo esto era muy difícil de procesar.

Muy difícil de aceptar.

—Tienes que entender algo Nina, y eso es, que, en esta sociedad, no es el dinero lo que hace que tus enemigos se mantengan al margen y no se inmiscuyan en tus negocios.

Extendió su mano y acarició mi mejilla, yo me estremecí involuntariamente y sus labios se contrajeron en una mueca; dejó caer su mano y dio un paso atrás. Mi cuerpo sintió su pérdida.

—Lo que te vuelve exitoso en este *mundo*, es el de tener brutales asesinos entre tus filas que no dudaran en cortarle la garganta a tus adversarios. Entre más despiadados sean, más temor infundes a tu competencia, la misma que prefiere no llevarte la contraria.

Su ceño se frunció como meditando que más podía decirme sin que me volviera loca.

—Ekaterina es hija única y sus padres necesitaban comprometerla con alguien fuerte. Por ese entonces, los lazos que mantenía con la familia Románov se habían debilitado a causa de una pequeña disputa por un trato mal realizado. Y mi padre creía, que Ekaterina era una fuerza para tener en cuenta, porque ella quizá jamás será una diestra asesina como Alexey y yo, pero, sin duda, sabe pelear y adora la sangre.

Me estremecí pensando, en lo que hubiera sucedido aquel día en mi casa, si hubiera reaccionado a sus provocaciones.

Después de todo, no había sido mi imaginación, aquel brillo diabólico en sus ojos. Ella también estaba podrida.

—Pero sigo sin entender —Levanté la mirada sintiendo la ira cobrar vida —, entonces, sí sabías que Alexey lo había asesinado ¿por qué no lo mataste antes de que llegara a mí? —Mi voz tembló—. Estás consciente, ¿de que todo esto se hubiera evitado?

No podía creer que aquellas palabras hubieran abandonado mi garganta. Pero era así, mi cuerpo temblaba de ira.

Sé que era incierto creer o pensar que evitando su intromisión en vida de igual me hubiera enfermado con cáncer, pero, al menos, me hubiera ahorrado el corazón roto y el millón de lágrimas derramadas.

Todo el sufrimiento que ese par me había provocado. Todo eso jamás hubiera pasado.

—Porque las pistas que seguíamos no estaban claras. —Pasó una mano por su cabello—. Alexey es un asesino astuto, ¿por qué crees que dicen que es mi competencia directa?

Eso me desestabilizó; yo... yo había creído...

—Pero, aquella rivalidad de la que todo el mundo habla ¿no es porque son los mejores abogados de toda Rusia?

Negó.

—Creo que es hora de que te sientes. —Hizo una pausa cuando levanté la barbilla en señal de desafío; y una mierda si ahora iba a empezar hacerle caso—. Te pido eso, porque parece que hubieras recibido un disparo y estas a segundos de desmayarte.

Bueno, cuando lo exponía de esa manera.

Obedecí porque no solo se sentía como que si me hubiera impactado una bala; se sentía como si hubieran descargado un cartucho entero contra mi cuerpo.

—Él asesinó a mi hermano, quien estaba comprometido con Ekaterina y no solo eso, al hacerlo, nos dejó sin la siguiente generación de abogados. Como comprenderás, todas las familias poderosas de Rusia llevan a cuesta su propio bufete y eso es, porque necesitamos atar cabos sueltos. —Hice una mueca; que estúpida había sido—. Yo era mayor con dos años, por lo que me tocó abandonar mis estudios de Literatura y empezar a estudiar una carrera que de por sí, estaba lejos de ser algo que yo quería, pero, familia es familia, y poco importaba luego de la muerte de Fredek mis estúpidos deseos. La familia tenía que buscar soluciones rápidas y como ya era un excelente asesino, creyeron que era apropiado que también llevara las riendas de los negocios legales.

No podía moverme como tampoco podía dejar de mirarlo. ¿Cómo alguien tan hermoso podía llegar a ser un asesino a sangre fría?

De la víbora esa no me extrañaba. Pero ¿Alexey? Nunca me dio impresión de ser algo más que un aburrido abogado. Nada en su rutina lo delató alguna vez. Bueno, estaban aquellos viajes, que ahora hasta dudaba si todos habían sido realizados con el fin de encontrarse con esa mujer. Tenía el presentimiento, que cuando decía que algunos clientes no podían venir hasta Moscú, era la clave —que en ese momento no entendía— para referirse a que tenía que viajar hasta sus casas para matarlos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al comprender, que no solo me había casado con un completo desconocido, sino aceptar que jamás me amó.

Ni siquiera un poco.

—Para cuando las pistas me llevaron al asesino correcto, este ya se encontraba en España.

Mi corazón experimentó un dolor diferente mientras mi cerebro empezaba a procesar cada cosa, cada palabra dicha por el hombre a quién estúpidamente le había entregado no solo mi virginidad, sino también la dignidad. Y aunque mi sentido común puso resistencia al principio, pronto quedó sepultado bajo pretextos y la insípida esperanza de que la suerte quizá me sonreía cuando nos tropezamos aquel día en el estacionamiento, e ignoré aquella voz desconfiada que en ocasiones gritaba que aquel encuentro había sido demasiado perfecto para ser casualidad.

Alexey, en general, había sido demasiado *perfecto*.

Su insistencia en entablar una relación conmigo; una maldita amistad, *mi culo*.

Recuerdo que, cuando caí al piso, aquello se sintió más como si alguien me hubiera lanzado, más no tropezado.

¡Mierda!

Ahora hasta dudaba que eso hubiera pasado realmente, quizá solo me estaba esperando oculto entre los coches y me empujó.

—*Quiero oírlo. —Su cálido aliento bailó en mis labios—. Tus asentimientos son lindos, pero soy un hombre que valora la palabra por sobre las muecas o los gestos...*

—*Lo hago, Alexey —contesté ansiosa, deseando terminar con esta cercanía.*

*Una sonrisa se extendió por sus deliciosos labios y yo solo quería ponerme en putillas y tener el derecho de besarlo a mi antojo. Y por supuesto, a hacerle otras cosas más, pero con sus besos me era suficiente; por ahora.*

—*Para mí, tu confianza es de mucho valor. No te imaginas lo que estuve rogando a los dioses de que me bendijeran con una mujer como tú, para que sea mi guía y mi confidente. —Suspiró—. Eres muy valiosa para mí, Nina. Y un día entenderás el por qué.*

—*¿Estas muriendo o algo?*

Mi cerebro recordó y me sentí estúpida. Por supuesto, que estaba muriendo. A eso se había referido todo este tiempo, porque lo estaba salvando de Serguéi Ivánov.

Me odiaba por haber sido tan ingenua; por no haber visto las verdaderas

intenciones de un hombre que solo estaba asustado buscando una salida victoriosa acosta de pisotear mi corazón.

—Tienes que saber, que nada iba a impedir que lo asesinara, pero luego, recibimos la llamada de tu padre y las cosas, bueno, cambiaron un poco.

—¿Mi padre?

Asintió mientras se sentaba frente a mí.

—Nos comentó sobre tu reciente amistad con Alexey Románov y, que llamaba porque, de hecho, quería que hubiera un ligero cambio en el acuerdo de matrimonio.

—¿Por qué? —Las manos empezaron a temblarme porque presentía que esto se iba a ponerse cien veces peor. Mi vientre dolía imaginando lo que hubiera sido ser reclamada por este hombre. Me imaginaba la impresión que hubiera sido al encontrarlo un día en mi casa y que me dijeran que era su prometida.

¡Diablos! Probablemente me hubiera echado a reír como loca, antes de empezar a buscar las malditas cámaras por toda la habitación.

—Porque mi prometida... se había enamorado del hombre que había asesinado a mi hermano.

¡Oh, mieceerdaaa!

## 35. TRAICIÓN Y CODICIA



*Nina*

Luego de que mi «ex prometido» se marchara de la casa, me había quedado por varios minutos debatiendo sí llamaba o no a Mathilde. Deseché la idea porque ya era tarde y suficiente drama tenía con su avanzado embarazo como para estar robándole la poca tranquilidad. También renuncié a la idea de llamar a mi padre, porque, aunque hablara con él, ¿de que serviría? si el tiempo no podía ser retrocedido.

Nada podría ser cambiado.

Mis lágrimas ya habían caído.

Y mi corazón ya había sido abatido por el egoísmo, la traición y la codicia.

Y en todo caso, Serguéi me había pedido que aquella conversación la mantuviera privada. Así que me lo guardé; porque después de aquella noche algo cambió dentro de mí.

Y mientras buscaba el consuelo del sueño procesé a detalle todo lo que me había confesado este hombre —un hombre que podría ser muchas cosas, pero no un mentiroso— y decidí que no me bastaría con arrebatarse el bufete de abogados al maldito de Alexey Románov.

*No.*

Era una blasfemia decir que me sentía usada, porque lo que sentía estaba subestimado. Ahora podía darle sentido a cada cosa; por supuesto que necesitaba aparecer casado con otra mujer, porque sí se casaba

inmediatamente con Ekaterina, todos sabrían que él había sido el asesino de Fredek Ivánov, pero, por, sobre todo, quería mantenerse a salvo. Por lo que, aunque no hubiera querido casarse conmigo era lo que tenía que hacer para poder mantenerse con vida, porque sí se quedaba soltero, sus días estaban contados.

Presentía que, en el fondo, Alexey tenía miedo de enfrentarse a Serguéi.

*Sería interesante ver una pelea entre los dos.*

¡Maldición!

Todo este tiempo, solo había sido un medio para un fin egoísta. Y me dolía el corazón, porque yo realmente lo había amado. Me había entregado a su voluntad sin poner restricciones ¿y qué fue lo que obtuve a cambio?

Un corazón roto.

Un hermoso ángel esperándome en el cielo.

Y muchas razones para odiarlo.

No ayudó el que fuera capaz de vislumbrar cierta tristeza en el semblante de Serguéi cuando admitió que era su prometida, porque era tarde para empezar a añorar los «quizá sí» o los «tal vez».

Ya era muy tarde para pensar en eso sin que mi corazón se fracturara un poco más en el proceso.

Y con el pasar de las horas, mi alma empezó hacerse negra; sentía que tenía que haber un cambio y mi estómago se agitó preso de la anticipación.

*Ellos no podían quedarse sin castigo.*

Y me sorprendí cuando mi cerebro se iluminó con una obvia respuesta: yo podría ser la que los hiciera pagar. Pero iba a necesitar la ayuda de alguien tan diestro como ellos. Una persona que también estuviera familiarizado con toda su formación y me ayudara a descubrir sus puntos débiles e incluso los fuertes para volverlos contra ellos.

Sonreí cuando el sueño al fin me tomó entre sus brazos y me arrulló. Había encontrado el propósito que me ayudaría a vencer a esta enfermedad. Un objetivo tan fuerte que me pondría de pie cuando la bestia me obligara a arrodillarme.

Pero aún no cantarí victoria, porque aún me faltaba la parte complicada del nuevo plan, y eso era: convencer a mi nuevo «maestro».

## 36. EL TRATO



*Nina*

**A**l día siguiente, cuando Serguéi llegó a mi casa, le propuse un trato; un trato que se le haría complicado rechazar.

—Quiero ser como tú —afirmé, mientras el silencio venía y se paraba junto a mí y me cogía la mano.

¡Mierda!

Di algo...

—¿Estás consciente de lo que me estas pidiendo?

Asentí mientras me sentaba a lado de él; esta nueva Nina no se movería como un ratón asustadizo, por lo que tenía que empezar a poner en práctica mi nueva personalidad.

—Estoy consciente de lo que *no* te estoy pidiendo.

Enarcó una ceja.

—Y, ¿eso sería...?

—Que te preocupes por mí.

Se sacó los lentes y su mirada me derribó.

Tenía que confesarte, que, en mis sueños más eróticos, Serguéi Ivánov siempre tenía puesto aquellos lentes de montura negra mientras me hacía sucumbir con su boca.

Mis manos empezaron a sudar.

¡Mierda! Creo que era tiempo de regresar a la iglesia y confesar mis pecados; bueno, luego que me diera unos cuantos orgasmos pensando en él.

—Nina, sé que las cosas que te conté son algo duras de procesar, pero tú no eres como nosotros.

Me ofendió su declaración; me levanté del sofá.

—¿No quieres o no puedes? O ¿acaso mi género te supone un reto?

Retrocedí cuando se alzó en toda su altura; me había olvidado lo intimidante que era de pie y con el ceño fruncido.

—No te voy a romper...

—Por si no lo has notado, ya estoy rota —Me crucé de brazos.

—No en ese sentido. —Se acercó a mí y me obligué a no retroceder—. Incluso, si aceptara entrenarte, eso me convertirá en algo peor que Alexey Románov.

—¿Por qué?

—Porque hasta él no se atrevió a corromper tu alma. ¿Qué clase de hombre sería después de hacerte eso?

—Un amigo

—Pero yo no quiero ser tu *amigo*. —Sus ojos brillaron con determinación.

¿Qué dijo?

Creo de tanto sufrimiento ya hasta me fallaba la audición.

—¿Perdón?

—Nina, no podemos ser amigos —aseguró.

Sentí mis piernas doblarse y lágrimas feas se ensañaron con mis ojos.

—Entonces, ¿por qué has accedido ayudarme con mi divorcio? ¿Por qué entonces contarme todo eso? —Me ahogué con un sollozo—. Creí, que al menos y podría considerarte un amigo...

No pude terminar mi diatriba porque de un rápido y certero movimiento me acorraló haciendo que mi espalda golpeará suavemente la pared detrás de nosotros. Sus manos grandes y toscas acunaron mi rostro y lo acercaron al suyo; cerré los ojos porque la presión que sentía de su cuerpo contra el mío enviaba cálidas e intensas ondas de placer a mis nervios.

Nuestros pechos se alzaron bruscamente; su olor era una mezcla de cuero, gasolina y sudor, pero juro que elegiría su natural esencia por sobre el costoso aroma de Alexey. Que desdeñoso se sentía el caro perfume que solía usar mi exmarido a comparación de la salvaje y pura esencia de este hombre. Y podía reconocer sin problema, que me había vuelto adicta a todo lo que hacía a este hombre único y diferente.

Era oficial: me había enamorado de Serguéi Ivánov.

¡Maldición!

—Abre los ojos y mírame —ordenó con voz profunda y aterciopelada.

No lo hice, ni que estuviera loca; sí esto era un sueño —o una alucinación (con tantos medicamentos que tomaba)— no quería despertar.

Estaba inclinada a pensar, que en algún momento entre su afirmación de no querer ser mi amigo y yo empezando a discutir, me había desmayado.

—Nina...

Tampoco contesté; quería mantener la ilusión por más tiempo, pero cuando sus dedos acariciaron mi turbante abrí los ojos asustada.

¡Mierda!

Levanté la mirada: esto no era un maldito sueño. La intensidad de sus ojos violáceos era aún más cegadora a esta distancia.

—¿Realmente quieres aprender?

Asentí.

—¿Quieres ser como ellos?

Negó y él frunció el ceño en confusión.

—Entonces...

—Quiero ser como tú...

Sus labios se estrellaron contra los míos y por primera vez desde que escuché a los doctores declarar muerta a mi pequeña hija, sentí que el aire regresaba a mis pulmones.

Me sentía embriagada cuando sus manos se apoderaron de mis caderas y me acercaron a su cuerpo; el bulto que era furioso prisionero de su pantalón me apuñaló el estómago y yo dejé escapar un gemido. Era perverso y pecaminoso imaginarme siendo consumida por este hombre que esperaba sentir el ramalazo de culpabilidad, pero este fue reemplazado por una angustiada necesidad. Por un minuto me dejé llevar y solo fue cuando sus manos intentaron sacarme la blusa que desperté de golpe de lo que estaba a punto de hacer.

Coloqué mis manos en su pecho y traté de alejarlo mientras me concentraba en sus labios, que lucían rojos, hinchados y muy pero muy deliciosos. Sus manos se aferraron a mi cintura y se rehusó a alejarse.

—¿Por qué me alejas? —preguntó abatido.

—Porque no me siento cómoda con mi cuerpo —susurré avergonzada y me arriesgué a encontrarme con su mirada.

Esperaba encontrar un atisbo de desagrado, pero mi corazón hizo una voltereta; sus ojos no solo era la cosa más bonita que había visto, sino que

jamás nadie me había mirado con tanta necesidad y... y *amor*.

Y yo... ¡Oh, diablos!

Creo que eran un reflejo de los míos.

*¡¿Qué demonios me pasaba?!*

## 37. UNA MALTEADA CON SABOR A ORGULLO



*Dos semanas después*

*Junio, 2015*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

El maldito cáncer no quería retroceder y me estaba dando una puta guerra, pero no me iba a dejar vencer. Ahora más que nunca tenía un propósito claro por el cual recuperarme. Ese pensamiento atrajo una sonrisa a mi rostro, pero la misma fue aplastada al recordar el beso apasionado que había compartido con Serguéi.

Dos semanas habían pasado y desde entonces, lo había evitado a toda costa. Por supuesto que había dolido ignorar sus golpes en mi pelta cada tarde, pero necesitaba un poco de tiempo para reagrupar mis ideas y con él tan cerca, pues, mi cabeza sufría la tendencia a desviarse.

Específicamente, a temas que involucraban con tener sexo.

Sexo muy sucio, salvaje y con preferencia, con ciertos lentes de montura negra adornando su rostro.

¡Mierda!

Mi coño se agitó.

—Te ves con un mejor semblante.

Me sobresalté un poco, pero asentí mientras me concentraba en Ninoskka. Mi consejera acercó una silla y se sentó frente a mí.

Hoy lucía radiante y feliz; su cabello estaba recogido y el vestido que

lucía la hacía verse de infarto.

Me imaginaba al estúpido de su marido mirándola y lamentando profundamente su pérdida.

*¡Gilipollas!*

—Siento preguntar, pero este cambio, ¿tiene algo que ver con el apuesto abogado que te está ayudando con el divorcio? —preguntó curiosa.

Sonreí, pero negué.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Entonces, ¿porque es que no te creo? —Suspiró pesadamente—. Nina, eres la más joven de este grupo, pero, sin duda, veo en tus ojos que esta maldita enfermedad no es lo peor que te ha pasado. —Cuánta razón tenía, pero no era mi deber decírselo—. Veo una sombra que no me gusta nada y no sé qué hacer para ayudarte. Para sacarte de ese pozo en el que creo que has caído.

Mi estomago se agitó, pero guardé silencio, porque solo la sangre sería capaz de borrar mi dolor...

—No espero que me cuentes todas tus tragedias, pero quiero que sepas, que me tienes aquí por si un día quieres conversar. Por sí un día solo quieres llorar. —Sonrió de manera comprensiva— Por sí solo quieres hablar de hombres y todo eso. —Guiñó un ojo—. Además...

Algo llamó su atención tras de mí. La curiosidad fue tan grande que simplemente dejé caer la cabeza hacia atrás para ver qué era eso lo que le había robado las palabras y casi me da un infarto: Serguei Ivánov estaba en la entrada viéndose *sexi*, peligroso e irresistible.

¿Y ya dije irresistible?

—Mmm...

—Te juro que no sé qué hace aquí —aseguré mientras acomodaba rápidamente el turbante sobre mi cabeza, pero la labor se me complicó por la vía conectada a mi cuerpo.

—Yaa...

—En serio —siseé molesta.

Mi consejera me dio una mirada perspicaz mientras se levantaba a saludar al hombre que atormentaba mi cuerpo en casi todos los sueños. ¿O debería llamarlas pesadillas?

—Señor Ivánov, que alegría volver a verle.

—Qué curioso, porque desde la entrada se percibía todo lo contrario.

Cerré los ojos cuando el silencio le siguió a su comentario. Mi amiga

soltó una risa incómoda sin saber que decir. Serguéi tenía otra cualidad y esa era que siempre decía lo que veía.

*Pobre, Ninoskka.*

—Fue bueno verlo, siempre es bienvenido. —La hermosa mujer me miró—. En treinta minutos se acaba. Eres libre de recoger tus órdenes para los otros exámenes y te veo dentro ocho semanas.

Me limité a sonreír y a ignorar las miradas para nada discretas de las chicas que aún estaban en la habitación. Algunas se habían sonrojado y otras lo desnudaban con la mirada.

No podía culparlas. Ya había perdido la cuenta de cuantas veces había tenido que reprender duramente a mis ojos por mirarle el trasero.

Los amigos no se miraban el culo, fin de la historia; pero mis ojos se rehusaban a captar la orden.

Empecé a rogar al cielo de que mis mejillas siguieran pálidas y no rojas como me sentía por dentro. No miré a Serguéi cuando este se sentó frente a mí en la silla que había abandonado Ninoskka; en todo caso, yo de él, mantendría la distancia, porque estaba a segundo de vomitar; y no, no era por culpa de la Quimioterapia.

—Siento mucho si mi presencia te pone incómoda.

Su profunda voz estaba apesadumbrada; quise patearme por mi inmaduro comportamiento. Él no merecía sentirse así; yo era la que, en todo caso, debería sentirse mortificada.

Me aclaré la garganta y lo miré; sus hermosos ojos violáceos tenían aquel brillo tranquilo y sereno, pero sus hombros estaban rígidos.

—No me siento incómoda.

—No mientas —pidió.

—No lo hago.

La segunda persona que me acusaba de mentirosa en menos de quince minutos.

—No manches esos hermosos labios con mentiras; no por mí... —Mi estómago se encogió—. Y tampoco por nadie.

Guardé silencio porque el peso de su mirada amenazaba con aplastarme.

—Lo prometo —susurré.

—Entonces, ¿por qué te has puesto el turbante?

No contesté.

Su mano lentamente viajó hasta mi cabeza y retiró el pedazo de tela; el torpe latido de mi corazón se volvió atronador mientras su mirada besaba la

mía.

¡Maldición!

Mi cuerpo tembló imaginando lo fea que me tenía que ver en estos momentos. No miento cuando digo que la Quimioterapia era un momento en el que la piel se te ponía pálida y escamosa, los labios resecos y un olor nada agradable te rodeaba.

Todo eso hacía, que este se convirtiera en el peor momento para hablar con este hombre.

—Sé que usas *esto*, como un escudo contra el mundo y sus miradas curiosas acompañadas de pretensiones por querer ser amable con alguien que está luchando contra una bestia que se alimenta de las malas emociones, pero, no es necesario que corras a ponértelo cada vez que me presento en un lugar.

Su voz era suave, pero no contesté.

—Conmigo no es necesario que te pongas tu armadura...

—¿Por qué? —indagué.

—Porque yo no soy el enemigo.

Y sin pedir permiso sus labios tocaron los míos y le hicieron el amor suavemente. No era necesario que abriera los ojos para saber que éramos la principal atracción dentro de la sala. Cuando el beso terminó, todo se sentía diferente. Descansó su frente contra la mía y sus labios hicieron algo que nunca creí que vería; sonrieron.

Pero no era cualquier sonrisa, esta era una de dientes completos. Y Serguéi Ivánov se volvió aún más irresistible frente a mis ojos.

¡Maldición!

—¿Me dejarías llevarte a casa esta noche? —preguntó acariciando suavemente mi labio inferior.

Asentí mientras tomaba la iniciativa del siguiente beso; porque una de las mejores cosas de besar a Serguéi Ivánov era que con cada roce de nuestros labios, con cada caricia de sus dedos, ellos recogían un pedazo astillado de mi corazón, lo limpiaba y lo remendaban mientras construían otro.

*Otro corazón para amarlo él.*

Sí tan solo hubiera sabido en ese momento, que aquellos besos un día solo habitarían en mi memoria, le hubiera robado muchos más.

Me hubiera apropiado de sus labios para que estos me acompañaran durante el resto de mi vida.

Una vida que tendría que aprender a vivir sin él.

## 38. UN CÓCTEL DE AMOR



*Dieciocho meses después*

*Enero, 2017*

*Madrid – España*

*Nina*

No sé qué diablos estaba pensando cuando creí que esto sería algo fácil de hacer solo con mi determinación como empuje. Hace quince meses atrás que había sido declarada en remisión y solo luego de que los resultados arrojaron que mi cuerpo estaba libre de células cancerígenas seguí el consejo de mi mejor amiga y me realicé varios retoques.

Retoques que sin duda necesitaba.

La reconstrucción de mis senos fue lo primordial —porque era una parte que seguía siendo mi talón de Aquiles— por lo que fue la primera cosa en realizarme. Como no tenía opción de que tomaran tejido de mi cuerpo para efectuar el procedimiento, opte por colocarme unos implantes de silicona. Los más pequeños, porque tampoco era como si supiera como moverme con las nuevas prótesis si fueran demasiado grandes. Además, aún seguía siendo alérgica a llamar la atención, y unas tetas grandes —aunque sean operadas— sin duda llamaban la maldita atención.

Lo siguiente en realizarme fue mi trasero, nada tan pomposo, pero sí el relleno ideal para que, por primera vez, un vestido me ajustara de manera correcta.

Y gracias a todo eso, ahora mi cuerpo tenía armonía y la ropa me quedaba

estupenda: ni muy apretada en el culo, ni muy holgada en las tetas.

Todo me quedaba «perfecto».

A veces, solo era necesario mimarse un poco para levantar la autoestima y sin duda, yo lo necesitaba.

Porque al reinventarme, había encontrado una fuerza interior desconocida. La nueva Nina era más astuta; más fuerte. Y aunque me faltaba mucho para estar al nivel de *ellos*, me sentía feliz por los resultados obtenidos hasta el momento.

Admito que me había equivocado de manera garrafal al creer que las cosas que iba a «aprender» en mi nueva faceta como asesina serían cosas que había visto en películas. Y puedes confiar en mí, cuando digo, que el maldito entrenamiento te hacía desear estar muerta.

Lo juro.

Era mil veces peor.

Deberían demandar a las malditas películas por vender la estúpida idea de que con disciplina y comiendo saludable te convertirías en un arma mortal.

Eran putas mentiras que había descubierto de la peor manera.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó el hombre que ya me había demostrado porque le llamaban el maldito *Armagedón*.

Y por más que me esforzaba no podía concentrarme en otra cosa que no fuera en las maldita gotas de sudor que se deslizaban de manera sugerente por todo su cuerpo. Siempre tenía un momento difícil a la hora de entrenar, gracias a lo delicioso que se veía. Porque déjame decirte que, Serguéi Ivánov luciendo sudado, agitado, con el cabello enmarañado y vistiendo solo un pantalón corto de entañamiento color negro —que se ajustaba peligrosamente a su entrepierna— era un maldito sueño erótico capaz de hacerte convulsionar.

Lo sé, no debería estar pensando aquellas cosas mientras estaba de rodillas con mis manos apoyada en el brillante y caro piso de mármol negro; y peor aún, cuando a mis pulmones les costaba un infierno llenarse de aire y todo mi cuerpo se sentía entumecido por el dolor.

Sabía que debería estar concentrándome en mi técnica, en mi plan de ataque, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Y más aún cuando mi cabeza palpitaba y mi pecho dolía intensamente mientras era un desastre sudoroso y apestoso.

Sí, porque entrenar te hacía sudar como un cerdo.

Podía sentir como resbalaban cada una de las gotas de sudor por mi espalda; que no hacían más que enviar corrientes placenteras a mi cuerpo y

recordarme lo cerca que estaba de conseguir esto. Mis piernas temblaron un poco cuando las comisuras de sus labios asesinos se curvaron hacia arriba.

¡Mierda!

No me gustaba para nada ese amago de sonrisa.

Dio tres pasos hacia a mí e inmediatamente retrocedí como pude. Mi cuerpo protestó, pero lo ignoré.

«No te me acerques Ivánov, *por favor.*» Pensé aterrada, pero me abstuve de decirlo en voz alta. Hace algunos meses atrás había aprendido la lección y gracias a ello, jamás volveré a cometer el mismo error dos veces; no si deseo terminar esto y aun ser capaz de caminar recta.

Además, suficiente castigo tenía con saber que iba a pagar caro por haberme alejado, pero sabía que podía vivir con lo que me impusiera, como también sabía que jamás sobreviviría a lo que me haría pasar sí dijera esa simple advertencia en voz alta.

Subestimé a Serguéi; él no solo era peligroso... *También era diabólicamente despiadado.*

Y sus ejercicios eran una forma horrible de torturarte hasta desear morir y hoy mi cuerpo estaba a punto de tirar la toalla.

Sus hermosos, fríos y calculadores ojos siempre estaban midiendo cada movimiento, cada respiración, cada pestañear. Y como te dije, verlo era como un sueño erótico, pero uno que dolía mucho.

—¿Que ocurre, Nina? ¿Estás asustada?

Su descarada burla erizó mi piel.

¡Mierda!

—¿Crees que alguno de ellos te tendrá piedad? ¿Te dejará descansar cinco minutos, para que la señorita recobre sus fuerzas?

Me incorporé a pesar de que mi cuerpo temblaba como una puta hoja, y mis piernas protestaron para que les concediera esos cinco minutos que hacía alusión el *sexi* hombre frente a mí. Su mirada se llenó de satisfacción y supe que había hecho lo correcto; a pesar de querer vomitar por todo el lugar.

Sinceramente, no entendía cómo podía disfrutar de esto.

No respondí, en su lugar corrí hacia él, tratando de acertarle un golpe en su duro *Six-pack* —pero como imaginé que sucedería, no le costó nada bloquear mi débil ataque— mi espalda golpeó su pecho y ahora estaba atrapada entre sus fuertes brazos. Pero estaba decidida a no darme por vencida y forcejeé para liberarme. Luego de cinco intentos, acepté que estaba jodida. Literalmente.

¡Maldición!

Se me escapó un gemido agudo cuando su cálido aliento revoloteó en mi oído.

—¿En serio? —se burló.

Su cálida lengua recorrió parte de mi cuello y mi cuerpo sufrió un delicioso espasmo.

¡Oh, diablos!

*Como podía ser tan malo y tan dulce al mismo tiempo.*

Mis muslos se humedecieron con algo muy diferente al sudor. Sí tan solo...

—Estoy inclinado a pensar, que estoy siendo un *maestro* de mierda sí eso es lo mejor que tienes —terminó su declaración con un gruñido profundo y mi centro se apretó deseando tener su atención—. ¿Crees que Ekaterina tendrá piedad?

Su mano derecha acarició mi trasero, y antes de que pudiera formular un argumento que justificase mi pésimo rendimiento del día de hoy, me levantó como si no pasara nada y pronto estaba volando por el aire. Me encogí como un pequeño ovillo antes de que mi cuerpo golpeará silenciosamente la mullida colchoneta.

¡Maldición!

Arrugué la cara de dolor mientras trataba de que mi cabeza se enfocara en algo para que dejara de dar vuelta.

*Y ahí se fue mi oportunidad de tener un mini orgasmo.*

Y como te habrás dado cuenta, esta mierda de entrenar para ser asesina era horrible y mi novio lo estaba haciendo peor.

## 39. DULCE MADRID



*Nina*

La noche había llegado y con ella la paz y tranquilidad que me gustaba. Madrid era de esas ciudades donde la vida se apreciaba mejor. La hospitalidad de su gente siempre me había hecho sentir que era más española que rusa.

Siempre amaría España.

—Me preguntaba, si acaso mi novia me había abandonado a consecuencia del duro entrenamiento de hoy —Serguéi envolvió sus fuertes brazos entorno a mi cintura y me relajé contra su pecho—. Siento mucho haber sido tan duro —susurró besando mi cabello.

Apenas y estaba creciendo; actualmente se podría pensar que me lo había cortado queriendo imitar un estilo *Bob*, pero que algo había salido mal en el proceso. Algo que a mi novio no parecía importarle.

Negué y lentamente giré entre sus brazos para mirarlo fijamente a los ojos.

—Sabes que no tienes que mostrarte considerado cuando me veas con rostro agobiado—Asintió, pero su ceño siguió fruncido—. Estoy bien. Exhausta, pero bien.

—Siento que a veces se me va la mano —confesó acariciando mi barbilla.

—¿En serio? —pregunté con sarcasmo.

Fue su turno de negar mientras escondía una sonrisa.

—Apenas y un año atrás que la bestia retrocedió, pero temo el día en que regrese.

—¿Eso es lo que te preocupa? —No necesitaba que respondiera, la verdad acompañada del miedo estaba escrita por todo su rostro.

Mi corazón latió acelerado recordando lo duro que había sido estos dieciocho meses, pero así mismo, no podía olvidar quien estuvo sentado a mi lado en cada paso que di y fue este hermoso hombre. El mismo que cuando sentía que ya no podría, era quien sostenía fuertemente mi mano y me jalaba hacia adelante.

«*Quiero una eternidad contigo, Nina.*» Susurraba después de cada sesión de radioterapia.

Creo que me enamoré de este hombre cuando vi el miedo real que sentía al imaginar perderme.

Si eso no era amor de verdad, entonces no sabía que más podría comparársele.

—No tengas miedo de que regrese, tienes que pensar que, sí lo hace, gracias a tu entrenamiento, seré mucho más fuerte. Estaré mejor preparada y lo venceré las veces que sean necesarias porque tengo al mejor animador del mundo.

Me incliné y besé sus labios y pronto el beso que empezó siendo inocente se transformó rápidamente en necesidad. Sus manos rodearon mi cintura y con un fluido movimiento me alzó para que mis piernas pudieran envolver su cintura.

Gruñó cuando restregué mi coño en su duro estómago.

—Necesito estar dentro de ti —suplicó mientras me recargaba contra la pared del balcón y bajaba su calentador lo suficiente para liberar su gruesa polla.

Gemí cuando esta rozó mi húmeda entrada que ya estaba más que lista para recibirlo. Hacer el amor con Serguéi era cosa de otro mundo, lo que siempre ponía en perspectiva lo confundida y equivocada había estado sobre el sexo en general.

No es que el sexo con Alexey haya sido malo, pero que diferente era hacerlo cuando no solo era para liberarse. Que distinto era cuando todo era sobre sentir y no impresionar.

Sobre atesorar y no soltar.

Con este hombre podía bajar la guardia y permitirle que le enseñara a mi cuerpo a cómo moverse. Como acompasar nuestras almas.

No obstante, con Alexey, mis movimientos siempre fueron torpes, bruscos y destinados, porque quería impresionarlo. Jamás podía abandonarme completamente al deseo porque una parte de mí siempre estaba preocupada por hacerlo bueno para él.

De que sí le gustaba lo que hacía.

Distrayéndome en los para y los por qué.

Porque todo, absolutamente todo, siempre había girado en torno a él.

Pero con Serguéi era como si no pudiera pensar en nada más que en el calor de su cuerpo, en las caricias de sus manos y la dulzura de sus besos. Ese era el mágico momento en el que su corazón hablaba con el mío.

Lo conquistaba.

Serguéi me había demostrado que «a hacer el amor», era como hacer música; como escribir un libro o como hacer una película. Tenía que haber amor, determinación y mucha, pero mucha pasión.

Si no había esos tres ingredientes aquel acto solo era una mala imitación. Incluso, si faltaba solo uno, todo caería en la simpleza.

Y cuando se hace el amor con la persona que amas, jamás será «simple».

Pero, por, sobre todo, amaba como este hombre había inventado una lengua especial para comunicarse con mi nuevo cuerpo, cuando a veces ni yo sabía cómo interpretarlo. Apreté los dientes como siempre hacía cuando su eje trataba de hacer su camino en mi interior; no es que fuera más grande que Alexey, que, de hecho, tenía que reconocer que los dos eran muy favorecidos en ese departamento, pero mi reacción era porque gracias al ejercicio se había endurecido mi piso pélvico por lo que aquellos músculos estaban más apretados que nunca y siempre era una placentera agonía cuando tenía sexo.

Y más aún después de una ardua sesión de entrenamiento.

—Ábrete para mí, Nina —siseó entre dientes mientras su falo ejercía mayor presión para entrar completamente. Me relajé lo suficiente y este hizo su delicioso ingreso robando un suspiro de mis labios.

—Esa es mi *niña* —alabó al mismo tiempo que sus caderas empezaron a moverse; me aferré a sus anchos hombros para que así sus acometidas me permitieran alcanzar mi orgasmo. Nuestros cuerpos pronto encontraron el ritmo perfecto para que en pocos segundos yo estuviera lista para explotar en mil pedazos.

—¡Serguéi! Estoy a punto de... —cerré los ojos, gobernada por las sensaciones.

—Aun no mi niña, apenas y estoy empezando —gruñó mientras nos

llevaba al sofá de tres puestos.

Cuando mi espalda quedó completamente recostada, sus caderas impusieron un ritmo caótico y embriagante. Gemí cuando un profundo siseó de placer rasgó su garganta, lo que desencadenó que millones de luces explotaran tras mi parpados cerrados y con ello mis músculos se apretaran a su alrededor. Sin perder ritmo colocó mi pierna izquierda sobre su hombro lo que hizo que su polla golpeará de manera deliciosa mi útero.

Nuestros ojos se encontraron y fue suficiente para catalizar su orgasmo; esta siempre sería la parte que más me encantaba de a hacer el amor con él.

El que me observara directamente a los ojos mientras se corría, siempre será lo más erótico del mundo.

—Nina... *¡Mierda!*

Su mano apretó mi trasero y me urgíó a encontrarme con sus estocadas. Su polla se hinchó mientras dejaba fluir su delicioso semen dentro de mi coño y suspiré feliz disfrutando de su intensa mirada que jamás abandonó la mía.

Esa siempre sería la cosa que indudablemente robó mi corazón, porque con este hombre todas las veces que teníamos sexo se sentía majestuosa.

Inolvidable.

Eterna.

Nuestro primer beso; nuestra primera vez haciendo el amor; todo con él siempre sería intenso, único y efervescente. Y pensar que no fue mi determinación a obtener venganza lo que me ayudo a vencer el cáncer; fue este hombre. Fue él, aquella medicina que mi cuerpo necesitaba para recuperarse.

Serguéi Ivánov siempre será aquel príncipe de brillante armadura que había llegado a mi vida cuando más lo necesitaba.

Aunque él se empeñase a decir lo contrario.

## 40. BESOS CON SABOR A PROMESAS



*Diecisiete meses atrás.*

*Julio, 2015*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

**E**staba oficialmente jodida.  
—¿Segura que esto es lo que quieres? —Mathilde retorció nerviosa sus manos sobre sus temblorosas piernas.

Asentí y forcé una sonrisa.

—Tranquila, toda ira bien. —No podía demostrarle que también me sentía nerviosa—. El cáncer no está retrocediendo y tengo que a hacer algo para obligarlo a que lo haga. La mastectomía doble es segura.

Asintió pensativa.

—¿Pero luego estarás bien?

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que sí —afirmé, deseando profundamente que fuera verdad.

Un golpe en la puerta hizo que ambas miráramos en esa dirección y si no hubiera tenido a mi mejor amiga a mi lado hubiera pensado que quizás estaba soñando.

Un sueño muy loco.

*Sexi, pero loco.*

—¡Oh, mierda! —jadeó Mathilde poniéndose de pie.

Mi corazón empezó a tropezar por toda mi cavidad torácica. No podía creer lo que veía, pero Serguéi se había rasurado completamente el cabello. Y él se veía...

—Quería saber si podía tener algunos minutos con Nina antes de la operación —dijo arrastrando una pesada mano por su ahora cabeza calva.

*Era una locura.*

—Por favor, pasa —Mathilde abandonó la única silla en la habitación y como ya lo conocía ni siquiera hizo el amago de extenderle la mano. Fue gracioso verla tratar muy duro no mirarle la cabeza a nuestro invitado.

—Yo... yo voy a la cafetería a tomar algo —Su mirada persistió en el nuevo corte de cabello del hombre que empezaba hacerse un lugar peligroso en mi corazón mientras abandonaba la habitación.

Cuando se detuvo en la entrada —y aprovechando que Serguéi le daba la espalda— hizo unas señas raras como que se estaba quitando la braga y se la lanzaba a la cabeza de mi amigo. Creo que ella se refería a mí; o al menos, eso esperaba.

*Mi mejor amiga estaba muy loca.*

Fue imposible disimular la sonrisa por sus absurdas mímicas y como si presintiera que Serguéi estaba a punto de voltearse a mirarla pegó un brinco que casi le rompe el cuello y desapareció en el pasillo.

—¿Porque no me dijiste que hoy era tu operación? —preguntó Serguéi mirando rápidamente sobre su hombro.

—Porque luego del beso que compartimos en la sala de quimioterapia, desapareciste. No es como creyera que vives pensando en mí...

—De hecho, lo hago.

Guardé silencio porque no sabía cómo enfrentar o lidiar con su honestidad. Ni siquiera sabía que significaba su nueva calvicie.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? —susurré.

No es que me sintiera herida.

Bueno, sí, me sentía muy herida, pero....

¡Mierda!

Tenía cáncer y no es que deseara que se conformara conmigo cuando tenía un abanico de mujeres sanas esperando deseosas por tener una oportunidad con él. Tenía conocimiento sobre eso, porque la *investigación/acoso* que había hecho sobre él —¿recuerdas?— puso ante mis ojos una lista interminable de familias de la alta sociedad con más de una hija interesada en desposarlo.

Sentí la típica punzada de dolor cada vez que pensaba en eso. No era su culpa que empezara a sentir cosas por él, pero...

¡Maldita sea!

¿Por qué tenía que ir y raparse el cabello? ¿Acaso estaba determinado a provocarme un ataque al corazón?

—Tenía que hablar con tu padre.

Está bien, eso sí que atrapó mi atención.

—Y ¿por qué hiciste eso?

—Porque necesitaba pedirle permiso para cortejar a su hija.

Tuve que recostarme contra la almohada, cerrar los ojos y respirar profundamente; a lo mejor lo escuché mal. No podía hacerme ilusiones.

Mejor dicho, no quería hacerme ilusiones.

Las ilusiones eran las que me habían llevado a cometer tantas estupideces, sin olvidar, que esas mismas fueron las responsables de que ahora tuviera el corazón roto.

¿Recuerdas como acabé luego de construir aquel castillo en el aire? Por casi no salgo con vida.

Su mano envolvió la mía y abrí los ojos.

—No llores.

En ese momento fui consciente de mis lágrimas. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no había notado que había empezado a llorar.

—No tenías que hacer eso.

—Por supuesto que tenía que hacerlo. Así como en su momento el rompió nuestro compromiso, lo que tenía que decirle no podía ser dicho por una llamada telefónica.

—¿Y viajaste hasta España solo para hacer eso?

Asintió.

—Y que dijo mi padre.

Caviló su respuesta.

—No te voy a mentir...

Mi estómago se agitó. Mi padre era un buen hombre, pero luego de todo el drama con Alexey, este se había vuelto muy difícil de lidiar.

Mi madre me había dicho que se la pasaba irritado y con pocas ganas de hablar. No solo había roto mi corazón con todo esto, también había herido a mi padre, fue por eso, por lo que acepté que pagase este tratamiento, porque sabía lo triste e impotente que se sentía al no poder devolverme la salud y mucho menos reparar mi corazón roto.

«Renunciaría a todo mi dinero, a cambio de la vida de mi dulce nieta» había susurrado mientras lloraba en silencio la muerte de su primera nieta. Mi hermosa Naomi había roto muchos corazones con su prematuro adiós.

—Él te quiere de regreso a España y me dejó en claro, que solo, sí estoy dispuesto a vivir contigo allá, él podrá considerar aceptar mi ofrecimiento de matrimonio. Caso contrario...

Sentí que el corazón se me iba a salir por la garganta.

—¿Y qué respondiste? —susurré mi pregunta y su mano me dio un pequeño apretón.

—Pasé diez días tratando de encontrar la casa correcta en Madrid, y consiguiendo el anillo de promesa, porque el que te había conseguido hace quince años atrás creo que puede que ya no te quede ahora.

Lo atraje a mis brazos y lloré descontroladamente por lo que pareció horas. Cuando me tranquilicé lo suficiente me alejé y sostuve su rostro; quería que fuera capaz de ver todo el amor que sentía por él.

Ya no iba a negarlo.

*Ya no podía esconderlo.* Amaba a este hombre y jamás nada se había sentido más correcto.

*Y era feliz.*

Tenía cáncer, podía morir, pero jamás me había sentido tan llena de amor y felicidad.

—Y... ¿y por qué te rapaste el cabello?

—Lo hice —Sus ojos brillaron y cautivaron los míos—, para que así no pudieras rechazarme.

Eso provocó una sonrisa en mis labios y lo besé. Lo besé como nunca había besado a alguien. Y me perdí en la ola de sentimientos que inundaron mi cuerpo.

Porque este era un beso sin miedos.

Un beso de amor y confianza absoluta.

Un beso que sanaba.

Un beso que prometía que sería para *siempre*.

Que sin importar si moría, él siempre tendría mi corazón.

Porque ahora él era mi corazón.

Y Serguéi Ivánov siempre sería dueño de ese momento. Un momento en el que me sentí eterna.

En el que fuimos eternos.

Un momento donde él me dio su corazón, para que reemplazara al que

estaba astillado, mutilado y enfermo.

Pero había sido muy ingenua, porque nada duraba para siempre.

*Ni siquiera nosotros.*

## 41. FANTASMAS



*Presente*

*10 de marzo, 2019*

*Moscú – Rusia*

*Alexey Románov*

**E**xiste un rumor.  
Algo que ha llegado a mis oídos pero que me rehúso a creerlo hasta no verlo con mis ojos.

¡Maldita sea!

Golpeo con más ímpetu el saco de boxeo:  
*Tiene. Que. Ser. Una. Puta. Mentira.*

Rechino los dientes cuando me imagino aquello siendo verdad. Lo mataría sin dudar si es cierto aquel rumor.

Mi móvil empieza a sonar y desestimo contestarlo, pero luego de que cesa el estridente sonido este empieza otra vez y otra vez; presiento que este no se detendrá hasta que conteste.

¡Demonios!

Detengo el saco y me acerco a la silla alta donde está la botella de energizante que compré de camino aquí y junto a ella, está mi móvil, que oportunamente se vuelve a iluminar. Lo agarro cuando el nombre de mi presidente de comité parpadea sin descanso.

—Señor...

Frunzo el ceño ante su voz entrecortada.

—¿Qué pasa, Vasíliev?

—Ella... —Hace un sonido como de asfixia—. Ella me obligó a firmarle unos documentos.

—¿Quién?

—*Su esposa.*

—¿Qué dijiste? —Me paralizó solo por unos segundos antes de caminar directamente a la salida del gimnasio, ni me molestó en cambiarme de ropa—. ¿Nina está contigo?

Le hago señas a mi chofer para que se acerque y este obedece inmediatamente.

—¿Dónde diablos estás? —pregunto preso de la anticipación.

Mi mujer al fin ha aparecido y era lo único que me interesaba.

Cuatro jodidos años sin saber nada de ella, me hicieron cuestionar si los rumores que había escuchado durante todo este tiempo eran reales. Luego me encargaría de averiguar de qué documentos hablaba mi socio mayoritario.

—No permitas que se marche, estoy en camino...

—Señor, ella ya se ha ido y no andaba sola...

Me quedo completamente rígido.

—¿Quién la acompañaba?

—No le va a gustar, mi señor —musita asustado.

No necesitaba más confirmación; los putos rumores eran ciertos.

Corto la llamada, me siento tras el volante y marco el número de mi hermano Dmitri. Mi hermano contesta al cuarto tono.

—¿Qué?

—Necesito que nos encontremos en la oficina en estos momentos.

—¿Y por qué mierda haría algo así...?

—Porque mi mujer acaba de aparecer...

Guardó silencio.

—Y no lo ha hecho sola...

—Serguéi Ivánov —Suelta un profundo suspiro.

—Juro que sí el maldito la ha tocado...

—No estás en posición de reclamar nada. —Me recuerda—. Sí ella terminó en sus brazos fue por tus putas malas acciones.

Gruñí, porque tenía razón.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Lo que debí haber hecho hace tres años atrás.

—¿Le darás el divorcio? —su voz goteó incredulidad.

—No.

—¿Y eso que rayos significa...?

—Significa qué, voy a recuperar a mi maldita mujer.

—Estas consciente, que después de todo este tiempo y lo que ha pasado... ¿puede que ella ya no te ame? —preguntó con reticencia.

Corté la llamada sin molestarme en responder y hondar en la magnitud de su pregunta. Mi hermano menor no era un puto consejero matrimonial. Él tampoco había sido un santo.

Además, ¿qué podía saber él sobre los sentimientos de mi mujer?

Era lógico que Nina seguía amándome; como lo seguía haciendo yo. Me había rehusado a tocar a otra mujer después de que ella se marchara. Prefería tener largas horas metido en el puto gimnasio y a consecuencia de ello mi cuerpo se había vuelto más voluminoso.

¡Diablos!

No quería estar en casa porque todo me recordaba a ella.

No podía concentrarme en los malditos negocios, porque mi mujer siempre estaría ahí, a mitad de un pensamiento y otro luciendo *tímida*, hermosa y risueña. Viéndose preciosa mientras deambula por la cocina preparando mi comida favorita.

La amaba tanto que físicamente dolía.

Incluso, por la fuerza de mis sentimientos hacia ella, sería capaz de perdonarle estos tres años de absoluto silencio, donde casi me vuelvo loco al no obtener noticias de ella y que, al parecer, los ha pasado metida en la cama del maldito de Ivánov.

Mis manos se aprietan en el volante, enciendo el auto y me dirijo a la empresa. Mi nuevo apartamento no era el lugar donde quería estar.

¡Mierda!

Golpeo varias veces el volante tratando de descargar la ira e impotencia que siento.

Yo solo...solo quería verla.

Necesitaba escuchar su tímida y ronca voz.

Estar en su cálida presencia y rozar sus labios con los míos. Poder recorrer su cuerpo y hacerla sentir que nuestro amor seguía intacto.

Que era aprueba a todo.

Que nuestra historia aun latía y que jamás acabaría.

También deseaba que me mirara a los ojos y me dijera que era una puta mentira los rumores que me han atormentado todo este maldito tiempo.

Rumores que aseguraban que era la amante de Serguéi Ivánov.

Su mujer.

Su futura esposa.

Porque de ser cierto iba a perder mi mierda y esto se pondría feo.

## 42. PEQUEÑOS FAVORES



*Un día después.*

*11 de marzo, 2019*

*Moscú – Rusia*

*Nina*

**M**i venganza ya había empezado y tenía que empezar a devolver los favores recibidos, ya sabes: «ser agradecida y toda esa mierda.»

Lo cierto es que mi plan se había puesto en marcha hace casi un año atrás, cuando liberé en las redes sociales cinco videos donde se veía claramente a mi marido teniendo sexo con la perra esa y me sentí complacida cuando las consecuencias no se hicieron esperar.

—¿Tú?

Ekaterina se levanta rápidamente del sillón donde estaba recostada. Mi mirada se desvía a la fea cicatriz de casi veinte centímetros que desfigura su mejilla derecha.

—Lo siento, error mío por no tocar. —Me encojo de hombro mientras vago sin rumbo fijo por el pequeño y feo lugar—. Pero creí que teníamos cierta confianza considerando que, en algún momento, compartimos la misma polla y todo eso. —La miro y le muestro mis blancos dientes—. Mi casa es tu casa y toda esa mierda, supongo.

—¡Largo! —gruñe señalando la puerta.

Niego y me detengo en la pequeña ventana que tiene una vista horrible de la ciudad.

—¿Cómo diablos soportas vivir aquí? —pregunto con genuina curiosidad.

Según Serguéi, hace un año cuando filtramos dichos videos, su familia se vio asediada por la prensa amarillista que no demoraron en hablar sobre ellos en cada oportunidad. Por lo que muchos socios se abstuvieron de hacer negocios o transacciones con su familia. Lo que dio lugar, a que la desheredaran y enviaran a vivir a un pequeño apartamento.

*Un muy feo apartamento.*

Sentiría pena por la maldita, pero ella merecía vivir en la calle.

Como ya no contaba con el apoyo económico de su familia y sobrevivía con los pequeños ingresos que aún le generaba sus tiendas de joyas y ropa, me imaginaba que solo le alcanzaba aquello para medio vivir. Confieso que fue satisfactorio saber que la gran mayoría de su clientela había dejado de comprar sus productos. Era de esperarse, la muy perra había olvidado que su clientela mayoritaria eran esposas y madres, a las mismas que no les hizo gracias enterarse de su clandestino amorío con su cuñado. Que además tenía una esposa enferma de cáncer.

Sus ventas se fueron a pique. Y a pesar de ver como vivía, en el fondo aun deseaba verla más infeliz; ella merecía cosas peores.

—No lo repito, tienes dos minutos para salir de mi casa o si no...

Su amenaza capta mi atención y me volteo a mirarla.

—Si no... ¿qué? —La enfrento mientras me deshago de mi pesado abrigo negro y lo dejo caer al piso.

Era el mismo que usé en el velorio de mi hija y el mismo que me ha acompañado en los peores momentos, era justo que, así como fue testigo de mis mayores sufrimientos también fuera testigo de mis victorias.

Ekaterina frunce el ceño.

—No sabía que estaba frente a la reina de las operaciones plásticas, por favor, permíteme hacerte una asquerosa reverencia —se burla con sorna.

—¿Qué pasa Ekaterina? Percibo cierto rastro de envidia en tus palabras.

Bufa.

—Todo lo contrario, Nina. Eres la mujer que más pena me da en esta vida.

Se cruza de brazos; desafiándome.

—¿Alguna vez te has sentido mal por las cosas que hiciste? —La miro fijamente—. ¿Por todo el sufrimiento que has ocasionado?

—No.

Su respuesta es contundente mientras levanta la barbilla; la soberbia dilata sus pupilas y era todo lo que necesitaba ver y escuchar.

Después de todo, no quería que mi novio se enojara conmigo. Me encojo de hombros y empiezo a desabotonar mi blusa. Ekaterina enarca una ceja mientras las pupilas de sus ojos se dilatan aún más.

No me sorprende su reacción.

Serguéi me había puesto al tanto sobre todas las «cosas» que debería saber sobre esta mujer. Y ahora entendía aquella sonrisa divertida cuando me dijo que la mujer que compartió cama con mi marido se *movía* de manera muy curiosa.

Todo era claro ahora que veía como su mirada se detiene en mis pechos y rastrilla los dientes sobre su labio inferior.

Confieso que me sorprendió mucho cuando Serguéi me comentó que, de hecho, la mujer frente a mí adoraba pelear en ciertos clubes de peleas clandestinas. Parecer ser, que mi excuñada era muy buena luchando.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con los ojos brillantes.

Le dedico una sonrisa de suficiencia mientras la blusa cae de mis hombros.

—Hoy vengo a regresarte el favor.

Suelta una risa despectiva.

—¿Quieres tener sexo conmigo?

Enarco una ceja y niego.

—Jamás tocaría las sobras de Alexey.

Su rostro se vuelve completamente rojo de la ira y da dos pasos hacia mí.

—Recuerdo que hace unos cuatro años atrás fuiste a mi casa con el fin de conseguir una pelea de gatas... ¿y qué crees? Hoy vengo a cumplir tu deseo.

Empieza a negar con la cabeza mientras retrocede tres pasos.

—¿O es que solo te interesa golpear a mujeres embarazadas y enfermas con cáncer? —provoco a la taciturna mujer.

*Interesante.*

—No quiero tener problemas con Alexey —Inconscientemente lleva su mano derecha y acaricia su mejilla desfigurada.

Ni siquiera sentí pena cuando me enteré de que el causante de eso fue mi exesposo. Cada uno recibía lo que exactamente se merecía, y ella, solo podía esperar cosas peores.

—De Alexey me encargo yo, así que puedes estar tranquila.

Su mirada se llena de sospecha; quizá creyendo que todo esto era una

estrategia para lograr que él terminase con el trabajo. No era un secreto que los lazos de estos dos ahora solo eran cenizas.

Cenizas que siempre me recordaran lo ingenua y estúpida que fui.

—Tranquila, que eres lo último en su cabeza en estos momentos. —  
Sonríó condescendentemente—. Ahora solo eres una maldita perra que se merece lo que obtuvo...

Con un grito agudo se lanza en mi dirección; tan predecible.

No tengo tiempo de poner los ojos en blanco porque su ataque es una serie de golpes y patadas que me esfuerzo por contrarrestar. Uno de sus feos almohadones estuvo muy cerca de golpearme en la nariz.

¡Mierda!

—Veo que los rumores...

Me lanza una patada que la bloqueo con mi antebrazo. Trato de acertarle un golpe en la cara, pero ella la esquiva y me da una bofetada en lugar.

¡Maldita sea!

Eso sí que dolió; saboreo la sangre en mi boca.

—Sobre que te has estado revolcando con Serguéi Ivánov no son tan falsos...

Me da una patada en el vientre que me hace tropezar con el único sofá que decora la pequeña sala.

La perra definitivamente sabe pelear.

—...como el estúpido de Alexey se empeña a creer. — Sopla un mechón de su cabello—. Quien diría que la mojigata acabó comiéndose al *Armagedón*.

—Créeme, he estado haciendo mucho más que eso —digo antes de correr y teclearla. Caemos en el piso mientras sujeto su cabeza con mis dos manos y la impacto varias veces contra el piso.

¿Verdad que duele maldita?

—¡Ahhhhh...! —grita enfurecida antes de voltearnos y empezar a golpearme con sus puños. Elevo mis brazos para cubrirme el rostro de su despiadado ataque.

¡Mierda!

Serguéi no bromeaba; Ekaterina era muy buena, pero mi maestro fue mejor.

—. ¡Maldita perra! —grita mientras trata de golpearme las costillas—. ¡Aquel día en tu casa debía haberte asesinado, junto a la bastarda de tu hija! —ruge desquiciada cuando ninguno de sus golpes ocasiona el daño que espera.

¡Diablo!

Parece que alguien necesita asistir a terapias para controlar la ira.

Me retuerzo debajo de ella aprovechando mi desventaja, que en este caso es la estatura, y logro propinarle un golpe fuerte en el rostro que la envía hacia atrás. Se dobla del dolor por unos segundos mientras se agarra la nariz; la sangre empieza a manchar su blusa. Levanta la mirada furiosa y se lanza otra vez al ataque.

¡Mierda!

Y ese era el grave problema con la ira.

Cuando estaba mal canalizada te volvía descuidada. Y sí esta estúpida tuviera la cabeza fría, se daría cuenta que dejaba desprotegida sus costillas lo que la hacía un blanco fácil para fracturárselas.

Cuando su golpe falla aprovecho para sacarme mi zapato izquierdo cuyo tacón es de diez centímetros y se lo clavo con fuerza en medio de las costillas.

—¡Hija de puta! —ruge endiablada.

Retrocede sosteniendo mi zapato clavado en su costado izquierdo. La impresión en su rostro es casi cómica; definitivamente no esperaba que la mojigata pudiera herirla.

No pierdo la oportunidad y corro hasta ella para sujetarle de su largo cabello negro y usarlo como palanca para estrellar su cara contra el marco de la puerta de su cocina.

Cuando deambulé por todo este lamentable lugar era para considerar los objetos que podría usar para ganarle la pelea. En ese momento el marco de la puerta definitivamente destacó.

Su gemido hace eco y una sonrisa de satisfacción siento aparecer en mi rostro y suelto su cabello.

«*Sufre maldita infeliz.*»

A diferencia de ella, tuve un entrenador que me hizo trabajar en torno a mis debilidades para aprender a usarlas como un perfecto ataque. Incluso, fue más preciso y aseguró que la perra trataría de golpear mis prótesis con el fin de provocarme un daño severo. Y me advirtió, que no me volviera fanfarrona y que acabara con la pelea lo más rápido posible, porque mi rival no dudaría en asesinarme a la primera oportunidad.

Y le creía.

Serguéi solo quería que saliera viva de esta pelea.

Sinceramente, no me apetecía tener que verme envuelta en una situación donde tendría que ensuciarme aún más las manos, por lo que tenía que

terminar esto ya.

La veo caer sobre sus rodillas y me siento eufórica porque la maldita está recibiendo su merecido.

Quizás ella no asesinó a mi hija aquel día, pero ciertamente nuestro encuentro empeoró mi cáncer a tal grado, que este alcanzó la placenta y como consecuencia, mi pequeña hija sufrió un colapso por la falta de nutrientes. Y para cuando me percaté de que algo iba mal con el embarazo ya había sido muy tarde. Me practicaron una cesárea de emergencia y la declararon oficialmente muerta en medio de mis gritos porque me dejaran verla.

*Mi dulce Naomi.*

Y así como aquel día no tuvo piedad de nosotras, yo tampoco la tendría el día de hoy.

Esta venganza también era por mi pequeña hija.

—¡Pe-perra...! —gime agarrándose la cara hinchada.

La sangre emerge de manera profusa de su nariz fracturada. Su costado está hinchado y la sangre destila por la herida. Era un lío sangriento y maltrecho.

Sonrío.

—¿Qué pasa Ekaterina?

Me acerco a ella cojeando y con mucho esfuerzo la jalo de su cabello hasta colocarla en medio de la habitación. Me pongo a horcajas sobre ella y su rostro en un desastre sangriento. Le recomendaría mi cirujano plástico, pero dudaba que tuviera el dinero suficiente para pagarlo.

—Por favor, no pierdas la consciencia —Le doy una bofetada, no tan suave como pretendía—, aun no te he dado las gracias.

Empieza a llorar mientras niega con la cabeza, y trata de salir debajo de mí. Pero aprisiono sus piernas con el peso de mi nuevo trasero.

No me inmuto cuando empieza a ahogarse con su propia sangre.

—Gracias por arrancarme la puta venda de los ojos y permitirme ver la clase de monstruo con el que me había casado. —Retuerzo el zapato y ella escupe la sangre acumulada en su boca mientras deja escapar un alarido lastimero—. Gracias por demostrarme que merecía algo mejor. Pero sobre todo... —Me acerco hasta su oído—. Jamás podré agradecerte, el hecho de que tus egoístas decisiones me llevaron hasta Serguéi Ivánov. Al hombre que siempre estuvo destinado a ser mío.

Me alejo y le sonrío afectuosamente; sus brazos se agitan y trata de liberarse de mi férreo dominio para golpearme.

*O asesinarme.*

—Aunque me gustaría quedarme más tiempo *charlando* contigo, tengo que marcharme a mi casa porque me gustaría ducharme y sentarme a ver el reportaje completo sobre el voraz incendio que está destruyendo en estos momentos las tiendas de una reconocida marca de joyas y ropas que está distribuida por todo el país, y que parecer ser, que estos incendios empezaron al mismo tiempo. —Acaricio su cabello cubierto de sangre—. ¿Has visto las noticias, querida excuñada?

Su rostro pálido, se vuelve caliza.

—Por cierto, Serguéi te envía sus fraternos saludos.

Le propino un golpe lo suficientemente fuerte como para noquearla y su cuerpo queda flojo bajo de mí; me levanto lentamente.

Sin darle una mirada me saco el zapato y recojo mi abrigo del piso. Era hora de ir a por el premio mayor.

Espérame Alexey Ivánov, tu querida Nina Notovitch va a por ti.

## 43. PESADILLAS CON AROMA A MUJER



*11 de marzo, 2019*

*Moscú – Rusia*

*Alexey Románov*

No sabía dónde diablos estaba mi mujer, aun su paradero era desconocido, aunque había puesto a media ciudad a buscarla. Mis hombres tenían la orden de traerla inmediatamente cuando la encontraran. Asimismo, autoricé a usar la fuerza solo de ser necesario. Rogué al cielo para que Nina no hiciera nada estúpido y viniera de buena gana.

La mierda estaba a punto de poner sería y la quería a salvo.

Pero a pesar de la infructuosa búsqueda, de algo estaba seguro, y eso era, que no estaba con el maldito de Serguéi Ivánov.

Muy pronto... *hombre muerto*.

Nuestra altura y musculatura casi rivalizaba; aunque me sacaba unos cuantos centímetros. Pero gracias al arduo entrenamiento al que me sometí las cosas estaban bastante pareja, no obstante, en contexto, siempre seríamos diferentes.

Su cabello está recortado a los lados, y esos ojos... Esos malditos ojos siempre serán la cosa más espeluznante que he visto en la vida. Apenas y podía creer que Nina encontrara a este fenómeno atractivo. *O Interesante*.

Y mucho menos creía que hubiera permitido que la tocara.

Estaba convencido, de que aquellos rumores, solo eran mentiras inventadas por este maldito para hacerme perder la cabeza y declararle

oficialmente la guerra a su familia.

Después de todo, había asesinado a su hermano, y era lógico que buscara la manera de hacerme daño; y que mejor manera de hacerlo que seduciendo a mi mujer.

A mi dulce e ingenua Nina.

*Pero sí tan siquiera consideró en tocar su cuerpo, yo...*

—Me gustaría seguir con esta *emocionante* guerra de miradas, pero se requiere de mi presencia en otro lugar.

Tira una pequeña tarjeta roja sobre el escritorio que nos separa, pero no hago amago de cogerla.

—Estaba esperando a mi *mujer*.

Sus ojos recorren mi despacho por unos minutos.

—Curioso que lo menciones. —Vuelve a mirarme—. Hace un año, me pareció ver en las noticias de la seis algunos videos tuyos teniendo sexo con otra mujer, que definitivamente no era Nina.

—Lo que haya hecho no es tu puto problema.

Asiente.

—Pero sí el de mi *novia*.

Siento que el aire se atora en mis pulmones.

*No...*

—Espero que no te estés refiriendo a mi mujer.

—Tu exmujer —enfatisa—. Y sí, me estoy refiriendo a Nina Notovitch.

Mi mandíbula está fuertemente apretada mientras trato de precisar si sus palabras son reales, o son solo provocación.

—En lugar de perder tiempo en tratar de pensar sí la mujer que conocías... —No me pierdo el borde burlesco—, es capaz de acostarse con otro hombre. En tu lugar, me prepararía para lo que viene.

—No te tengo miedo, Ivánov —Me cruzo de brazos y levanto la barbilla.

Una estúpida sonrisa alza sus labios y quiero sacar mi *semiautomática* y dispararle, pero me abstengo de hacer algo que pueda robarme la oportunidad de encontrar a mi esposa.

Su pequeño gesto me molesta, porque hasta donde tenía entendido, el maldito no sabía sonreír, pero era obvio que había pasado el tiempo suficiente con mi mujer para que su magia también lo contagiara y empezara a cambiarlo.

¡Maldita sea!

—No me refería a mí.

Enarco una ceja.

—Has contratado asesinos para que hagan el trabajo sucio. No te tomé por esa clase de hombre.

Ignora mi provocación y en cambio su boca emite un siseó risueño mientras niega con la cabeza.

—Repito... ¿Quién diablos está hablando de mí?

—¿Entonces?

Era algo estúpido por preguntar, considerando que tenía suficientes enemigos como para luchar contra cada uno por el resto de mi vida.

—¿Escuchas eso? —ladea la cabeza como realmente queriendo escuchar algo; me limito a observarlo con desconfianza porque no percibo ni un jodido ruido... o algo fuera de lo común.

—No escucho ni una puta cosa...

—Exacto. —Sonríe diabólicamente mostrándome por primera vez su blanca dentadura. Y por alguna extraña razón, encuentro que me caía mejor cuando ignoraba que tenía dientes—. Porque esa es la calma que le antecede, a la maldita tormenta que has creado y que nada la detendrá de venir a por ti.

Un frío cala mis huesos cuando hace su retirada en completo silencio, cerrando despacio la puerta tras de él. Mi corazón se astilla cuando la implicación cobra fuerza.

¡Mierda!

Recojo la pequeña invitación: Nina me está invitando a un maldito *cóctel* en mi propia casa.

Un mal presentimiento me acompaña, pues no he pisado aquel lugar desde el puto día en que me dejó dormido sobre nuestra cama y desapareció.

Cuatro años jamás se sintieron tan abrumadores. Llevo una mano a mi pecho porque siento que algo hace su camino desde ese punto hasta la garganta. Se siente como un cuchillo abriéndose paso dentro de mí.

—Nina... ¿Qué has hecho?

Pero sé la respuesta y me odio por ella.

Se ha convertido en una asesina.

Igual que yo.

*Igual que Ivánov.*

Y temo que no podré sacarla del oscuro lugar donde ahora habita en compañía de mi rival.

Quien no solo la destrozó y la convirtió en *esto*, sino que también vigila sus sueños.

Quien besa sus labios y le hace el amor...

Sin pensarlo mi mano agarra el móvil y marco al número de teléfono que está escrito en la parte inferior de la tarjeta. Me tambaleo un poco cuando al segundo tono ella responde casualmente.

—Alexey.

Su voz roba todo el aire de mis pulmones.

Mi Nina.

Mi esposa.

*Mi mejor amiga...*

—Nina...

Mi pecho duele y se siente pesado.

Y por cinco pesados segundos me quedo escuchando solo su respiración sin saber bien que decir. Me aclaro la garganta consciente de que nuestro tiempo es limitado. Siempre y cuando aún respire el maldito de Ivánov.

Me aclaro la garganta.

—¿Quiero saber sí es posible que nos encontremos en otro lugar que no sea nuestra vieja casa?

El silencio solo es interrumpido por su sensual risa; mi piel se eriza.

¡Mierda!

Quizás he llegado demasiado tarde, pero no me rendiré.

Iré a por ti, mi amada Nina...

—¿Tienes miedo? —susurra sin ápice de remordimiento.

¡Oh, Nina...!

—No me tomes por tonto. —Endurezco la voz—. Tengo muchos años en este «mundo», y sé perfectamente qué diablos significa «cóctel». Y no sé qué tanto comprendas de la verdadera naturaleza de este «tipo» de cosas, pero será una matanza. Y no quiero que salgas herida.

—Tan preocupado por mí... y te pregunto: ¿y quién demonios crees que ideó todo esto? —Su risa me apuñala—. Te estaré esperando en la hermosa biblioteca que construiste para mí, pero que en casi ocho años jamás tuve la oportunidad de usar. *Al menos no, como sí lo hiciste tú.*

Arrastro una pesada mano por mi rostro.

¡Mierda! La maldita de Ekaterina tuvo que ir y mostrarle todos los putos videos. Incluyendo, el que nos hicimos hace unos seis años atrás en la Biblioteca de mi casa aprovechando que Nina había viajado a España a visitar a sus padres.

Había hecho mía a Ekaterina sobre el puto escritorio y mi esposa lo sabía.

¡Maldita sea!

—Ah, y por favor, no llegues tarde —su voz se vuelve seductora y desconozco a la mujer con la que estoy hablando—, he descubierto que me aburro con facilidad.

—Nina...

Pero ya se ha ido.

Miro el móvil sin creermelo lo que realmente está pasando.

¿Quién diablos es la mujer con la que hablé? ¿Y qué demonios ha hecho con mi esposa?

## 44. INSEGURIDADES DE UN CORAZÓN ROTO



*11 de marzo, 2019*

*Moscú – Rusia*

*Nina.*

Lo gracioso de todo esto, era que no fue difícil encontrar enemigos dispuestos a prestarme a sus mejores asesinos para mi «cóctel». Un evento que preparé con la clara intención de que su camino hacia mí estuviera pavimentado de lágrimas, sangre y dolor. Si quería verme y tener, aunque sea una oportunidad de hablar conmigo a solas, tendría que sufrir bajos mis condiciones y no me conformaría con menos.

—¿Crees que va a ir?

Miro a Mathilde y dejo el móvil sobre el mesón.

—Por supuesto.

Se encoje de hombros mientras camina a recoger su bolso que descansa sobre la butaca.

—Me alegra mucho que hayas regresado, aunque, para empezar, jamás te fuiste —Nos estrechamos en un fuerte abrazo—. Me gusta la nueva Nina. — Termina el abrazo y arruga el ceño—. Algo dura y feroz, pero me encanta verte sonreír. —Sus maquilladas cejas se mueven gracioso—. Ves como sí tenía razón y Serguéi Ivánov fue muy bueno para ti.

*Más de lo que alguna vez podré decírtelo, querida amiga.*

—Saluda a tu esposo y dale un beso a Tessa de mi parte —digo cuando nos detenemos en la entrada.

Tessa es su pequeña hija de tres años. Una dulce niña de cabello rubio con coletas altas y enormes ojos azules que te roba suspiros cada vez que te abraza.

—Lo haré. —Me regala otro efusivo abrazo antes de embarcarse en su coche y alejarse del bordillo.

Sí supiera lo jodida que estoy ahora, hubiera temido por su vida cuando me regaló aquel brazo.

Esa noche cuando Serguéi llega, nos metemos juntos en la bañera. Hay una extraña vibra que sale de su cuerpo que me hace sentir incómoda.

*Preocupada.*

—No tienes por qué preocuparte; estaré bien —aseguro mientras me acerco lentamente a su cuerpo.

Cuando me pongo a horcajas sobre sus piernas, su erección roza mi vientre y él deja escapar un gemido; inmediatamente lo rodeo con mis brazos y lo miro a los ojos.

Amaba aquellos ojos, que era físicamente imposible a veces mantener mi corazón tranquilo cuando él me miraba de esta mágica manera.

*Como si fuera su maldito universo.*

—No estoy preocupado por tu bienestar físico, Nina

Aunque no fue su intención dolió mucho su declaración; empecé a alejarme.

—No es así —Guía mi rostro al de él y besa suavemente mis labios—. Tu bienestar no me preocupa, porque al igual que tú, soy perfectamente consciente de que Románov no tocará ni un solo cabello de tu cabeza. Primero, permitiría que yo pusiera una bala en su frente antes que a hacer eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El maldito problema —suspira—, es que aún lo amas.

Niego.

—Pero no como te amo a ti.

—¡Ves! —Acaricia mi rostro—. Ese es el problema.

Frunzo el ceño.

—No entiendo.

Una sonrisa triste florece en sus labios.

—Que no tienes problema alguno, en reconocer que aún lo amas. Y eso, eso es como una *cuchilla* filosa que se clava profundamente en mi corazón...

¡Mierda!

Como no sé qué puedo decir sin lastimarlo más, estrello mis labios contra

los suyos y me abandono al placer. Sus manos rodean mi cintura y me posicionan sobre su erección. Meto mi mano derecha entre nosotros y agarro su falo para guiarlo a mi entrada. Gemimos al unísono cuando hace su lento camino en mi interior.

Mis manos acarician su cabello mientras él permite que mis labios consuman los de él. Mis caderas se sacuden y mis rodillas me dan el impulso necesario para que mis acometidas sean intensas y poderosas.

—No digas esas cosas... —suplico mientras dejo un sendero de besos por su mejilla cubierta de vello facial—. No cuando lo que siento por ti es tan fuerte... —Su polla golpea mi punto feliz y siseo—. No cuando mi corazón amenaza con romperme en dos para salir en tu encuentro, cada vez que estas frente a mí.

—Nina...

—Te amo Serguéi, y lo sabes.

Como nuestros cuerpos son mejor comunicándose, permito que mi boca, mis manos y mis caderas le trasmitan todo lo que siento por él.

*Te amo tanto, Serguéi, que no me imagino vivir sin ti.*

Que no puedo imaginarme abrir los ojos un día y no verte durmiendo junto a mí.

También tenía dudas, no te voy a mentir, pero llegado el momento, sabría que jamás escogería a Alexey por sobre Serguéi.

Es cierto que hubo un tiempo en el que sí, amé con locura a mi esposo, pero eso era cosa del pasado.

Y ahí se quedaría.

Y tenía aquella seguridad, porque había una bala reservada para ese propósito.

## 45. CULPAS, PODER Y RESENTIMIENTOS



*12 de marzo, 2019*

*Moscú – Rusia*

*Alexey Románov*

El trayecto hasta mi antigua casa se hace demasiado corto, y cuando me estaciono en el bordillo de la entrada estoy tentado a dar media vuelta y valerme de cualquier artimaña para lograr que Nina acepte vernos en otro lugar. Pero presiento que, sí quiero tener, aunque sea una oportunidad para hablar con ella, será esta y no otra.

Bajo sus condiciones y no las mías.

Deseaba tanto poder culpar a Ivánov por el cambio en mi mujer, pero lo cierto era, que, si aquí había un culpable, ese definitivamente era yo y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

Me bajo del coche y camino hasta la vieja entrada sin molestarme en tocar el timbre. Pruebo el pomo y como imaginé, la enorme puerta está sin seguro y ni siquiera produce el distintivo sonido que hacía cuando era abierta. Frunzo el ceño al escuchar la música clásica que resuena suavemente por los altavoces que antes no había en la casa.

¡Diablos!

Nunca había participado en uno de estos «eventos», pero había oído suficientes rumores para comprender que esto no sería fácil.

Y mi renuencia era que, en vista de que Nina había cambiado tanto, era lógico que no le molestara un poco de sangre.

Los vellos de mi nuca se erizan cuando frente a mí se detiene uno de los asesinos de la familia Búdka, con el distintivo tatuaje en su cuello. Y aunque al principio no comprendo bien que hace aquí, mi cerebro pronto une las piezas y la obviedad de la situación me golpea la cara.

¡Mierda!

Me había preparado para un enfrentamiento directo con Serguéi, para poder llegar a Nina, pero, al parecer, este «cóctel» es diferente.

—¿Cuántos son? —pregunto, y el asesino sonrío mientras se despoja de su caro saco negro y estira el cuello en señal de estar listo para la pelea. Disimuladamente echo un vistazo a nuestro alrededor para ser capaz de divisar por mi cuenta, contra cuántos hombres tenía que luchar.

—¿En esta habitación?

Trato de controlar mi molestia: ¿qué mierda era todo esto?

—Solo yo. —Se encoge de hombros y una sonrisa de suficiencia se abre paso en sus delgados labios—. Si logras vencerme, *cosa que dudo*, te esperan otros siete asesinos distribuidos por toda la casa. A los que tendrás que matar sí es que quieres llegar a la hermosa y gentil dama. Un asesino por cada año de *feliz matrimonio* que tuvieron. El último asesino tiene la única llave que abre la biblioteca, pero creo que hoy tendrás que despedirte de este mundo sin ver el bello rostro de tu esposa. —Relame sus labios y cuadra sus brazos. Su cuerpo toma la habitual posición de ataque.

Asiento controlando la bilis en mi garganta y los nervios amontonándose en mi vientre. Esto era exagerado.

*Demasiado.*

Incluso para Nina.

Como no tengo más alternativa me despojo de mi saco.

—¿La familia Búdka sabe que estas metido en esto? —pregunto con sospecha—. ¿Saben que estas ayudando a mi esposa?

Dudaba que fuera el caso, pues había asesinado a su patriarca hace casi diez años atrás. Un golpe que había ordenado mi padre cuando este se había rehusado a venderle la empresa de la familia. Y dio resultado, porque con su muerte, a la familia no le quedó más opción que vender su querida empresa familiar quedándose casi en la calle.

Desde entonces, ellos se mantenían alejados de todo. Específicamente, de nuestra familia, porque, aunque nunca presentaron una acusación formal, ellos sabían perfectamente quien lo había asesinado. Tenía entendido que su hija, Svetlana, era la que manejaba ahora los negocios familiares, pero en perfil

bajo.

Su sonrisa se vuelve victoriosa.

—Mi señora Svetlana... le envía sus saludos y buenos deseos.

¡Maldita sea!

Tenía la certeza de que los otros hombres que me esperaban distribuidos por la casa tenían que ver directamente con mi pasado. Específicamente con familias que había destruido sin detenerme a pensar si era correcto o no.

¡Demonios!

*Nina, ¿tienes idea de lo que has hecho?*

¿Acaso ella era consciente de que yo no era inmortal?

¡Maldición!

Para poder llegar a ella tenía que pavimentar mi camino con cadáveres.

Antes de estar preparado mi contrincante acerta el primer golpe en mi mandíbula y caigo de espaldas contra la moqueta. El polvo acumulado de todos estos años se levanta y se ensaña con mis pulmones.

¡Mierda!

Esto estaba a punto de ponerse realmente jodido.

## 46. IRA



*Nina.*

Juro por todo lo sagrado que deseaba sentir angustia mientras era testigo de la lucha incesante de Alexey contra los asesinos que me habían enviado las familias perjudicadas por su codicia.

Pero, sorprendentemente, me vi disfrutando del espectáculo que me otorgaban los monitores. Me sentía agradecida por las cámaras que Serguéi había enviado a instalar estratégicamente en cada habitación para que me permitieran disfrutar del «cóctel» sin necesidad de que mi «invitado de honor» lo supiera.

Los ángulos eran los correctos, los mismos que me ayudaban a observar como su sangre goteaba de la comisura de su perfecta boca. Como de magullado estaba su atractivo rostro.

Sus manos ya estaban hinchadas por los golpes que ha propinado sin descanso, tanto para atacar como para defenderse y confieso, que me sentía vertiginosa cuando vencía a su contrincante. Para cuando llegó a la séptima habitación pensé que se desmayaría.

Pobre Alexey, estaba sediento, cansado y maltratado.

Su blanca y pulcra camisa de tela estaba hecha jirones y manchada de sangre. Sangre que era mitad suya y mitad de los asesinos que había matado en su camino a mí. Relamo mis labios cuando el último asesino se para frente a él.

Esto sería interesante.

Lo había visto recibir rodillazos, codazos y aunque también devolvía gran parte de lo que recibía, noté que siempre buscaba en la habitación algo filoso que pudiera usar para cortar la garganta de su oponente.

*«Haciendo trampa como siempre mi querido esposo.»*

Casi lo asesinan en la cuarta habitación gracias a una cuchilla oculta en el brazo que tenía el asesino que usó para apuñalarlo en el costado derecho. Pero Alexey hizo alarde del entrenamiento que me había comentado Serguéi y rápidamente usó la misma arma en contra de su agresor y lo mató a sangre fría clavándosela en medio de la cabeza. El cuerpo del asesino cayó sin vida y él miró directamente a una de las cámaras. Era la primera vez que me demostraba que, de hecho, estaba consciente de que lo estaba vigilando.

Y eso avivó mi entusiasmo.

Mi corazón se estremeció cuando mirando fijamente aquella cámara en particular me regaló una sonrisa de dientes completos manchados de sangre y se irguió en todo su metro noventa y caminó con dificultad hacia la siguiente habitación.

Me había tomado la molestia de enumerarlas para que así supiera donde tenía que ir. Algo muy frío de hacer, pero como te mencioné, no tendría piedad. Y, por ende, esto no sería un puto día de campo.

Mis ojos se agrandaron cuando se quitó lo que quedaba de su camisa y quedó simplemente en su pantalón negro de vestir. Su cuerpo —que estaba cubierto de sangre— ahora era mucho más grande de lo que recordaba. El mismo que se ondula de manera excitante con cada respiración. Su cabello es un lío húmedo de sangre y sudor, no obstante, seguía luciendo irresistible y tan tan...

Un grito resonó por toda la habitación cuando el asesino se abalanzó para atacarlo, pero pese a que Alexey estaba cansado y mal herido, este se movió rápido y esquivó el ataque, pronto los dos empezaron a pelear y aunque sabía que la diferencia era injusta dado al mal estado de mi exmarido, me sorprendí contemplando la pelea sin sentir la más mínima preocupación.

Quizás era porque en el fondo sabía que Alexey haría lo que fuera por verme.

Por tocarme.

*Por besarme.*

Que era inexorable que pagara por todo el daño que me había hecho, y para cuando llegara aquí, yo sería su última oponente.

¿Se atrevería a golpearme?

¿A herirme con un arma blanca?

¿O simplemente me dispararía?

Pronto lo sabríamos.

El asesino lo golpeo en el costado que estaba herido. Alexey apretó los dientes y se giró justo a tiempo para esquivar una patada que iba destinada a romperle la pierna.

*Sí, él estará muy bien.*

Abandoné la pequeña silla negra frente a los monitores y caminé hasta el enorme sillón señorial que había hecho colocar en medio de la habitación y directamente frente a la entrada.

Quería ser lo primero que mi exmarido viera cuando atravesara aquella gigantesca puerta.

Me senté en el sillón, recargué mi cuerpo escasamente vestido y crucé una pierna para lograr una pose relajada y aburrida. La bata cayó de mi hombro mostrando el corpiño de encaje negro que hacía poco por cubrir mis senos. El conjunto lo complementaba un hermoso ligero del mismo color y que ayudaban a mantener estilizada las delicadas medias que cubrían mis piernas.

Era el mismo que había usado el día de nuestra noche de matrimonio; el mismo que había arrancado con su boca. Aunque tuve que modificarlo un poco en la parte superior para que cubijara de manera correcta mis nuevos senos, pero en todo lo demás, me seguía quedándome perfecto.

Sonreí cuando vi la hora en el enorme reloj que encabezaba la pared inferior. Había pasado siete horas con veinticinco minutos y esto y apenas estaba empezando, porque hoy, me marcharía de esta casa como una mujer libre.

Pobre Alexey, tantos deseos que tenía de verme, que ignoraba que pronto tendría que comprender que su pequeña e ingenua «aprendiz», también era capaz de infligirle dolor.

El momento había llegado y era de que la alumna superara al maestro.

Y que Alexey Románov dejara caer sus lágrimas, porque yo ya no derramaría ninguna.

## 47. ALMA ROTA



*Serguéi Ivánov*

**T**e estarás preguntando qué diablos estaba pensando al permitir que mi mujer se expusiera al a hacer algo tan peligroso como enfrentar a su exmarido vistiendo solo aquella provocativa lencería que hacía poco por cubrir como era debido su cuerpo, pero debes comprender, que en este caso... yo no tenía voz ni voto, porque esta no era mi venganza.

Pronto ajustaría cuenta con Alexey Románov —sí es que acaso salía vivo de la reunión con mi mujer—, y pondría sin perder tiempo, una maldita bala en su cabeza.

*El infeliz, ni siquiera sabrá que lo golpeó.*

Me siento frente a la computadora portátil y me concentro en la imagen de la mujer que está sentada de manera sexy y aburrida en medio de esa enorme biblioteca.

Mi corazón hace un descenso brutal cuando la puerta se abre lentamente, pero presiono el botón para apagar la puta cosa y dejo que mi mirada se pierda en el vaso que está lleno de un ligero líquido color ámbar.

No tenía *por qué* espiarla.

No cuando ella ignoraba que había colocado una cámara en aquella habitación.

¡Maldita sea!

Confiaba en ella... *¿O no lo hacía?*

Para mi total condena la noche llega demasiado pronto y mi corazón

duele. Porque sin importar el resultado, sé que la mujer que saldrá de aquella habitación no será mi Nina.

Será...

*¡Diablos!*

Ni siquiera estaba seguro en cómo amar correctamente a esa nueva mujer.

Sin preámbulo y con mano firme agarro el pequeño vaso y bebo hasta que la ligera quemazón en mi garganta es cosa del pasado; bajo el vaso y me sirvo otro.

Y otro.

*Y otro.*

Recuerdas la regla que te mencioné cuando todo esto empezó...

*Rómpele el corazón a un hombre y este se transformará en un lio borracho...* Bueno, estaba a punto de probar que tan cierta era aquella regla.

¡Mierda!

Amar realmente dolía.

## 48. LÁGRIMAS Y PASIÓN



*Nina*

La puerta se abrió lentamente y frente a mí estaba el hombre con el que viví por nueve años pero que jamás realmente conocí.

No había retorno desde el punto muerto en el que nos encontrábamos parados, porque sencillamente no existían motivos suficientes para perdonarlo.

—Nina...

Sus ojos admiran mi cuerpo; mitad sosiego/mitad lujuria. Pero hay una lucha tras esas hermosas piscinas grises. Le gusta lo que ve, pero no *quiere* que lo haga y así como a él, a mí también me gusta lo que veo.

*Demasiado.*

Su pecho tiene múltiples heridas de arma blanca las mismas que sangran abundantemente, mientras que el costado donde se encuentra la herida provocada por la apuñalada que recibió, ha sido torpemente vendada para evitar así desangrarse. En general, su cuerpo es un mosaico de todos los tonos morados que podrían existir. Su rostro no está mejor: su ceja derecha tiene un profundo corte y de la cual se cuelga un riachuelo de sangre. La comisura derecha de su labio inferior también está rota, pero la sangre en ese punto ya se ha secado. Su ojo izquierdo está a punto de cerrarse por lo hinchado que se encuentra.

*Nunca lo había más guapo.*

—Ven Alexey y siéntate.

Le digo levantándome de la silla y permitiendo que la bata se abra en su totalidad dejando ver completamente el atuendo que cubre mi cuerpo. Sus ojos acarician mis senos mientras descienden lentamente por mi cintura y se detiene a la altura del ligero.

—Por favor...

Parte de la tensión abandona sus brazos y camina de manera renuente — puede ser por lo mal herido que también se encuentra— hasta donde estoy de pie. Cuando invade mi espacio personal, el olor de la sangre mezclada con sudor y su cara esencia impregnan el aire y es como un maldito bálsamo para mi corazón.

—Cuatro malditos años... —Sus manos ensangrentadas acunan gentilmente mi rostro y lo acercan al suyo, manchándolo de sangre en el proceso—. Cuatro malditos años, y sigues siendo la mujer más hermosa que podrían ver mis ojos...

Mi estómago se agita en respuesta.

—Siéntate, tenemos algunas cosas importantes de que a hablar.

Me alejo de su agarre y lo empujo suavemente contra el sillón. Inmediatamente me siento a horcajas sobre él y acerco mi rostro; soy consciente del bulto que esconde su pantalón de mezclilla.

¡Oh, querido...!

—He escuchado una historia muy interesante sobre ti...

Su garganta sufre un espasmo y asiente.

—Una historia donde tú eres el malo y yo...

Sus manos vuelan a mi rostro y lo jalan hacia el suyo para que así nuestras frentes descansen juntas.

—No lo digas, Nina...

La vergüenza y dolor cortan profundamente su voz.

—¿No decir qué, Alexey? ¿Qué me usaste? —Acaricio su rostro magullado—. ¿Qué me sedujiste y abusaste de mi corazón por nueve malditos años? —Nuestros ojos se traban mientras mis manos hacen presión sobre su ojo hinchado y a punto de cerrarse— ¿Qué eres un asesino?

Deja escapar un pequeño jadeo mientras mis dedos presionaban sin piedad su ojo. Pacientemente espero a que me lance al piso para evitar de que lo siga lastimando, pero no lo hace; resiste el asalto.

«Buen muchacho.»

—¿Duele? —susurro mi pregunta a su oído antes de liberar su cara y levantarme de sus piernas.

Su lastimero gemido es mi respuesta, mientras me sigue con su cansada mirada.

Como no quiero dilatar las cosas camino hasta el amplio escritorio, abro el cajón principal y saco el revólver calibre 22 de cañón corto y apunto hacia mi invitado.

—Tengo un juego interesante que me gustaría que disfrutemos mientras dura nuestro poco tiempo juntos como casados.

Su garganta hace un sonido ahogado, pero no dice nada.

—Sabes, que en esta vida nada grita más: «Hombre arrepentido» que uno realmente complaciente. Porque lo cierto es que los hombres infieles... son estúpidos, no complacientes. —Sonrío mientras vuelvo a sentarme a horcajas sobre sus piernas; procurando que esta vez, mi coño quede sobre su polla; mi exmarido deja escapar un agudo siseo—. ¿Dónde está el hombre imponente y poderoso que me cautivó aquel día en la Universidad?

—Aún hay arreglo para lo de nosotros... —gime esperanzado—. Solo necesitamos...

—Lo que necesitamos... es es empezar a jugar esto —Abro el cilindro para mostrarle que solo hay un cartucho—. ¿Has jugado alguna vez a la ruleta rusa?

No contesta, pero sus ojos brillan presos de la incertidumbre mientras su cuerpo se estremece. La mirada que me da es una de incredulidad; cree que estoy bromeando sobre esto. Bueno, está a segundos de comprender, de que yo no he venido precisamente a conversar y mucho menos a jugar. Las cosas que le haré —sí es que queda vivo— habitaran por siempre en sus malditas pesadillas.

*En su atribulada cabeza.*

Y estos nuevos demonios que le daré, le harán compañía a mi solitario recuerdo. Porque desde de este día, él ya no será capaz de evocar mi recuerdo sin que estas cosas vengan de la mano con el.

—Un juego inquietante y muy, pero muy peligroso. —Muerdo mi labio inferior—. Y esto es fácil, yo haré una pregunta y sí mientes... *tiro del gatillo.*

—Sus manos viajan a mi cintura y la estrechan—. Si me quitas el arma, esto se acaba inmediatamente y yo misma pondré una bala en mi cabeza, antes de tan siquiera puedas pestañear. —Un tic contrae su mejilla derecha, porque sabe que no estoy bromeando—. Si no deseas que salga lastimada, siempre tienes opción a probar suerte y recibir el impacto. Ya sabes, puedes intercambiar mi cabeza por la tuya. —Su garganta se mueve ruidosamente—. La buena noticia,

es que el juego acaba cuando aceptes firmar lo papeles del divorcio, que están doblado en el interior de mi corpiño.

Sus ojos viajaran hasta mi vientre como recién percatándose que, de hecho, hay un papel blanco prolijamente doblado que cubre aquella zona.

Cuando su mirada regresa a mis ojos, cierro el cilindro y lo giro. Era hora de jugar. Cuando queda apresado, coloco sin titubear el cañón contra mi cabeza y le pregunto mientras mi dedo índice descansa suavemente sobre el gatillo.

—¿Me amas, Alexey?

Sus ojos se hacen enormes mientras no da crédito a lo que ve.

—Nina...

Su voz tiembla y yo sonrío y como anticipando mi movimiento coloca el arma contra su cabeza, cierra sus ojos y presiono el gatillo.

*Clic...*

Su pecho queda suspendido en una larga respiración.

—Eso contesta a mi pregunta —bufo emocionada.

Sus atormentados ojos regresan a mi mirada y le sonrío dulcemente, mientras que con poco de esfuerzo libero el arma de su temblorosa mano.

Cuando giro otra vez el tambor y posiciono el arma —esta vez a la altura de donde se encuentra mi corazón— una solitaria lágrima se escapa de su ojo bueno.

—No lo hagas... *por favor*... —Se ahoga con un sollozo—. Nina...

—Vuelvo a preguntarte... ¿no hacer qué?

Sus labios tiemblan.

—No puedo verte morir...

—¿Morir? —Dejo escapar una sonora carcajada—. Pero sí hace mucho tiempo que tu mismo te encargaste de asesinarme. —Otra lágrima cae haciéndole compañía a la marginada—. La Nina que está sentada frente a ti, presionando su coño contra tu polla, es una mujer que no conoces y que tampoco tengo deseos de presentártela.

Su frente cae contra mi pecho, a lado de donde está el arma; su pesada respiración acaricia suavemente mi seno derecho.

—No puedo renunciar a ti...

Acaricio su cabello con mi mano libre.

—Siempre tan egoísta. Primero dices «que no puedes verme morir». Luego, de que tampoco «puedes renunciar a mí». Desde mi punto de vista... tus opciones merman con cada vuelta que le doy al tambor. —Levanta la

mirada y sus labios se acercan peligrosamente a los míos—. Te quedan cuatro oportunidades de a hacer lo correcto por una maldita vez en tu vida. Pero sin importar lo que decidas, yo hoy abandonaré esta habitación como una mujer libre, pero de ti depende, sí lo haré: divorciada, viuda o... muerta.

Y antes de que pueda contestar coloco el arma contra su pecho y jalo el maldito gatillo.

## 49. PROMESAS Y MENTIRAS



*Nina*

Clic...

Y eso fue todo.

Sin mirarme a los ojos mete su mano derecha dentro del costado libre de mi corpiño y extrae los papeles. Me hago un poco para atrás cuando retira el bolígrafo que mantiene juntas las fojas y firma sobre la línea punteada. Su pecho se agita por el llanto furioso y triste.

Los papeles y el arma caen al piso y antes de que mi cerebro pueda procesar que pasa sus manos liberan mis senos y su enfurecida boca ataca sin piedad mi fruncido pezón izquierdo.

—¡Dios...! —gimo mitad impresión y mitad placer.

¡Mierda!

El placer se arremolina en mi centro haciéndome incapaz de reaccionar correctamente.

Trato de alejarme, pero sus manos apresan fuertemente mi cintura sin darme opción a defenderme mientras su hinchada mano busca entre nosotros la entrada a mi coño.

¡Mierda!

*No podía hacerle esto a Serguéi.*

Cuando sus hermosos ojos centellan en mi confundido cerebro. Aplico una llave mientras contorsiono mi cuerpo para librarme del férreo control de sus manos. Con mi mano derecha presiono la herida de su costado para

debilitar su ataque.

¡Maldita sea!

Un gemido escapa de su boca cuando me libero y caigo estrepitosamente sobre mis rodillas. ¡Mierda! Recojo los papeles antes de alejarme sin darle otra mirada.

*¿Que había hecho?*

Acomodo mis senos dentro del corpiño, pero ya es tarde: una pequeña marca se ha formado sobre el pezón.

Una marca como la que él adoraba dejarme cuando le pertenecía. Mis ojos se llenan de lágrimas y empiezo a caminar a la salida. Necesito hablar con Serguéi.

Necesito mirarlos a los ojos.

Necesito pedirle perdón.

*Perdón por permitir que otro tocara lo que es de él.*

¡Maldita sea!

Esta nueva Nina había decidido voluntariamente pertenecerle cuando él nos había entregado su corazón.

¿Y era así cómo le pagaba?

*Convirtiéndome en otro «Alexey».*

Traicionando su confianza.

*¡Putá!*

Una pequeña voz susurró dentro de mi cabeza y me encogí como si me hubiera herido de gravedad.

—Nina... yo...

—¡No...! —grité, pero no me volví para enfrentarlo.

Nuestros puentes ya habían sido quemados y ahora tenía que lidiar con una verdad que tenía que confesar y que temía podría herir mucho al hombre que amaba.

Y aunque esta era la prueba de ya no amaba a Alexey, también quedó dolorosamente claro, que eso no le supone ningún problema a mi cuerpo cuando de responder a sus caricias se trata.

*Tenía que ver a Serguéi.*

—Solo dame una última oportunidad...

Un estruendo a mis espaldas me hace mirar por sobre mi hombro.

Mi estómago se llena de agujas: Alexey Románov está de rodillas.

Llorando...

*Llorando por mí.*

Espero hasta que sus ojos se encuentren con los míos para decirle:

—No puedo darte una oportunidad... —Las lágrimas empañan su triste y desesperada mirada, volviéndola casi irreconocible—. Porque nuestro pasado está plagado de ellas.

—Te amo...

Su declaración estremece mi corazón y por más que trato una lágrima sale a despedirse del hombre que una vez amé demasiado.

—Lo sé...

Su rostro se contrae de dolor, porque por primera vez, yo no soy la que sobra en la maldita habitación.

—¡Mientes! —ruge golpeando sus puños contra las piernas—. ¡Mírame a los putos ojos y dime que ya no me amas...! ¡Hazlo! —Vuelve a golpear sus puños, pero esta vez contra la moqueta—. *¡Maldita sea!*

Su llanto retumba por toda la casa.

—No solo puedo hacer eso, Alexey... —Conservo la calma mientras camino hasta él y me arrodillo—. También soy capaz de decirte... *que ya te superé*. —Su ojo derecho está completamente cerrado ahora, pero se crispa por el dolor que me imagino que siente por dentro—. ¿Y sabes cómo estoy segura de ello? —Sonrío tristemente—. Porque sencillamente ya no me duele tu traición. Y, además, como dijo Anaxágoras: «Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos; es mía.»

Me levanto cuando sus manos hacen el amago de tocarme.

Al fin, se ha terminado.

*Ya no existíamos.*

Ya éramos... *nada*.

Así como también lo era su empresa, la misma que ya había sido desmantelada por las autoridades cuando autoricé que podían confiscar todas las cosas de aquel lugar. Al parecer, sobre la familia Románov pesaban muchas denuncias. Y gracias a mi colaboración ellos podían esclarecer algunos fraudes y sobornos.

*El imperio de Alexey Románov ya no existía.*

Como no había nada que recoger o atesorar, aproveché ese momento para despedirme de la casa que una vez había deseado tanto que se convirtiera en mi hogar. Y como había estado tan aferrada a esa estúpida idea, no me había dado cuenta —hasta cuando ya había sido demasiado tarde— que un verdadero *hogar*, no es algo... es *una persona*.

Y yo ya había encontrado a esa «persona».

A esa persona al cual pertenecer... y ser absolutamente feliz.

A esa persona con quien vivir un amor que no *envejecería*.

*A esa persona...*

Miré hacia la minúscula cámara que estaba ubicada en la parte superior de la enorme puerta y modulé un ahogado... *Lo siento*.

Pero a veces, con sentirlo no es suficiente.

¿Recuerdas que en una oportunidad te dije que la vida estaba llena de instantes hermosos y brillantes? Bueno, la vida también está llena de momentos de absoluto silencio y horror.

Instantes que te rompen el corazón.

Y contra todo pronóstico... me había convertido precisamente en eso para Serguéi Ivánov.

## 50. UN DULCE SILENCIO



*Nina*

Al llegar al ático no me sorprende encontrarlo disfrutando del silencio y la penumbra mientras está sentado en el viejo sillón que perteneció a su tío abuelo. Y a pesar de que su rastro está oculto, la tristeza que sale a oleadas de su cuerpo me dice que el daño ya está hecho.

*Y que le he lastimado.*

—Cuando te conocí, juré no enamorarme de ti...

Sus palabras perforan mi alma, porque sé que son verdad.

Mi novio podrá ser muchas cosas, pero jamás un *mentiroso*. Por otro lado, yo...

—Porque sabía que eras la clase de mujer que cuando se enamora... lo hace para siempre. Y mi condena, fue que llegué demasiado tarde para ser el afortunado.

No soporto que siga en la penumbra, por lo que presiono el pequeño interruptor para iluminar la amplia sala, pero no estoy preparada para el *paisaje* que me recibe. Todo el lugar es un desastre; la mesa del comedor ha sido derribada al igual que las estanterías. Fragmentos de vasos y platos están dispersos por todo el piso.

Parecía que hubiese estallado una guerra. Una guerra que yo había provocado.

Pero lo que más sorpresa y dolor me causa, es ver la botella de licor vacía junto a su pie.

*Porque Serguéi no bebé.*

En todo caso, aborrece la bebida.

—Recuerdo aquella vez que te vi sentada en el restaurant y juro que pensé que eras la mujer más hermosa que había visto en la vida. —Sonríe ausentemente pero no levanta la mirada—. Mi hermosa prometida. —Cuando sus hermosos ojos se encuentran con los míos siento que me abre el pecho—. La mujer que había sido seducida por el hombre que había asesinado a mi hermano menor y yo... y yo solo podía pensar en lo hermosa y delicada que te veías con aquel horrible turbante en la cabeza. Creo que eso fue lo que nos jodió desde el principio. El que me enamoró de ti, cuando tu corazón le pertenecía a otro.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Sé que nunca te he dicho que aquel día llegué puntual, pero tienes que saber que pasé cerca media hora admirándote como un completo acosador desde afuera del establecimiento. —Suelta una risa carente de humor—. Jamás en la vida había estado tan nervioso...

—Serguéi, yo...

—No te molestes en adornar la verdad. —Se levanta y su aspecto desalineado me golpea el estómago—. Porque aún seguirá doliendo.

—Yo no quise...

—¿Al menos y se sintió bien? —pregunta interrumpiendo mi intento de disculpa.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no eras tú.

Niega con la cabeza.

—No puedes venir y decir eso, no cuando acabas de permitir que otro hombre toque, bese y adore lo que es mío.

El silencio cae en la habitación como un huésped rencoroso que se rehúsa a abandonar la casa.

—No pude reaccionar a tiempo... —musito sin apartar la mirada de sus fríos ojos violáceos.

Sé que era una excusa de mierda, pero era lo que tenía. Abrí la boca para seguir soltando excusas, pero el restregó con fuerza las manos sobre su rostro y empezó a caminar hacia mí.

—No vamos a intentar el juego, donde tengo que decir las cosas indicadas para no quedar como el cretino de la historia.

Yo retrocedí cuanto pude antes de mi espalda golpear con fuerza la pared lateral de la entrada.

—No eres un cretino.

—¿Entonces que soy, Nina? —pregunta llegando hasta mí y acunando mi rostro para que se encuentre con su mirada.

—Mi todo...

—No digas eso cuando odio saber que no necesito sentarme frente a la computadora para saber que te tocó. Está escrito por todo tu rostro...

—Lo siento...

—No es suficiente, porque aquí... —sujeta con fuerza mi mano y la golpea contra su pecho—. *Aquí* duele mucho. —Una lágrima se desprende de su ojo izquierdo—. Y ese «*Lo siento*», no va a borrar las caricias que recibiste de otro hombre...

—Entonces, dime cosas feas. —Lo interrumpo mientras mis lágrimas salen a saludar a las de él—. Grítame hasta el hastío, sí eso te hace sentir mejor... pero, por favor, no te vayas... No me abandones...

Podía ver su deseo de dejarme. De huir, porque le dolía que su peor temor se hubiera hecho realidad. El dedo pulgar de su mano izquierda acaricia mi labio inferior.

—No me pidas ser el malo. —Niega suavemente viéndose herido por mi petición—. Nos cuando en el futuro, quiero ser el motivo que haga que estos hermosos labios sonrían y que esos bellos ojos se iluminen...

—Pero sí me dejas, harás todo lo contrario...

Deja caer su frente contra la mía y cierro los ojos memorizando este momento. Impregnándome de él.

Rogándole a su alma que no me deje.

*Por favor, Dios...*

—Entonces, dame un motivo para quedarme. —Abro los ojos y me encuentro con su mirada—. Porque para irme me has dado uno contra el que mi corazón no puede pelear.

Mi estómago cae.

—Te amo...

—Y yo te amo a ti...

No sostenemos la mirada por varios segundos que se sienten eternos. Pero mis ojos me delatan porque no puedo encontrar un motivo lo suficientemente fuerte para que él se quede. No cuando mis actos han demostrado que quizás aún estoy enamorada de otro hombre, y eso... eso es

algo que ha destrozado el corazón de mi novio.

*Mi todo.*

—Adiós, Nina.

Cuando se aleja de mí, lo agarro de la chaqueta de cuero.

—Prométeme que un día me perdonaras... —Suplico a sus ojos.

Suspira mientras fuerza una sonrisa en su rostro. Una sonrisa que duele porque se parece mucho a la que vivía perpetuamente en mis labios cuando le pertenecía a Alexey Románov.

—Lo que puedo prometerte es esto: Un día, cuando mi corazón ya no duela, ese día...ese día iré a buscarte. Y para ese entonces Nina Notovitch, espero que estés lista para gritar: «Sí, acepto» y tener muchos hijos conmigo.

Dejo caer la mano mientras su rostro se desdibujaba. Y entonces, solo cierro los ojos porque no quiero verlo marchar.

Y aquel día, Serguéi Ivánov salió de mi vida, de la misma manera en que lo hizo cuando entró.

*En completo silencio.*

## 51. LOCO SAN FRANCISCO



*Dos años después.*

*Julio, 2022*

*San Francisco – California*

*Nina*

San Francisco era tal y como había soñado: una ciudad hermosa rodeada de preciosos paisajes que esperaba y un día se sintiera como un *hogar*. Sonreí cuando mi corazón murió solo un poco esta vez al pensar en la verdadera connotación de esa palabra, porque mi verdadero hogar siempre estaría entre los brazos de un hombre que tristemente con el pasar del tiempo solo se había alejado más de mí. Y dolía, pues no sabía cómo decirle a mi terco corazón que dejara de amarlo.

*Que dejara de extrañarlo.*

Una vez que comprendí que él no regresaría a por mí, tuve que abandonar Madrid, porque todo se sentía demasiado duro de afrontar... *de vivir*.

Dieciocho meses habían pasado, y aunque me había quedado en la misma casa que él había comprado con la esperanza de que se le hiciera fácil de encontrar su camino hasta mí, pero demasiado pronto las horas se hicieron días; y los días se hicieron interminables semanas; y las semanas dolorosamente en meses.

Meses donde no había oído ni una palabra de él.

Navidad llegó y se fue, llevándose consigo la esperanza de que un día lo vería caminar por aquel sendero de la casa que se cubría de hojas secas

cuando llegaba el otoño.

Mathilde se había ofrecido en ir a hablar con él y ayudarlo a entrar en razón mientras lo amenazaba con incendiar su empresa. Imaginarme la escena, me había hecho reír por algunos minutos. Sin duda, tenía la mejor amiga del mundo. Pero como no la quería presa, la desalenté de aquella acción y aunque al principio puso resistencia, luego comprendió cuando le dije que deseaba que él regresara porque me amaba, no porque las personas lo coaccionaban a hacerlo, a lo que ella se limitó a suspirar.

El tiempo siguió su cauce y mis esperanzas aún seguían vivas. Alimentándose de nuestros recuerdos y viviendo de las ilusiones o eso fue, hasta que dos meses después Mathilde dejó caer la bomba.

*Serguéi Ivánov tenía novia.*

Sí, no era ninguna puta especulación, como me hubiera gustado creer.

Ella lo había visto personalmente, gracias a que había asistido a una recaudación de fondos. Donde se habían robado besos y caricias cuando creían que nadie estaba mirando. Como la incertidumbre amenazaba con matarme me animé a buscar noticias sobre esta *nueva pareja* y lo que encontré me convirtió en una remeza de tristeza, dolor y... y ni siquiera sabía que sentía.

Solo tenía un feo vacío en mi pecho.

Que solo empeoró cuando analicé a detalle a la mujer que ahora dormía a su lado.

La que tenía el derecho de besarlo.

De adorarlo.

*De a hacerle el amor.*

Su novia era una hermosa morena de abundante cabellera rizada y preciosos ojos esmeraldas.

Toda una maldita belleza natural.

Sentí ganas de vomitar, pero me rehusé a creer que fuera verdad. Digo, podría haberla contratado para solo hacerme sentir celos y todo eso. Pero siento decirte que no era el caso. Su relación era cien por ciento real y hasta planes de matrimonio tenían, y se especulaba, de un posible embarazo.

La noticia dolió tanto que físicamente se me hizo difícil respirar; él ya había continuado con su vida, y fue solo entonces, cuando decidí que era hora de moverme. De empezar a vivir porque necesitaba liberar a mi terco corazón de esta opresión que sentía al pensar en lo que hice, y en lo que perdí por tonta y orgullosa.

Y sería una guerra complicada de ganar, porque mi cuerpo entero extrañaba que su voz fuera lo primero y lo último en escuchar cada día.

Y aquí estábamos, seis meses después, con el corazón más roto que nunca, viviendo en una ciudad desconocida y las cosas parecían empezar a encontrar su lugar.

Apliqué a varios trabajos y por suerte, encontré uno que me hiciera feliz, y lo mejor de todo, es que hice amigos en cuestión de días. Decidí entonces empezar a salir a citas: primero, porque necesitaba la distracción; y segundo, en el fondo sabía que nada pasaría.

Porque cada viernes, luego de despedirme torpemente de mi *cita*, cerraría la puerta y me detendría en el oscuro pasillo y pensaría en él.

*Siempre en él.*

Porque a pesar de que él ya había continuado con su vida, yo aún no estaba lista para dejarlo ir. Y como hacía cada noche, me pondría su vieja camisa blanca manga larga —que olvidó en su apresurada salida de mi vida— y lloraría hasta quedarme dormida. Y sin importar cuanto mis ojos lo llorasen por las noches, a la mañana siguiente seguiría pensando en él.

Seguiría amándolo.

*Seguiría irremediablemente enamorada.*

Porque amarlo me hacía bien; me hacía sonreír.

Me hacía inmensamente feliz.

Y esperaba un día encontrar a un hombre, capaz de hacerme sonreír hasta que el recuerdo de Serguéi solo fuera como aquel momento fugaz y brillante que provocaría un leve cosquilleo de mi estómago.

Y, en fin, los jueves eran noches de *Karaoke* en el club «*Rabbit*» y mis amigos, me habían convencido de asistir, a pesar de que cuando cantaba parecía que se estuvieran muriendo las ballenas. Pero según ellos, yo no era la peor que habían escuchado. Tenía que creerles porque, no creía que bromearan con esas cosas.

Llegué con media hora de retraso porque aún no conseguía orientarme bien con las calles.

—¡Miren quien llegó! —anunció Caro, mi amiga quien trabajaba conmigo en el departamento de Gestión.

—Mujer, creí que tenía que ir a presentar un reporte de mujer desaparecida. —John, el más viejo del grupo con casi cincuenta años, bromeó mientras abría una de las sillas.

—Por favor, dejen el drama. —Reí mientras me quitaba el pesado abrigo

gris y lo ponía en el respaldo de la silla y me sentaba—. Muchas gracias, noble caballero. —Le guiñé un ojo—. Y para vuestra información, me perdí solo una vez y eso fue, como hace tres meses atrás.

—¡Brindemos por ello! —gritó Marcus, el cachorrito del grupo con sus apenas veintitrés años cumplidos la semana pasada.

Puse los ojos en blanco mientras aceptaba el chupito que me obsequiaba Mariam; mi casi jefa. Me lo bebí de tirón y todos aplaudieron.

—¡Diablos! Eso sí que fue sexy —John me dio una mirada extraña.

—¡Alto ahí, hombre! —Caro colocó una mano en su pecho y él la miro—. Ya sabes que la «amistad» por sobre los malos rollos de una noche, ¿entendido? Nada de coqueteo entre nosotros.

Él asintió y me ofreció una mirada amistosa.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Acomodé un mechón de cabello detrás de mí oreja—. Eres un buen tipo, pero, créeme, no soy material para novia. Al menos, no aún —dije y le dediqué una sonrisa coqueta.

Su hermoso hoyuelo en la mejilla izquierda hizo acto de presencia mientras me regalaba una hermosa sonrisa y asentía.

John era un hombre atractivo: medía casi un metro ochenta y cinco, cabello negro como las alas de un cuervo que poseía algunas vetas grises a los lados de su cabeza, ojos azules y labios carnosos no solo lo hacían un gran partido, sinceramente, me gustaba conversar con él. Quizá cuando mi masoquista corazón dejara de pensar en cierto hombre con los ojos violáceos más hermosos del mundo, sería capaz de darme una oportunidad con él; presentía que las cosas serían agradables.

Mi coño puso los ojos en blanco y se cerró a cal y canto. Al parecer, la «definición» de agradable, no era de su entera satisfacción.

Era malo juzgarlo sin siquiera haber salido con él, porque era posible que nos lleváramos una grata sorpresa con nuestro amigo. Pero ya tendría tiempo para convencerla de abrirse a nuevos hombres.

Cuando el presentador dio la señal para el micrófono abierto Marcus preguntó emocionado:

—Entonces, ¿quién va primero?

Mariam levantó la mano mientras se bebía de un tirón, al parecer, el último trago de su cerveza.

—Esta va dedicada al maldito de mi exmarido —carraspeó.

—Preparémonos para escuchar la peor imitación de Adele —dijo Caro

mientras Mariam le sacaba el dedo de en medio.

Todos reímos y empezamos a hacer barra mientras golpeábamos la mesa.  
—¡A por el, Mariam! —grité sintiéndome más animada.

Los acordes de «*Hello*» inundaron el establecimiento y todos vitoreamos mientras nuestra amiga despedazaba una hermosa canción. Los minutos se hicieron eternos y cuando al fin terminó —para el total alivio de todos los presentes— sus mejillas estaban pálidas y se veía como si hubiera corrido una maratón. Las personas aplaudieron más fuerte y gritaron cuando ella bajó del escenario.

—Ves, que no mentí cuando te dije que no eras la peor. —Caro sonrió lobunamente—. La amamos, pero cada vez que la escucho cantar, tengo unas ganas violentas de asesinar al maldito de su exmarido.

Empezamos a reír mientras nos levantamos a recibir con fuertes abrazos a una muy cansada Mariam.

Nuestra amiga había estado felizmente casada desde los dieciocho años. Actualmente tenía cuarenta y cinco años y hace poco, se había enterado de que su marido tenía otra familia en otro estado.

Una reverenda mierda, pero así era la vida. De alguna u otra manera, todos estábamos jodidos cuando de amor se refiere.

Dos personas cantaron después y antes de que los ánimos me abandonaran me puse pie.

—Mi turno —anuncié, queriendo terminar pronto con este tormento.

—¡Esa es nuestra chica! —Gritaron al unísono mis amigos y yo caminé sin mirarlos. Más avergonzada y podía morir de un ataque al corazón. Me acerqué hasta el operador del audio y le dije el nombre de la canción que quería cantar.

Él me miró extrañado, pero asintió y empezó a buscarla en su sofisticada computadora. Cuando me detuve frente al micrófono sentía la sangre rugir en mis oídos, porque era hora de dejar fluir todo lo que tenía atrapado en el corazón. Los acordes de «*The Heart Wants What It Wants*» de Selena Gómez golpeó cada rincón de mi alma y cerré los ojos y empecé a cantar hasta perderme entre los recuerdos de cuando era feliz.

*De cuando era la Nina de Serguéi Ivánov.*

—Creí que tú eras el indicado... —repetí con lágrimas en los ojos a pesar de que la música ya había acabado.

Miré hacia el piso y permití que mi cabello cubriera mi rostro. Los aplausos fueron mi señal para bajar del escenario y las piernas me temblaban

mientras me acercaba a la mesa de mis amigos.

—Wow, eso fue muy tierno —Mariam me estrechó entre sus brazos y yo levanté la cara y le sonreí a todo el grupo.

—Solo tenía que sacarlo de mi pecho.

Todos asintieron y me sentí aliviada cuando nadie hondó sobre quién era el hombre al que iba dedicada la canción. La noche siguió su curso y mi pequeño momento torpe fue olvidado cuando Mario convenció a John de subir al escenario y cantar «*Bad Romance*» de *Lady Gaga*, a este par se les unió una muy ebria Carol y la cosa se enloqueció.

*Definitivamente, yo no era la peor del grupo.*

La sonrisa que tenía dibujada en mi rostro me acompañó hasta mi casa y por primera vez desde que llegué a esta ciudad no me puse la camisa de Serguéi y esa noche para mi total sorpresa no lloré hasta quedarme dormida. Y lo supe, el momento de realmente seguir adelante había llegado.

Al fin, podría dejar todo atrás y respirar porque mi corazón ya había empezado a sanar. Y rezaría cada noche para poder encontrar otra vez el amor.

Para encontrar la felicidad.

## 52. DULCES DESPEDIDAS



*Nina*

**U**n cosquilleo en mi mejilla me sobresaltó, abrí los ojos y mi respiración quedó atorada en mi garganta; jamás me cansaría de mirar esos ojos.

*Siempre serían las cosas más hermosas que había visto y mi corazón dolió intensamente porque esta no era la primera vez ni la última que lo soñábamos. Sus dedos acariciaron suavemente mis labios y mis ojos se llenaron de lágrimas. La habitación aún estaba un poco oscurecida pero la luz del baño me daba el brillo suficiente para admirarlo; aunque sea en mis sueños, y en estos siempre vestía su chaqueta negra y camisa blanca y lucía arrebatadoramente guapo. A veces solo hablábamos, otras hacíamos el amor. Pero cada sueño jamás podría superar lo que era tener al Serguéi real. Pero disfrutaría de estos momentos, porque era lo único que me quedada y por sobre todo porque en estos momentos él volvía a ser mío y yo aun seguiría siendo suya.*

*Mío para amar por siempre.*

*—No llores —pidió y su voz ronca erizó mi piel.*

*Sonreí.*

*—Déjalos que lloren—susurré compungida—. Ellos también te extrañan.*

*Y era la verdad, todo mi cuerpo lo extrañaba, pero mis ojos eran los que más sufrían su ausencia. Los que aun añoraban su regreso.*

*—Ya veo —La comisura izquierda de su boca se alzó en una tímida*

*sonrisa.*

*Era tan hermoso que no quería jamás despertar.*

*—Lo siento —musité cuando su dedo siguió una lágrima—. Discúlpame por seguir llorando por ti. Prometo que trataré de ya no a hacerlo.*

*Él asintió.*

*—Está bien. —Sus manos acunaron mi rostro y se acercó un poco más hacia mí, hasta que lo único que veía era el amor eterno e incondicional reflejado en una mirada que siempre me robaría la respiración—. Si accedes a perdonarme por haber tardado más de la cuenta en encontrarte; por llegar tarde. —Suspiró—. Por haberte hecho esperar todo este tiempo. —Sus labios rozaron los míos—. Pero, por, sobre todo, por hacerte llorar cuando prometí jamás volver hacerlo.*

*Asentí y besé esa boca por la que iría a la guerra, por la que recorrería kilómetros si eso significaba que al final él estaría esperándome. Esperaba que mi beso le transmitiera de alguna manera al verdadero Serguéi que, de hecho, yo jamás lo culparía, porque si las cosas terminaron fue por mi culpa. Y yo cargaría con eso siempre sobre mi cabeza, pero encontraría una manera de vivir alrededor de ello y ser feliz; así como él lo era ahora con otra persona, que no era yo.*

*Un día encontraría a alguien como él y cuando eso ocurriera, no lo dejaría ir. Ya no sería la Nina confundida o asustada. Tomaría al amor y lo miraría a los ojos y le daría todo de mí.*

*—Te amo, Nina —susurró, su aliento bailó sobre mis hinchados labios y un segundo después dejó caer su frente contra la mía.*

*Sonreí mientras cerraba los ojos, desecha porque el tiempo de estos encuentros siempre era efímero.*

*—Y yo te amaré por siempre, Serguéi Ivanov. —Miles de lágrimas salieron a despedirse de él—. Más de lo que alguna vez tuve la oportunidad de sentir; o merecía experimentar. —Coloqué mis manos frías sobre las él—. Y no, no llegaste tarde, todo lo contrario, apareciste en el momento justo cuando más te necesitaba. ¿Lo entiendes? —Suspiré—. Llegaste en el momento perfecto para salvarme de morir. Ese era el motivo que debí haberte dicho aquel día para que no te marcharas.*

*Nos contemplamos por unos minutos y esta vez cierro los ojos esperando despertar y encontrarme sola en la habitación.*

*Había días que luego de estos momentos me sentía desecha porque daría mi alma por tenerlo de verdad acostado en mi cama.*

*Cuando la calidez de sus manos se desvaneció de mis mejillas mi corazón aleteo y lloró; porque no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que él viniera a visitarnos otra vez. Pero siempre deseando la misma cosa: que cuando viniera otra vez, esa se pudiera quedar un poco más.*

—*Adiós, Serguéi.*

—¿Por qué te despides?

Me sobresalté y abrí los ojos mientras me alejaba lo más que podía del hombre que creí que solo vería en mis sueños.

*No podía hablar.*

Me quedé en el extremo más lejano de su alta e imponente figura que ahora estaba sentado mirándome con curiosidad.

—Ven aquí, que hasta donde recuerdo no muerdo —bromeó.

Mis ojos estaban anegados en lágrimas; me rehusaba a creer que él realmente estaba aquí.

—¿Eres real?

—Lo soy.

Cerré los ojos, me pellizqué y los volví a abrir; me arrojé a sus brazos cuando no desapareció.

—En serio estas aquí. —Suspiré cuando su cálido cuerpo cobijó el mío—. Has regresado... —Respirar se me hizo difícil—. Has regresado a por mí.

—Siempre volvería a por ti —Se alejó para mirarme a los ojos—. O ¿acaso dudabas que encontraría el camino correcto de regreso a ti?

Asentí, sus manos enmarcaron mi rostro y lo acercaron al suyo. Nuestros alientos volviéndose uno.

—Nina, —Secó mis lágrimas con su pulgar—, dije en serio lo de hace un momento. Perdóname por hacerte esto; por hacerte daño. Pero creí que el tiempo te ayudaría aclarar tus sentimientos mejor. —Suspiró—. Pasaste por tantas cosas, que me tomó un tiempo descubrir que, a pesar de eso jamás me alejaste de tu lado. Y también necesitaba probar que se sentía estar con otra persona. —dijo avergonzado—. Necesitaba saber si yo también estaba sintiendo las cosas correctas por ti. No vine antes porque tenía miedo de que no me perdonaras...

—¿Como no te iba a perdonar? —Pregunté—. ¿Acaso no sabes lo que significas para mí?

—¿Y qué significo para ti, Nina?

—Mi *hogar* —Me coloqué a horcajas sobre él—. Jamás podría renunciar a eso. Me negué hacerlo hace dos años, y mucho menos lo haré ahora. ¿Y

sabes por qué? —Negó con la cabeza.

—Dime, Nina... ¿Por qué no deberías renunciar a mí? —dijo colocando mi cabello tras de mi oreja derecha.

—Por qué siempre serás ese lugar donde me encuentro yo misma y que jamás... jamás se sentirá igual en los brazos de otro hombre.

Sus labios se estrellaron contra los míos con una urgencia que erizó mi piel. Sus manos deslizaron las delgadas tiras de mi blusa y cuando mis senos quedaron al descubierto sus dedos retorcieron el pezón derecho secuestrando de mi garganta un agudo gemido.

Sin romper el beso le quité la chaqueta negra y me levanté lo suficiente para poder sacarme el pequeño pantaloncillo que cubría mi trasero.

Quería estar cuerpo a cuerpo.

Piel con piel.

Quería sentirlo dentro de mí.

Era hora de regresar a casa.

*Era tiempo de volver a ser eternos.*

## EPÍLOGO



*Quince años después.  
San Francisco – California  
Nina.*

Puedo sentir el calor abrasador de una mirada quemar mi rostro. Abro lentamente los ojos y unos hermosos ojos violáceos me devuelven la mirada.

*Siempre será el color de ojos más hermosos que podría ver en la vida.*

—Mamá...

Sonrío dulcemente mientras mi hija Cayetana se acomoda frente a mí. Su cabello rubio está recogido en una coleta, dejando al descubierto su hermoso rostro.

—Padre me ha prohibido salir en una cita.

Se me escapa una risa.

—¿Con el chico Thompson?

Asiente mientras agarra mi mano derecha y se la lleva a los labios. El tierno beso que deposita en el interior de mi palma me hace sentir la mujer más afortunada de todo el mundo.

—No estoy segura, —pienso en cómo decirlo sin ofenderla—, pero creo que dijo que era peligroso. —Arrugo el ceño tratando de recordar el rostro de ese chico, pero por mi vida que no puedo ubicarlo entre tantos adolescentes con hormonas alborotadas que invitaban a salir a nuestra hija.

—Es panadero. —Resopla—. Los panaderos no son peligrosos...

—Bueno, en ese caso...

—*Tani*...

Miramos hacia la puerta de la habitación y ahí recargado contra el marco de la puerta y con los brazos cruzados está el hombre que debilita mis piernas. Cuyos ojos aun después de todo este tiempo podían robarme la respiración.

—Tú madre tiene que descansar...

—Estoy bien —Me apresuro a decir, pero mi hija se levanta de la cama.

—Solo vine a contarle sobre lo dictador que te has vuelto en estos días.

Se me escapa una risa por el ceño fruncido de mi esposo.

—¿*Dictador*?

Pero mi hija no contesta y abandona la habitación.

—Ven, *dictador*.

—Te juro que cada día se pone peor —musita apesadumbrado mientras hace su camino hasta la cama—. ¿Cómo haces para controlarlos?

—Le doy dulces.

Su ceño se frunce.

—¿Dulces?

Asiento mientras trato de sentarme, como me supone algo de esfuerzo mi guapo esposo me ayuda inmediatamente mientras coloca una almohada tras mi espalda y se sienta a mi lado y me abraza.

—Sí, a Yuri y Nickolay les doy tiempo libre con su videojuego y a Cayetana, la dejo quedarse a dormir en casa de su mejor amiga una vez por semana.

—Ya veo.

Su dedo índice acaricia suavemente el lado derecho de mi rostro y yo me estremezco. Luego de quince años de estar en remisión el cáncer había regresado y esta vez le estaba dando serios problemas a mis pulmones.

—En dos horas tenemos que ir a la sesión de radioterapia.

Asiento, pero me relajo en sus brazos y apoyo mi oído sobre su pecho para oír los latidos de su corazón.

—Hoy estas muy hermosa.

—No tendrá suerte, señor calvo. —Me alejo y lo miro a los ojos.

Hace seis meses cuando el cáncer se volvió agresivo raparon completamente mi cabello y él sin dudarlo también lo hizo.

Creo que siempre me sorprenderá lo grande que es su amor hacia mí.

—Quiero decirte que no importa lo que pase, quiero que sepas que he sido inmensamente feliz... *Tú* me has hecho feliz.

—No digas esas cosas... —Me interrumpo acariciando mis resecos labios—. ¿Recuerdas?, prometiste que lucharías las veces que fueran necesarias porque tenías al mejor animador, y ya hasta he comprado unos pompos rosados que no combinan con mi chaqueta de cuero.

Mientras reímos me acerco y beso sus labios.

—Te amo, Serguéi Ivánov, y tienes mi palabra, lucharé con todo. Encontraré la forma de salir adelante siempre y cuando sea tu mano la que sostenga la mía.

Sus ojos se arrugan de manera *sexí*.

—Más le vale Señora Ivánova, porque he reservado una suite en un hotel de hielo en Rumanía, para celebrar nuestros quince años de casado. —Se encoje de hombre—. Ya sabes que adoro sorprenderte con cosas locas por lo que realmente apestaría que apareciera solo... Aunque, quizá estando allá pueda conocer a una hermosa mujer...

Lo golpeo duro en el pecho y empieza reír mientras me atrae a sus brazos. Me uno a su risa porque es contagiosa y siempre será el sonido más hermoso que podría escuchar. Cuando nuestras risas empiezan a mermar me mira fijamente a los ojos.

¡Dios! Podría perderme para siempre en esas profundidades.

—*Hola*.

—Hola —respondo sin aliento.

—Vamos a salir de esto. Lo prometo.

—Lo sé.

Y lo decía en serio; pondría todo de mi parte para recuperarme. Además, no podía tener miedo, no cuando este hermoso hombre me cuidaba como si fuera su bien más sagrado. Y sabía perfectamente que él jamás me dejaría caer. No cuando él podía amortiguar mi caída.

*Estaría bien.*

Porque era en serio cuando dije, que tenía al mejor animador del mundo.

Serguéi Ivánov, mi hogar.

*Voy a por ti, maldito cáncer.*

## NOTA DE LA AUTORA



Hola guapa, ante que todo, quiero agradecerte de corazón por este tiempo que has compartido conmigo. Esta historia fue escrita con mucho cariño para ti, sí para ti, porque te mereces lo mejor.

Te mereces historias que te hagan estremecer, vivir, llorar, reír y sentirte viva.

Espero que hayas disfrutado de la historia y si fue así, sería un gesto realmente hermoso que pudieras dejarme saber que te pareció la historia. Puedes hacerlo tanto en Amazon o Goodreads, para que, de esta manera, más lectoras me den la oportunidad de llenar sus vidas de unas cuantas horas divertidas e inolvidables.

*Cuento contigo, guapa.*

Deseo que tu vida esté llena de amor, alegría y mucha felicidad.

No vemos en la próxima historia.

Un beso.

Atte.

Meghan D. Reed

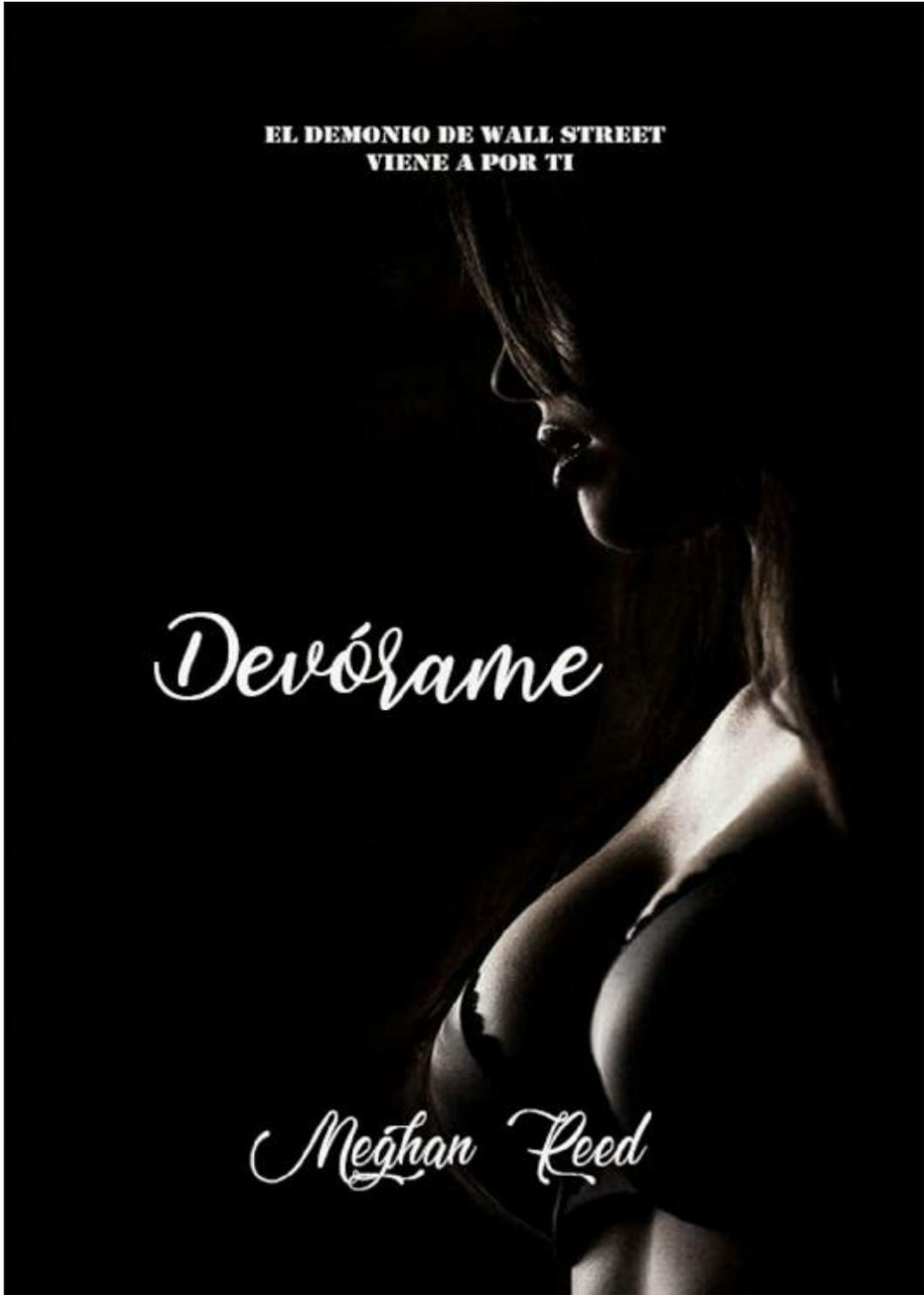
**TE INVITO A LEER OTRA HISTORIA**

**(Dale Clic a la imagen)**

**EL DEMONIO DE WALL STREET  
VIENE A POR TI**

*Devórame*

*Meghan Reed*



## SINOPSIS

# Devórame

*Atrevida*

*Hilarante*

*Diferente*

*Irreverente*

*#Unahistoriadeamorerótica*

¡La pasión como nunca experimentada!

No tengas miedo, «*El demonio de Wall Street*» viene a por ti.

Atrévete a disfrutar de una historia erótica y apasionante.

### *Devórame*

La vida cruelmente me ha enseñado, que no siempre tener mala suerte es que se te derramé el café sobre tu única camisa limpia minutos antes de salir para el trabajo. O, que pierdas el metro; o, que tu jefe, te sorprenda viendo porno en la computadora de la oficina.

*Mi nombre es Dayanna Scott y mi vida cambió dramáticamente cuando él entró en ella.*

***Todos le temen.***

***Todos lo odian.***

Yo... bueno, esperemos al final del día para analizar mis sentimientos sobre este hombre.

*Porque Damien Vittori es todo lo que una chica como yo debería temer. Después de todo, él es el maldito «DEMONIO DE WALL STREET». Pero algo de embriagador tiene su cuerpo que le hacen cosas raras a mi piel.*

*Quiero hacer tantas cosas que no sé ni por dónde empezar cuando estoy siendo*

*devorada por su pecadora boca y, es que todo estaba bien, hasta que... quedé embarazada.*

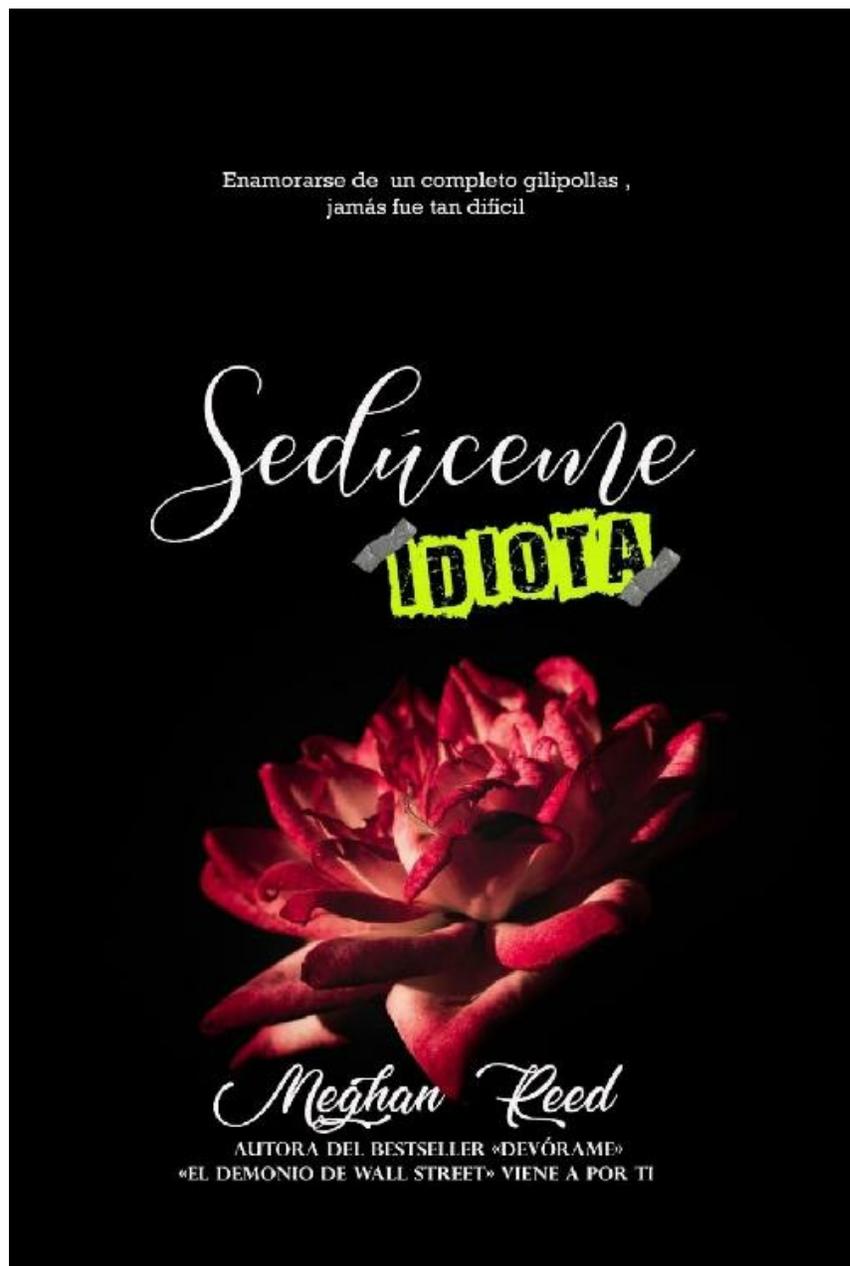
*Entonces su verdadera personalidad salió a flote y tuve que huir. Pero, olvidé que huir nunca da resultados y ahora, él me ha encontrado, y quiere arrebatarme lo único que hace latir mi corazón. La razón de mi existencia: nuestro hijo.*

*¿Y creé que se lo voy a hacer fácil?*

*Tal parece, que no soy la única que no hizo la tarea.*

# PRÓXIMO LIBRO

Fecha estimada de lanzamiento: Mayo 2019



## **BIBLIOGRAFÍA DE LA AUTORA**

Meghan Reed tiene 30 años y escribe porque le apasiona. Realizó una maestría en Negocios Internacionales, aunque actualmente trabaja para una cadena de radiodifusión que realmente no tiene nada que ver con su especialidad.

Tiene dos perros y un gato a los cuales ama con absoluta locura.

No cree en el amor, aunque sus libros siempre tienen aquel final feliz que ella aun no puede conseguir en la vida real.

Si te has divertido y pasado un gran momento no seas tímida y déjale tu valoración y comentario en AMAZON o GOODREADS, siempre es grato saber que piensan las hermosas lectoras y las impresiones sobre la historia que acaba de leer.

Puedes seguirla en sus cuentas oficiales para estar al día en las noticias o las futuras publicaciones de sus nuevos libros:

Facebook, Instagram y Twitter: [@meghanreed](#).

